

El cinturón de fuego

y otras crónicas caleñas

Orejas, el vigilante de la 89

La reina de la noche *Los golpes de la vida* Paz y alegría

Entre diablas Los temores de

Elizabeth Tatiana Villanueva

Si no la cagan a la entrada,
Donde caliente el corazón *La mentira* la cagan a la salida

Bienvenido a Cuba

Guerra civil, *Vida de una mujer* Una vida entre
guerra incivil carreras

Ganas de vivir Yagé Tenaz La ceguera

El navegante Una huella que nunca sanará

ilegal *Entre demonios* Inglés básico

Harold Kremer

Director Taller de Crónica

Colección "...a conocer el hielo"

El cinturón de fuego

y otras crónicas caleñas

El cinturón de fuego

y otras crónicas caleñas

Harold Kremer
Director Taller de Crónica

Colección "...a conocer el hielo"



Índice

El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas / Harold Kremer Director Taller de Crónicas
1 ed. - Cali: Universidad Icesi, 2008.
228 pp., 22,5 x 15,5 cm.
ISBN: 978-958-8357-11-9
1. Crónicas 2. Literatura colombiana
1. Tit.
070.44 - cd21

El cinturón de fuego y otras crónicas caleñas
Colección "...a conocer el hielo"

© Universidad Icesi
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Primera edición: Cali, octubre de 2008

Rector
Francisco Piedrahíta Plata

Secretaria General
María Cristina Navia

Director Académico
José Hernando Bahamón

Coordinación editorial
Rafael Silva Vega

Diseño de cubierta y diagramación
Juliana Jaramillo Buenaventura

Impreso en Cali - Colombia
A.A 25608 Unicentro
Tel. 555 23 34 Ext. 404
Fax: 555 17 06
E-mail: coleccionesdcs@icesLedu.co
Cali, Colombia
ISBN 978-958-8357-11-9

Prólogo

Alberto Salcedo Ramos .. 9

Crónicas

Los temores de Villanueva

Carlos Daniel Rivera 15

Una huella que nunca sanará

Andrea Valencia C 23

Elizabeth

Martha Eugenia Paz Castro 31

Entre diablas

Mauricio Serna 37

Guerra civil, guerra incivil

María del Mar Mozo 47

Inglés básico

Ana Carolina Otálvaro 53

Bienvenido a Cuba

Eleonora Mejía Valencia 63

Los golpes de la vida

Lina María Ararat Ospina 71

Una vida entre carreras

Paola Andrea Valencia 79

Donde caliente el corazón

Angélica Luna 87

El cinturón de fuego

Carolina Bohórquez 91

<i>La ceguera</i>	
María Teresa Llano <i>Entre demonios</i>	109
María Andrea Archá <i>El navegante ilegal</i>	119
Juan Bernardo Lince <i>Paz y alegría</i>	129
Ximena Duque <i>Yage</i>	139
Alejandro Uribe <i>Oréjas, el vigilante de la 89</i>	147
Oiga Lucía Vanegas <i>La reina de la noche</i>	161
Carlos Andrés Arismendi Muñoz <i>Tenaz</i>	169
Claudia Ochoa <i>Tatiana</i>	175
Dennis Orlando Tafur Blandón <i>Si no la cagan a la entrada, la</i>	181
Jesús Eduardo Zambrano <i>La mentira</i>	191
Eliana María Pérez, ^{'''} <i>Con ganas de vivir</i>	199
Patricia Andrea López Torres <i>Vida de una mujer</i>	207
Rossi Leany Guerrero Gómez	215
<i>Apostillas</i>	
Harold Kremer ..	223

Prólogo

Retazos de país

Alberto Salcedo Ramos

Al doblar la última página, la primera conclusión que nos asalta es la de un libro plural. Empieza uno, entonces, a acordarse de cada crónica que leyó, buscando sus puntos de encuentro, sus vasos comunicantes, su valor como pieza periodística autónoma y como parte del conjunto. Vistos individualmente, estos relatos cuentan con vida propia, en efecto. Pero reunidos -como están en el presente volumen- tienen una cobertura más ambiciosa, porque de ese modo, juntadas sus particularidades y diversidades, nos revelan un universo más amplio: nos muestran una ciudad -Cali- y de paso nos entregan un bosquejo del resto del país urbano.

Uno a uno, los seres variopintos que por aquí desfilan van contando sus propias experiencias de un modo sencillo, natural, que a veces nos conmueve -como en el caso del ciudadano ejemplar que se queda ciego a los cuarenta y cinco años- y a veces nos sorprende -como en el caso de la muchacha que decidió dejarse embarazar de manera precoz, a los dieciocho años, simplemente porque no quería que su hijo naciera en un siglo distinto al de ella-o Todas estas versiones personales valen por sí mismas, debido a su fuerza testimonial y a su carga de espontaneidad. También, claro, suscitan emociones, como ocurre con Wendy, la chica abusada por su padrastro. O causan curiosidad, como sucede con el administrador de un burdel que aprende a sobrellevar el temperamento inestable de las prostitutas, a quienes él llama "las diablas". Todas estas crónicas, digo, leídas por separado tienen utilidad informativa, porque nos aproximan a situaciones de indudable interés humano o nos ponen en contacto con personajes comunes y, al mismo tiempo, especiales. Sumadas en este libro -insisto- obtienen un alcance documental superior, porque aparte de relatar historias particulares conforman un cuerpo narrativo robusto, testimonio formidable de una época y de un entorno social dinámico, arduo, atravesado por los conflictos característicos

de nuestro país, como la violencia, el fetichismo, los maltratos intra-familiares, la falta de empleo, la pobreza y el narcotráfico.

Estos textos son, al mismo tiempo, ventanas por las cuales nos asomamos para percibir otras voces y otros ámbitos, y espejos en los cuales nos contemplamos con todas nuestras miserias y virtudes. De lo primero nos surtimos a través de Tatiana, el travesti que nos impresiona con su retahíla de frases desilusionadas. De lo segundo nos percatamos leyendo el relato de "Orejas": el vigilante de barrio que resistió la tentación de robarse los muchos millones que descubrió dentro de una casa a su cargo. El libro nos ofrece, por un lado, un bestiario criollo ampliamente documentado, en el que no podían faltar el chamán, el traqueteo -traficante de drogas- y la exorcista. y por el otro, un elenco de víctimas extraído de la cotidianidad: mujeres abandonadas, reclusos paranoicos, viudos adoloridos, universitarios asesinados.

En este punto, a propósito, encuentro otro mérito que me deja un buen sabor al terminar la lectura: el libro no traza una línea divisoria tajante entre buenos y malos, no adoctrina, no sermonea, no nos invita a rasgarnos las vestiduras. Simplemente, narra los acontecimientos en un tono familiar, sincero, que antepone lo humano a lo moral. Esa actitud respetuosa les permite a los autores encontrar matices significativos en la realidad: ciertos verdugos, por muy maléficos que parezcan, también pueden movernos a la compasión; ciertos mártires, por muchos golpes de pecho que se den en nombre de su inocencia, también contribuyeron a forjar su propio fracaso. Sin embargo, aquí no se trata de descalificar ni a los unos ni a los otros, sino de escucharlos con atención. Todos tienen algo importante que decirnos acerca de la sociedad a la cual pertenecemos. El hecho de que varios de ellos hayan incurrido en actos reprobables, no justifica excluirlos de nuestra memoria urbana, pues ésta quedaría incompleta y sería, además, engañosa. Se entiende que tales personajes no cuenten para los gacetilleros oficiales, porque, al fin y al cabo, como bien lo apuntó el poeta andaluz Manuel Alcántara "lo curioso no es cómo se escribe la historia, sino cómo se borra": El presente volumen de crónicas, al restaurar esos testimonios de los excluidos, invita a reparar esta vieja injusticia.

Me gusta, además, el tono de la mayoría de las historias: espontáneo y, sobre todo, balanceado. Lo dramático es descrito sin sensacio-

nalismo, como ocurre con el taxista cuya mujer es baleada accidentalmente por un amigo de ella. Lo sucio -parte de la realidad- es mostrado sin falsos remilgos y contrastado con lo cómico, como sucede con la prostituta a la que el administrador del burdel le da un ultimátum, debido a que lleva varios días sin ser escogida por los clientes. Aquí los cronistas no sólo narran las tragedias sino que también se preocupan por buscar en el contexto los rasgos admirables de las víctimas. Eso es evidente en el relato sobre John, el muchacho acribillado por la policía en una revuelta estudiantil: se cuenta su muerte, se plasma el duelo de su familia, pero también se nos dice que el chico era dueño de una gran disciplina y quería ser como Albert Einstein. Lo que brota como consecuencia de la sinceridad en el lenguaje y del equilibrio en el enfoque, es un libro bastante honesto que uno, como lector, siente cercano.

Al doblar la última página del libro, acuden a la memoria algunos datos que, a pesar de ser aparentemente menores, resultan muy interesantes y reveladores. Entonces reaparece la sabia sentencia de Flaubert: "en los detalles está la verdad": Un primer caso que vale la pena traer a cuento es el de Wendy, la joven menor de edad que sufre un desengaño amoroso y luego se cambia el nombre de pila por el de Penélope. Aunque la muchacha no haya leído a Homero, el dato no deja de ser sugerente: también ella espera a un Ulises. En la historia de John, el estudiante asesinado por la policía, hay varios detalles premonitorios que sobrecogen al lector, porque en ellos se anuncia ya el sino trágico: cuando aún era un bebé de brazos, John sobrevivió a la ictericia. Después, cuando apenas contaba dos años, su madre vio caer frente a ella a dos hombres asesinados. Y más tarde, fue detenido dentro de un bus en un retén de los guerrilleros. También en la crónica sobre Paché, el navegante capturado en Estados Unidos con cocaína y dólares ilegales, abundan los apuntes de calidad periodística. El personaje cuenta, por ejemplo, que para finiquitar sus turbias maniobras prefería los lugares públicos, pues aunque aparentemente estaban expuestos a la vista de todo el mundo, eran más seguros. Además, Paché aporta consideraciones oportunas sobre las cárceles: para sobrevivir allí dentro, dice, la única opción es enrolarse a una cualquiera de las manadas que bregan por imponer sus códigos a la fuerza. Por naturaleza, los hombres se tornan competidores y terribles cuando están aglomerados, y más si es en un antro donde el respeto se encuentra

asociado a la capacidad de intimidación. "Probar finura", le llaman los reclusos en su jerga de las alcantarillas. Vuelve entonces la ley de la jungla, troglodita, bárbara. Vuelve el primate a menear su larga cola y a blandir su garrote. Algunas de las criaturas derrotadas que circulan por estas páginas van dejando, al desgaire, frases que nos obligan a reflexionar sobre la condición humana. Como lectores, agradecemos el retorno a estas verdades elementales pero necesarias.

Un detalle me sigue rondando por la cabeza. El autor de la crónica "Yagé" tiene la curiosidad de probar la bebida que protagoniza su historia. La noche en la cual, finalmente, se celebra el ritual, el chamán le pide mantener los ojos cerrados para que sea válida la ceremonia. Pese a la advertencia, el periodista abre los ojos porque siente la necesidad de ver lo que está sucediendo. A algunos quizá les parezca algo irrelevante, pero a riesgo de sonar exagerado yo quiero interpretar ese hecho -aunque sea un tanto casual- como una defensa magnífica de la observación. Quien acepta dócilmente mantener los ojos cerrados, a lo mejor pueda llegar a ser un estupendo conejillo de laboratorio, pero para elaborar crónicas de interés, para hurgar en el alma de las personas y captar la esencia de las atmósferas, hay que abrirlos, como hicieron casi todos los responsables de este libro.

En relación con los autores, a propósito, hay dos circunstancias que me llaman la atención: la juventud de los muchachos y el hecho de que, salvo una persona que estudió comunicación social-periodismo, todos ellos terminaron carreras que no tienen nada que ver con el asunto de contar historias de no ficción: economía, negocios internacionales, administración de empresas, derecho, ingeniería de sistemas y contaduría pública. Es evidente que a lo largo del proceso, que incluye selección de los temas, trabajo de campo, enfoque de los relatos y escritura de los textos, ha habido un capitán que ha motivado a su tropa con voz afectuosa y ha propuesto los ajustes de rigor con pulso firme. Ese criterio editorial soterrado, minucioso, es la armadura que sostiene en pie todo el edificio. Gracias a él, hay unidad. Gracias a él, los diferentes violines encajan armónicamente en la ejecución de la partitura. No es común que las universidades colombianas respalden hasta las últimas consecuencias estos proyectos encaminados a construir memoria desde la perspectiva de los estudiantes. Muchas de las que he conocido, pese a que ofrecen la carrera de comunicación social-periodismo, no plantean una explo-

ración seria y trascendente del entorno. Algunas fundan periódicos y revistas, claro, pero a ratos pareciera que lo hicieran más para aliviar sus conciencias y contar con una herramienta de penetración ideológica, que para proponer modelos adecuados de leer e interpretar la realidad social. En ese orden de cosas, el libro que nos ocupa viene a ser una apuesta valiente.

No todos los autores -justo es advertirlo- son aventajados. Algunos matan al tigre y luego se asustan con el cuero; valga decir, plantean conflictos interesantes que luego no saben cómo resolver. Otros caen en la trampa de comportarse como amanuenses de los personajes y creer ingenuamente en las mismas supercherías que están tratando de narrar. Y otros tienen dificultades a la hora de rematar las historias y por eso no son capaces de cerrar sus faenas con broche de oro. Pero tales desniveles de la forma no estropean la calidad general del fondo. Además, el libro incluye varios relatos firmados que podrían publicarse sin titubeos en cualquier medio Impreso de categoría. La crónica "El cinturón de fuego", que se ocupa del crimen de un estudiante, lo hace sentir a uno plenamente justificado como lector: está escrita con vigor narrativo, es ágil, aguda, llena de datos precisos y asombrosos. La autora dispone de un completo repertorio de técnicas que evidencian su talento: sabe narrar a través de escenas, sabe desarrollar acciones paralelas, sabe saltar hacia adelante y hacia atrás en el tiempo. La crónica "El navegante ilegal", que nos presenta a un ex integrante de la Armada Nacional capturado en Estados Unidos por tráfico de drogas, es estupenda: fluida, amena, atizada por el buen uso de un testimonio que nos mantiene en vilo de principio a fin. Lo mismo puede decirse de "La ceguera", un texto conmovedor que nos pone en contacto con un ser humano bellissimo, sensible, corajudo. Este personaje, por cierto, describe su problema a través de una imagen literariamente maravillosa: "es una enfermedad en la que se va perdiendo el campo visual y sólo se puede observar lo que se tiene al frente, como si estuviera mirando a través de un pitillo: a los lados no se puede ver nada". Otras crónicas, como "Orejas, el vigilante de la 89", "Tatiana" y "Los temores de Villanueva" son también recomendables.

Este libro constituye un esfuerzo loable. Nos retrata en lo malo y en lo bueno, nos ayuda a comprender la cultura que nos tocó en suerte, nos ofrece algunas claves importantes para descifrar, en su esplendor,

dar y en su desastre, el país urbano al cual pertenecemos. Periodismo de hondo contenido social, testimonio vibrante de una época caracterizada por la intolerancia y las desigualdades. La última conclusión que nos asalta, después de terminar su lectura, es la de estar frente a un libro que jamás será un periódico de ayer, como dice la famosa canción del maestro Tite Curet Alonso, porque no fue escrito para el olvido sino para la memoria.

Los temores de Villanueva

Carlos Daniel Rivera'

Era un viernes cualquiera y andábamos parchándola por la sexta. Estábamos Jabalí, mi hermano mayor, Pildorita, Tarzán, Grillo, Alex y yo. Ese fue el parche con el que crecí. Todos amigos de Vipasa, donde nos conocimos y crecimos.

Eran las seis de la tarde y estábamos en *Dari Frost* tomando cerveza y fumando un poquito de todo. Nos quedamos como hasta las nueve de la noche hablando mierda y de los tropeles que habíamos tenido esa semana. Hasta que decidimos irnos para *Melodías* a tomarnos unos guaritos. Antes de entrar nos fumamos un bareto para que la rumba estuviera mejor. Nosotros casi nunca andábamos con hembras, siempre nos gustaba conseguir las cuando nos enrumbábamos y ese día no era la excepción.

En ese sitio uno siempre conseguía lo que quería. A nosotros ya nos conocían porque teníamos fama de tropeleros, pero siempre es fácil entrar si uno tiene billete, y en esa época los cuchos nos daban una buena liguita para gastar. Pedimos el primer botella para empezar la rumba. Ya estábamos medio cogidos por las cervecitas y lo demás. Por ahí uno veía una que otra hembrita que pasaba por el lado y era sólo llamarlas y ya, coronaba con algo de billetico.

Yo llamé a una hembra que ni siquiera me acuerdo cómo se llama, pero por ella empezó todo ese mierdero. Se sentó allado mío y empezamos a hablar. Me decía que yo tan joven, tan lindo, en un sitio de esos y un mundo de guevonadas que yo ni le paraba bolas. Además, la traba y la borrachera que llevaba era muy brava; mejor dicho, ni le entendía lo que me decía. Yo me creía dueño de esa hembra, pero me descuidé un segundo y se me desapareció. La busqué por todos lados hasta que la encontré sentada con otra pinta.

—¿Qué hacés con ese marica? Vení paca, pues.

¹ Cali, 1983. Egresado de Administración de Empresas, Universidad Icesi, Cali.

La muy perra no se levantó y, entonces, me empezó a dar putería porque el man que estaba con ella se reía de mí, y ahí fue cuando le metí un traque en toda la jeta paque no jodiera. Yo no me di cuenta que él andaba como con tres más y se armó un bonche el hijueputa. Toda la discoteca se metió y tuvieron que llamar a la tomba. Yo ni cuenta me di cuando llegaron. Mi hermano y el parche estaban encendidos con la demás gente del grillo La verdad, siempre que nos agarrábamos nos dábamos hasta que ya no pudiéramos más.

Le estaba dando a un man pero duro, y ya lo tenía medio morado, cuando sentí que alguien me tocó la espalda. Mi reacción fue mandar un golpe y yo soy "tan de buenas" que era el sargento de la policía. Eso no es lo peor: le quebré la nariz. Apenas pasó eso, todos los tombos se me fueron encima. Mi hermano y el parche trataron de defenderme pero la verdad esos manes ya eran muchos y me dieron una tunda la hijueputa. Me dieron tan duro que todavía me acuerdo del dolor tan malparido que sentí. Mi hermano salió corriendo con los demás a avisarle a mi papá. Yo estaba en la puta tanqueta esa de la policía y ellos querían seguir dándome duro, pero no sé por qué pararon y me quedé sentado pensando.

Cuando iba en la tanqueta de la policía me acordé de muchas cosas que pasaron y como entré al parche de mi hermano. En mi familia éramos cuatro hermanos, una mujer y tres hombres. María era la mayor, Julián le seguía, después Jabalí, y yo, el más pequeño. Julián y María eran serios, sanos y juiciosos, les gustaba el deporte y el estudio. A mí no me gustaba nada de eso, ni tampoco a Jabalí. Eramos medio parecidos.

Yo tenía como siete u ocho años. A mi papá le gustaba el traguito y había veces que se nos perdía una semana o más. Entonces nos tocaba ir a buscarlo a todos los grilles de Cali porque mi mamá nos mandaba. Si mi cucha no nos decía que fuéramos nosotros no hubiéramos ido nunca, nos daba pereza y para qué si él nos echaba de una, nos decía:

-No jodan, váyanse donde su mamá. Díganle que yo voy más tarde.

A veces se emputaba y nos pegaba, y nosotros salíamos corriendo para la casa a esperar a que llegara de pronto ese día o al otro; no sabíamos cuándo ni a qué hora.

Jabalí un día me llevó al parque de Vipasa para que conociera al parche. Yo era el más pequeño de todos y ese día probé la marihuana. Me sentí como un gigante que daba pasos grandes y había que todo temblara. En medio de esa traba me empezaron a joder mi hermano y los amigos. Entonces yo me les aleteé para que no me la montaran. Ese fue mi primer tropel de verdad. Me reventaron todo, hasta que llegó mi hermano Julián y paró el bonche y me llevó para la casa. Además ese man de Jabalí no hizo ni mierda, yo creo que estaba muy trabado. Cuando íbamos para la casa YO, ni hablé porque seguía medio loco y no quería que mi hermano se diera cuenta. De repente me dijo:

-¡Estás trabado! ¡Culicagado de mierda!

y me metió un coscorrón y se fue. Yo sabía que mi hermano no era ningún guevón, ese man se las pillaba todas. Él como que no le contó nada a mis papás y pues de verdad no me importaba si les decía o no.

Pienso que en ese momento de mi vida empecé a ser muy vio ento con todo el que trataba de montármela; mejor dicho, a mí, nunca me ha gustado que me cojan de guevón. Como siempre he sido el más pequeño, la gente piensa que se puede meter conmigo y que me voy a quedar sin hacer nada. Pero la gente se equivoca porque yo sí que pego duro y no me dejo de nadie por más grande que sea. Yo mantenía metido en problemas desde muy pequeño, y además de pegarle a la marihuana también empecé con el traguito. Las peleas en mi casa eran por todos lados, menos por los lados de Julián y María que eran los responsables, los que mantenían la casa junta. Además, ellos, con mi mamá y mi papá, nos sacaban de los problemas en los que nos metíamos. Mi papá era bueno con nosotros pero cuando estaba en sano juicio.

De ahí en adelante yo seguí andando con Jabalí. Manteníamos tomando y fumando marihuana en el parque. Además, a toda persona que pasaba por ahí se la montábamos y lo encendíamos a golpes. En Vipasa aprendí a pelear, robar, fumar y tomar. Ese fue el momento en que me les salí de las manos a mis papás. Jabalí ya estaba perdido hacía tiempo.

Yo llegaba a la casa con mi hermano en unas trabas las berracas. Estábamos tan locos que nos agarrábamos con mi papá y Julián. Mi mamá y mi hermana no hacían sino llorar y gritar como locas. Era horrible despertarse al otro día y aguantarse otra cantaleta más. Así que yo prefería volver a la calle a parcharla en el parque o en cualquier sitio.

A mí nunca me gustó el fútbol o los deportes de moda. Me gustaba más como lo bohemio, escribir poemas, los toros y las esculturas. Estas cosas las hacía cuando estaba inspirado o también para relajarme. Cuando me metía en este mundo me alejaba de todos los problemas que pasaban en mi casa. Pero este pasatiempo era algo que hacía muy de vez en cuando.

Yo soy como el gato porque me metí en unos problemas muy grandes y, la verdad, no sé por qué no estoy muerto en estos momentos. Tuve algunas contrariedades con personas que ahora son reconocidas en el mundo del crimen. A mí me han tenido amarrado y me he salvado. Todo esto sucedió en mi juventud. Yo sé que alguien en el cielo me cuida pero no lo hará para siempre.

Y creo que siempre ha habido personas que interceden por mí para que no pase al otro mundo.

Eso es más o menos lo que sucedió antes de que me metiera en ese lío con el tambo, uno de los más berracos y jodidos de mi vida. He tenido una familia medio complicada, pero pienso que familia es familia y uno debe quererla a pesar de todas las situaciones que se presentan. Además, esto es lo que siempre me han demostrado mis papás, pues siempre estuvieron presentes para sacarme de ellos y aquella vez no iba a ser la excepción.

Todas estas cosas me pasaron por la cabeza mientras iba en la tanqueta, adolorido de esa tunda tan hijueputa que me metieron. En la estación me estaba esperando el sargento con la nariz quebrada. Ahí me dieron otra tunda entre toda la tamba. Ellos me pegaban y no sé por qué entre más me pegaban yo más los insultaba, hasta que se me acabó el aire y quedé vuelto mierda. Mis papás no llegaron sino hasta la madrugada. Ellos me dijeron que no les querían decir a donde me habían llevado y por eso se demoraron tanto.

Los tambos sabían adonde iba a parar: a Villanueva, la cárcel de Cali.

Eso le dijeron a mis papás y ellos trataron de sacarme, pero todavía iba pasar un buen rato.

Mi llegada a Villanueva fue bastante difícil, aunque tuve, varios consejos de amigos que ya hablan pasado algunos días allá. Ellos me dijeron que lo primero que tenía que hacer era conseguirme un chuzo para defenderme de los maricas, pero eso lo tenía que hacer adentro. Mi papá me había dado una platica y yo antes de entrar a la cárcel me la metí entre las gúevas porque sino me la robaban. Nos organizaron en fila para entrar al patio que nos tocaba, creo que era el número seis. Yo iba detrás de un pelado y le dije:

-¿Nos ligamos o qué, parce?

Y ese pelado me respondió:

-¡Abrite, gonorra!

Yo lo dejé. Ese man se veía más asustado que yo, estaba superprevenido y con toda la razón. Al llegar era de noche y en el patio que nos tocó no se veía nada. Cuando los guardias se fueron se empezaron a acercar todas las pintas del patio, entre ellos un negro gigante.

Yo me dije: si me van a violar, me hago matar. Pero fui tan de buenas que al primero que agarraron fue al mancito que le dije que nos ligáramos. A ese man lo cogieron tres, más el negro. Lo primero que hice fue recostarme en la pared, supuestamente para que no me llegaran por la espalda. Pero se me acercó un man de frente y me empujó la cabeza con mucha fuerza hacia atrás y quedé muy mareado y desubicado. Esto se me pasó rápido. Cuando volví en mí me estaban tratando de quitar los tenis, pero yo no sé cómo me salté. Y me les paré en la raya. Me le fui encima al personaje que me empujó la cabeza, sin darle tiempo para reaccionar. Siempre le afecté la cana a ese man, hasta que nos pararon los otros presos. Entonces el man me dijo:

- Fresco, pelado, ya probó finura. Se ve que usted es bien parado.

Después de que pasó todo ese problema, salió el pelado con el negro y los otros manes de la celda. Ese man estaba llorando, obviamente lo habían violado y ahí sí que me cagué del susto. Cuando volteé a mirar el negro se me estaba acercando. Yo me llené de rabia y miedo, y le dije:

-¡Primero me matás, negro hijueputa!

y en ese momento se paró el tipo con el que había tenido el problema antes de que saliera el negro. Le dijo al violador que yo era muy parado en la raya y que no se metiera conmigo. Y eso fue suficiente para que ese man no se me acercara. Después de todo ese susto me entraron unas ganas de cagar horribles, así que me fui para el baño, pero eso estaba muy oscuro. Cuando puse el primer pie en el baño me di cuenta, que la mierda y los orines llegaban hasta los tobillos. Yo solo pense que nada más malo podría pasar. Al lado de ese baño había un viejito que tenía como una especie de lavandería. Él le prestaba a uno unas chanclas y una pantaloneta mientras lavaba la ropa. El viejito así se ganaba su liguita. Bueno, cagué como pude, sin untarme. El señor, me entregó la ropa como a los dos días y yo le pagué su plática. Tema su negocio ahí donde estaba la mierda y los desechos de todos.

Cuando volví me encontré con una gente de Prados del Norte y La Flora. Eso fue una salvación porque pudimos armar un parchecito, y hasta pudimos recuperarle unos tenis a uno de los del grupo. Como ya nos veían que éramos varios, la gente no se metía con nosotros y nosotros tampoco nos metíamos con nadie. La vida en la cárcel es mucho más difícil que en las calles, hay personas que la definen como la universidad del crimen, y es verdad. Uno en vez de salir corregido sale más corrompido. Lo cierto es que uno sale pensando y actuando como un bandido.

Cada día que pasaba era un infierno. Sabía que mis papás y mis hermanos estaban haciendo hasta lo imposible para sacarme y esto me hacía sentir muy culpable. En la cárcel a veces no había nada que hacer, solo mirar al techo o al cielo y pensar. Lo más duro para mí era ver a mi mamá llorar y decirme que me ajuiciara, duro porque ella siempre me ha cuidado mucho y yo, siempre la cagaba. Con el tiempo los días se pusieron cada vez mas aburridores, sólo hablábamos y hablábamos y mirábamos pasar las horas. Después de estar como tres semanas en la cárcel los días empiezan a pasar como horas. A mí, por ejemplo, se me pasaban tan rápido que ya ni sabía cuánto tiempo llevaba en Villanueva. La que llevaba la cuenta era mi mamá: ella iba los días de visita a dejarme ropita y algo de platica para poder comprar algunos beneficios como cigarros o cualquier otra cosa. Tuve varias reuniones con abogados y con mis papás. Ellos decían que ya

me iban a sacar, que sólo faltaba la firma de un mancito. Yo casi ni les paraba bolas porque sólo esperaba que me sacaran y ya. Yo, de alguna manera, despreciaba lo que hacía mi papá por sacarme de la cárcel. Además, en esos días, no me llevaba tan bien con él; sin embargo, él siempre era el primero en ocuparse de mis dificultades con la ley.

Logré salir de Villanueva a los tres meses y medio. Eso es un infierno.

En la cárcel uno ve cosas que ni se imagina, tan horribles como la violación del pelado. Se ve gente peleando a puro chuzo y pues si a uno le tocaba, había que pararse en la raya y no dejarse de nadie.

Bueno, después de todo el papeleo y la plata que tuvieron que dar mis papás para sacarme de Villanueva, me prometí muchas cosas y una de ellas es que no volvería a un lugar como ese. A las demás personas con las que parchaba, todavía les faltaban como cinco meses más de condena, ya que los papás de ellos no eran tan buenos como los míos. Al despedirme me di cuenta que si no me hubiera encontrado con ellos la vida allá hubiera sido más difícil. Después de esta etapa de mi vida me pude dar cuenta de que me salvé de muchas cosas que sucedían en la cárcel. Siento que tengo un ángel guardián por ahí, siempre cuidándome. La vida me ha dado tantas vueltas, que en una de esas me alejé de las drogas, el trago y los problemas. Pensar como pensaba antes nunca me llevó a nada, sólo a problemas y problemas. Ahora tengo dos hijos, una niña de dieciséis años y un niño de dos años, vivo por ellos y me responsabilizo por todas mis acciones. Esta experiencia me dejó muchas enseñanzas que me acompañarán durante el resto de mi vida, que me hicieron entender que no todo era pelear y hacerle mal a la gente. Ahora tengo un almacén de repuestos por la trece y me mantengo alejado de problemas y bochinchas. A muchos de mis amigos los mataron por meterse en problemas y, la verdad, eso no debió suceder. Por eso empecé a pensar que es mejor pasar por cobarde que morir tratando de ser todo un hombre, enfrentándose a todo el mundo. El único recuerdo que a veces me pone a pensar es ¿qué hubiera pasado si ese negro me hubiera tratado de violar? ¿Yo qué hubiera hecho?

Una huella que nunca sanará

Andrea Valencia C,¹

"Estos días tan fríos y opacos son los que me ponen pensativa, triste y temerosa. La depresión me invade y cada vez confirmo más que mi vida es un desastre. Casi todos mis recuerdos son amargos; en otras palabras, puedo contar con los dedos de mi mano los momentos felices que he pasado. Ahora tengo que refugiarme en esta pequeña casa junto a mi madre para que la policía no logre saber mi paradero.

"Carmen, mi madre, una mujer de origen mexicano, conoció a mi padre en Tijuana. Al poco tiempo de establecer una relación sentimental, mi mamá se fue a vivir a San Diego, donde él residía. Meses después quedó embarazada. Todo era felicidad hasta que mi padre, que trabajaba en la base aérea de esa ciudad, tuvo que ir a una guerra en 1991. Y nunca volvió':

Al irse su marido, Carmen quedó completamente sola. Con el tiempo, al no tener noticias de él, fue a la base a averiguar su paradero. Allí le informaron que había salido hacía varias semanas de la guerra por una lesión en su brazo izquierdo y que lo más probable era que estuviera en su casa descansando. En ese momento Carmen comprendió que había sido engañada y abandonada. Se sentía desesperada al no tener dinero ni comida. Le daba mucho miedo buscar trabajo, ya que no tenía documentos legales que le permitieran permanecer y laborar en Estados Unidos.

"Cuando mi madre venció el miedo, empezó a buscar empleo. Rápidamente encontró una persona que le dio la mano: Camilo, un hombre que le salvó la vida, pero me la acabó a mí. Comenzó a trabajar para él en un autoservicio y al cabo de cuatro meses ya eran pareja. Ella estaba muy agradecida con él, no sólo porque le dio empleo, sino también porque la aceptó con hija y todo':

¹ Cali, 1984. Estudiante de Administración de Empresas, Universidad Icesi, Cali.

Carmen se mudó a la misma casa con Camilo. Tuvieron a Wendy en buenas condiciones, pues en ese momento contaban con una economía estable. Pero realmente esta bebé no significaba una bendición en la vida de su madre, ni mucho menos en la de Camilo.

Wendy había llegado al mundo porque así se habían dado las cosas y Carmen no se sentía capaz de quitarle la vida a un ser humano.

"Con el tiempo me di cuenta que aunque mi mamá respondía por mí y me daba algunos gustos, yo no era totalmente de su agrado. Mi niñez estuvo llena de maltratos, tanto físicos como verbales. Recuerdo claramente cuando se enfadaba conmigo por cualquier cosa y, mientras me pegaba con lo que encontraba, me repetía: 'Es que por tu culpa fue que tu papá me abandonó: Claro, ella estaba convencida de que papá no había vuelto porque no estaba ni preparado, ni interesado en tener un hijo en ese momento. En esa época me gustaba estar en la escuela con mis compañeros y profesores.

A pesar de que era muy pequeña para comprender lo que me estaba pasando, trataba de evadir esos problemas y disfrutar los momentos fuera de casa".

Cuando Wendy cumplió diez años sus noches estaban invadidas de temor y tristeza porque Camilo, su padrastro, abusaba sexualmente de ella.

"Me desarrollé rápidamente, pero aparte de que los niños me asediaban en la escuela, no creí que esto contribuiría a generarme algún otro problema. Camilo, en vez de mirarme con ojos de padre, comenzó a tratarme morbosamente. Al comentarle a mi madre de la desconfianza que me generaba, lo único que me dijo fue que era imaginación mía y que cómo se me ocurría pensar eso de un hombre tan serio que lo único que me había brindado era su cariño. Cada noche penetraba mi vagina, ano o boca con cualquier objeto, sin mi consentimiento; era horrible, asqueroso. Siempre insertaba sus dedos en mis órganos sexuales y me mostraba los suyos morbosamente':

El abuso de su padrastro se producía de forma repetitiva, noche tras noche. Una de las razones para que esto sucediera era que Camilo no tenía mucha comunicación con Carmen, debido a que ella atendía toda la noche el autoservicio, y él estaba en el turno de la mañana. Pasaba mucho más tiempo con Wendy.

"Los sentimientos que en ese momento mi familia me transmitía eran de desconfianza, miedo, hostilidad, pero sobre todo de odio.

Esto mismo me producía vergüenza, culpabilidad, baja autoestima y efectos de depresión como ansiedad y angustia. El insomnio era frecuente en mi vida. Estaba horroñzada. MI alimentación variaba y estos problemas empezaron a verse reflejados en la escuela, pues perdí el interés, la concentración y el buen comportamiento. Traté de suicidarme en varias ocasiones y se me hacía realmente difícil relacionarme con mis compañeros, especialmente con los hombres."

Miss Rogers, la maestra de Wendy, la observaba constantemente. Notó sus cambios y comenzó a realizarle todo tipo de preguntas acerca de su relación familiar. Por supuesto, ella presentía que este era el origen de su problema. En un principio Wendy sentía desconfianza, no quería revelar su triste secreto. Pero poco a poco su maestra fue convirtiéndose en una amiga y al mismo tiempo en su gran apoyo.

"Por mucho tiempo traté de evadir las preguntas de Miss Rogers. Al conocerla más a fondo decidí contarle toda la verdad. Es una gran persona.

Desde el mismo momento en que se enteró de mi realidad, trató de solucionar el asunto. Acudimos a servicios de protección a menores y me obligaron a hablar con una trabajadora social. Tuve que contarle todo al pie de la letra. No recuerdo cuántas horas estuve en ese cuarto con ella, pero tardé casi todo un día. Inmediatamente diligenciaron una orden en la que se mandaba que no podía permanecer más tiempo junto a mi madre y Camilo. En ese momento me sentía confundida y temerosa. Agradecí a mi maestra lo que había hecho por mí, pero al mismo tiempo me cuestionaba si había hecho lo correcto':

Al terminar su historia le comunicaron que Camilo sería arrestado. Sintió un gran alivio al pensar que llegaría a su casa y viviría sola con su madre, pero estaba totalmente equivocada. Aunque Camilo fuera a la cárcel, ella permanecería en servicio de protección a menores. Al cabo de dos días fue trasladada a un instituto de Bienestar Familiar en el norte de California.

"Este suceso me desestabilizó mucho. Me sentía desubicada, tenía miedo de lo que ocurriría conmigo. Sin embargo, al entrar al Instituto percibí un ambiente de paz, algo que no sentía desde hacía mucho tiempo.

El lugar era muy bonito. Todas las personas me recibieron con una sonrisa. Y lo que me llenó de felicidad fue que había bebés, niños y adolescentes como de mi edad. Y casi enseguida logré adaptarme':

Wendy se sentía tranquila y a gusto en ese lugar; compartía con personas que atravesaban por situaciones similares, y por esa razón no la juzgaban, sino que la apoyaban. En su nuevo hogar estudiaba, hacía deporte y recibía diferentes tratamientos psicológicos, así como actividades pedagógicas. Para divertirse realizaban pequeños paseos dentro de la ciudad y cada mes preparaban una fiesta para recolectar dinero.

"Con el pasar del tiempo comencé a aburrirme. No veía a mi madre desde que había entrado al Instituto. Aunque no me brindó apoyo cuando tanto lo necesitaba, la extrañaba. En ese lugar siempre hacíamos las mismas cosas. No nos dejaban salir a la calle, a restaurantes y mucho menos a un centro comercial. Me hacía falta todo eso. La comida desmejoraba día tras día.

Fuera de eso nos obligaban a limpiar los pisos, paredes, ventanas, patios y demás lugares del edificio':

Los días eran cada vez más amargos. Wendy ya no quería comer. Hacía sus labores eficientemente pero permanecía en silencio. Se le acabó la alegría, la motivación y el coraje. Ya no mostraba interés por las sesiones psicológicas como antes. Lloraba constantemente. Pedía a gritos a su madre, pero las leyes no permitían contacto alguno entre ellas.

"Aunque ya no me gustaba vivir en ese lugar, seguía haciendo las actividades diarias. De esta forma mantenía mi mente ocupada y le colaboraba a la gente del Instituto, pues ellos me dieron la mano. Era lo único que me hacía olvidar las cosas malas que me sucedían. En una de las fiestas que hacíamos cada mes conocí a Héctor, el hijo de una de las enfermeras. Desde que lo vi me transmitió mucha confianza. Al cabo de unas semanas comenzó a trabajar en el Instituto colaborando con las tareas fuertes.

Seguimos hablando durante mucho tiempo. A medida que lo conocía más me empezó a gustar su forma de ser.

Era el único hombre que me había tratado realmente como una persona valiosa. Le conté toda mi historia y se mostró muy comprensivo. Me brindaba mucho amor y su compañía me reconfortaba.

Me daba fuerzas para seguir adelante. Poco tiempo después ya éramos novios. Obviamente, en secreto".

A Wendy le tomó mucho tiempo volver a confiar en un hombre. Poco a poco, Héctor fue llenando su corazón del amor que tanta falta le hacía. En el Instituto no le faltaba comida, estudio y mucho menos compañía. Sin embargo, emplearon mucho tiempo planeando la huida.

"Gracias a Dios contaba con el apoyo de Héctor. Sentía que sola no lograría nada. La fuga sucedió en la siguiente fiesta. Mientras todos estaban felices participando de los juegos y bailes aprovechamos para saltar el muro trasero. En ese momento no había policías porque el clima los obligaba a estar dentro del Instituto. La noche estaba muy fría. Llovía fuertemente. El muro estaba tan resbaloso que me caí como tres veces; me raspé los pies y las rodillas. No creí que saldríamos de esa. Afuera nos estaban esperando unos hondureños, amigos de Héctor. Nos llevaron a su casa, en Escondido, un pueblo que queda más o menos a tres horas de donde nos encontramos. Allí comimos, descansamos y nos organizamos':

A pesar de que Wendy y Héctor no sabían qué harían para sobrevivir, estaban felices de haber salido de ese lugar. DeCidieron seguir adelante sin importar lo malo que pasara. Rápidamente, Héctor encontró un empleo en una constructora. No pagaban muy bien, pero por lo menos les alcanzaba para comprar lo necesario.

"Me aburría mucho en casa. Mientras Hector tenía que salir a trabajar, me tocaba quedarme haciendo nada. La policía me buscaba por todas partes. Como yo era menor de edad, según el gobierno y las leyes federales debía permanecer en el Instituto hasta los dieciocho años. Me rehusaba a hacerlo y prefería vivir escondida que volver allá. Tuve que cambiar mi apariencia física y hasta mi nombre. Me tinturé el pelo de negro, tatué mis cejas y mi nuevo nombre era Clemencia. En varias ocasiones traté de comunicarme con mi mamá, pero fue imposible".

Fueron muchas las veces en las que Wendy logró escabullirse de la policía. Cada día tomaba personalidades diferentes. El amor parecía vencer todos los obstáculos que se les presentaban. Pero fue este mismo amor el que marcó la separación.

"Todo parecía ir muy bien entre Héctor y yo, pero pasó lo que tenía que pasar: un retraso. Mejor dicho, un embarazo evidente. No sabía qué hacer. Estaba desesperada. Me preocupaba la reacción que podría tener. Cuando estuve segura le conté, así sin anestesia. No pensé que se fuera a enojar tanto. Creí que me amaba. Y quién no, con todo lo que hizo por mí. El hecho fue que con esa noticia descubrí cómo era él en verdad. Me gritó lleno de ira: 'Ignorante, es que ni de tu padrastro, ese hijo de puta que te lo metió tantas veces, te dejaste preñar'. Lo único que podía hacer era llorar. Por segunda vez mi alma se desvaneció. Estaba destrozada. Para mí fue más traumática esta situación que la que ya había vivido con el abuso. No sabía qué hacer, ni para dónde pegar':

Observando la desolación que vivía Wendy en ese momento, Héctor decidió disculparse, pero nada cambiaría sus palabras. En ese instante ella llamó a Lucy, la hermana de Héctor, para que la ayudara. Al día siguiente se mudó con ella, quien la recibió con los brazos abiertos. A Héctor parecía no importarle lo que pudiera pasar con Wendy y su bebé. Esto era muy extraño. ¿Cómo un día alguien arriesga la vida para salvarte y al otro día te deja completamente sola?

"La única solución que Héctor me daba era recurrir al aborto. Aprovechaba que en California este crimen era legal y gratis, para salir del problema. No le importaba lo que yo estuviera sintiendo. Yo me negaba a matar mi bebé. Si había superado mi vida pasada que era un desastre, cómo no podía superar esto. Lucy me apoyaba en todas mis decisiones. Fue como una madre para mí. Pero no podía vivir sin el apoyo del padre de mi hijo. Por otro lado la policía cada vez estaba más cerca de mí. En medio de mi desesperación me dejé llevar de la presión de Héctor y tomé la decisión terrible de abortar. Me sentí como lo peor, una asesina, eso es lo que era. Pero no había más alternativa.

Si no me podía esconder sola, mucho menos con un bebé en la barriga".

Poco tiempo después de recuperarse de este suceso, Wendy volvió a cambiar de apariencia y de nombre: empezó a llamarse Penélope. Decidió ir a vivir a la casa de unos amigos de Lucy, a unas horas de Escondido. Con su nueva identidad consiguió empleo como mesera de un restaurante. Le iba muy bien y estaba recuperándose emocionalmente, hasta que regresó el peligro. La policía seguía su rastro y

algunas personas empezaron a reconocerla a pesar del cambio en su apariencia física.

"Tuve que esconderme durante dos meses. Era un infierno. No salía ni a la puerta. La policía ya estaba en Cima de mí. La única solución que encontré fue llamar a mi madre. Hacía mucho no sabía nada de ella; las personas con las que vivía en ese momento me ayudaron a contactarla. Mi mamá estaba completamente arrepentida. Y en ese mismo instante mandó a un amigo a que me recogiera. Al día siguiente ya estaba viviendo de nuevo con ella. Las cosas fueron diferentes. Ella tenía una situación económica buena, pero también le tocó cambiar su apariencia e identidad. En este momento vivimos bien pero siempre evadiendo a la policía. Es muy incómodo. Aunque no soy feliz del todo no le pido más a la vida. Lo único que sé es que las cosas van llegando de acuerdo a los esfuerzos realizados. Tan solo soy una adolescente pero la vida me ha hecho crecer y madurar rápidamente. A pesar de que ahora me recupero lentamente y me siento un poco estable, tengo claro que el abuso y el abandono son una huella que nunca sanará en mi vida".

Junio de 2004

Elizabeth

Martha Eugenia Paz Castro'

Cuando se sienta en la mesa del comedor, llena de papeles insertables, periódicos viejos y un cenicero lleno de colillas de cigarrillo que sin duda alguna ha fumado en la última hora, Elizabeth enciende una lámpara que ilumina su rostro. Es una mujer anciana, llena de arrugas. Su figura es escuálida y su vestido, más que una vestimenta normal, parece parte de su piel. Suspira y su mirada parece perdida en el tiempo.

-Yo soy una mujer sencilla muy sencilla y medianamente culta, prudente con lo que digo y hago, porque me indignan las personas que hablan de cosas que no saben. Cuando alguien no sabe de una cosa lo mejor es que se calle. Yo tengo esa política, así no me hago la que sé y no la embarro con las personas con las que hablo. El día de mañana uno se puede encontrar con mucha gente que sabe más que uno y queda como un ignorante. Además, me considero una mujer pensante, eso es lo más importante, una persona que piensa y analiza las cosas. Por ejemplo, la situación actual del mundo, con esa guerra que se han inventado ahora, una guerra espantosa, que pienso no tiene razón de ser. No fue como la que vivimos nosotros, los polacos, aunque en esa también hubo persecución y muerte, pero es diferentísima. Ahora bien, si alguien se pone a analizar lo que yo pienso tiene mucha razón porque, aunque no soy de acá, quiero mucho a Colombia, pero no estoy de acuerdo con lo que están haciendo. La guerra, la guerrilla, eso no es guerra, es algo increíble. Aquí juegan a la guerra, todos los días hay muertos, pero una guerra dentro de un país, entre hermanos, no se justifica. Eso está bien si te invaden de otro país, pero no entre hermanos. Eso es lo más triste, sobre todo me duele mucho la indolencia de los colombianos frente a todo esto, porque si no tocan a una persona, entonces les importa un pito, pero

¹ Popayán, 1983. Estudiante de Administración de Empresas, Universidad Icesi, Cali.

si la tocan, entonces es el dolor, el dolor de la familia, las consecuencias. ¡Qué cosa tan horrible, es espantoso!

Cuando Elizabeth tenía seis años estalló la Segunda Guerra Mundial. Sacaron a su padre de su casa y nunca, ni ella ni su familia, supieron qué había pasado con él. Alguien, algún día, llegó con la noticia que lo habían llevado a un campo de concentración y que había muerto fusilado.

-Cuando yo viví la guerra fue muy distinto: lo primero que hay que aclarar es que mi familia y yo no somos judíos, somos católicos. Por eso es que hay que advertir que la guerra no fue sólo la persecución a los judíos, sino también la persecución a la inteligencia polaca y a la clase alta del país porque, en ese entonces, los ucranianos eran las clases trabajadoras y nosotros éramos los patrones, como una especie de amos. Entonces cuando estalló la guerra estas personas se volvieron contra nosotros apoyados por los alemanes.

Luego de reponerse de la muerte de su padre, la familia de Elizabeth fue separada. Con la división de Polonia todos sus parientes, que estaban en la parte opuesta de la que se encontraban ellas, desaparecieron sin dejar rastro alguno, y jamás volvieron a saber de ellos. Después de esto, Elizabeth, su madre y hermana tuvieron que sufrir la condición de desplazadas. Vivieron una gran pesadilla al tener que huir y dejar todo y perder sus pertenencias, por temor a una persecución que en este caso no tenía que ver con ninguna religión, sino contra su propia raza.

- En el momento que decidimos emigrar, mi mamá lo poquito de joyas que tenía se las metió en la faja que llevaba puesta: las joyitas, las moneditas de oro, qué sé yo. Aunque salir era demasiado difícil lo hicimos en un tren, nos tiramos prácticamente a un vagón de carga, en una plataforma. En ese momento íbamos casi sin nada. Mi mamá nos había hecho unas maletitas de esa tela de lino, con lo indispensable.

A la primera parte que llegaron Elizabeth, su madre y hermana, fue a Austria. En ese país estuvieron un año y medio.

-Como en ese momento no teníamos dinero, comíamos cebolla cruda y como unos ñuques de una harina negra que nos preparaban. Eso era asqueroso pero no podíamos comer otra cosa, como frutas, porque no había nada. Cuando llegamos allá nos fuimos a vivir a un "petit" hotel, una pensión muy linda. Luego nos trasladamos a Kiqs-

ve, un lugar hermoso pero frío, y allá aguantamos un año con lo que mi mamá tenía. Ella iba sacando las joyitas, las vendía, y así podíamos comprar unas tarjetitas con las que se podía comprar algo.

En calidad de desplazadas, Elizabeth, su madre y hermana se movían mucho. De Kiqsve salieron a Tiró y llegaron a una granja en la que trabajaron. En las mañanas ordeñaban y luego vendían la leche y el queso clandestinamente mientras los aviones volaban sobre ellas. Para ese entonces Elizabeth ya tenía diez años, entendía perfectamente lo que estaba pasando y se aterrorizaba cuando oía el motor de los aviones.

Su madre creía que la única forma de proteger a sus hijas era emigrando otra vez, así que recogieron lo poquito que les quedaba y se fueron para Italia.

- En Roma estuvimos alrededor de tres años y medio. A mí me metieron en un colegio muy exclusivo porque nos ayudó mucho la Cruz Roja Internacional, y como mi madre era de apellido noble, entonces tenía más apoyo. En el colegio nos recibieron unas monjas muy subidas. Para ese entonces ya la guerra se había acabado y sucedió un problema internacional porque todos los desplazados se vinieron a Italia que estaba muy mal económicamente.

Poco después, viendo el problema por el que estaba pasando Italia, mi madre decidió que iríamos a Argentina porque por ahí se deCía que en este país lo recibían a uno con los brazos abiertos, y así fue, cuando llegamos todo era distinto. Además, íbamos recomendados, y es que cuando uno tiene palanca las cosas definitivamente son muy diferentes. A mi hermana y a mí nos recomendaron en el colegio Sagrado Corazón. Claro que cuando llegamos fuimos muy discriminadas porque no teníamos plata. Me tocaba usar los uniformes y los útiles de las exalumnas porque no teníamos con qué comprar, pero de todas maneras ahí estuve. Luego me tocó salir a trabajar para ayudar a mi madre. Eso fue muy duro. Por esos días estábamos buscando un apartamentito porque mi hermana se casó, y teníamos que tener mi mamá y yo otro apartamentito. Pusimos un aviso y después de buscar llegamos a un edificio muy lindo., Ahí arrendamos y conOCí a un vecino colombiano muy buen mozo. El estaba haCIendo una especialización en medicina. Entonces, empezamos a salir. Me "tramó":

Después de un tiempo, Elizabeth y su novio se casaron. Él salía en la mañana al hospital y ella a su trabajo. Tuvieron dos hijos, uno es médico y la otra es abogada.

- Decidimos venirnos a Colombia porque mi esposo quería volver a su tierra. A nosotros allá no nos hacía falta nada, aunque no teníamos lujos pero, bueno, éramos felices. Cuando llegamos a Colombia era víspera de navidad: creo que era un 22 o 23 de diciembre. Para mí estar en una tierra extraña, con dos chicos, fue terrible. Además, los chicos y yo estábamos acostumbrados a la navidad en Argentina. Acá es muy diferente, todo gira en torno a los regalitos. Nosotros no estábamos acostumbrados a eso, así que cuando llegamos, después de un viaje largo y un vuelo terrible, tuvimos que salir corriendo a comprar algo para los chicos.

Para Elizabeth también fue traumático el momento en que conoció a sus suegros. Su suegra era una mujer terrible, que vivía de las apariencias y siempre estaba en función de la moda y del qué dirán. Elizabeth la encontraba insoportable. En cambio su suegro era una persona sencilla que escasamente sabía leer y escribir. Él siempre fue un gran apoyo para Elizabeth.

-Unos años más tarde nacieron mis otros dos hijos y yo me empecé a acostumbrar a mi nueva vida. Realmente me adapté muy bien y gracias a esto he vivido todos estos años acá. De verdad, mi vida aquí ha sido muy feliz, aunque con el paso de los años me di cuenta que mi esposo me era infiel. Así que en un ataque de locura lo saqué de mi casa con la policía y nos divorciamos. Mis hijos se casaron: uno vive en Estados Unidos, otra en Inglaterra y los otros dos viven aquí en Colombia. Yo estoy muy en contacto con ellos y con mis nietos, aunque no los veo mucho porque no soporto a mis nueras que son unas brujas, pero ya está, en mi vida he tenido que pasar muchas cosas duras así que ya estoy acostumbrada.

Con el paso de los años, Elizabeth ha tenido que aprender a lidiar y a manejar su soledad. Ella es consciente de que la vida tiene su curso, que sus hijos y nietos ya están labrando sus propios destinos y que tiene que dejarlos ir.

- Hay algo que ha sido muy importante para mí y que me ha mantenido siempre firme en la vida, algo que me decía mi madre y que nunca he olvidado, y es que hagás lo que hagás en la vida nunca se te va a caer la corona de la cabeza, porque tenés clase, tenés en-

señanzas, sos una persona de bien, aunque te toque restregar baños nunca vas a dejar de ser gente, yeso es lógico, a cualquiera le puede pasar. Uno nunca sabe lo que puede pasar en la vida, entonces vos sos lo que sos, y no importa lo demás. La apariencia importa nada yeso es lo que uno tiene que aprender en la vida, no dejarse llevar por el qué dirán, no, vos sos vos, yeso es lo que me enseñó la vida. Y todavía sigo sobreviviendo. Es tenaz pero rico. Yo trato de transmitirle a las personas que conozco - a mis hijos, a mis nietos— que aprendan algo de lo que la vida vale, y que aprendan a VIVIR. Creo que por esto he sido feliz.

Junio de 2003

Entre diablas

Mauricio Serna'

Soy de una familia muy grande y mis padres me dieron una cultura excelente. No fui una persona de estos lugares, nunca, menos de una cantina. Mi hermano y yo somos gente de bien, pero así son las cosas, las circunstancias son las que nos tienen trabajando aquí, con prostitutas.

En estos lugares se ven muchas cosas, muchos cacharros y mari-cadas; por ejemplo, una vez, una pelada de pueblo, de Sevilla creo que era, se le veía lo "monturita" que era, y llevaba ocho días de estar trabajando y nadie la escogía. Y era por lo "monturita" que se veía la vieja, o sea, no se organizaba bien. Pasaron diez días y nada, doce días y nada. Entonces le dije:

-¿Usted qué piensa, pues?

- Yo como que no le gusto a nadie, Memo -me respondió.

- Mija, pues yo no sé, pero el viernes usted cumple quince días de estar aquí, y si para esa fecha nadie se la ha comido, pongo a todos los trabajadores a que se la culeen a ver si así despega.

-Ay, como así.

- Pues sí, mija, porque usted está comiendo aquí, está durmiendo, me está gastando servicios, ¿y lo del negocio, qué? -Le dije.

Bueno, y las cosas se quedaron así como un simple llamado de atención para que supiera que aquí se viene es a trabajar.

La "monturita": como Memo le decía, era una pelada bajita, delgada, de piel pálida, con cabello negro y crespo hasta los hombros. Se veía con poca experiencia en ese mundo, en ese pesado ambiente, porque se le notaba muy recatada, muy sumisa y muy insegura, pero

era buena la disposición que mostraba para asimilar todo lo relacionado con el medio.

Un día antes de cumplirse el plazo pactado entre Memo y la "monturita", llegó un gringo muy alto, rubio, con ojos claros, de aspecto rígido y con una actitud muy reservada.

Para sorpresa de todos, el gringo escogió a la "monturita": y ella se puso muy contenta.

-Me escogieron y no me tengo que ir, qué bueno, qué bueno -le decía a las otras viejas, casi saltando de la alegría.

El gringo y la "monturita" se fueron para la habitación principal, y allí estuvieron como una hora. Cuando de repente bajó la peladita, muy alterada y desnuda, en dirección a la oficina de Memo.

-¿Y a usted qué le pasó, mijita? -preguntó desconcertado.

Memo y cinco o seis peladas que estaban esperando clientes, se tomaban una cerveza.

-Memo, ese viejo hijueputa se cagó -respondió.

-¿Cómo así que se cagó? -preguntó Memo, bebiendo un trago de cerveza.

-¡Sí, Memo, ese man se cagó! -gritó, un poco nerviosa y acelerada, mientras se colocaba la ropa interior y se cubría el cuerpo con una toalla.

El gringo le había pedido a la "monturita" que lo hicieran parados porque así le gustaba más, que se recostara contra una pared, mientras él hacía la vuelta por detrás. Entonces, Memo, riéndose con las demás peladas, le preguntó:

-¿Y qué pasó?

- Pues yo le gritaba que me hiciera duro, duro, cuando noté al gringo como raro, y sentí es que "fuuss":

-¡Qué! ¿Fuuss, qué? -preguntó impaciente.

-Pues fuss, Memo, que ese gringote se cagó en la pieza. Miré hacia abajo y vi esa plasta tan horrible. Te juro Memo que no sabía qué hacer, ni él tampoco. Y yo me preguntaba: ¿Este man se cagó, y ahora qué hago? Entonces fui al baño, cogí mi ropa y bajé.

En esos momentos sonó el teléfono de la oficina de Memo y él, un poco desconcertado por la situación, se rehusó a contestar presintiendo que el que llamaba era el gringo. Al final, le tocó atender la llamada.

-Oiga, Memo, ¿y la muchacha?, ¿qué pasó con la muchacha?

Memo, sin saber qué decir, titubeó un instante, y al final le dijo:

-Señor, es que ella nos está contando que a usted le pasó una tragedia.

-Pero eso no es nada -dijo el gringo.

-¿Y qué fue lo que pasó? -preguntó Memo

-Yo no sé...

-¿Por qué le ocurrió eso? -preguntó nuevamente Memo.

- Es que hice mucha fuerza, Memo, enténdame.

-Mejor dejemos las cosas así -le dijo Memo.

-Pues sí -respondió el gringo.

Después de terminar la llamada, Memo, sonriendo, se dirigió a la "monturita".

- ¿Y entonces, qué?

- No, yo no sé, yo no voy a subir, eso fue una cosa grandísima lo que ese man soltó.

- Bueno, de todas maneras le toca limpiar la pieza, "monturita".

- Vea, Memo, usted perdonará, usted verá si me sanciona o me echa, pero yo no limpio ese mierdero ni por el putas.

Fue entonces cuando Clara, la empleada, le dijo:

- Mija, si quiere yo le aseo la piecita.

- ¿Y cuánto me cobra?

- Veinte mil pesos.

-Si me hubiera dicho cincuenta se los hubiera dado -dijo después la peladita, mientras se arreglaba el cabello en el baño.

Así son los cacharros en estos negocios, pero uno se va acostumbrando a tratar con toda clase de personas, porque el negocio se lo exige a uno.

Es difícilísimo trabajar con diablas, es muy duro, la parte más dura de este negocio es manejar estas viejas, sobre todo cuando entre ellas mismas pelean. Y aunque antes tenía una idea muy diferente de las prostitutas, ya trabajando con ellas uno se puede dar cuenta que son mujeres sometidas.

Hace dos años y medio que estoy en este medio. Antes de entrar a este negocio de "putas" trabajaba en el Ecuador, pero me fue mal, me

robaron. Yo no me metí en este negocio porque fuera rentable, sino que recién llegado del Ecuador, después de ese tumbé tan bravo, mi hermano quería montar un negocio en una casa que tenía disponible, y por las circunstancias de la vida se dio un negocio de estos, un putiadero.

La casa arrancó sólo con mi hermano, pero fue agrandándose, creciendo, y necesitaba personal de confianza, porque estos negocios son así; y el caso fue que me llamó para ver si podía trabajar. Entonces, sin empleo y vaciado, le dije: "Listo, voy para allá".

Cuando entré me temblaban hasta las uñas, sobre todo por la educación que me dio mi madre. Recuerdo que mi mamá, cuando yo tenía como catorce o quince años, me decía: "Mi amor, en esas casas donde van muchos hombres hay mujeres malas y espíritus malos y, además, todo lo que usted haga lo ve Dios, y a él no le gustan para nada esos lugares".

Por eso trabajar con estas mujeres para mí no era nada fácil, y menos cuando estudié en un internado católico en las afueras de Medellín.

La situación era terrible cuando empecé porque las viejas me molestaban mucho. Recuerdo tres mujeres que me mandaron a ofrecer plata con mi hermano para que les hiciera la vuelta, para que me las comiera. Una de ellas me ofreció \$200.000, la otra mandó a preguntar cuánto le cobraba y la tercera me acechaba todo el día con papelitos. Eso a mí me daba risa, una risa nerviosa, ya que tenía la noción de que los hombres siempre eran los que tomaban la iniciativa con las mujeres, y por eso mi hermano se burlaba de mí. Una vez me dijo:

-Ojalá me estén diciendo eso a mí.

Y yo le decía:

-Cómo voy a meterme con esas viejas, hombre, que asco.

Eso hacía que me achantara y me pusiera mal. Un día una vieja, con un fajo de billetes en la mano, dijo:

-Como nadie ha sido capaz de comerse a Memo, la primera que lo empelote y se lo coma, se lo gana. Eran como siete viejas y se me tiraron como gallinazos. Se me sentaron encima y era imposible soltarse. Sin embargo, como pude, lo hice, y de la piedra las encendí a correa, a todas siete. Entonces, la vieja que ofreció la plata, dijo:

—¿No fueron capaces? ¿Y es que no quieren ganar plata o qué?

Eso fue un cacharro.

Cuando cumpla años, le digo a mi hermano que no vaya a recordarles nada porque una vez me agarraron como veinte, me amarraron a la cama, cagadas de la risa, dispuestas a todo, dizque para celebrarme el cumpleaños. Uno puede ser muy fuerte y todo, pero veinte viejas son veinte viejas, y todas encima, pues no se zafa ni el putas. Lo cierto es que empezaron a bailar haciendo "striptis": otras a empelotarme, a bajarme el pantalón y otras a manosearme y a darme trago. Después les dije que me soltaran, que ya estaba tranquilo, y fue ahí cuando me les volé. Por eso no me gusta que sepan de mi cumpleaños ni nada por el estilo, más bien me les pierdo todo el día.

"Por eso, trabajar con putas es duro, esas diablas se vuelven muy atrevidas, y pierden todo pudor y vergüenza, son mujeres difíciles de manejar": dice Memo, mientras se toma un trago de Red Bull. "No es bueno meterse con ellas porque eso trae malas consecuencias a nivel del negocio. Eso es como el que tiene un negocio de licor y se lo bebe. Si uno se acuesta con una diabla ella se va a creer con más derecho que las otras, y se forman muchos problemas en el negocio. Además, yo sé todas las cochinas que ellas hacen con los clientes, porque me las cuentan, y eso no va conmigo. ¿Estar con una pelada a sabiendas de todo lo que hace? No, eso no es conmigo".

Memo está un poco cansado e indispuesto por todo el trabajo que tuvo esa noche, pero se siente a gusto ya que el lugar está lleno y las mujeres ocupadas.

"Otra cosa", dice, sacando una cerveza fría del congelador, "controlar estas peladas no es fácil, porque una vez que ya han cogido cancha no las controla nadie. Por eso hay multas o sanciones: son multas duras, altas, pero necesarias, dependiendo de lo que hayan hecho. La primera vez que cometen una falta se les cobra \$100.000. Si lo vuelven a hacer, 200.000 mil, y así se le va subiendo. La falta más grave es cuando se ven con un cliente por fuera del negocio y nosotros nos damos cuenta, ya que hay mucho sapo que gana precisamente por eso, por aventarlas. A ellas no les importan las multas, pues como ganan mucha plata dicen que les descuenten eso, que con una culiadita lo reponen. Ellas son muy rebeldes y eso no les duele. En cambio a nosotros sí, ya que nos toca invertir mucho en el negocio: propagandas, preservativos, comida, arriendo, servicios, trago, etc.

A ellas no les importa nada ni nadie y se cagan de la risa”.

A la casa llegan a trabajar mujeres de toda clase: casadas, separadas, solteras, profesionales, madres solteras. Un día llegaron una abogada y una enfermera a trabajar un mes para cumplir con una deuda que tenían. Si a las peladas les va bien, llaman a otras peladas de otras ciudades para que se vengan a Cali. y así, con ese contacto, el negocio se da el lujo de tener mujeres de la Costa, de Medellín, Pereira, Manizales, Palmira, y por supuesto de Cali.

Un martes, en la noche, el negocio está lleno.

De las diecisiete o veinte mujeres que Memo maneja, sólo están disponibles dos. Nueve están prestando sus servicios de manera individual, tres están realizando un show de 'striptis': cuatro están en una presentación de lesbianismo y las otras dos estaban por fuera del negocio prestando un servicio a domicilio.

"Este sitio es de caché, cualquier día a la semana, en cualquier periodo del año, siempre tenemos mucho trabajo. A las muchachas sólo les damos descanso el día domingo y los quince primeros días del año; el resto permanecen internas en el negocio':

"El trato que a ellas se les da es muy bueno. Al comienzo siempre están nerviosas, pero después sus mismas compañeras les enseñan las normas y el comportamiento que deben tener aquí. Uno también les indica cómo deben proceder, y aprenden rápido. Por ejemplo, cuando un hombre tiene el pene muy grande ellas buscan la mejor posición, porque una cosa es darle gusto al cliente y otra es que hagan lo que ellos quieran. Atender bien al cliente es que él salga satisfecho, que haya tenido un buen servicio, una atención excelente. Y ese cliente siempre vuelve. Al negocio llega mucho extranjero, sobretodo los gringos que tienen penes muy grandes, y dan con mujeres que tienen la "cuca" muy pequeña. En tal caso, hay que devolverles la plata porque ellos, simplemente, no pueden estar con las peladas':

Generalmente las peladas llegan a trabajar como prostitutas por simple necesidad: tienen hijos, el esposo las abandonó o las golpea, los padres las echaron de sus casas, o trabajan para ayudar a sus familias. Son muchas las razones, pero siempre que llegan por primera vez están muy golpeadas emocionalmente. Y después de trabajar un tiempo, se vuelven pura "mecha": solo usan ropa fina, compran joyas

grandes, celulares nuevos, andan en taxis, y todo lo hacen para aparentar con su amigas.

Las relaciones obligadas son las vaginales y las orales, las relaciones por detrás van por su cuenta. Si cobran o no depende de ellas mismas, pero Memo les explica todo esto para después no tener problemas.

Yo tengo este negocio hace un año más o menos, pero antes de este tenía otro de los mismos en Popayán. Y todavía lo tengo, es mucho más grande y va mucha más gente. Pero me tocó duro, me estaba sacando canas. Me tocó meterle mucha propaganda, radio, prensa, volantes, tarjetas, fiestas y no pasaba nada. Hasta que un amigo me dijo que era el sitio; el negocio anterior había tenido muy mala fama porque se mantenía lleno de bandidos y ladrones. "Anúncielo por TV", me dijo mi amigo, "haga saber que es un sitio distinto": Y lo hice por los canales regionales, y eso fue como un tiro: todos los días, a cualquier hora, iba gente, de todas las edades.

Además, nosotros tenemos buenas relaciones con la policía, con los inspectores de salubridad y con la administración local. Es decir, cumplimos con las reglas y normas para este tipo de negocio, y hemos ganado respeto y tranquilidad.

Aquí en Cali el negocio es espectacular, bonito y completo.

Este lugar por ejemplo no necesitó tanta publicidad como el de Popayán. Somos muy organizados y tenemos "ficheros": o sea personas que se hacen afuera del establecimiento: vigilantes, vendedores, taxistas, que se encargan de pasar la voz, de repartir las tarjetas y volantes. Ellos ganan una pequeña comisión por esa labor, dependiendo del número de personas que recomienden. Por eso una vez les hicimos una fiesta a todos los que nos habían ayudado, y repartimos camisetas, gorras, relojes y regalos sorpresa.

Nosotros somos agradecidos y sabemos que gracias a ellos han llegado muchos clientes.

Nuestro lema es darle un buen trato a las personas, a todos, y eso nos ha traído buenos dividendos pues nos hemos ganado a la gente. Pero el mejor trato que se da aquí son para las peladas, porque sin ellas este negocio no existiría y ellas, sin el negocio, serían una locas.

Por esa razón se les da buena comida, buena atención, buenos estímulos como regalos, fiestas, cositas pequeñas, pero que a ellas le caen muy bien.

Las tarifas que manejamos son: la media hora \$70.000, por una hora 100.000, el domicilio 180.000 y el show de lesbianismo \$150.000. Es caro, lo sé, pero no tanto, teniendo en cuenta que aquí tenemos hembras muy buenas, un servicio excelente y clientes que siempre se van a gusto.

Lo cierto es que uno cambia mucho en este negocio y a las peladas las empieza a entender como personas, con los dramas que cargan. Al comienzo las tenía en un mal concepto y, por mi nerviosismo, sólo veía putas, pero con el tiempo terminé entendiéndolas, pues fui conociendo sus vidas, y todas tienen problemas como cualquier otra persona. Son mujeres necesitadas, solitarias, algunas sufren mucho; por lo general se han peleado con sus familias, se han volado de sus casas, pero uno no se mete en esos problemas; después de que sean mayores de edad, que hagan lo que quieran. Muchas veces me piden un consejo y yo les digo que expliquen la verdad para salir de eso, y así se quitan ese peso de encima. Por ejemplo, un día se presentó el novio de una, y como ellas primero los ven a través de una cortina, la muchacha dijo:

- **Y** este hijueputa dizque viniendo a este negocio, ¿qué tal?

y lo más berraco es que llega un trabajador y dice:

-¿De quién están hablando?

- Pues de aquel que acabó de entrar, es mi novio, o era, porque de que lo echo, lo echo.

-¡Cómo así! -dijo el trabajador-o Si ese man es cliente viejo de nosotros. Ese gasta un poco de plata cada vez que viene: pide trago y siempre quiere estar con dos viejas.

- Yo ya he estado con él -dijo Martha, otra pelada que estaba junto a la cortina.

- Yo también -dijo otra.

y la otra y la otra. Eso fue un cacharro y nos reíamos todos.

Esto no es lo mío, no es en lo que pensé trabajar. Estoy aquí por las circunstancias. Si se me aparece la oportunidad de montar mi negocio, en la parte educativa, por ejemplo, lo haría. Aquí desgasta mucho el trabajo, y para que funcione uno debe estar las veinticuatro horas con la cabeza adentro. Lo que hago es muy esclavizante, nece-

sita de mucha responsabilidad y sacrificio, tanto así que se le pierde a uno la vida social. Yo puedo salir con una muchacha a rumbear, a estar con ella un rato, pero no estoy tranquilo dejando el negocio solo, pensando que si las muchachas están trabajando bien, que si los empleados no están detrás de ellas, que no estén metiendo vicio, y muchas cosas más. No estoy tranquilo, no puedo tener una vida normal. Este negocio está donde está es por mí, porque le he metido el lomo todo el tiempo que llevo en él, y si marcha como un relojito no es por que me lo haya ganado, sino porque es el resultado de un duro trabajo. Ah, y trabajar con diablas es algo que no se lo recomiendo a nadie ni por el putas.

(El negocio donde trabaja Memo queda en un barrio al norte de Cali. Es una casa de dos pisos y en la primera planta tiene dos salas, una para recibir los clientes y la otra que es privada. Además cuenta con un cuarto confortable con vidrios polarizados para hacer "strip-tis" y show de lesbianas. En el segundo piso están las alcobas bien equipadas: cuentan con cama doble, televisión con canales porno, espejos grandes, baño, aire acondicionado y un teléfono. La casa esta dividida en dos secciones: una es para el negocio y la otra es para que vivan las peladas).

Noviembre de 2003

Guerra civil, guerra incivil

María del Mar Mozo'

La frase "compadezco a los de Cuba al tener que vivir así porque otros lo quieren": junto a "no me explico cómo el gobierno deja a los desplazados tirados por ahí", son utilizadas por María Mercedes Retegui al comparar lo que viven los cubanos y los desplazados en Colombia hoy en día, con lo que le tocó vivir a ella hace sesenta y ocho años.

"Teníamos dinero, pero no servía para nada. Franco le dio muy duro al país Vasco que no tiene mucha tierra, y lo poco que se producía, el gobierno lo tenía muy controlado. El año 51 fue el peor para nosotros. Había mucha hambre, mi madre se dedicaba a la casa, a mantener todo en orden y a criarnos. Cinco hijos es bastante trabajo para una sola persona. Mi padre salía a trabajar la tierra, como la mayoría del pueblo. Sin embargo, necesitábamos pases para comer y para adquirir bienes. No podíamos hacer uso de lo que producíamos. Teníamos que entregarle toda la producción al Estado, mejor dicho a Franco. Era un poco parecido a Cuba, con la diferencia de que nosotros no vivimos el bloqueo. Me tocó ver a muchas familias y amigos aguantar hambre y pasar necesidades. La escasez era tanta, en toda España, que mucha gente murió por falta de alimentos. Ese manejo de pases que le dio el gobierno a todo hizo que con el tiempo se introdujera el contrabando y así se lograban intercambiar algunas cosas. Pero el gobierno era muy disciplinado y nos tenía en racionamiento. Era horrible, la libertad no existía. Yo en ese entonces, ya estaba casada y tenía dos hijos. Ya mis padres no tenían que cargar con cinco, sino sólo con cuatro. A mi esposo, Guillermo Leunda, la dictadura le había quitado a su hermano menor de veintiún años de edad. Lo más triste de eso es saber que él era franquista. Esa fue la razón para que decidiéramos que nos vendríamos para Colombia, porque como

¹ Cali, 1981. Egresada de Economía y Negocios Internacionales, Universidad Icesi, Cali.

él dijo en ese entonces: "Ninguno de mis hijos le va a servir a Franco. Prefiero irme». Y eso fue lo que hicimos. Compramos maquinaria y nos instalamos en Colombia, en Cali para ser precisos. Hoy mi esposo ya no vive, pero logró dejarles a sus tres hijos un negocio familiar, lejos de la dictadura. Con este negocio, sacamos a nuestra familia adelante y logramos que todos se educaran. Hoy, todos tienen una familia y están bien posicionados en el mercado laboral':

María Mercedes tiene ochenta y seis años y vive con su hija mayor y un nieto en una casa al norte de Cali. Se conserva muy bien para su edad y dedica los jueves a encontrarse con las amigas que le quedan.

Tiene una finca cerca a Cali, pero dice que va muy poco porque le da miedo. A pesar de sus vivencias en la Guerra Civil Española, cuando era sólo una niña, no se acostumbra a la violencia que se vive en Colombia y aún siente miedo por lo que pueda pasarle en las calles.

Nació en el País Vasco, en el año de 1925, hija de padres socialistas. Cuando cumplió los seis años se creó la segunda República Española, que tenía como objetivo transferir el poder de los terratenientes a las clases medias apoyadas por el campesinado; otro objetivo era mantener a la políticamente poderosa Iglesia, dentro de unos límites. También luchaban por democratizar la estructura del ejército, laicizar el sistema educativo y efectuar una modesta redistribución de las tierras.

El padre de María Mercedes, como buen socialista, apoyaba a los republicanos, pero gran parte de los católicos y de los que pertenecían a la clase media se opusieron a estas medidas. En septiembre de 1933, el Gobierno dimitió y en las siguientes elecciones los partidos de la izquierda sufrieron una aplastante derrota. «Yo era muy chica, pero aún recuerdo la cara de desconsuelo de mi padre con esa noticia». La nueva República derechista permitió que quedara sin efecto todo lo que habían logrado sus predecesores. Durante los dos años siguientes se extendió la violencia.

"Cuando la Guerra Civil estalló, yo acababa de cumplir once años. Es curioso, la guerra cayó, primero, como una tragedia, claro, pero también casi como una fiesta. Porque la primera consecuencia es que no había escuela. Esto era una liberación, pensaba en ese entonces, sin darme cuenta de lo que me haría falta estudiar. Pero no sólo no había escuela, sino que las fábricas no trabajaban. Los trabajadores se reunían, desconcertados, sin saber dónde estaba el enemigo, discutían y buscaban armas. Son los azares de una guerra incivil. Esa conmoción la sentí primero con la angustia de que nos iba a ocurrir algo. No sabíamos quién, ni por dónde nos iban a atacar. Es aterrador estar en esa situación. Dejé de ir al colegio y de ver a muchos de mis amigos. A muchos de los profesores les tocó ir a pelear al frente y otros fueron acusados por ser izquierdistas. De repente, mi vida cambió. El gobierno Vasco, por fortuna, nos acogió a todos y nos movió de un lugar a otro para que no fuéramos víctimas de la guerra. Esa época la recuerdo muy bien. Mi padre vino corriendo a casa y nos dijo que había que salir enseguida para Santander. Dijo a mi madre: «Inmediatamente». Recuerdo que saqué al balcón y vi que estaban cortando la carretera cruzando dos tranvías ahí mismo, en frente de la central. Mi madre quiso llevar alguna ropa, pero mi padre no la dejó. No había tiempo para eso, y además era cosa de unos días. Días que se alargaron años. Vi como muchos morían y no por disparos, sino de hambre. La primera ciudad a la que fuimos trasladados fue a Santander. Allí no estuvimos mucho tiempo pero permanecimos juntos, por fortuna. La verdad es que tuvimos mucha suerte.

"Luego, fuimos movilizados a Asturias: Una vez los bombardeos se acercaron mi padre tuvo que pelear. El tuvo la suerte de pelear por su causa, en el frente contra la Falange, y digo que tuvo la suerte porque muchos eran sometidos por Franco. Fue terrible. Allí cayó prisionero, pero fue liberado por unos informes que dio el pueblo. La verdad yo no me enteré muy bien de aquello, lo que sé es que estuvo unos meses preso y luego regresó a nuestro lado. De Asturias nos trasladaron a Francia, que trató de acoger a mucha gente y apoyar a la izquierda; claro que las movilizaciones se hacían de manera inhumana: nos dejaban esperando en las calles mientras llegaba el tren, eran horas y horas sin nada que comer. Luego, cuando el tren arribaba, metían mucha gente, como cincuenta en un vagón en

dónde sólo cabían treinta. Se sentía uno como un animal, sin aire, sin comida, sin nada.

"Después teníamos que aguantar el viaje. Recuerdo que en Oviedo, cuando íbamos a abordar un tren rumbo a Francia, vi a alguien morir de hambre. Lo recuerdo con mucho dolor. Yo era muy chica, pero el pequeño que vi era tan solo un bebé. Su madre lo cargaba, acompañada de toda su familia, desesperados pidiendo auxilio. Fue un golpe muy duro para todos los que nos encontrábamos allí porque no podíamos hacer nada. El rostro de la madre y de toda la familia del bebé nunca se me borrará de la memoria.

"Perdí contacto con todas mis amigas y, al final, fuimos trasladados a Cataluña, aunque tuve la fortuna de permanecer siempre con mi familia. Muchos fueron separados y muchos niños fueron llevados a México, Rusia e Inglaterra. En Cataluña viví con el veterinario del pueblo. Esa familia me acogió siendo franquista, y no les importó que mi familia fuera socialista. Se portaron muy bien conmigo, siempre tuve cama y comida en el plato. Soy muy agradecida por esa razón. Es por eso que no entiendo cómo puede existir gente desplazada a causa de la guerra en Colombia, sin nada que comer. Permanecemos allí hasta que la guerra terminó. Nos demoramos de Barcelona al país Vasco como cinco días, en condiciones bastante inhumanas. Cuando llegamos, la casa la habían saqueado. Eso no nos importó porque, por fin, estábamos en casa y las cosas iban a mejorar. Lo materiallo podíamos conseguir. Lo importante, en aquellos momentos, era sobrevivir.

"Yo creo que he quedado marcada para siempre con ese hierro de la guerra, igual como se marca un ganado. También fue grande la marca que me dejó la religión. Yo pasé por unas revueltas interiores en lo religioso, difíciles de superar. Estuve alejada de la Iglesia, sin respetar nada de lo que antes había respetado.

"Durante la guerra la Iglesia tomó una posición beligerante aliado del franquismo. Franco la utilizó políticamente y como, por desgracia, ha sucedido otras veces en la historia, la Iglesia estuvo por el imperio de la fuerza y no por los derechos del hombre, del pueblo, que son los verdaderos fundamentos de Cristo. Para mí, que era muy chica, fue muy evidente la injusticia de ese interés. A mí me salvó el testimonio de nuestros sacerdotes, los que estaban aliado del pueblo.

Sin embargo, muchos de ellos se desperdiciaron haciendo parte de una Iglesia que no tenía credibilidad ante la gente".

En el pueblo de María Mercedes los ciudadanos pertenecían a diferentes partidos políticos y, durante los bombardeos, fueron trasladados a distintos lugares, donde pasaron la guerra. Al final, en la dictadura de Franco, la mayoría regresó a buscar lo que quedaba de sus pertenencias.

"Después de la guerra y durante la dictadura, tuvimos buenas relaciones con todos los del pueblo y nos respetábamos la forma de pensar. Eso me gustaba y me llamaba mucho la atención, pues aprendimos a vivir con nuestras diferencias. Además, por lo que pude percibir, la mayoría no estuvo nunca de acuerdo con la guerra. Recuerdo que me reuní con mis amigas a hablar sobre todas nuestras experiencias, y fue muy interesante. Ahí me di cuenta que así nos hubiera tocado pasar por muchos momentos difíciles, fuimos afortunados de salir con vida, tener comida y permanecer juntos.

"Quise retornar al colegio después de la guerra, pero me negaba rotundamente a tener que cantar el Himno al sol y tener que saludar como lo ordenaba el gobierno de Franco. Recuerdo que me inscribí en la escuela nocturna con la aprobación de mi mamá. Los profesores trataban de inculcarnos las políticas de Franco y todo lo concerniente a su gobierno. Es como si tuviéramos que transformar nuestras creencias.

"Yo, a los pocos días, le dije a mi mamá que no volvería al colegio.

"Y, después de oír mis razones, no tuvo ninguna objeción".

Cuando María Mercedes y su esposo llegaron a Colombia tuvieron que pasar por muchas dificultades para montar su negocio. Al final todo les salió bien. Ellos enfrentaron las dificultades con mucho ánimo y con una actitud muy positiva.

Ahora está ilusionada con la llegada de su primer bisnieto: su nieta, que vive en las Islas Canarias, tiene cuatro meses de embarazo. Además, dos nietos que residen en Cali están próximos a casarse. Dos de sus tres hijos viven en la ciudad de Cali, uno de ellos maneja el negocio que montó su padre. El contacto con sus raíces españolas es muy estrecho. Todos sus hijos y nietos han asistido al colegio Hispanoamericano, incluso han pertenecido a la junta directiva. Además de esto, frecuentan el Centro Español, un club ubicado en Menga, en el que se reúne la colonia española. Todos ellos conocen bien sus

raíces aunque hayan nacido en Colombia. Uno de sus hijos es casado con la hija de unos españoles.

"No podemos negar que Colombia nos ha tratado muy bien, pero patria es patria y así seguirá siendo", dice María Mercedes con la mirada perdida.

Junio de 2004

Inglés básico

Ana Carolina Otálvaro'

1

Estar en la cárcel ha sido mi mayor drama, claro que también lo fue separarme de mi mujer. Pero es que igual, las dos cosas se dieron al mismo tiempo.

Eso fue cuando tenía veintiún años. Mi hermano me consiguió un trabajo de portero en una discoteca. Era mi primer día y yo estaba muy pilas porque me estaban probando y dependiendo de eso me dejaban trabajando allí.

Había muchas personas afuera. Ya eran casi las doce de la noche y la gente todavía llegaba. Hasta ese momento todo había estado bien y yo me sentía contento porque el trabajo pintaba bueno. A eso de las doce y media llegó una camioneta del DAS. Yo no me preocupé porque las cosas estaban en orden allí afuera y las personas estaban organizadas esperando para entrar, aunque muchos se asustaron, se salieron de la fila y se fueron. Yo me acerqué un poco como para recibirlos amablemente, para ver qué necesitaban. Pero ellos no me dijeron nada. Me cogieron del brazo mientras otros me apuntaban con armas y me subieron a la camioneta. Fui el primero en estar arriba y no me dejaron hablar. Me dijeron que todo lo que dijera podía ser usado en mi contra. Y yo que pensaba que eso solamente lo decían en las películas de acción, me di cuenta que era real porque lo oí y viví en ese momento.

Poco a poco fueron sacando a más gente de la discoteca: al administrador' al cajero, al barman, a los meseros, a unos clientes y a unas muchachas que estaban como drogadas. Ahí fue que me di cuenta de lo que pasaba: en esa discoteca se estaban distribuyendo drogas y yo estaba sano. Como mi trabajo era estar afuera, ni me enteraba de lo que pasaba allá adentro.

1 Cali, 1986. Estudiante de Contaduría Pública y Finanzas, Universidad Icesi, Cali.

Esa noche nos dejaron en una inspección, por ahí por la avenida Primera. Yo no me pude comunicar con nadie. Estuve llamando a la casa de mi suegra pero nadie me contestó. A lo mejor dormían o seguramente ni estaban. Esa noche fue tenaz. Yo nunca había estado en una estación de policía. Pero lo que más me inquietaba era cómo se iba a poner mi mujer cuando se enterara. Ella tenía siete meses de embarazo y a mí me preocupaba que esa noticia le afectara al peladito Igual, yo tenía la esperanza de salir rápido, de que dijeran que yo no tenía nada que ver y poder irme para la casa a cuidar del embarazo de mi mujer.

Pero eso eran sólo ilusiones. Al otro día nos trasladaron para Villanueva. y allá fue peor porque me metieron al patio tercero. Eso es una olla muy peligrosa.

Mi mujer se enteró porque mi hermano le contó. Yo ya no pude volver a llamar y mi hermano se dio cuenta de lo que había pasado por amigos que le comentaron. Luz Amparo fue sólo una vez y no la dejaron entrar por eso del embarazo. Entonces, con otra señora que iba para el mismo patio, me mandó unas cosas que había llevado.

Lo más difícil de estar adentro era ver cómo uno a uno los iban sacando. A la mayoría de los meseros los declararon inocentes, pero al administrador y al cajero los declararon culpables porque estaban implicados en la distribución de drogas. Ya a todos los habían investigado y a mí ni siquiera me llamaban. Era como si no existiera, como si nadie se acordara de mí.

A los quince días de estar adentro me llamaron: ¡Abelardo López Gálvez!, y me metieron para un cuarto. Me dijeron que me iban a poner un defensor de oficio porque no tenía abogado. Yo les dije que no lo necesitaba porque era inocente, pero de todas formas me lo pusieron. Él me insistía en que confiara en él y que le contara la verdad. A mí eso me dio piedra en porque yo ni siquiera sabía cuál era la verdad. Me interrogaron una y otra vez preguntando las mismas tontearías. Pero yo no les podía decir nada y eso era lo que no entendían.

Gracias a Dios la investigación salió limpia y a los dos días ya estaba libre. Nadie se enteró cuando me liberaron. Entonces me fui caminando para la casa porque no tenía plata ni para el bus. En ese entonces yo vivía en el barrio Las Américas, en la casa de mi suegra. Siempre estaba lejos. Pero fue la caminata más placentera de mi vida.

Salí muy achantado, pero estaba libre y eso era lo único que realmente me importaba.

11

El 6 de febrero 1970 llegué acá, a Cali. Un hermano mío se había venido cinco años antes y ya estaba ubicado con su familia.

Me quedé en la casa de él, ahí en el barrio Las Américas.

Él trabajaba en griles. Yo empecé colaborándole en cobros de unos cheques chimbos. Tenía que ubicar a los giradores y hacer que pagaran. Ese trabajo era pesado. Uno nunca sabía con qué clase de persona se iba a encontrar. Pero me tocaba. Era la única manera de conseguir plata y ayudarlo a mi hermano con los gastos de la casa.

Después, mi hermano me ayudó a encontrar empleo en uno de los griles. Trabajé como mesero, discómano, barman y portero.

Con mi hermano viví un poco más de un año. La señora que le arrendaba la casa tenía una hija muy bonita. Yo me enamoré de ella y a los días nos fuimos a vivir juntos.

Luz Amparo tenía catorce años cuando eso. Nos fuimos a vivir a la casa de la mamá de ella y como a la semana quedó embarazada.

Yo la quería mucho. Era una niña muy juiciosa, muy sana y dedicada al hogar. El problema era que como yo trabajaba en los griles y entraba a las siete de la noche y salía a las cinco o seis de la mañana, ella se iba a callejear. Luz Amparo era una niña casera, pero unas peladas "charqueras" que vivían cerca la acosaban, le decían que saliera a divertirse, que aprovechara que yo no estaba, que no desperdiciara su juventud ahí encerrada.

Yo me di cuenta porque mi hermano la veía salir de la casa por las noches. Al principio no le dije nada porque ella realmente estaba muy sola. Además yo llegaba prendido y no me gustaba pelear para no ir a maltratarla. Después, cuando se le comenzó a notar la barriga, le dije que se quedara en la casa porque esas salidas le iban a hacer daño al bebé. Además, yo no sabía si ella tomaba trago y menos en cuál antro se metía. Creo que no volvió a coger la calle de noche porque mi hermano no me volvió a decir nada.

Por esos días comenzó el mes de diciembre. Había mucha rumba y las jornadas de trabajo eran más largas pero bien remuneradas. Yo

le compraba a Luz Amparo todo lo que ella quería para que se quedara contenta en la casa. La relación iba muy bien y el trabajo también.

Cuando le faltaban ya dos meses más o menos para dar a luz fue lo del problema de la cárcel. Yo salí muy destruido. Me encerré en mi casa una semana sin querer ver a nadie. Las cosas estaban mal: Luz Amparo no me acompañaba porque mantenía todo el día en la calle.

Un día me dieron ganas de levantarme y seguir luchando. Yo quería que mi hogar se arreglara. Entonces salí en busca de trabajo pero primero fui a la Fiscalía a averiguar si mi hoja de vida quedaba manchada. Allá me dieron una cita para el día siguiente. Llegué muy temprano y me dijeron que mi hoja de vida quedaba completamente limpia. Eso me reanimó aún más y me fui feliz a contarle a Luz Amparo. Cuando estaba llegando a la casa, la pillé en la panadería sentada en las piernas de un tipo. Parecía una cualquiera. Le daba besos y él le acariciaba la panza.

Eso fue terrible. Yo no le dije nada. La verdad no sé por qué reaccioné como tan pasivamente. Me fui para la casa. Allá sí perdí la cabeza y quemé todas las cosas, incluidos mis libros de estudio. Todo lo quemé.

Eso fue un gran calvario para mí. Me separé de Luz Amparo, renuncié al gril donde trabajaba y me fui para La Dorada, Caldas, a vivir con otro hermano. Allá me quedé bastante tiempo y cuando volví, mi hijo Alexander ya tenía como tres añitos.

III

Mi padre falleció cuando yo tenía tres años. Cuando cumplí los cuatro nos fuimos para Alcalá, Valle. Allá vivíamos con mis nueve hermanos y mis sobrinos. Ellos ya estaban un poco más grandecitos y estudiaban. Cuando hacían las tareas de inglés a mí me gustaba preguntarles cómo se decía buenos días, en inglés, o cómo se saludaba. Ellos me decían: *¿how are you?, good morning, good afternoon, good night*. Y así comenzó a interesarme ese idioma.

A los seis años entré al colegio pero no me dictaban inglés.

En Alcalá sólo pude estudiar hasta tercero de primaria porque volvimos a emigrar hacia Montenegro, Quindío, donde mis abuelos

paternos y maternos. Ellos **ayudaban** a mi mamá. La situación económica estaba muy mala y éramos una familia muy numerosa.

Como no pude seguir en el colegio y a mí me gustaban los idiomas me puse a estudiar inglés de una forma autoevaluativa, empírica: autodidacta. Yo mismo estudiaba. Libro que veía por ahí lo iba comprando y les extraía algunas cosas. Así iba aprendiendo hasta que encontré el libro ideal: *Inglés básico* para estudiar por sí solo. Comencé a estudiar. Uno hace la primera lección, se la aprende y se hace un autoexamen. Si lo aprueba pasa al segundo capítulo y así sucesivamente. Se necesita ser muy honesto, evaluarse de una forma muy sincera para poder aprender. Así pasé todas las lecciones. Luego volví y repasé el libro al derecho y al revés. A mí me gustaba, me gustaba mucho y quería aprender.

Eso me sirvió después cuando comencé a trabajar, a los once años, como recepcionista del consultorio de un doctor, allá en Montenegro.

Él era hermano del gobernador de Antioquia por la época y se llama José Antonio Aramburu Restrepo. También era el presidente del hospital y del club Andino. A él lo trasladaron para Medellín y me dejó ubicado en la administración del club Andino. Me recomendó porque yo hablaba muy bien el inglés y eso era bueno para el club. Yo le traducía a los gringos que llegaban ahí.

En la administración estuve como seis años. De ahí me vine para Cali porque me tocó salir por un problema de unos enemigos que me eché. Yo era encargado de mucha gente, les daba trabajo, pero había unos que me irrespetaban porque me veían como una persona insignificante. Eran unos muchachos envidiosos, ignorantes y malagradecidos. Entonces me metí en problemas con ellos. Me empezaron a robar y yo los aconsejé más de una vez. Pero cuando no me aguanté más los agredí y por eso me tuve que venir.

IV

Regresé de La Dorada porque me cansé, porque es un pueblo muy caliente. A mí nunca me ha gustado vivir preocupado y allá uno nunca sabe qué día le va a tocar. Trabajé en unos puestos de ventas que tenía mi hermano en el centro. Vendía artesanías: tejidos, cosas en madera y en cuero.

De La Dorada me traje una buena platica y me instalé en un hotel. Como era artesano yo mantenía donde había ferias. Iba y tendía mis cosas y vendía todo. Vivía muy bien por la época. Cuando había clásicos del Cali y del América yo me iba muy temprano. Llevaba cachuchas, boinas, bufandas, de todo, de los dos equipos. Además de eso, hacía una exhibición con mis tejidos por ahí por el estadio. Vendía bastante y ganaba buena plata.

Lo de los tejidos lo aprendí a hacer hace como cuarenta años. Mi mamá y mis hermanas lo hacían como terapia ocupacional. Yo las miraba y les evaluaba los trabajos.

Un día me dio el arranque de coger el hilo, la aguja y ponerme a tejer y me salió muy bien. Ya después mi mamá me perfeccionó la técnica. Aprendí a hacer crochet, calado y punto de águila. Es no más cuestión de concentrarse, el resto ya es práctica.

La primera vez que llegué a Cali me puse a hacer artículos caninos tejidos para una veterinaria. Hacía todo lo relacionado para perros: correas, bozales y hasta ropa.

Ya cuando llegué por segunda vez, hacía las correas y los bozales en cuero.

El cuero lo trabajé mucho: hacía unos baúles repujados muy bonitos. Eso se lo aprendí a un amigo de la Dorada. Yo lo veía hacerlos y así aprendí. También hacía botellas forradas en cuero.

Lo de las correas fue más bien como un experimento. Un día que compré material para hacer los baúles me regalaron una tira de cuero que les sobraba. Cuando la vi pensé que me servía de correa. Arrimé a un almacén de hebillas, me compré una y con eso hice la primera. La vendí y con el material que había comprado me puse a hacer correas en vez de baúles. Las correas tenían mucha salida y, además, empecé a inventarme diseños repujados y todo eso. Fui un artista con las correas y con los artículos caninos. Lo de los artículos caninos daba buenos dividendos porque se vendían caros. Lo malo era que se vendía poco porque son artículos muy duraderos.

Con lo que sí tuve muchos problemas fue con el tal "Lobo". El Lobo es una camioneta de la policía que recoge a los vendedores ambulantes por estar mal ubicados. A mí me robaron mucho con eso. En un mes se me llevaron por ahí seis veces la mercancía. Yo solía tener la herramienta para elaborar los artículos caninos, cosas que compraba en el almacén Washington. Todo eso se lo llevaban y se

perdía. Para uno poder reclamarlo tenía que pagar unas multas más altas de lo que costaba lo que se llevaban. Entonces, me tocaba volver a arrancar de cero. Cuando estaba en la mala vendía maní. Yo lo compraba crudo, lo preparaba y lo empacaba en bolsitas plásticas. Con eso uno se recuperaba rápido. Hacía eso o cualquier otra cosa, pero trabajando duro.

Hace como veinte y pico de años se me ocurrió hacerle cortinas a las busetas. Yo le dije al dueño de una Montebello que se le veían bonitas unas cortinas en el carro y él me dijo que le mostrara cómo eran. Entonces le tejí en crochet unas cortinas en hilo rojo y se las vendí. Le gustaron mucho. Él me llevó para el control de la Montebello, en la Buitrera. Allá les hice cortinas a muchos carros, pues se pusieron de moda. Además, trabajé haciéndole mantenimiento a los carros. Los lavaba y los arreglaba. Estuve ahí como un año.

V

Con mi hijo traté de vivir hace como dos años pero no pude. Él me cuestionaba mucho porque fumaba. Me discutía mucho y me aburrí. Yo soy muy independiente. Me gusta hacer mis cosas y que nadie me esté preguntando por qué las hago. Él, ahora, no me ayuda porque yo le rechazo la ayuda, también a mis hermanos. Nadie me ayuda porque me gusta defenderme sólo.

Mis hermanas se la pasan diciéndome: "Usted para qué se mata, por qué no se viene a vivir aquí, bien tranquilo, bien cómodo". Me dicen que me vaya para Buenaventura, pero la verdad es que no me interesa la comodidad. Yo nací en una vida difícil. En la finca era el que cargaba los racimos de plátanos, el que cortaba la leña, cogía el café, lo pelaba, lo lavaba y secaba. Todo eso a muy temprana edad. Y es que lo fácil ya está hecho, hay que hacer es lo difícil. Yo hasta no puedo ser.

Yo he sido un guerrero de la vida y a DIOS no le pido sino salud, aunque en eso me ha fallado más de una vez.

Cuando llegué acá y me puse a trabajar" sólo conseguí emplearme en trabajos nocturnos en los que comence a consumir mucho alcohol. Uno de barman, en un gril sirviendo cocteles de Siete de la noche a cinco de la mañana, y para no tomarse un trago tiene uno que ser

muy guapo, muy berraco. Naturalmente uno toma pero como está en movimiento, no se emborracha. Pero eso sí, se vuelve vicioso del trago. Ese fue el problema. Después, así no estuviera trabajando en un gril, tomaba porque me hacía falta.

El aguardiente es tenaz. Muchas veces me mandó al hospital por intoxicación. Me dejaban un par de días y salía, y otra vez en las mismas. Eso me puso tan mal que después de diez años de estar así me aburrí y fui a Alcohólicos Anónimos. Allí dan conferencias y lo apoyan a uno. Al principio estuve como asistente y luego terminé como conferencista. Lo que me alivia es que, a pesar de que fui alcohólico, después de mi recuperación pude ayudar a mucha gente con mi testimonio. Lástima que no pueda decir lo mismo del cigarrillo.

Desde muy niño empecé a fumar, y lo hacía con mis sobrinos en la finca dizque para espantar los zancudos. Me encantaba y como yo ayudaba a recoger café, me daban platica y con eso iba y me compraba mis cigarros. Lo más tenaz del cigarrillo fue que una vez me dio un ataque cardíaco y estuve unos días gravísimo. Me detectaron una pulmonía. Estuve dieciocho días en cama casi para morirme porque ya estaba muy consumido. En esa época vivía en un hotel en el centro y del hospital salí para allá. Yo no pedí ayuda ni nada, sino que a punta de Pony Malta y agua me mantuve. A los dieciocho días calculé que me iba a morir, y conseguí plata como pude para ir a despedirme de mi mamá, en Buenaventura. Eso fue hace como diecinueve años, o algo así, porque tenía como cuarenta años. Llegué a Buenaventura y mis hermanas me pusieron los mejores médicos, y salí adelante.

Me dijo el médico que yo era una persona a la cual Dios quería mucho porque también estaba enfermo del colesterol, y logré salvarme de todo eso.

Ahí sí me tocó dejar el cigarrillo, claro que no más fueron como seis meses y luego volví a fumar pero ya no lo hago en una forma tan empedernida. Por ejemplo, hoy no me he fumado ninguno, pero no significa que no me lo vaya a fumar. Igual acá me ofrecen cigarrillos casi todo el día.

Como yo le hago mandados a los motoristas, entonces ellos a veces me dicen: "Vea, my friend, vaya a la tienda, cómpreme un paquete de cigarrillos y coja dos para usted":

De lo que sí me arrepiento mucho en la vida es de haber quemado mis libros de inglés. Aunque eso no me detiene, pues yo juego con las

palabras todo el tiempo. Vivo entorno a él: si veo el sol, digo *the sun*. Si veo una mujer, digo *the woman*. Si veo una calle, digo *the street*. Yo todo lo veo en inglés.

Junio de 2006

Bienvenido a Cuba

Eleonora Mejía Valencia'

El aeropuerto de Cuba resultaba un tanto diferente a lo que él se esperaba. Con tantas ideas en la cabeza, sumadas al estigma propio de un régimen comunista en medio de un mundo capitalista, las expectativas eran algo difusas. Prendió un cigarrillo para saciar la ansiedad del viaje y la confusión de pensamientos en su cabeza. Y, precisamente, así abstraído lo sorprendió un oficial del aeropuerto que se le acercó a hablarle.

-¿Usted fuma?

-Sí, claro -respondió Alberto, un tanto sorprendido ante una pregunta de evidente respuesta.

-Acompáñeme un momento para hacerle un interrogatorio de rutina.

- Perdón... ¿todo está bien?

-Sí, como no, simplemente es una operación de rutina.

En medio de su confusión y cargando el equipaje, Alberto, un arquitecto de veintisiete años, siguió al oficial, con quien ingresó a una especie de oficina. Al abrirse la puerta metálica lo impactaron las paredes grises con afiches de normas y leyes, y pasos a seguir para llevar a cabo operaciones policiales de rutina en el aeropuerto. Se sintió humillado porque pensó que estaba siendo tratado como si hubiera hecho algo ilegal.

—¿Trae usted marihuana entre su equipaje?

-No, señor oficial. ¿Por qué me lo pregunta?

- ¿Fuma usted marihuana? -preguntó el oficial, omitiendo la pregunta de Alberto.

-He fumado, sí... pero ¿cuál es el problema? ¿El cigarrillo que me estaba fumando?

—¿Trae entre su equipaje revistas?

—No, señor oficial.

Para este punto la cabeza de Alberto ya se encontraba bombardeada de ideas y preguntas. Su familia estaba afuera y su avión próximo a salir desde La Habana hacia una pequeña población en la que pasaría la semana Santa con ellos. Alberto había llegado hacía un año de estudiar arquitectura en Europa y actualmente trabajaba en una prestigiosa firma de arquitectos en Cali, fundada por su padre años atrás.

El solo pensar en lo mucho que consideró la posibilidad de esconder entre su equipaje uno o dos baretos, le ponía los pelos de punta. Pero sobretodo, no entendía por qué le estaban haciendo este tipo de preguntas.

—Aquí en Cuba tenemos reglas muy estrictas. No queremos que los turistas ingresen material impreso que hable mal del régimen, y no queremos que se promueva o se consuma drogas en nuestro país. Esta es una inspección de rutina y simplemente es parte de los procedimientos normales que se llevan a cabo en este terminal. Vamos a revisar sus pertenencias antes de que tome el vuelo.

Alberto observó ansioso, por treinta minutos, la revisión minuciosa de cada pieza de ropa, de los utensilios de aseo personal, de cada compartimiento de su maleta, de los bolsillos y bluyines, de todo, como si estuviesen seguros de que iban a encontrar algo. Con la tranquilidad de no tener nada que esconder, pero con impaciencia y con la incomodidad que le generaba la situación, miró en repetidas ocasiones el reloj tratando de dar a entender que no contaba con mucho tiempo. Pero a los oficiales no les interesaba para nada el problema del tiempo.

—Muchas gracias por su colaboración. Puede retirarse y bienvenido a Cuba.

Bienvenido a Cuba. El incidente que acababa de atravesar le decía más de lo que estaba por conocer que cualquier artículo de revista que hubiera podido llevar entre sus pertenencias. Su familia lo esperaba impaciente para tomar el vuelo próximo y Alberto se apresuró a buscarlos, con la indisposición de saber que estaba a punto de someterse a un segundo interrogatorio.

—Quiubo, Beta... ¿qué pasó? ¿A dónde te llevaron? . . .

—Nada, mamá, una inspección de rutina... un procedimiento normal en el aeropuerto, propio del régimen, y lo hacen al azar buscando material que vaya en contra del sistema o buscando drogas. Pero ya. Ya salí. Más bien movámonos, que nos va a dejar el avión.

La relación de Alberto con su familia en ese momento no era la mejor y esto se debía a la convivencia. Durante sus años de estudiante, vivió lejos de la casa y se convirtió en una persona muy independiente, muy abierta y un poco más liberal de lo que sus padres querían que fuera. Ellos eran personas muy conservadoras y tradicionales, y desde que volvió a vivir en la casa chocaban constantemente. Con su mamá tenía muchas discusiones porque sentía que ella se metía mucho en su vida y que lo molestaba por todo lo que hacía. Por eso cuando ella le empezó a preguntar por el incidente con la policía, él sabía que iba a terminar dándole la cantaleta del cigarrillo y del mal aspecto que ese vicio le daba.

Esa noche Alberto supo lo que era el verdadero son cubano. Entre luces sepias y al calor de unos ronones, en compañía de su hermana y su cuñado, se fumó una cajetilla de cigarrillos añoranda los efectos relajantes y estimulantes de la marihuana.

Pero el ron suplió en parte las necesidades del grupo, y con el calor del licor y de la música se relajaron y se quedaron hasta tarde hablando de todo y de nada.

Al día siguiente se despertó solo en el cuarto del hotel. Era como estar en una burbuja. Los mitos del complicado estilo de vida en Cuba eran ciertos, pero jamás se imaginó el contraste entre la película de un turista versus la de un cubano. Entendió que Cuba es un país para sus ciudadanos y otro para los turistas y que, éstos últimos, apenas si se percatan que están haciendo parte de una gran mentira consumista dentro de la cruda realidad del régimen comunista. Dentro del estilo bohemio de Alberto, y su sensibilidad ante las injusticias de los absurdos sistemas que rigen el mundo, le resultaba repugnante ser parte de la oligarquía que miraba el panorama y no hacía parte de él. Pero a la vez dejarse seducir por la comodidad y los lujos era inevitable.

Cuando salió del hotel su familia ya se había ido. Era tarde y no pudo levantarse antes, después de tantos rones. Además, estaba en vacaciones y quería dormir todo lo que pudiera, pues en Cali nunca lo podía hacer, menos trabajando y viviendo con sus padres. Se moría por fumarse un cigarrillo, pero se había fumado la cajetilla entera la noche anterior. Saliendo del hotel le preguntó a un hombre, con el que se encontró de frente, dónde podía conseguir cigarrillos.

- En la esquina hay una tienda donde puedes comprarlos. Si quieres te acompaño.

- ¿En serio? Muchas gracias, bacán -le dijo Alberto.

- y tú ¿de dónde vienes? -preguntó el hombre, un cubano alto, de tez trigueña y de contextura delgada.

- De Colombia. Llegué ayer con mi familia a pasar la semana Santa.

Alberto se caracteriza por ser una persona muy simpática y abierta.

No sabe qué son los prejuicios y, en parte, por desafiar a sus padres, a quienes consideraba demasiado complicados y un poco oligarcas, le gusta establecer relaciones con personas de todas las clases sociales y así demostrarles cuan equivocados se encuentran.

Caminaron hacia la tienda, uno al lado del otro. El cubano le preguntaba cantidad de cosas que Alberto no dudaba en contestar con la mayor de las confianzas. A él le resultaba muy lógico que una persona de adentro de Cuba quisiera saber cómo era la vida de alguien de afuera. Los turistas tienen una película muy diferente a la de los residentes y por eso a Alberto le pareció la oportunidad perfecta para, de verdad, aprovechar las vacaciones y conocer aspectos del régimen que estuvieran más allá de la Cuba construida para los extranjeros. Además, se sintió identificado de alguna manera con el cubano, con quien tocó temas que le parecían muy cotidianos.

Después de relatarle el incidente vivido a su llegada en el aeropuerto, Alberto sostuvo una conversación muy sincera sobre la marihuana.

Le pareció que el cubano se veía como un pelado común y corriente, de su misma edad, y que no había por qué tener tapujos con un tema tan común y tan "relajado". Y le pareció la oportunidad perfecta para conseguir un poco de baretta en la isla; antes de salir de Cali había hablado con varios amigos suyos para averiguar cómo era el

visaje para conseguirla, pero no había concretado nada. Fue así como el cubano se ofreció para conseguirle un porro por veinte dólares, incluida "la vuelta" de ir a traerlo.

- Listo, tené la plata -dijo Alberto.

- Entonces, espéreme aquí -dijo el hombre, señalando el interior de una pequeña fonda donde había tres o cuatro mesas de gente tomando bebidas.

- Bueno, bacán, aquí te espero.

El cubano tomó el dinero y se marchó, pero después de un rato regresó sin la mercancía. Le dijo que no estaba tan fácil conseguirla y que mejor lo acompañara. Alberto sabía a lo que se estaba exponiendo. En realidad su consumo de marihuana, si bien era constante, no era un vicio que no pudiera controlar, como sí le pasaba con el cigarrillo. Podía pasar meses sin fumar marihuana, a pesar de ser un consumidor frecuente, pero no podía pasarse un día sin fumarse un cigarrillo. Por eso cuando notó que el "negocio" se estaba complicando, y ya con la cabeza un poco más fría y más desconfiado, le dijo a su amigo el cubano que no había problema y que dejaran las cosas así. Pero el cubano cambió el tono y, de un momento a otro, le cambió radicalmente la película a Alberto.

El hombre se acercó, lo sujetó por la muñeca, mientras con la otra mano sacaba una placa de su bolsillo y la ponía frente a sus ojos.

-No, no lo podemos dejar así -le dijo-, me vas a tener que acompañar. Soy oficial de la policía de Cuba y te estamos siguiendo desde el aeropuerto. El régimen es muy estricto en cuanto al consumo y tráfico de estupefacientes. No queremos que el turista venga a promover ese tipo de actividades a nuestro país, y todo lo que hemos hablado está grabado, así que me vas a tener que acompañar a la estación.

Alberto se quedó de una sola pieza. En un minuto se le pasó la vida entera por la cabeza. Estaba en un país extraño con sus padres y se imaginaba lo que pasaría si ellos se enteraban: sería una tragedia. y qué pasaría si la gente de la firma se enterara, los dientes; el hijo del señor Hoyos, el arquitecto estrella de la firma, el niño consentido, ¿deportado por tráfico de drogas en Cuba!

-Oye, pana, ¿de qué me estás hablando? Vos me la ofreciste. Además ¿cuál es el problema? Vení, arreglemos aquí.

Al mejor estilo colombiano, Alberto decidió que iba a dar la lucha hasta el final porque consideró viable la posibilidad de negociar con la ley. Además, por ningún motivo podía someterse a una situación de esa naturaleza, y menos en un país como Cuba, y menos estando de vacaciones con sus papás.

Sabía que las consecuencias podrían ser nefastas y que incluso su futuro se podría ver bastante afectado si no lograba solucionar esa situación por una vía alterna.

Igual pensaba que todo el mundo tiene su precio, y en especial los latinos, para quienes las reglas delimitan dudosamente con la conveniencia y las oportunidades, y más ante la miseria que se puede llegar a vivir en un país como Cuba. El policía encubierto fue cediendo ante la insistencia de Alberto, y fue así como, después de describirse a sí mismo como una persona de escasos recursos, y justificarse de mil maneras, se dispuso a negociar. Pero Alberto no tenía el dinero que el cubano le pedía. El viaje se lo había costado su papá, y había llevado poco dinero porque había pensado en hacer un viaje muy espiritual, muy al margen de las cosas materiales. Sin embargo, lo espiritual se le estaba haciendo un tanto ridículo ante la necesidad urgente de trescientos dólares. Fue, entonces, cuando el cubano le empezó a dar alternativas y, en esa medida, llegaron a negociar lo que el cubano llamaba "artículos de lujo". Con el mayor dolor Alberto le ofreció el minidisc, las gafas y el perfume, pero para el cubano no era suficiente. El cubano le seguía dando opciones porque, según lo entendió Alberto, se disponía a sacarle todo lo que más pudiera a este turista marihuanero.

Además, para él y para sus compañeros estos artículos no tenían valor en sí, ni siquiera los podían usar, pero se los podían vender a otros turistas.

El cubano agotó hasta las últimas posibilidades y Alberto se encontraba inevitablemente sometido.

—¿Y ropa?

- Tengo un bluyin, sólo traje dos: este y el que tengo en el hotel.

- Bueno, pues vamos al hotel.

Mientras caminaban, Alberto se preguntaba qué pasaría si este supuesto policía infiltrado no fuese más que un timador con buen poder de convencimiento. Sin embargo, no quería correr el riesgo. Subió al cuarto, sacó las cosas y se las entregó.

_ Bueno, compañero, ya sabes cómo son las cosas en la isla. De vez en cuando al turista también lo tocan. ¡Bienvenido a Cuba!

- Ya me di cuenta, bacán. Gracias y que te vaya bien.

Y Alberto lo observó alejarse por la calle del hotel.

Respiró tranquilo y pensó que ahora tenía una buena historia para contar a Ximena y a su cuñado.

Junio de 2003

Los golpes de la vida

Lina María Ararat Ospina'

"Esa mañana habíamos discutido por cualquier bobada que en este momento no es importante recordar. Mi hermana, Sonia, ese día vino a visitarme a escondidas de mi marido porque a él no le gustaba que yo recibiera visitas, y menos si mi hermana venía acompañada de su novio. Según mi esposo eran hombres que ella me traía, por lo que él prefería que me quedara a solas en casa cuidando de los niños y ejercitando mi papel de ama de casa y esposa. Ese día Sonia me trajo como regalo una torta. Esa tarde, al llegar de trabajar y sin darse cuenta, le pidió a la empleada que le sirviera una porción y, después de comerse el primer bocado, cayó en cuenta que él no la había comprado y que yo tampoco pude haberlo hecho porque ni trabajaba, ni él me daba plata. Como no nos estábamos hablando por la discusión de esa mañana, le preguntó a mi hija quién la había comprado. Ella, con tan sólo seis añitos, ya conocía el temperamento de su papá y al oírlo gritar preguntando quién había traído la torta, empezó a temblar sabiendo que debía mentir sobre la presencia de otro hombre en nuestra casa. Pero su hermanito, de tan sólo cuatro añitos, no estaba al tanto de lo que ocurría y con total inocencia respondió que había sido el tío Martín. En ese instante mi marido la cogió contra la niña, empezó a gritarle y la mandó a dormir sin comer. A mí eso me pareció un crimen por lo que yo la cargué y la llevé a su cuarto. Él trató de arrebátarmela pero yo no lo dejé: mi niña temblaba del susto. Después de dejarla me dirigí a la cocina para servirle un plato de comida y llevárselo a la habitación. Y cuando ese hijueputa vio lo que estaba haciendo, me metió un puño en el ojo izquierdo que me tiró al suelo. Inmediatamente empecé a sangrar y mis dos hijos corrieron hacia mí para ver qué había pasado. Mi reacción fue de histeria. No podía creer lo que ese imbécil acababa de hacer. Al oír los gritos, una

1 Cali, 1983. Estudiante de Economía y Negocios Internacionales, Universidad Icesi, Cali.

de mis vecinas entró y se llevó a los dos niños. En eso yo me paré y me asomé al espejo del baño para ver lo que me había hecho: botaba sangre por la nariz y por el pómulo. Él se paró detrás, burlándose de mí. Yo alcanzaba a verlo a través del espejo, así que lo cogí con la intención de quebrárselo a los pies, pero no calculé, no pensé que estuviera tan cerca y se lo quebré en la cabeza. Alcanzó a cortarse el brazo derecho y, el muy hijueputa, me denunció ante la Fiscalía, alegando que fui yo quien primero lo atacó. Pero no la supo hacer, pues todos sus alegatos se vinieron al piso ya que si yo lo hubiera cortado primero, él no hubiera podido pegarme en el ojo izquierdo. Al final decidió retirar los cargos':

Gabriela es una mujer nacida en Quibdó, que pensó haber encontrado el amor de su vida en un policía que trabajaba por aquella época en su tierra. Gabriela es de tez clara, alta y muy conversadora. Su familia es una de las más conocidas en Quibdó y siempre se han mantenido con una miscelánea que tienen en el primer piso de su casa; de esa manera puede estar pendiente de sus hijos mientras atiende a los clientes. A los veintiocho años de edad siente haber pagado todos sus pecados con ese infeliz matrimonio y por ahora no cree más en el amor, aunque anhela haber tenido una buena familia al lado del padre de sus hijos.

"Cuando conocí a José, tenía tan sólo dieciséis años. Ese día estaba en la casa de enfrente con mis amigas. Tenía unos shorts y una camiseta de tiritas. Estaba horrible, además de que tenía todos mis crespos sueltos. Mientras hablábamos y nos tomábamos una gaseosa, porque ese era el parche en mi época, pasó una patrulla de la policía. En esas una de mis amigas les silbó y ellos pararon. Por un momento me asusté, pero la verdad era que ella conocía al policía que iba manejando. Fueron muy amables y caballerosos, sobre todo José. Desde entonces empezamos a salir hasta que nos hicimos novios. Todos los domingos, mientras estuvo en Quibdó, mis papás lo invitaban a almorzar a la casa. Recuerdo que mi mamá me decía que se veía que era muy jodido, pero que era todo un caballero. Después de almorzar siempre se sentaba en la sala, abría el periódico y se quedaba leyéndolo el resto de la tarde. De ahí se despedía muy educadamente de

mis papás y yo siempre quedaba aburrida, pues ni bolas me paraba, y yo siempre me quedaba esperando aunque fuera una blujeaniadita. En Quibdó, duramos más o menos un año antes de que lo trasladaran a Medellín. Mientras él trabajaba yo estudiaba en el colegio, pero apenas terminé mi bachillerato me fui para la ciudad de la eterna primavera a continuar con mis estudios y a estar con él. Hice hasta cuarto semestre de Diseño de Interiores en la Universidad Bolivariana, porque a los 18 años quedé en embarazo. La verdad yo estaba muy contenta: siempre quise tener un hijo antes de que pasáramos al otro siglo, pues no me cabía la idea de que mi hijo cuando creciera me hiciera sentir más vieja sólo por ser de siglos diferentes.

"José estaba contento por esta noticia, y apenas mi mamá supo me hizo devolver a Quibdó. Allá pasé mi embarazo pero la niña nació en Medellín el primero de enero. José no estaba en la ciudad en ese momento, pues lo habían enviado para otra base donde sólo se podía llegar en helicóptero; sin embargo, a los dos días ya estaba con nosotras. Nunca me pidió que nos casáramos, ni que nos fuéramos a vivir juntos, así que yo regresé a mi casa.

"Cuando la niña tenía nueve meses, viajé a Cali para hacerle unos exámenes médicos. José estaba en alguna estación o base de Palmira, y tan pronto supo que yo estaba en Cali se vino con un amigo para vernos. Desde ahí nos fuimos a vivir juntos los tres. Después estuvimos en Bogotá, donde vivimos con mi suegro un tiempo y allí su comportamiento se empezó a revelar. Cada vez que discutíamos me empujaba y yo tan inocente, o más bien estúpida, pensaba: "Tan divino mi esposo como me regaña!': Lo cierto es que nunca volvió a ser como la primera vez".

Gabriela siempre fue muy independiente, de un carácter fuerte y alocada, pero también muy enamoradiza, y así era que se sentía con José: enamorada. Cuando su hijo Daniel nació, a José lo empezaron a ascender y lo trasladaron para Medellín. Allí sus hijos estudiaban en el colegio de la policía, mientras Gabriela se dedicaba a los oficios del hogar.

"Al ver que yo me quedaba sola tanto tiempo en casa, quise seguir estudiando y le conté mi idea a José y a mi mamá. Ella se alegró

muchísimo y prometió ayudarme con el costo del semestre, ayuda que no encontré en José. Lo primero que me dijo era que él no iba a pagar empleada para que cuidara de los niños e hiciera los oficios del hogar, ni iba a dar más plata para el mercado, y que si yo tenía cómo mantener a la empleada podía hacer lo que quisiera. Pero eso sí, yo tenía que cocinarle porque él de manos de otra persona totalmente desconocida no iba a comer. Lógicamente mi sueño se vino abajo porque no podía pedirle más a mi mamá; así que me olvidé de la idea por completo. Fueron muchos los desplantes que recibí de él, además de las humillaciones porque yo no mantenía plata. Un día me llamó a la casa y me pidió que nos encontráramos en el Éxito porque quería comprar una lavadora y deseaba que yo le diera mi opinión. Me emocioné demasiado, me arreglé rápidamente y esperé a que uno de los hombres que estaba bajo su mando me recogiera, porque sola no me dejaba andar en la calle. Cuando llegué al Exito me mostró la lavadora que había escogido y pidió mi opinión. La lavadora era divina, además de grande, pero él la quería en gris y yo le dije que la quería blanca porque ese color hacía juego con la nevera, el calentador, los gabinetes y estéticamente la cocina se iba a ver más bonita. José se alteró y empezó a gritarme. Me dijo que la plata era de él y que él hacía lo que se le daba la gana. También me dijo que si yo quería la lavadora blanca podía comprarla pero con mi plata, y como yo no tenía ni dónde caer muerta, decidí callarme. Esta fue una de sus tantas humillaciones. Delante de las únicas personas que no me humillaba era de sus subalternos y sus superiores. Recuerdo mucho el día que Juanes se presentó en concierto. No sé cómo logré convencerlo y accedió a que fuéramos con uno de nuestros vecinos, quien también era policía y su esposa era amiga mía. Llegando la hora de partir para el estadio me llamó y me dijo que no podía ir porque estaba de guardia, que me fuera con ellos y que luego nos veíamos en casa. Yo dejé a los niños en la casa de mi vecina para que su empleada los cuidara junto con sus niños. El concierto terminó alrededor de las once de la noche. Yo tenía afán de llegar a casa porque sabía que mi esposo terminaba guardia a media noche, pero como teníamos pases para entrar al camerino porque la policía trabaja en estos conciertos, a mi amiga le dio por entrar a conocer a Juanes. Llegué a casa a las 12:30 de la noche y cuando fui a abrir la puerta, José le había puesto seguro. Toqué el timbre hasta que se despertó y empezó a hacerme escánda-

lo por el balcón. No quería abrirme. Nuestro vecino se asomó y se disculpó con él por haberme traído tan tarde. Hasta ahí le llegó su escándalo. Me abrió la puerta, y pude entrar a la casa y acostar a mis hijos en sus cuartos. Sin embargo, yo seguía pensando que algún día todo cambiaría':

"Después de tanto maltrato físico y psicológico, después de dejarme el ojo moreteado y yo haberle quebrado el espejo en la cabeza, caí en una depresión horrible. Ya no aguantaba más esta situación y como no tenía ni un peso, no me atrevía a dejarlo. Y ni modo de contarle a mis papás de la situación, primero porque mi mamá no me iba a dejar seguir viviendo así y yo no quería aceptar el fracaso de mi matrimonio, segundo, porque si les contaba y luego me arreglaba con mi esposo ellos iban a dejar de quererlo y ya las cosas se venían en mi contra. La depresión me tomó por completo. Me la pasaba todo el día en la cama llorando y sólo me levantaba para despachar a los niños para el colegio; ya ni le hacía el desayuno al animal de mi esposo. Entonces optó por comprar el mercado medidito dependiendo de lo que los niños comieran. Yo no tenía derecho a comer.

Llegué a pesar 45 kilos. Sonia me llamaba de vez en cuando y me invitaba a comer porque más o menos se olía la situación de mi hogar. Le hice prometer que no le contaría nada a mis papás y ella mantuvo su palabra. Ahora dormía con los niños y sólo comía muy de vez en cuando un café con leche, un pan y un pedacito de queso. Para mí era mejor aguantar hambre que gastar la comida de mis hijos, aunque la depresión me mantenía inapetente. Fueron dos o tres meses que vivimos así, hasta que José me pidió el divorcio. Por un momento me sentí herida, pero a la vez me sentí aliviada, libre. Yo nunca puse resistencia. Ni siquiera quise pelear por los bienes que supuestamente me correspondían. La primera cita que tuvimos en el juzgado José y su abogada me dieron un documento para que lo firmara. Yo, tratando de dárme las de importante, me negué a firmarlo hasta que no consultara con un abogado. Lógicamente yo no tenía con qué pagar uno y me fui para la casa. Estando allá recibí una llamada de una mujer, la abogada de José, quien me aconsejó no firmar ese docu-

mento porque en él yo estaba renunciando a todo, hasta las cosas de los niños. José es el único estúpido que se consigue un abogado mujer. Con lo único que me quedé fue con la lavadora y recuperé las cosas de los niños. No quería desgastarme más. Eso era lo más justo con mis dos bebés, y la lavadora la quise porque donde mi mamá no había y yo sabía que ella nunca iba a comprar. Y ahora con nosotros tres de vuelta en casa, ropa era lo que iba a haber para lavar.

"Los primeros meses fueron muy duros. Me sentía desgastada, acabada y fea. Mis niños no asimilaban totalmente la noticia, aunque sé que se sentían aliviados.

Su papá, de pronto por aliviar un poco lo que estaba pasando, decidió llevárselos de vacaciones toda una semana para Coveñas.

y yo, como recompensa a lo que acababa de hacer, decidí subirme la autoestima: me puse tetas. Aproveché esa semana que José se había llevado a los niños y no sé por qué, de estúpida, cuando ellos me llamaron a decirme, el primer día, que habían llegado bien, cambié mi saludo hacia José y en vez de decirle, "hola", le dije: "Tengo tetas nuevas". Fue tanta la rabia que le dio, porque finalmente las cosas habían cambiado, y hasta de pronto porque él ya no las iba a estrenar, que al otro día los niños estaban de vuelta conmigo. Eso lo hizo de pura ira. ¿Cómo es posible que acabando de llegar, al otro día devuelve a los niños?, ¿por qué no pensó en ellos un poquito?"

"Ya me resigné. Ahora que veo de una manera más objetiva, me di cuenta con quién me casé. Pero así estamos mejor, yo soy feliz con mis hijos en Quibdó y ellos están bien conmigo y con sus abuelos. Siempre trato de que tengan una buena relación con su papá pero él no ayuda para nada. Los ilusiona con viajes y visitas que nunca cumple y el contacto que tienen ya es muy poco. Pero a mis hijos simplemente el papá ya no les hace falta.

"En estos momentos tengo una relación ya de un año. Carlos tiene cuarenta años y es publicista. Viaja mucho entre Cali, Medellín y Quibdó. Por esa razón no nos vemos mucho, pero ahí vamos. Él trata de mimar a mis hijos, aunque mi hija no lo quiere mucho.

En alguna ocasión me dio un abrazo muy fuerte, pero indefenso, y ella pensó que me estaba maltratando. Mi mamá, aunque no se mete, también sé que no es del todo de su agrado. Obviamente mi actitud frente a las relaciones es más relajada, ya no sufro si me llama o no me llama, si viene o no viene. Aunque en el fondo, pero muy en el fondo, quisiera encontrar a alguien con quien llegar a vieja y ser feliz. En estos momentos estoy en sexto semestre de Administración de Empresas en una universidad de Medellín, a distancia. Y mientras estudio y crío a mis hijos, también estoy a cargo del almacén de mis papás con proyectos de ampliación y ventas de nuevos productos. Por ahí dicen que no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista. Yo ya lo viví y ya lo superé. Lo único que sé es que la vida sigue y algo muy bueno por suceder me está esperando'.

Junio de 2006

Una vida entre carreras

Paola Andrea Valencia'

Iba manejando normal, por la 32, como por el Jardín, cuando una muchacha me hizo la parada. La recogí y estaba llorando. Le pregunté qué le pasaba, por qué lloraba. Me dijo que había peleado con el novio y la había dejado. En el camino seguimos conversando y yo iba dándole consejos. Me contó que ella lo había pillado con otra muchacha. Entonces le dije que no fuera bobita, que tan bonita, tan hermosa que era y peleando por un hombre. Ella me decía que lo quería mucho y estaba muy tragada. Le dije que había más hombres y que tenía que salir adelante. Y así, íbamos charlando. Le pregunté dónde vivía, por la familia y otras cosas, hasta que llegamos a la casa. Me dijo que yo charlaba muy bonito, que la trataba muy bien. Y agregó: "¿Sabe qué...?, pues le voy a dar veinte lucas para que usted esté conmigo una hora". Yo le dije: "Mami, no, que pena con usted, yo charlo sin ningún interés de nada". Me dijo: "Tranquilo": y nos fuimos a una panadería a charlar. Me gastó todo, nos tomamos unas Pony Malts, se desahogó y ni más la volví a ver.

Así es este trabajo, uno recoge a las personas en cualquier calle y las lleva donde necesiten. Uno es amable y las lleva, algunos dicen "buenas tardes" y "hasta luego". Otros se suben de mal genio y ni siquiera dicen "por favor". A uno le toca recoger personas distintas todos los días. Una vez me tocó un viejito que era feliz y me aplaudía porque andaba rápido. Y no falta el nervioso que se asusta porque uno corre. Y otras me la hacen: una noche recogí a cuatro pelados en Cañaverales para que los llevara al Vallado. Me hicieron meter por un callejoncito, abrieron las puertas y se volaron. Pero uno no siempre está de malas, y no se desaprovecha la oportunidad. El otro día se subieron dos manes al carro y después de dejarlos en el destino, seguí mi camino. Luego de un buen rato voltéé a mirar para atrás y vi una

¹ Cali, 1981. Estudiante de Economía y Negocios Internacionales, Universidad Icesi, Cali.

billetera, la cogí y tenía trescientos mil pesos. Me puse feliz. Hice lavar el carro, cuadré las entregas que tenía atrasadas y me fui a tomar. y hay momentos en que las oportunidades hay que crearlas: recogí a una pareja, me pidieron que los llevara a *Kiss me*. Me pagaron con un billete de veinte.

Lo cogí y lo puse en el asiento de al lado y les pregunté si tenían más sencillo. Me pasaron un billete de cinco, les di la devuelta de ese billete y me fui. Con eso terminé de cuadrar la entrega.

Cualquier persona diría que este trabajo es muy fácil. Los muchachos, mis sobrinos, dicen que me la gano muy suave manejando todo el día, pero no. Como todo trabajo es cansón. Siempre tiene su estrés. Las motos, las ciclas, los mismos pasajeros, el tráfico, los trancones. Sin embargo, es a lo que me acostumbré desde pequeño. Comencé a trabajar y a mí poco me gustaba el estudio.

Así empezó a gustarme la plata.

Mi hermano era repartidor de pan de una panadería. Llegó a la casa un domingo y me preguntó si quería trabajar. Me sonó la idea y le dije que ensayáramos. Me gustó y ahí me quedé. Yo estaba estudiando y a medida que fue pasando el tiempo, más me gustó la plata y dejé el estudio por completo. Empecé como empacador de pan. Teníamos que llegar a las siete de la noche y empacar hasta las tres de la mañana para despacharles los pedidos a los repartidores. A veces, también me tocaba armar las chuspas, atender la caja, cilindrar y lo que me tocara hacer. En esa panadería trabajé como cinco años hasta que mi hermano me dijo que si quería aprender a manejar carro. "Listo", le dije. En ese entonces mi papá tenía un Dacia. Me llevaron a trabajar con ellos, repartiendo pan, y viendo todo lo que hacían fue que aprendí a manejar sin necesidad de escuela. Duré como un año y medio trabajando con mi papá. Después mi hermano consiguió un taxi y me volvió a decir que si quería trabajar con él. Y ahí me fui a manejar taxi.

El primer día fue tenaz, yo sudaba petróleo. Fue horrible porque no conocía nada de la ciudad, de la gente, las direcciones, cuál era la vía, la contravía. Y uno se lanza así, a la brava. Mi hermano me

dijo: "Vaya que nadie nace aprendido. Vaya, defiéndase como pueda". Terminé el día contento porque había hecho buena plata. A este trabajo siempre hay que meterle motivación para que le vaya bien a uno. Cada vez que se monta algún pasajero, lo primero que pienso es que la carrera sea larga, o que sea para el aeropuerto. Y, así, se levanta más billetico.

A mí siempre me ha gustado trabajar solo. En las compañías hay mucha guerra por una carrera. Piden un servicio y al momento llegan tres o cuatro taxis, y el que primero llegue, ese es, y para irse uno matando por la calle, no. A mí no me gusta eso. En el tiempo que llevo manejando taxi nunca me ha gustado tener frecuencia.

Lo único bueno de eso es que en caso de alguna varada o un accidente, uno puede llamar a otros compañeros.

Pero igual no me gusta.

Desde pequeño, a pesar de que somos nueve hermanos, siempre fuimos muy distanciados. Entre nosotros y con mis papás. Realmente son muy pocas las cosas que recuerdo de mi infancia. En esa época las cosas con los papás no eran como son ahora, que hablan abiertamente de sexo, baile, discotecas, vicio y marihuana.

Uno no podía hablar de eso, era pecado. Los padres lo castigaban y le daban correa.

Pero una de las personas de las que más me apegué fue de mi abuela. Era la que me defendía cuando mi mamá me regañaba. Mantenía con ella después del colegio y la acompañaba a hacer la remesa. Un día que salí para la panadería me despedí de ella. Yo siempre le daba un besito en la boca. Le dije: "Chao, mamita, me vaya trabajar". "Chao, mijo, que le vaya bien". Me fui a vaguiar con unos amigos y nos quedamos en una esquina, jodiendo a las mujeres. Cuando llegué a la panadería a las ocho de la noche, salió mi patrón y me dijo: "Marco, devuélvase para su casa que se murió su abuela". Cuando llegué mis papás estaban llorando, vi el ataúd y no lo podía creer. Es una de las cosas que más recuerdo de mi infancia.

Con el paso del tiempo las cosas fueron cambiando un poco. Hoy día hay más unión familiar y tengo más confianza con mi papá. Nos sentamos a tomarnos unas cervezas y a charlar del trabajo, de mujeres

res y de la vida. La familia se reúne para las fechas especiales, los días de la madre, los fines de año y los cumpleaños.

Este año tenernos planeado ir a Ginebra, a baño y a preparar sancocho para el almuerzo.

La historia más linda de mi vida fue cuando conocí a mi mujer. Ella vendía chance en el barrio Mariano Ramos. Yo pasaba por ahí, le pitaba, le picaba el ojo, la jodía y la molestaba. Ella me gustaba porque era una mujer muy linda y hermosa, pelo crespito, bonita, tenía unas piernotas y mantenía con unas minifaldas todas provocadoras.

Cuando pasaba por ahí me bajaba a hacer el chanco. A veces ella se subía al carro y nos agarrábamos a charlar y la invitaba a salir. Me decía que sí, y me colocaba horas, pero no iba. Me dejó embolado como unas seis veces, y yo seguía insistiendo. El problema era que ella tenía marido, y debido a eso era que no podía ir. Tenía ciertas horas de salir y volver a la casa. Hasta que una vez no aguanté más y me fui para donde ella. Llegué tornado y le dije que era una emboladora y que me había dejado esperando muchas veces. Me dijo: "Listo, mañana voy".

Al otro día llegó, y yo feliz con esa mujerzota. Estuvimos charlando; me dijo que yo le caía bien, me habló de mi interés por ella y de todo el tiempo que había pasado desde que nos vimos por primera vez. Le dije que me diera un beso y me lo dio. Seguí visitándola con más confianza. Los días sábados nos íbamos a bailar. Era lo que más le gustaba, y así duramos como un año y medio.

El día que me iba a presentar a la mamá y a la abuela, yo estaba asustado. Me daba pena y vaina, pues ella aún vivía con el marido, y la mamá sabía, pero le alcahuetaba. Era muy chévere con ella porque ese man le daba mala vida, le pegaba, la maltrataba, le quitaba el sueldo, le decía a qué horas tenía que llegar a la casa y no la dejaba tener amigos. Ese man era una porquería, un hijueputa. Ella tenía una casa en Mojica y debido a un problema que tuvo, él vendió la casa y se quedaron en la calle.

Lo más chistoso del caso es que ese man era primo mío, pero en ese entonces no sabíamos.

Eso fue tiempo después, en un entierro de un familiar que nos conocimos.

El marido se dio cuenta que yo la llamaba, que me llamaba Marco, que manejaba y, muchas veces, se aparecía donde ella trabajaba, sólo para vigilarla. Y como yo sabía quién era él no arrimaba, o si arrimaba, hacía mi chance y me iba.

Lo que me fascinaba de Sandra era que me regalaba muchas credenciales y papelitos, con mensajes que ella misma escribía. Yo le regalaba flores, manteníamos en todas partes, íbamos a Buga, Pance, al parque de la Caña, a Los Arrayanes, salíamos a bailar, a comer y la pasábamos muy elegante.

Ella se separó del marido porque ya no aguantaba más y se fue a vivir donde la mamá. Yo, más recatado, iba allá, a veces a almorzar y me quedaba mis dos o tres horas, y así me fui metiendo poco a poco hasta que nos fuimos a vivir juntos. Teníamos todo, como una pareja normal: el mueble, la cama, el armario, todo. Nos llamábamos cariñosamente Bebé y Mona. Fue una relación vacana, muy elegante, ella me confiaba todo.

Sandra era una mujer humilde, fiel, veía por mis ojos. Una vez pelió con la mamá por culpa mía. Yo fui una porquería, porque hacía cosas como cualquier hombre, teniendo a otra pelada por ahí. Un día me encontró una foto en el carro, la arrancó y no le dijo a nadie. Pero el hermano sí me pilló con la pelada en la calle y le contó a mi suegra y ella le contó a Sandra, pero ella no creía. Yo le dije: "Mami, eso es mentira".

Muchas veces, viviendo donde la mamá, ella me tiraba sátiras y la Mona me defendía.

Yo era todo para ella y ella para mí.

Llevaba como un mes sin trabajar y no me definían nada del taxi de una señora que necesitaba chofer. Llamé a Fabio y le dije que me diera trabajo. Me dijo: "Listo, le doy trabajo pero solamente los fines de semana, porque en los días de la semana voy a trabajar yo". Llegué contento a mi casa porque ya tenía trabajo y comenzaba al otro día, el sábado.

Esa noche nos acostamos, pero ella no podía dormir porque estaba asustada, decía que tenía mucho miedo. Yo le decía que me dejara dormir, que tenía que madrugar a trabajar. Igual me levanté a orar con ella para que estuviera tranquila y, sin embargo, siguió con lo mismo. Comenzó a joderme las uñas, me las pintó por distraerse, para matar el tiempo. Se quedó como hasta las dos de la mañana y a las tres me llamó. Mientras me bañaba y me vestía ella se quedó dormida, le di un beso y salí. Ese día me fue bien, gracias a Dios. Llegué a la casa y le dije: "Mami, alístese que nos vamos almorzar". Fuimos a la 44. Ella nunca se comía todo, siempre se comía la mitad y yo la otra. Resulta que no tenía muchas ganas de comer y solo me comí la mitad del seco y ella se tomó la sopa, la mitad del seco y el jugo. Me quedé aterrado porque nunca comía así. Igual no le puse mucho cuidado, di la vuelta y la llevé a la casa. Cuando llegamos me dio un beso como nunca me lo había dado, también me pareció extraño pero igual no le paré bolas y salí a trabajar.

La señora del taxi llamó a Sandra y le dijo que me alistara para esa noche. Yo dije: "listo, hasta hoy trabajo con Fabio". Fui, le entregué el carro y le di las gracias por todo. Ese día como me había ido muy bien decidí irme en taxi. Cuando llegué me estaba esperando un man en un Sprint. Sandra me dijo que el man hacía rato me estaba esperando, y le dije que no había problema, que ya nos íbamos. Antes de salir me dijo: "¿No me va a dar plata?". Le pasé un billete de veinte lucas y me dio otro beso. Salí como si nada, llevaba como una hora trabajando y ya eran como las cinco de la tarde, tenía pereza y hasta había pensado irme para la casa a dormir un rato y salir más tarde, pero seguí mi camino.

A las siete de la noche pasé por el hospital Carlos Holmes Trujillo; estaba el carro del CTI y un poco de gente reunida. Dije dentro de mí: "Otro muerto, ¿quién será?". Y seguí trabajando. Esa noche, en las Torres de Maracaibo me encontré una muchacha bonita, me agarré a charlar con ella y a molestarla. Me dijo que la llamara y así quedamos. Cuando nos despedimos faltaban veinte para la una, y ya quería irme para la casa. Pensaba recoger a la Mona para que me acompañara a comer y hacer lavar el carro para entregarlo. Estaba muy cansado.

Cuando llegué vi un poco de gente y dije dentro de mí: "¡Ah!... jueputa, yo trabajando como un marica y la Monita bailando! Quién sabe qué estarían haciendo ahí en la casa. Fueron saliendo todos,

una cantidad de gente que ni conocía. Iban saliendo amigos de los muchachos, amigos de ella, salió un amigo mío, salió la hermana de ella y yo no veía a mi Mona. La hermana me abrazó llorando y me dijo que Sandra había muerto. Eso fue horrible, no creía, comencé a temblar. Necesitaba verla, pensaba que estaba escondida, pero me dijeron que se la habían llevado para el Departamental. Como era sábado, no había la posibilidad que la entregaran ese día, tal vez el domingo, pero necesitaba verla.

No dormimos ese día, nos quedamos charlando en la casa. Pregunté cómo había sido, y me contaron que un amigo de ella había llevado un revólver a la casa. Él no sabía que estaba cargado, le apuntó a la cabeza y disparó. Ella cayó de rodillas y quedó inclinada. Los muchachos cogieron al pelado, le dieron puño y pata y, al momento de ir a buscar ayuda, el muchacho se escapó con el revólver. Uno de ellos la levantó y botaba sangre por la boca. De ahí se la llevaron para el Carlos Holmes Trujillo y la remitieron al Departamental, donde murió. Pregunté a qué horas había sido todo y me dijeron que a las siete, la misma hora cuando pasé por el hospital.

El domingo llegó la mamá de Bogotá, fuimos a recogerla al Terminal. Ella lloraba, no creía, porque la Mona le había prometido que ese fin de año iba a ir a visitarla. Hicimos todas las vueltas, compramos el cajón, le compré un manto blanco que me costó cincuenta mil. Tuve el apoyo de mi familia, gracias a Dios. Entonces, me fui al Departamental, a recogerla. Me dejaron entrar a la morgue, y ahí vi cómo la preparaban y la cosían. Ayudé a vestirla y a organizarla. Le di un beso y la metimos en el cajón.

La velamos en la casa de un hermano. Toda la familia aportó para la comida, otro hermano prestó los buses. Y el lunes la enterramos.

Ahora estoy dedicado a trabajar porque quiero comprarme una moto. Los días que tengo libres, por la mañana voy a visitarla. Me quedo dos o tres horas, y en las noches voy a tomarme unas cervezas, solo porque ella no está.

Donde caliente el corazón

Angélica Luna'

Estaba sola en Barcelona con lágrimas en la cara y tomando un café, cuando de la nada un señor se le acercó y le preguntó qué le pasaba. "Yo tenía que desahogarme, así que le conté la historia". Él la invitó a su apartamento y ella fue porque no tenía otro remedio. Y resultó ser su ángel de la guarda. "A veces la gente ve personas y sienten personas. Eso fue lo que me pasó". Y ese señor fue quien se convirtió en su segundo marido y la ayudó a conseguir trabajo, a aprender el idioma y a adaptarse. "Es la cosa más maravillosa que me ha podido pasar, él me valora y aprecia mucho": dice Ana, una mujer de treinta y siete años que recibe a todas las personas con una gran sonrisa, una personalidad extrovertida y con un acento fuerte, marcado y en ocasiones confuso. Ana nació en Ucrania y ha recorrido muchas partes del mundo tratando, como tanta gente, de buscar una oportunidad de trabajo

Nació en la época en que Ucrania hacía parte de la Unión Soviética y vivió los primeros veintidós años de su vida bajo este régimen, con situaciones económicas difíciles que la obligaron a salir de su país.

A pesar de que habla de su ángel de la guarda, ella no profesa ninguna religión, cree en Dios como algo que existe dentro de sí misma, pero no es devota de ninguna iglesia, ni la católica, ni la ortodoxa, que son las que priman en su país. "Voy a la iglesia porque quiero, no porque tenga que ir o porque sea domingo. No soy fanática pero sí creo que existe un Dios y que tengo mi angelito de la guarda, porque me han ocurrido historias muy raras y siempre he salido por el buen camino". Sin embargo, Ana creció bajo la cultura del ateísmo. "El gobierno vigilaba cuál niño podía estar en la iglesia y llamaban a sus padres y los castigaban, pero aun así cada persona tenía en su casa las imágenes que los identificaban con su religión":

1 Cali, 1986. Estudiante de Economía y Negocios Internacionales, Universidad Icesi, Cali.

Con su amigo está casada sólo en papeles, porque este vive con un amigo con el cual sostiene una relación sentimental; los tres tienen una gran amistad, pero cada uno vive su vida aparte.

Ella trabaja en una ciudad cerca a Barcelona, así que constantemente se ven. Ambos se aprecian y se valoran mucho, pero antes de encontrar a este ángel de la guarda tuvo que vivir diferentes situaciones, que hicieron de ella la mujer que es ahora.

Desde niña Ana ha tenido una vida difícil. "Mis padres se conocieron y se fueron a vivir a una ciudad nueva, todavía en construcción, donde necesitaban profesionales jóvenes, profesores, y ahí nací yo, de padre ruso y madre ucraniana. Luego el amor se acabó y se separaron, entonces, yo era como una pelota de ping pong, para un lado y para el otro, porque ambos eran muy egoístas, así que me mandaron a vivir con mi abuela paterna". Su abuela paterna era de Ucrania, por lo que desde chiquita viajaba mucho, entre padre, madre y abuela; hasta que llegó la hora de tomar la decisión de con quién quería permanecer. Pero esto no fue nada fácil pues el caso fue llevado ante un tribunal y ella, con tan sólo diez años de edad, debía decidir con quién quería estar. Detrás de esto estaban los intereses, tanto de su padre como de su madre, pues aquel que la niña escogiera sería quien se llevaría la mayor parte del patrimonio familiar. Ana, quién estaba viviendo con su abuela paterna, escogió a su padre.

"Mi madre nunca me perdonó y por eso la vida me la ha hecho imposible. Por eso, mientras viví con mi padre pensaba que tenía que cumplir metas para ganar su amor': Así que una vez más volvió a Rusia a vivir con su papá y con la nueva esposa de este. "Pero prácticamente no lo veía, sino que me quedaba con su mujer, y cuando pasó el tiempo y se repartió la casa, la parte de papá grande y la de mamá chiquita, me mandaron de vuelta con mi abuela porque no me aguantaban más. Él lo que quería era su parte de la casa':

Ana tenía once años cuando llegó donde su abuela paterna. "Mi abuela no me dejaba salir, me vigilaba todo el tiempo. Por eso era una persona solitaria; tenía un montón de amigos, pero nunca me acercaba a nadie': El tiempo pasó y a los diecisiete años se rebeló. Fue por esa época que conoció al padre de su hijo. "Me pareció un príncipe azul. Como siempre, el primero es el príncipe azul". Ana quedó embarazada y se casó a los 18 años. "A mi padre casi le da un infarto, y mi abuela se hubiera vuelto loca si no lo hubiera hecho".

Esta situación inesperada cambió la perspectiva de las cosas: iba a entrar a la universidad a estudiar literatura, pero luego de lo sucedido no contó más con el apoyo de su familia. "Mi madre era profesora y tenía las puertas abiertas en cualquier universidad, pero no tuve el apoyo ni de ella ni de nadie': Sin embargo, estudió mucho y sacó el primer puesto por lo cual consiguió una beca, pero en ese periodo la situación era muy difícil, pues además de estar embarazada, estudiaba y trabajaba a la vez.

Con todo esto su matrimonio no funcionó. "No se trata de decir si él era una mala persona o no, simplemente ninguno de los dos estaba maduro para esas cosas. Entonces, de un día para otro, yo entendí que no funcionaba y me fui con mi hijo de nueve meses".

Continuó estudiando y trabajando para ganarse la vida, pero al final tuvo que dejar los estudios, de lo cual no se arrepiente. "No digo que estudiar sea perder el tiempo, pero en este caso sí lo hubiera sido, pues la situación económica y política en ese tiempo era muy inestable. Todo el país se quedó, después de la Perestroika de Gorbachov, en la calle':

Cuando Ana empezó a estudiar todavía existía la Unión Soviética; cuando dejó sus estudios fue cuando los países se separaron. Antiguamente el idioma principal era el ruso y el segundo idioma era el propio. En las universidades se estudiaba en ruso y muchas personas que tenían un alto nivel de estudios dejaron de ser útiles pues no sabían la lengua de su propio país. Así que con la separación de los países, mucha gente perdió su empleo. "Cuando se cayó la Unión Soviética la gente hacía cualquier cosa para ganarse la vida".

y Ana no fue la excepción, así que se dedicó a ir a otros países como Turquía o Polonia para comprar cosas y venderlas en su país. y así fue como un día decidió ir a probar suerte a Israel.

"En Israel tengo amigos que emigraron mucho antes y que son gente noble e inteligente. Yo iba para allá como invitada y, bueno, en búsqueda de trabajo también'. Pero al llegar fue detenida en el aeropuerto y puesta en prisión por cuatro días. La razón de esto era la gran cantidad de inmigrantes que iban en busca de trabajo, por lo que le negaron la entrada y la detuvieron junto a otras personas.

Un funcionario de la embajada ucraniana en Israel se presentó a los cuatro días y les dijo a las autoridades que él podía firmar un poder para aquellas personas que iban de vacaciones, para que pu-

dieran entrar. Y, a pesar de que Ana intentó convencerlos de que sólo estaría ahí de visita, fue deportada. "Yo ya había vendido absolutamente todo y me había endeudado para poder realizar ese viaje. Después de esto entré en una depresión horrible': No quería hablar con nadie, ni siquiera con sus amigos de Israel que se habían quedado en el aeropuerto esperándola. Se aisló del mundo aunque recibía constantes invitaciones de sus demás amigos para ir a otros países como Grecia e Italia.

Al final, llegó un momento donde Ana no sabía qué hacer, lo único que sabía era que tenía que buscar su futuro en otro país. "Un día estaba hablando con un amigo sobre este tema, preguntándole hacia dónde ir, cuando él miró la camiseta que yo llevaba puesta, una camiseta que tenía un logotipo que decía "Caja Madrid", y me dijo: 'vete para España'. Y eso hice".

Actualmente se dedica a importar productos a España desde Turquía, por lo que permanece gran parte del tiempo en Barcelona. Vive allá desde 1999 y procura ver, ocasionalmente, a su hijo, a quien dejó con una amiga. "Yo ni pensaba irme a ninguna parte pues no podía dejar a mi hijo, y ella se ofreció a quedarse con él durante los dos años que tuve que permanecer en España sin poder salir. Mi hijo siempre me apoyó en todo, tenemos una relación muy unida y todo el cariño que me faltaba en mi vida me lo transmite él". Hoy en día tiene 21 años y está prestando su segundo y último año de servicio militar obligatorio en Ucrania. Ana piensa que cuando su país entre próximamente a la Unión Europea, las cosas van a ser muy diferentes y, entonces, consideraría la posibilidad de regresar. Para ella Ucrania tiene problemas así como los tienen todos los países: la violencia, la corrupción y la mafia están en todas partes del mundo, aunque asegura que en otras partes no hay tanta inseguridad como aquí, en Colombia, a donde vino sólo de paso, a visitar unos amigos. "En Europa la gente vive tranquila, en la calle las personas pueden andar con tranquilidad y no hay problema".

Ana es una trotamundos, optimista y alegre.

"Yo no sé dónde me vaya quedar, si en España, Ucrania, Colombia o en África. Yo no sé; donde caliente el corazón, ahí me quedo. Pero claro, siempre hay que asegurar un sitio, y ese sitio es mi país".

El cinturón de fuego

Carolina Bohórquez'

Eneried Aranguren cerró los ojos y escuchó una explosión potente. Iba de regreso a su casa, empotrada en una colina del corregimiento de La Buitrera, en la ladera de Cali, cuando desde la buseta VIO una nube de gases asfixiantes que inundaba la avenida Pasoancho con calle Quinta. Sus manos sudorosas apretaban la bolsa de chontaduros que le compró a su hijo menor, en la esquina del centro comercial Trade Center, minutos antes de subirse en la buseta Montebello. En el recorrido sintió que se le hinchaba el pecho. Después de varias curvas por la carretera se bajó lívida, así ya estuviera a salvo, mientras se internaba por una loma semioscura y sin pavimentar. Al final de aquel camino está su casa, aún en obra negra, entre algunos árboles que se pueden ver por la puerta principal de barrotes de color verde oliva.

Eran las 6 y 15 de la tarde.

La mujer de cabello largo con grandes ondulaciones busco a Wilman Silva, su esposo y, sin más demoras le cantó que estaba en Úmcentro cuando estalló la revuelta, al otro lado de la calle. VIO que el humo de los gases lacrimógenos provenía de la Universidad del Valle.

-Cuando salía del banco tropecé con una mujer que lloraba. La gente corría de un lado a otro y la policía estaba regada. Ojalá mi Jhonny esté bien. ¿Por qué mi muchacho no me hizo caso esta mañana de que no fuera a estudiar si no tenía clases?

Wilman escuchaba atento a su esposa, mientras se devoraba la bolsa de chontaduros.

- No te los comás todos que son para Jhonny. Ya sabés cómo le gustan.

1 Cali, Comunicadora Social. Trabaja en la Universidad Icesi como Coordinadora de Divulgación y Prensa.

La pareja supuso que su hijo llegaría de Univalle más tarde que de costumbre, debido a los disturbios.

- Ya van a ser las 7. ¿Dirán algo en el noticiero? -preguntó Eneried.

-De pronto.

En la universidad, Jhonny Silva estaba a unos metros de la entrada de la biblioteca; caminó cojeando hacia el paso peatonal.

-Parce, corra que llegaron los tombo. ¡Parce, corra, corra! ¡No se quede allí! -Le gritaban algunos jóvenes que pasaban junto a él.

Jhonnyapuró su cojera, como lo hicieron otros compañeros que buscaron refugio al ver a unos hombres uniformados de negro, con cascos de caretas transparentes.

Se escucharon estallidos y luego la polvareda de gases comenzó a rondar la universidad.

Jhonny retrocedió cuando estaba en el corredor de salida a la calle. Germán Perdomo, un estudiante, lo vio tomando la dirección hacia la mole de ladrillo de la rectoría, pero su atención se centró en huir de la conmoción.

De repente, se oyó un disparo seguido de un golpe seco. Ya no se veía cojear a Jhonny. Su cuerpo quedó inmóvil en una de las esquinas del edificio.

-¡Le dieron, le dieron!

En cuestión de minutos empezó la gresca y Germán decidió enfrentarse a aquellos desconocidos hasta que le asestaron un golpe en la cabeza. La sangre le escurría por la cara, mientras compañeros suyos trataban de sacarlo a hurtadillas para llevarlo a una clínica.

Todos corrían. En el agite, los estudiantes Jairo Andrés Velásquez, Andrés Payán, Juan Pablo Aponte y Mónica Oliva fueron retenidos por la policía. A empujones se los llevaron hacia la estación de El Limonar.

Adentro de la Universidad, donde la oscuridad reinaba, los hombres de negro huyeron hacia la Pasoancho después de que una romería de jóvenes enardecidos los enfrentara a punta de piedra y palabras. La temperatura subió en el callejón formado por la fila de árboles hasta la entrada. Los estudiantes querían perseguir a las sombras, pero al final rodearon el cuerpo de Jhonny, ya sin pulso, que llevaron

a rastras hasta uno de los parqueaderos a la espera de la ambulancia. La sangre seguía brotando a borbotones del orificio en su cuello. Al llegar la ambulancia, la angustia aumentó porque la puerta del vehículo estaba atascada. Con un fuerte jalón lograron abrirla y subieron el cuerpo de Jhonny. En el piso quedó la huella de su agonía, a unos metros de los carros particulares.

Mientras tanto, en lo alto de La Buitrera, sus padres sintieron un extraño olor en la vivienda.

- Parece que alguien hubiera apagado una vela -comentó Eneried.

Luego, en la cocina de paredes sin empañetar, la mujer buscó entretenerse preparando la comida de su hijo.

-Ojalá Jhonny haya podido salir...

De pronto, sonó el teléfono.

¿Señora, usted es la mamá de Jhonny Silva?''

-Sí, ¿qué le ocurre a mi hijo?

Eneried se puso muy nerviosa y Wilman le arrebató la bocma.

'Jhonny está herido. Necesitamos que venga a la clínica Valle del Lili''.

Wilman, con el auricular en la mano, miró confundido a su esposa.

—¿Quién habla, dígame quién habla?

Hubo silencio.

—¿Qué pasa? -preguntó la madre.

- Tenemos que irnos porque Jhonny está mal.

El corazón de Eneried se empezó a agitar y la incertidumbre aumentó en aquella casa custodiada por 'Titán', un cachorro que siempre suele estar junto a 'Tony', el viejo perro negro que era la mascota de Jhonny.

La pareja caminó por un sendero de trocha a la espera de transporte.

-¿Por qué a esta hora no hay una buseta o alguien que nos lleve! No entiendo, apenas son las 7 y 20 de la noche y el último bus pasa a las 10.

La oscuridad llenaba la calle. Ambos estaban nerviosos y se sintieron impotentes durante esa media hora de espera. Luego soltaron un respiro al ver las luces de una Montebello que se iba acercando.

Durante el camino en el microbús, de paso lento, el teléfono celular de Wilman vibraba con fuerza.

"¿Qué pasa que no llega rápido? ¿No ve que su hijo está gravemente herido?"

- Ya vamos a Cali -dijo Wilman.

"¡Vengan ya!"

Era la voz de una mujer desconocida.

Siguió otro timbrazo y luego otro y otro. Al contestar la última llamada, Wilman palideció.

'Jhonny está muerto'.

- ¿Usted tiene más hijos? Le pregunto porque este niño se nos muere.

Sin aún haberse recuperado de un parto complicado, por problemas de su acostumbrada hipertensión, Eneried sintió desvanecerse cuando escuchó las palabras del médico en aquella fría habitación del Instituto del Seguro Social de Cali. Allí, observó una fila de incubadoras y en una de ellas estaba su Jhonny: flaco, largo y totalmente amarillento.

Habían pasado tres días desde que su pequeño pegó el primer alarido de vida, el 12 de julio de 1984, y ya la muerte se lo quería arrebatarse por culpa de la bilirrubina. Jhonny nació con ictericia, una enfermedad que produce decoloración en la piel.

- Tenemos un mes para operarlo porque si no lo hacemos se nos muere -le insistió el médico- o Aunque le advierto que si lo operamos también existe un alto riesgo de que se nos vaya.

Eneried y su esposo salieron con la cabeza gacha, rumbo a su vivienda en el barrio Popular de Cali. La pareja temía perder al segundo de sus varones y al último de sus tres hijos. La madre, una mujer dedicada a colocar cremalleras en una fábrica de la ciudad, apretaba a su pequeño famélico contra el pecho. Desde entonces, casi nunca se desprendía de él, ni siquiera en las noches. Por momentos la respiración del niño era tan lenta que Eneried entraba en pánico.

-Wilman, este niño se me murió -pero un leve movimiento de la criatura la tranquilizaba hasta conciliar el sueño en muchas de las noches que estuvo en vela.

- Mirá, lo que tenés que hacer es darle a Jhonny una agüita de raíz de azafrán con cimarrón y verás que se pone bueno -le dijo una tía cuando fue a visitarla.

Eneried cumplió la receta al pie de la letra, pero no veía ningún cambio a pocos días de la cirugía.

- Llévelo al Señor de los Milagros de Buga. Él es el único que puede salvarlo -le dijo un conocido de la familia.

Y no lo dudaron. Aferrados a la esperanza, Wilman y Eneried organizaron el viaje, acompañados de Jheny, la hija mayor. Al abrirse paso entre los miles de feligreses que atiborran la Basílica y de una eterna fila que bordea completamente el templo, Eneried extendió los brazos con su hijo ante la imagen del gigante moreno crucificado. Cerró sus ojos y prosiguió su camino.

Días después, el pequeño empezó a engordar y se puso colorado.

-¡Me tiene que decir qué le hizo a este niño porque no tiene nada!

¡No entiendo. Estaba de muerte! -le dijo la médica que lo atendió.

- Doctora, es el Señor de los Milagros que tiene a mi Jhonny con vida para rato.

Una mañana, cuando Eneried preparaba la colada del desayuno de sus hijos, ella y su madre vieron por la ventana de la casa, hecha de tablas de madera, a unos hombres vestidos de camuflaje con fusiles al hombro. Corrían por el monte. La vivienda estaba en plena selva de San Juan de Villalobos, en límites entre Cauca y Putumayo. Fue comprada a un campesino de la región por Conciviles S.A., quien contrató a Wilman como topógrafo para construir la vía Pitalito-Mocoa. En ese entonces Jhonny iba a cumplir 2 años.

Esa mañana el reloj marcaba las 7 y 30 Y Wilman estaba en el campamento' donde hombres de brazos corpulentos, tiznados por el sol,

abrían la trocha en medio de árboles que alcanzaban 30 y 40 metros de altura.

Mientras tanto, en la casa de los Silva, alejada por un camino que se recorría en dos horas, ambas mujeres y los niños empezaron a escuchar estallidos prolongados y el zumbido de unos tiros.

- Llegó el ejército -dijo Eneried, con Jhonny en sus brazos.

El temor que días atrás había rondado entre los pocos pobladores asentados cerca de la casa de los Silva se había cumplido. Si llegaban los soldados, la gente tendría que salir de las casas por los enfrentamientos con la guerrilla. El XIII frente de las FARC y el ELN siempre se habían disputado ese territorio.

Jhonny se aferró al cuello de su mamá. Estaba asustado, igual que su abuela que cargaba a su hermana mayor.

Eneried, con su hijo, no resistió abrir la puerta y al salir cayeron a pocos metros de ellos los cuerpos de dos guerrilleros. A uno, el disparo le perforó el cráneo y, al segundo hombre, el impacto le dejó los intestinos al descubierto.

Jhonny estaba aterrado. Eneried y él entraron a la casa, aturdidos por los helicópteros que empezaron a llegar al monte. Ese día, no se sabía si eran las FARC o el ELN los grupos que se enfrentaban al ejército.

De repente, Eneried se tiró al suelo con Jhonny y lo mismo hizo la abuela con Jheny en brazos.

Jhonny permanecía en silencio, temblando, colgado de su mamá.

En el campamento de Conciviles, Wilman no podía comunicarse con su casa. No le extrañaba. Allí no había redes de telecomunicaciones, ni energía. Por eso, las comunidades más cercanas cocinaban a punta de leña y, tiempo después, fue un acontecimiento la llegada de la televisión al campamento.

Atardecía. Wilman por fin emprendió el camino hacia su hogar, angustiado por la suerte de su familia. Al llegar, observó la casa agujereada en la fachada y los grandes orificios en las paredes del corredor. Su esposa, sus hijos y su suegra aún permanecían ocultos en una de las habitaciones.

Estaban ilesos, pero aterrados.

Desde ese momento, Jhonny hablaba poco y cuando lo hacía se le escuchaba el titubeo. También caminaba lento, casi no corría y cuando lo intentaba, lo hacía torpemente. Sus padres creen que el susto por el combate de aquel día lo dejó marcado. Allí, en San Juan de Villalobos, permanecieron un año más. La familia regresó a Cali por poco tiempo y luego se trasladó a Nariño por el empleo de Wilman. Fue una corta temporada hasta que él decidió volver a la capital del Valle del Cauca.

Se fue primero, y su esposa con su suegra y sus hijos salieron días después, en un bus que tomó la vía a Tunía, en el Cauca.

En ese recorrido, hubo un nuevo susto: la guerrilla detuvo el vehículo y obligó a bajar a todos los pasajeros.

-Somos defensores del pueblo, si hacen lo que les decimos no les pasará nada.

Jhonny abrazó fuerte a su madre. Temblaba, igual que su hermana mayor.

-Cuando escuchen tres disparos podran estar tranquilos. Si colaboran no les pasará nada.

Los hombres de camuflado comenzaron a quemar otros buses que venían detrás. Luego se escucharon unos disparos y en ese momento los pasajeros aprovecharon para regresar al bus y emprender la huida.

Al llegar a Cali se propusieron olvidar lo ocurrido en esa parte alejada del sur del país. Pasaron semanas sin hablar de los hechos y el pequeño Jhonny era el más callado.

Tiempo después, los Silva organizaron un paseo al río Dapa. Ese día Jhonny estaba contento jugando en el agua. Pero en un parpadeo resbaló cuando trató de correr. Sus padres lo llevaron al Hospital Universitario del Valle, donde los médicos le descubrieron un problema en la cadera. Jhonny estuvo atemorizado en el hospital durante un mes, viendo a otros niños con golpes y graves heridas. Uno de ellos, de unos 2 años, estaba ciego por causa de un accidente.

- Vas a ver que te pondrás bien, que todo pasará -le dijo Eneried a su pequeño de cabellos claros y de mejillas rosadas y regordetas.

- ¡Lo mataron, mataron a Jhonny Silva!

Las luces en la universidad estaban apagadas. Un grupo de más 50 estudiantes gritaba arengas de protesta en los parqueaderos frente al edificio de rectoría.

-¡Fueron los tombos! -dijeron algunos jóvenes a dos corresponsales de *El Tiempo* y *Noticias ReN*. Un ambiente fúnebre predominaba en todo el campus, mientras los enardecidos estudiantes seguían señalando a la fuerza pública como la responsable.

Eran las 8 y 30 de la noche.

Entre la penumbra, alrededor de la mancha de sangre que dejó Jhonny, algunos muchachos dibujaron un círculo con tiza color marrón. En el centro colocaron claveles y un par de rosas rojas.

-Aquí cayó Jhonny -dijo uno de los muchachos, al asegurar a las periodistas que dos hombres del Esmad eran los autores.

A esa hora, Eneried sufrió un desvanecimiento cuando Wilman le confirmó que a pocos metros, en una habitación de urgencias de la clínica Valle del Lili, estaba su hijo muerto. La bala le entró por el cuello y le alcanzó el cerebro. La señora no resistió la noticia y tuvo que ser internada por problemas de tensión y corazón.

-Quiero ver a mi hijo -repetía Wilman, tratando de pasar por encima de la barrera de un grupo de personas en la entrada de urgencias de la clínica. El cuerpo de Jhonny vestía una camiseta roja y un bluyín. Pero le faltaban los tenis. Nadie respondió por ellos.

La romería seguía creciendo en la clínica y Wilman estaba aún más preocupado porque temía por la salud de su esposa.

Una hora después, el entonces comandante de la Policía de Cali, general Jesús Antonio Gómez, salió de una reunión en el Club Colombia a asegurar ante los dos primeros medios de comunicación que estuvieron en un comienzo en Univalle, que la fuerza pública no entró al campus.

- Los hechos se presentaron a las 5 de la tarde y la persona ingresa a la clínica a las 6 y 55. Incluso nos llegaron a pedir que la Policía ingresara a las 5 y 30 después de que la persona había fallecido, y desde luego que no ingresó, ni tenía elementos con armas de fuego -dijo el oficial.

A las 11 de la noche continuó el calvario para los Silva. Un cortejo fúnebre escoltó la ambulancia con el cuerpo para llevarlo a Medicina Legal.

Jhenny, la hermana de Jhonny, se enteró de lo ocurrido estando en Pasto. Allí trabajaba en una entidad de teléfonos celulares y, de inmediato, organizó el viaje por tierra. Cuando ya amanecía llegó a la casa del barrio Popular. Nadie pudo conciliar el sueño y Eneried y Wilman seguían preguntándose si era verdad todo lo que les estaba ocurriendo.

Horas después, Wilman, Eneried y Jhenny estaban frente a las puertas enmalladas de la morgue. Sólo Wilman respondía las preguntas de un enjambre de periodistas. A pocos metros, Jhenny lloraba inconsolable, apoyando la cabeza sobre su madre, mientras la gente, en la entrada de la morgue, comentaba que la gobernación del Valle tenía testimonios sobre el ingreso de la policía a la universidad. Por la tarde, la familia estaba decepcionada cuando escuchó en las noticias de la radio al presidente Alvaro Uribe, en una de sus visitas a Cali.

-El día que se registre nuevos hechos de violencia en la universidad, creo que es muy importante que rápidamente la policía coordine con los directivos y las autoridades y contará con mi autorización inmediata, sin duda, para entrar a la universidad y acabar con los violentos y capturarlos.

Cinco días después un féretro simbólico de madera, en el que se leía el nombre de Jhonny Silva, estaba en medio de cientos de estudiantes y profesores que colmaron el coliseo Alberto León Betancourt, de Univalle.

-No querernos más impunidad, que paguen los responsables -manifestó Julián Hurtado, el representante en el Consejo Estudiantil ante el Consejo Académico de la universidad.

Julián y otros jóvenes en la gradería avivaban las voces del público, mientras en el centro del coliseo hablaba uno de sus compañeros, a unos pasos del féretro y de la mesa central, con el rector Iván Ramos, el gobernador del Valle, Angelino Garzón, el entonces defensor del Pueblo, Hernán Sandoval, y Carlos González, presidente del sindicato de la universidad. En esa mesa también estaban Eneried y Wilman. Ellos se aguantaron las ganas de derramar las lágrimas durante las cinco horas que duró la audiencia. Escucharon al estudiante de

UnivaU Albeiro Gutiérr z pidiendo justicia, escucharon la declaración de L misi n ingle a de un grupo de univ rsidade que el día del asesinato taba vi itand el campu y escucharon al Gobernador l' paldar la nformación de una comisión de la verdad, pidiendo garantías de s guridad para los ilva.

Acabada la alldien ja, a eso de la 3 de la tarde, Julián Hurtado, tro e tudiallte, indi ali tas y miembro de la comunidad univ ersitaria, decidieron dejar con tancia en una carta d lo qu habia ocu rrido con Jhonny e e 22 de. eptiembre d 2005.

-D ben pagar. Fueron ello, debemo exigir que l qu e tuvi n en el p rativ ean inve ligad . Fueron ellos.

Día d pués Julián y los demás integrante del Con ej E tudiantil e pu ier nen la tarea de analizar lo te timoni ,que de ían que dos uniformado habrían i lo lo respon ables, que uno cubrió al otro uando di paró. l Defensor del Puebl djj qu la poli ía í entró.

Julián hiz part de una lu ha por c no el l v rdad a la spera de que los trámite p r diver a ñ calia de ali tuvieran efecto. Hizo parte de la toma de la iglesia La Ermita y luego empezó a asistir a la 'omi ión de la Verdad que olía reunir e una vez al ID . i J P día ir p rql . taba estudiando o ha iend prácticas como pam dico en el Ho pital Univer itario del all, n su lugar iba u amigo William orrea, también integrante d l Con ejo Estudiantil de la univer idad.

Ya medida que aum ntaban la reuni nes, la investiga ión penal no btenía r sultado . Julián n 'lo e taba pr ocupado por la lenti tud del proceso para hallar a los culpable : temía por u vida p rque desconocido le enviabaJl c rreo leetrónico dicí ndole que sus días e taban conta .

-A mi que me ntierren parao, que me entierrell paraooo.

Julián Hurtado siempre tarareaba la candon s de u idolatrado Rubén Blad s, en la reuni ne d l nejo E tudiantil de Univalle.

- Pongamo Rubén que est pon bueno -y seguía cantand Parao, uno de los éxito de Blades.

i yo he vivido parao,
¡ay! que me ntierren parao,
¡ pagué el precio que paga
l que no vive arr dilla
la vida me ha re Iregao,
pero jamá me ha planchao.
En la buena yen la mala.
¡voy con los diente pela !
Sonriendo y de pie
i iempre parao!

A pesar de la amenaza buscaba la manera de seguir riendo y bailando al a. Así, bailando con ió a iana Zapata, un vja, c n qui n organizaba correría por municipio del Valle del auca.

La letra de *Ojos de Perro Azul*, de Blade , también retumbar n en lo onsejos tudiantilc de la universidad v JI Gaucana. Julián, el hijo m n l' de Abelard Hurtad , un a tre, y de Laura a tillo iba a la e en la 'ede d an F rnando con la m ta de terminar Tecn 10- gía en Atención Prehospitalaria.

Nunca le temió al trabajo ye '110 tenía clr cuand ,añ atrás. l pagaban por cargar cana to en lo mer ado móvile p r uca a o cuand trabajó en re taurante yalmacen de cadena. Tambi 'n aprendió construcción y marquetería. Por e , cuando n tenía dinero, amigos m William lo veían pinlaJdo casas de vecin y haciend arr gl d mé tico . Pero lo más imp rtante para él era la carrera de Atención Pr h spitalaria.

Luego del a e inato de Jhonny, a Julián le faltaban me es para graduarse. Eso le decía u madl' ,cuand la i Haba en el barri La Granja. ól un par de cuadras eparaba la vivienda de doña Laura de la pi Za. que pagaba en alquiler, en el vecino arria an Judas.

Julián también vivía cerca de Diana su novia, y la llamaba a m nud al c lular para d cirle que la pen aba y que contaba los días para ten r el título y organizar un viaje para conocer el mar.

En el 2003 su vida transcurría en el ha pital Univer itario del Valle, com estudiante, ac tumbrado a ver el hacinamiento de paciente en Urgencia , en el pab llón del primer pi o.

Siendo parte del onsejo Estudiantil recibía amenazas, que aum ntaron despué del a esinato de plonny. Durante una r unión del Con ejo E tudiantil, Julián y otr miembro, coincidieron en de-

nunciar públicamente sobre las amenazas a varios líderes de la universidad por defender diversas causas. Una de esas luchas era la de aclarar quiénes estaban detrás del crimen de Jhonny Silva.

En ese entonces, los medios de comunicación sumaban otro universitario a la larga lista de asesinatos. Esta vez fue William Javier Ortiz, de la licenciatura de Ciencias Sociales de Univalle, acribillado en Yumbo.

Era una mente brillante. Eso aseguran los padres de Jhonny cuando recuerdan que desde muy niño ya sabía escribir. Para Eneried no fue coincidencia que su hijo empezara el kinder en el colegio Liceo Brillante, en el barrio Popular. Y aunque estaba bastante pequeño, Jhonny fue aceptado a regañadientes por las directivas de la escuela Rafael Zamorano.

- Don Wilman, el problema es que Jhonny es muy desordenado y motiva a que los demás tampoco pongan atención en las clases -fueron las palabras de una de sus primeras maestras.

Jhonny crecía como un pequeño juguete que salía del salón sin pedir permiso junto con otros niños, ansioso por ir a jugar bolas. Casi no escribía y cuando lo hacía en los cuadernos de hojas dobladas y algo sucias no se le entendía. Pero al final de quinto de primaria, Jhonny se graduó con honores y ya empezaba a admirar a Albert Einstein.

Al empezar su bachillerato en el colegio INEM se dejó crecer el cabello hasta los hombros. Lo tenía ondulado como su madre y no quedaba rastro de aquellos primeros rizos rubios cuando estaba en el jardín infantil.

- Es el pequeño científico de la clase -eso decían sus amigos de adolescencia, al recordar a aquel joven apasionado por las matemáticas y la física. Einstein y su teoría de la relatividad mantenían ocupado a Jhonny, un estudiante de pocos cuadernos. Su letra aún era ilegible. Pero la familia no se preocupaba porque sabían que el menor de sus hijos tenía un alto desempeño académico.

Jhonny era de pocas palabras y después se enmudeció aún más. Un día de 1997 un incendio consumió todo su cuarto en aquella vieja casa del barrio Popular.

- Yo fui el único damnificado -decía, mirando con frustración las gafas retorcidas por el fuego, sus libros y su ropa.

Desde entonces, cuando la familia se fue a vivir a La Buitrera, donde poco a poco Eneried y Wilman han ido construyendo su casa, Jhonny cambió. Vestía camisetas oscuras, no salía a fiestas con sus amigos y todo el tiempo solía estar leyendo. Incluso, se sometió a un tratamiento psicológico porque su rendimiento académico bajó y antes de empezar décimo grado se retiró del colegio. Luego volvió, pero entró al colegio José María Toledo.

Más tarde se retiró porque no le gustaba.

Lo único que lo animaba eran los partidos de su adorada Mechi-tao

Nunca se perdía el clásico América-Cali, en el estadio Pascual Guerrero.

Tenía el botón, un afiche y hasta una bandera. En esos momentos, el negro de su ropa cambiaba por el rojo encendido.

Más adelante, Jhonny empezó nuevamente a estudiar, a ser el mejor alumno y por eso en el colegio SER, de bachillerato acelerado, se le veía dedicado.

-Quiero ser como Einstein -repetía a sus padres constantemente.

Empeñado en ser uno de los mejores estudiantes, se la pasaba todo el tiempo leyendo temas de matemáticas, química y física, sin salir de su cuarto en La Buitrera.

A su habitación se entra bordeando la fachada de la vivienda hasta llegar a la parte trasera, en medio del follaje de unos cuantos árboles. A unos metros de allí hay una improvisada cocina bajo un techo de zinc al aire libre. Al lado, en un patio pequeño, está un baño y un espejo, frente al cual Jhonny se detenía a arreglarse la camisa o el pantalón antes de bajar apurado por la empinada colina hasta la calle.

Un viejo reloj de pulso con el escudo del América cuelga del estante de madera, pegado a la cama de Jhonny. Una falla detuvo las manecillas. Allí hay, además, libros de química, física, matemáticas. Junto al armario estaba un escritorio con un computador, y a los pies

de la cama hay un armario metálico claro con las camisetas negras y rojas, algunas con estampados que Jhonny les hizo con unos cuantos pincelazos de pintura especial. Es su habitación, en la que pasaba la mayor parte del tiempo. Allí estudiaba y, cuando soñaba despierto o quería descansar, observaba por la ventana la montaña y escuchaba a los perros y a los gallos.

Pensaba obsesivamente en ser químico cuántico. Quería ser como seis familiares suyos, entre ellos un tío, todos químicos de la Universidad del Valle. Era lo que más quería para tener posibilidades de estudiar y trabajar en el exterior. Decidido a lograrlo hizo un preicfes en la misma Univalle para tener más opción.

- Voy a ser el mejor.

Eso les repetía a sus padres y a su hermana, su mejor amiga. Y tenía razón. Un día llegó orgulloso, exhibiendo el puesto 24 de los resultados de la prueba del Icfes. De inmediato, se inscribió en Univalle e hizo la prueba de admisión para estudiar Química.

Cuando fue aceptado ni él mismo lo creía. A su casa llegó sonriendo, buscando afanado a Eneried.

-¡Mamá, quedé en la Universidad del Valle!

La arrastró hasta su cuarto y encendió el computador.

Eneried, emocionada, miraba a Jhonny.

-¡Mamá, ahí dice Jhonny Silva, Jhonny Silva!

Desde que empezó en la U. se le veía más dedicado que nunca. Del cuarto salía cuando su madre le servía el desayuno, el almuerzo o la comida. Los frijoles con dos huevos fritos y salsa de tomate lo enloquecían y sus pocos amigos lo llamaban Garfield, por ser tan rápido con la cuchara. En el primer semestre de la carrera sus compañeros a veces lo llamaban Jesús por el cabello largo y su contextura delgada.

Salía de su casa a las 6 y 30 de la mañana y regresaba entre 9 y 10 de la noche. En el segundo semestre del 2005, Jhonny empezaba quinto semestre de Química y el primero de Física. En la universidad, sus sitios preferidos para estudiar eran la cafetería de Idiomas y la sala B de la Biblioteca Central. Casi siempre él, un fanático de los Simpsons y admirador de Hugo Chávez, estaba solo, contrario a Julián Hurtado, que vivía hablando con muchos amigos.

Julián estaba a un año de graduarse como paramédico. Su participación activa en las reuniones y protestas de estudiantes en la universidad lo motivaron a inscribirse en un programa académico sobre resolución de conflictos. Le apasionaba la política y era un crítico del gobierno nacional, como también lo era Jhonny.

Para la familia de Julián fue una sorpresa que el menor de los nueve hijos de Abelardo y Laura estuviera tan interesado por los conflictos universitarios.

Julián, aquel joven que se acercaba a los 30 años, luchaba por las sedes regionales de la universidad, por los estudiantes de escasos recursos que buscaban la manera de matricularse en Medicina y por los jóvenes desfavorecidos. Era una promesa en el Polo Democrático.

Entre sus últimas luchas estaba la de rechazar la impunidad por el asesinato de Jhonny Silva.

-¿Cómo estás?

- Bien, porque estoy vivo.

Así respondía Jhonny, cada vez que su madre lo saludaba por las mañanas o cuando volvía de la universidad.

Aquella mañana del 22 de septiembre del 2005, Jhonny se levantó como de costumbre, con el sonido de los gallos que a veces lo aturdíen y no lo dejaban concentrarse cuando estaba estudiando en su cuarto. Ese día decidió ir a la universidad, a pesar de no tener clases.

-Mamá, hoy no tengo que madrugar tanto porque hay una reunión en la universidad. Posiblemente no haya almuerzo, pero de todas maneras tengo que ir a hacer un trabajo con unos compañeros.

- ¿A qué hora vuelves?

-No sé qué tanto nos demoremos haciendo el trabajo.

Eneried sabía que su hijo comía bastante y que no le gustaba mendrillar en la calle porque "hay cosas muy caribes" y así no se puede".

La mujer le empacó en el maletín un tarro de salchichas, un pan y un yogur.

- Desayune bien, mijo, para que no me le dé hambre.

Jhonny se abalanzó sobre el humeante plato de pericos con bastante tomate.

Además, se tomó un vaso de jugo de naranja con un pan de quinientos pesos.

Después de desayunar bajó los escalones de cemento desde su cuarto hasta el patio, se miró en el espejo, se arregló la camiseta roja y el pantalón, y se despidió de Eneried. Ella estaba adentro de la casa, en su habitación, y lo vio alejarse por una ventana.

-Mamá, me voy pala universidad.

-Mijo, tenga mucho cuidado.

- Tranquila que allá no pasa nada.

Toda la mañana Jhonny estuvo cerca de la biblioteca y por la tarde los compañeros de su grupo de estudio estuvieron con él, hasta una hora antes de que comenzara la revuelta. Afuera de la universidad un grupo de manifestantes protestaban por el Tratado de Libre Comercio y por la falta de agua en Villagorgona, en Candelaria.

Jhonny estaba a unos metros de la biblioteca de Univalle y se dirigió hacia el pasillo que conduce a la calle.

Julián Hurtado y su amigo William Correa estaban alegres y con muchos planes, a pesar del hambre por no haber almorzado. Ese 4 de octubre de 2006 ambos líderes universitarios llegaron a las 6 de la tarde al edificio de la plazoleta de San Francisco, donde tendrían una reunión con el Gobernador. Horas antes, ambos estuvieron trabajando con otros representantes estudiantiles en lo que sería la Marcha Nacional Estudiantil que se realizaría en el mes de noviembre, en el proyecto de modificar el mecanismo para elegir el rector en la universidad, en el apoyo a un proyecto de rebajas de matrículas para estudiantes de postgrado y en una audiencia, en la sede de Univalle de San Fernando, sobre el problema de la salud.

Frente al Gobernador, Julián seguía sonriendo porque estudiantes sin dinero de Univalle podrían recibir subsidios de 500.000 pesos para hacer cursos de postgrado, y estaba muy satisfecho por las 100 becas logradas con el Gobernador para jóvenes que como él pasaban dificultades económicas. Julián sabía lo que era retirarse de estudiar

para tener que trabajar y sabía lo que era sudar para alcanzar sus sueños.

En la Gobernación estuvieron hasta las ocho de la noche. Después tomaron un taxi juntos y luego Julián se despidió de su amigo y se dirigió rumbo a la casa de su mamá, en Las Granjas. Allí permaneció unas tres horas.

Luego, el caleño rumbero se fue a visitar a Diana.

-Nos vemos mañana -le dijo Julián.

La despedida terminó con un beso y un abrazo.

-Cuídate mucho que esas calles están muy oscuras -le insistió ella.

Mientras Julián caminaba, recibió la última llamada a su celular.

Era Diana. Quería asegurarse de que estaba llegando a su casa.

- Estoy bien. Te mando un beso y nos vemos mañana.

En el trayecto se encontró a unos amigos, con quienes a veces pintaba casas durante la época de vacaciones y, después, continuó su camino.

Detrás de él venían un par de sombras.

Un hombre y una mujer lo venían siguiendo.

Al llegar a la carrera 46 con calle 14, un disparo rompió el silencio. Julián no vio a sus agresores ni alcanzó a reaccionar porque el tiro se lo dieron en la cabeza.

Pasada la medianoche, golpearon insistentemente en la puerta de la casa de doña Laura Castillo. Antes, ella había escuchado el ruido de una motocicleta. Eran dos uniformados. Parecían policías, pero le dio miedo abrirles.

-¿Usted es la mamá de Julián Hurtado?

-¿Por qué preguntan por él a esta hora?

-Señora, su hijo está herido... le dispararon...

Julián fue llevado al hospital municipal Carlos Carmona, donde los médicos tenían pocas esperanzas y recursos para atenderlo y salvar su vida. Por eso, fue trasladado al hospital Universitario del Valle.

Al llegar al centro hospitalario, uno de sus compañeros de estudio en Univalle y quien estaba en el turno de la madrugada, se sobresaltó

al abrir la ambulancia y observar a quien solía sacar a los heridos de bala para salvarles la vida. Julián estaba inconsciente.

Diana y la madre llegaron una hora después. Doña Laura se pasaba horas acariciándole el rostro.

-Julián ha perdido el sentido y es poco probable que viva -les decían los médicos.

Por la mañana, Julián sufrió un paro cardíaco. Su vida dependía de los equipos a los que estaba conectado. Pero no había nada que hacer. Ni el entonces director del hospital, Jorge Iván Ospina, se atrevió a ordenar una cirugía por el daño irreparable del cerebro.

Doña Laura sentía que su corazón se despedazaba cuando autorizó desconectar los tubos y declarar oficialmente la muerte de su hijo.

El día de la muerte de Julián hubo una gigantesca marcha estudiantil, que fue interrumpida por disparos desde una camioneta de vidrios oscuros. Volvió el rechazo y otra vez hubo súplicas de buscar a los culpables de los asesinatos de Jhonny, de Julián y de otros tantos universitarios, todos ellos unidos por un cinturón de fuego, por un cinturón de disparos, por un cinturón de muerte.

Junio de 2007

La ceguera

María Teresa Llano'

Emiro trabajaba en la empresa Carvajal y Compañía. Se desempeñaba en el cargo de Kardex, manejando una serie de repuestos; cada uno de éstos tenía una referencia y cada referencia se componía de diez a doce letras o números para definir si era tornillo, tuerca, resorte, cierre o alguna otra cosa. Emiro memorizaba todas esas referencias, utilizadas para mandar repuestos a todo el país.

Un día se percató de algo que le venía sucediendo, algo a lo que no le había prestado mayor importancia porque pensó que era consecuencia del cansancio. Cuando iba a anotar la referencia de alguno de los repuestos, notó que un 3 se le convertía en un 8, o que una "a" también se le parecía a un 8. Debido a esto se decidió por empezar un seguimiento con el Seguro Social.

- Eso no me sirvió para nada, ellos me mandaban gafas y gafas y gafas, pero no servía de nada -dice Emiro, refiriéndose a lo que él pensaba era un mal funcionamiento de parte del Seguro Social.

Un día, mientras le contaba a un amigo del trabajo lo que le pasaba, éste le contó de un doctor muy bueno en esos asuntos, el doctor Barraquer, que vivía en Bogotá y tenía mucha fama como oftalmólogo. Emiro, tras pasar un tiempo, y con sus ojos empeorando todos los días, pidió sus vacaciones y decidió ir a Bogotá acompañado de su esposa Bernarda. Habían pensado quedarse máximo diez días, pero las cosas se complicaron y tuvieron que posponer su regreso a Cali, pues los oftalmólogos que trabajaban con Barraquer descubrieron que sufría de "retinitis pigmentosa": una enfermedad en la que se va perdiendo el campo visual y sólo se puede observar lo que se tiene al frente, algo así como si estuviera mirando a través de un pitillo. A los lados no se puede ver nada.

¹ Cali. 1982. Egresada de Ingeniería de Sistemas. Universidad Icesi, Cali.

Eso fue en 1985, cuando Emiro tenía cuarenta y cinco años. A raíz de esto se encerró en su casa, pues Carvajal, la empresa donde llevaba trabajando veinte años, decidió pensionarlo y no correr el riesgo de trabajar con una persona con esa discapacidad, y mucho menos correr con los gastos de una posible rehabilitación, imposible en su caso porque la enfermedad era progresiva y con el tiempo iba a perder la vista totalmente.

Mientras todavía podía ver y distinguir formas, Emiro empezó a viajar con su cuñado, que vendía confitería por todo el Cauca. De esta forma lograba distraerse, pero para él ya todo había cambiado. En uno de esos viajes se dio cuenta que existía un instituto llamado Asoliv, una asociación de y para limitados visuales, donde ayudaban a las personas con una discapacidad visual en su rehabilitación.

Tras pensarlo mucho, resolvió entrar a aquel instituto, pues él, que siempre había sido una persona muy independiente, ya no soportaba la idea de tener que estar a merced de los demás.

Pasado el tiempo se hizo socio y vicepresidente del instituto. Un día mataron al presidente por robarle una plata de un proyecto y Emiro asumió la presidencia. Al completar el período lo reeligieron por dos años más. Este nombramiento generó en él una gran responsabilidad y satisfacción, porque estaba a cargo de muchas personas que tenían problemas muy parecidos a los suyos, a las que podía brindar su ayuda. Gracias a las capacitaciones de pedagogía que recibió de parte del Sena, Emiro pudo desempeñarse muy bien en las áreas de lectoescritura en braille, ábaco, desplazamiento y movilidad (o sea aprender a andar en la calle y con bastón).

-Para mí eso fue todo un proceso -señala- Todo en la vida cansa, y uno en la casa a cada rato diciéndole a la mujer "lléveme, tráigame": y a mi nieta lo mismo ("lléveme, tráigame"), y el día que uno más quiere ir a alguna parte, si la persona está ocupada, uno no puede hacer nada y tiene que quedarse ahí.

Cuando Emiro entró a Asoliv tuvo que enfrentarse con el proceso de movilidad después de haber aceptado por completo su discapacidad. Algunas veces los doctores les dan esperanzas a los familiares y a los discapacitados, y por esta razón los invidentes no aceptan el hecho que están ciegos y no ven la necesidad de enfrentarse a estos procesos. Por eso pasan los años y nunca llega la cura.

Cuando Emiro empezó el proceso, lo acompañó Bernarda. El trabajo tenía el nombre de microplaneación y el primer paso era enfrentar al discapacitado con su realidad.

—¿Usted por qué está aquí? -pregunta la trabajadora social.

-No..., pues porque yo quiero rehabilitarme -contesta un invidente.

- ¿y qué te gustaría ser?

- Pues, yo quiero ser médico.

"En ese momento es cuando lo enfrentan a uno con la realidad": dice Emiro.

- Pero si usted es ciego, usted no puede ser médico.

"Estrellarse con la realidad al principio, cuando uno es ciego, es algo muy duro. Es allí cuando uno tiene que cambiar el concepto que tiene de la vida".

Emiro recibió mucho apoyo de su familia pero, al igual que cualquier otra persona, tenía momentos de rabia y de depresión, pues el hecho de tener que volver a aprender a escribir, a leer, a contar y caminar por la calle era algo que no podía aceptar tan fácilmente. Después de esta etapa, siguió con el proceso de movilidad que empezaba con el conocimiento del bastón y el reconocimiento de todos los lugares del Instituto. Luego aprendió a caminar en línea recta y en curva. Dos años le tomó todo el aprendizaje.

Emiro siempre que está en algún lugar crea un mapa mental del sitio, aprende cuántos pasos hay de tal lugar a otro, si es por la derecha o por la izquierda, y se guía por ruidos y olores.

- Por ejemplo, si yo vaya su casa, llego, me abren, entro, me acomodan en un sitio. Mientras hacen eso voy tratando de observar por donde se mueve la gente, porque puedo ver sombras. Veo a las personas como bultos negros, aunque a veces son muy confusos. Entonces observo los espacios por donde van y vienen, por si hay alguna emergencia me pueda movilizar. No dependo de nadie, yo puedo moverme solo -dice.

Para empezar el trabajo en la calle Emiro se quedaba sentado en la puerta del Instituto, familiarizándose con los ruidos de los carros, motos, aviones, taladros, etc. Le daba la vuelta a la manzana con la ayuda de su bastón, haciendo un movimiento llamado "arco" por los discapacitados visuales: la punta del bastón se va moviendo de lado a lado, de hombro a hombro.

- Este es el espacio que una persona lleva cuando está caminando -explica- o No se puede ir boleando el bastón por todas partes, porque hay personas que pueden estar caminando a los lados. Con el bastón se detectan los obstáculos y se tiene que ir concentrado.

Luego de esto, aprendió a montarse solo en un bus. El instituto queda en la tercera con cuarenta, y para que Emiro pueda volver a su casa debe ir hasta la tercera con treinta y cuatro para coger el bus Verde Plateada. En el trayecto llega a la treinta y nueve, que es doble vía. Muchas veces cuando va solo por la calle encuentra personas que lo ayudan, pero hay otras que no. En este momento empieza a jugar con su oído, para saber si viene un carro o no. Su habilidad es impresionante: apenas baja el pie del andén arranca sin titubear.

-Uno no puede amagar, tiene que darle de una. Hay que darle seguridad al que venga en carro o moto de esquivarlo a uno, en caso tal de que se me fueron las luces y no me la haya pillado bien -dice Emiro.

Distingue los buses por el motor que traen atrás; según él, el ruido que hacen estos motores es diferente al ruido de un carro normal que lo trae adelante. Cuando se sube, ubica los asientos con el bastón. Algunas veces le colaboran, otras va tocando los puestos y así se da cuenta donde debe sentarse. Cuando el bus arranca, Emiro siempre sabe por donde va gracias al mapa mental que ha hecho de la ruta.

- El bus se viene por la 34, en la quinta están las líneas férreas, las paralelas, o sea los rieles del ferrocarril; como allí hay una subidita, entonces uno sabe por donde va; eso es una guía para uno. Cuando pasa la octava, enseguida está Lloreda, dónde se hace el jabón y huele como a coco; después de eso llego a la doce, donde hay un parque que huele mucho a hierba cuando llueve; cuando no llueve es más difícil ubicarlo, pero allí hay un semáforo y en la quince hay otro semáforo; yo los voy ubicando cuando el bus para. Después de la quince se llega a la galería y el olor se percibe de una. Cuando llego a la autopista hay como un tobogancito, y es cuando me levanto y vaya a la parte de atrás para que cuando arranque avisarle al conductor que pare en la siguiente esquina y me deje allí -dice describiendo su ruta.

A veces no se va en el Verde Plateada, sino en el Cañaveral 4, porque el otro se demora hasta 40 minutos en pasar; este lo deja más lejos, atrás de Comfandi, así que le toca hacer un recorrido más largo.

De ida al Instituto es igual porque el mapa mental de la ruta es el mismo.

Pasado un tiempo Emiro vio la necesidad de meterse a un programa llamado "prestaminta", pues los lugares donde va no solo son el Instituto y su casa. En este programa aprendió a defenderse moviéndose por otros espacios de la ciudad. Aprendió a trabajar con las yemas de los dedos para poder escribir; también aprendió a distinguir olores y sabores, a distinguir la sal del azúcar, el alcohol de la gasolina; por eso cuando pasa por una estación de servicio, le huele a gasolina, por una panadería, le huele a pan, y le ayuda mucho para ubicarse.

-Cuando uno ve, no le para bolas a esas cosas. No es que uno desarrolle los sentidos cuando tiene una discapacidad física, sino que antes no les paraba bolas -dice.

Toda la vida Emiro ha tenido como hobby el baile, y hace tres años y medio que pertenece a una academia de tango y milonga;

Ha hecho presentaciones en el teatro Jorge Isaacs, en Popayan, y en el teatro al aire libre Los Cristales.

Cuando los médicos dieron el diagnóstico de la enfermedad los psicólogos notaron que él tomaba las cosas muy tranquilo, que era muy consciente de lo que estaba pasando, pero se dieron cuenta que a la persona que debían manejar era a su esposa. Ella estaba muy mal y necesitó un poco de ayuda. El cambio de vida fue muy duro: pasar de estar trabajando y valiéndose por sí mismo a quedarse sentado. Fue muy difícil para todos en la casa porque Emiro pasaba horas en un sillón, se paraba, se acostaba, oía televisión, oía radio. Y no hacía nada más. Estos eventos fueron incomodando a su esposa y a su nieta. La situación se puso tirante por la acumulación del "lléveme, tráigame...". Fue un momento de crisis, que lo puso a pensar qué iba a hacer con su vida. Después de un tiempo entendió que tenía que seguir adelante, y fue allí cuando entró al Instituto para su rehabilitación. La fuerza que tomó en ese momento ayudó mucho a Bernarda. Él decidió empezar a hacer lo que más le gustaba, como escuchar música y bailar: esa fue la mejor terapia. Hubo un tiempo en que mantenía de mal genio debido al encierro, pero cuando aplicó este consejo que le dieron sus doctores las cosas mejoraron en su casa.

—Las demás personas son las que no lo pueden afrontar. Ellos son los verdaderos ciegos -dice Emiro.

Cuando está en la calle le dicen con voz de lástima:

—¿y usted cómo hace por la noche en la calle?

-¿Usted por qué no anda con su esposa o con su nieta?

—De pronto lo coge un carro.

Y, con una sonrisa, les responde que esos son los riesgos que tiene que tomar.

Cuando Emiro quedó ciego pudo identificar quiénes eran sus verdaderos amigos. Piensa que cualquier discapacidad, no solamente la de la visión, ayuda a reconocer la verdadera familia que se tiene al lado. Al empezar la enfermedad a causar efectos en su vista, notó un cambio de muchos de sus "amigos"; no les gustaba estar a su lado, le decían "pobrecito el cieguito": y esto lo hacía sentir muy mal.

Pero nunca se dejó vencer por esto, ya que hacía muchas cosas que otras personas no eran capaces de realizar.

En las presentaciones de baile con su grupo actúan como personas "normales"; sólo es un grupo que va a bailar y los aplauden mucho. Al explicarle a la gente que son ciegos, no lo pueden creer.

-¿Ellos son ciegos?

-No, no me vengan con ese cuento... pero si bailan muy bien -dicen al enterarse de su discapacidad.

Como la enfermedad era progresiva, llegó el momento en que perdió completamente el ojo izquierdo, y en el derecho tenía muy poca visión. Ya no podía ver el bulto negro y tuvo que empezar a hablar a las personas por la voz. En ese momento descubrieron que tenía una catarata interna, que se demoraba cinco años en madurar para poder retirarla e incrustarle un cristal; pero había un problema: podía quedarse ciego completamente o, por el contrario podía ganarse un punto de visión. Pasaron los cinco años y Emiro decidió operarse. Pensaba que de todas formas ya estaba ciego y si había posibilidad de ganar un punto ¿por qué no lo iba a aprovechar? Eso fue hace cuatro años y medio y ahora puede distinguir el bulto de una persona gracias al punto que se ganó con la operación. Aunque eso no quiere decir que la enfermedad haya parado: en cualquier momento puede perder lo poco que le queda de visión. Emiro utiliza gafas como me-

dida de protección, porque el cristal se puede quebrar al contacto con el mundo exterior.

—Me interesa que mis cosas no afecten a mi familia, yo no quiero ser un obstáculo para que ellos no hagan sus cosas; al contrario, busco que piensen que si yo lo puedo hacer, ellos también podrán. A mí no me importa no poder ver su apariencia física, ni las cosas del exterior, a mí lo único que me importa es que ellas estén bien, que Carolina estudie y que Bernarda siga con su modistería, eso es lo que realmente me importa -dice.

Por eso le dice a la Carolina que cuando sea profesional, antes que todo siga siendo buena persona. Emiro ha tenido experiencias incómodas en el pasado, sobretodo cuando va a buscar a altos funcionarios que miran a los discapacitados por encima del hombro, pasan por el lado y no los atienden, se aprovechan de que ellos no ven. La asociación en la que Emiro trabaja tiene una fotocopiadora en la gobernación. Con lo que produce, ellos se ayudan para los pagos de los profesores y demás gastos del Instituto. Asoliv no tiene ayuda del gobierno ni de la empresa privada; sobreviven con eso y con actividades de rifas, viejotecas y otras.

Un día lo habían citado a la gobernación por un problema que se había presentado con el operario de la fotocopiadora. La cita era con la doctora María Elena Carvajal. Cuando llegó, ella no estaba, se había ido para una reunión; lo citaron por segunda vez a las diez de la mañana al otro día y Emiro, como previendo que algo iba a pasar, llegó a las nueve. La secretaria de la doctora Carvajal no se encontraba, pero otra que estaba al fondo lo vio y le dijo:

—¿Usted viene de parte de Asoliv?

-Sí, señorita.

-¿Tiene cita?

-Sí, me dijeron que a las diez, con la doctora Carvajal.

—Pero ella acaba de pasar por aquí -dijo ella.

-Ah, ya... le agradezco niña -respondió, sintiendo mucha indignación frente a la actitud de la doctora.

Decidió irse y regresar al otro día acompañado de su secretaria, Rocío. Pensó que necesitaba ir con alguien que viera, para que no le volvieran a hacer algo parecido.

Emiro es una persona muy sincera y no soporta la humillación.

Por eso decidió enfrentar a la funcionaria, aun sabiendo que ponía en peligro la fotocopidora. Pensando que otra vez se iba a negar, esperaron hasta que la secretaria de la doctora se fuera, y cuando esto pasó tocaron a su puerta.

—¿Doctora María Elena?

-Sí, ¿con quién tengo el gusto?

-Con Cruz, Emiro. Yo vengo de Asoliv por lo de la fotocopidora, ayer teníamos una cita a las diez.

-Ah, es que yo no estaba -dijo ella.

- No, doctora, usted pasó por el lado mío, yo estaba allí sentado.

-Ah, usted era el que estaba allí... yo no lo conocía.

-Pero sí tenía un bastón ¿cómo no iba a saber que yo era el ciego?

-Ah, ¿con el bastón? Qué pena.

- Ese día, honestamente, reclamé sin pensar. Si esa vieja me iba a sacar de allí la fotocopidora, no me importaba; luego asumiría eso con la junta directiva, pero yo estaba peleando un derecho, una cosa que me parecía inhumana -dice con un tono de indignación-o Luego de eso me atendió y la fotocopidora sigue allí, pero después de lo que me pasó he optado por ir a todas mis citas con Rocío: es mejor amarrar los perros por delante. El valor de las personas no es ser un profesional: es ser gente.

Emiro no confía en las personas. Afirma que la mayoría se aprovecha cuando ven a alguien con este tipo de discapacidades. A él le ha tocado vivir situaciones de este tipo como la que le pasó con la funcionaria del gobierno. En una ocasión, quiso probar la buena voluntad de un taxista. A los invidentes les enseñan a distinguir las monedas por los tamaños y formas, pero los billetes no; por eso cuando va a algún lado siempre anda con sencilla. Ese día tenía un billete de veinte mil pesos en el bolsillo derecho de su pantalón, uno de cinco mil en el izquierdo y en el bolsillo de la camisa tenía dos billetes de dos mil pesos.

Calculaba que la carrera le salía por ahí en tres mil, o tres mil seiscientos pesos. Cuando se fue a bajar le preguntó al taxista:

—¿Cuánto le debo?

-Son tres mil trescientos.

Emiro cogió el billete de veinte mil, se lo mostró al taxista y le preguntó:

-Entonces ¿cuánto me tenés que devolver?

_ Te vaya devolver seis mil setecientos -dijo él.

En ese momento Emiro sacó los dos billetes de dos mil pesos y le dijo:

_ Tené, te regalo los setecientos. Usted es muy sillvergüenza, me ibas a robar, me ibas a bajar de diez mil pesos.

_ Entonces, sí sabías cuánto tenías -dijo el taxista sin mostrar el más mínimo arrepentimiento.

_ Es que uno no es bobo, uno separa su plata, porque como ustedes son tan pícaros, por eso uno separa la plata.

Así, Emiro prueba a la gente, aunque él sabe que si no lo hace es culpa suya, no de la otra gente, porque él está ciego y en la gente no se puede confiar y, por lo tanto, debe atenerse a las consecuencias.

Junio de 2003

Entre demonios

María Andrea Areila'

y al fin, después de casi dos años, llegó el día esperado: una batalla a muerte, Satán luchando contra Cristo, y ella, por primera vez a sus escasos quince años, protagonista. Eisa debía encarnar el papel de Cristo y librar del demonio a dos jóvenes mellizas.

"Si yo hubiera sabido lo que iba a pasar esa tarde allí, nunca hubiese decidido emprender esa lucha contra el demonio", dice.

La habitación estaba en completo silencio, las poseídas estaban tendidas boca arriba. Eisa se encontraba justo enfrente de sus rostros, arrodillada. El Pastor sentado a su lado y los otros cuatro miembros de la iglesia parados, uno en cada esquina.

En los últimos instantes de tranquilidad, Eisa respiró profundamente, como si el aire que inhalaba le llenara el alma de valor para comenzar su lucha. Entonces el Pastor la bendijo y le dio la orden de comenzar.

Elsa tomó la Biblia con su mano izquierda y comenzó a leer un pasaje; mientras tanto, con la mano derecha recorrió los rostros de las mellizas. Con apenas cinco renglones de oración, el demonio empezó a hacer de las suyas. Ya las jóvenes habían perdido la conciencia y tenían los ojos blanqueados. Los cuerpos convulsionaban, los brazos y las piernas se retorcían. El demonio había despertado.

Poco a poco la situación se fue poniendo más tensa. El demonio se tornaba cada vez más agresivo. Los cuerpos convulsionaban en medio de gritos desgarradores. Eisa soltó la Biblia, se levantó, y dando vueltas alrededor de la habitación comenzó a retado.

"¡En nombre de Cristo: abandona los cuerpos de las mellizas!":

"üjnnhh, niossss, iijsjs", una voz grave, muy fuerte, que salió del cuerpo de las mellizas, respondió con este fraseo raro e incomprensible.

"¡Con el poder que Cristo me otorga, te ordeno que te salgas!":
"Odnfh kjdshd", replicó la voz.

Elsa estuvo como unos cinco minutos ordenándole al demonio que saliera, pero este, ante cada orden, se tornaba más incontrolable. Ahora las incitaba a hacerse daño. Los cuerpos convulsionaban violentamente. Con sus propias manos se aruñaban el rostro, las piernas, los brazos, hasta dejarlos completamente averiados y sangrando.

Las bocas expulsaban una especie de babaza amarillenta y la voz estremecedora no cesaba.

Eisa, casi descompuesta, giró su cuerpo dándole la espalda a las poseídas. En silencio oró y pidió al Señor que le diera valor para enfrentar ese demonio. El Pastor la tomó de la mano, intentó consolarla y le dijo que tenía la libertad de terminar la sesión cuando deseara.

El demonio por su parte no había descansado ni un momento y continuaba atacando. En su último esfuerzo, Eisa pidió a todos los asistentes que repitieran con ella su oración. Las voces rezando lograron, por primera vez, opacar la voz del demonio, pero este no se dejó perturbar y en una exhibición de poder y furia, hizo que las manos de las mellizas rasgaran sus pantalones y se tocaran de forma obscena sus partes íntimas.

Elsa terminó la oración de inmediato y muy perturbada salió corriendo de la habitación, maldiciendo el día en que decidió meterse en eso.

Eisa era apenas una niña cuando sus padres se separaron. Su madre, en busca de apoyo y fortalecimiento, decidió acudir a la iglesia cristiana. Y así, al poco tiempo, empezó a llevar a sus hijos.

"Mi hermano y yo éramos muy niños y, sin ningún problema, aceptamos asistir y poco a poco nos fuimos vinculando al cristianismo": recuerda. "En ese momento no sabíamos lo que nos esperaba, sobre todo a mí".

Al poco tiempo de estar visitando la iglesia, invitaron a Eisa a un "encuentro". El pastor le decía que el encuentro era un ritual muy importante.

"Ahí, supuestamente, lo liberaban a uno de los demonios que tenía. ¿De cuáles demonios hablaba? Eso sólo lo pude comprender unos días después, cuando asistí al encuentro".

En aquel encuentro presencié por vez primera una liberación; era, también, la primera vez que podía afirmar con certeza que los demonios existían. Sin embargo, estas liberaciones no eran tan traumáticas.

En esta instancia, los demonios aún no se han apoderado de los cuerpos: simplemente habitan en ellos y sin mayores esfuerzos se les puede hacer salir.

"La salida era simbólica, simplemente el cuerpo se movía, se contorsionaba y el Pastor afirmaba que el cuerpo se estaba liberando":

y así, poco a poco fueron liberando a cada uno de los asistentes.

Hasta que llegó el turno de Eisa.

"Estaba muy asustada, tenía miedo de vivir en carne propia la liberación. Sin embargo, en mi caso, no hubo ninguna liberación. Estaba libre de demonio, libre de pecado":

Todos los esfuerzos del Pastor por despertar los demonios de Eisa fueron en vano. No hubo ninguna manifestación en su cuerpo de fuerzas negativas, su cuerpo se mantuvo quieto y muy tranquilo.

"Eisa: eres enviada de Cristo".

"¿Qué? Explíqueme, por favor, de qué está hablando", respondió Eisa, muy confundida.

"Sí, eres tú. Gracias, Señor":

El domingo, en su visita habitual a la iglesia, recibió una emotiva bienvenida. Todo el mundo estaba aglomerado a la entrada, cantando eufóricamente. Por toda esta cordialidad, Elsa sabía que algo raro sucedía.

Sin pensarlo, con rapidez atravesó la multitud y entró a la iglesia. De inmediato los asistentes empezaron a seguirla. Agilizó su paso, atravesó todo el recinto y se dirigió hacia el Pastor, quien estaba de frente, de pie, esperándola.

"¿Qué es lo que está pasando? ¿Esta gente está loca, por qué me siguen?"

"Niña, usted sabe, lo del 'encuentro': respondió el Pastor. "Tranquilízate':

"Es que no se da cuenta que no entiendo nada': protestó.

El Pastor hizo una señal para que los asistentes se retiraran. Se quedó a solas con Elsa e intentó explicarle lo que estaba ocurriendo.

"Niña, pero ¿cómo no se ha dado cuenta de lo que está pasando? No ve que usted es enviada por el Señor a realizar una misión acá en la tierra".

Según el Pastor lo que había pasado en el "encuentro" era una señal de que Elsa había sido escogida por el Señor, cosa que sólo le pasaba a personas muy especiales. Elsa, además de no poseer ningún demonio, estaba libre de pecado. Y cuando decían libre de pecado se referían a que era una mujer pura', que no había incursionado en las vivencias típicas de una adolescente. En fin, un sin número de cualidades que la hacían un ser muy especial.

Peró Elsa era muy joven y no entendió nada de lo que el Pastor le dijo. No se percató de la importancia de sus palabras. Sin embargo, más adelante, poco a poco, la vida misma le permitió comprenderlo: su destino ya estaba escrito.

Por esos días la atención de la comunidad cristiana estuvo concentrada en Elsa. Todos querían conocerla, hablarle, pedirle ayuda. Por otro lado, ella estaba impresionada, confundida, asustada, aterrada.

En aquel momento su madre y el Pastor fueron las personas que más la influenciaron, buscando persuadirla de sus dones: sólo si creía en ellos podría usarlos, hasta que no estuviera convencida no podría asumir el rol de enviada de Cristo.

"Era una sola insistidera, en la iglesia el Pastor, y en mi casa, mi madre': dice inclinando la cabeza hacia un lado. Luego, mira al cielo y continúa: "Y ese momento no tardó en llegar, mucho antes de lo que todos esperaban". Sólo un ser en la tierra fue testigo: su hermano, quien por fortuna en esa época era apenas un niño.

Una noche estaba acostada en su cama, despierta. Casi era medianoche, pero ella no lograba dormir. De pronto, empezó a escuchar

unos ruidos extraños que provenían de la habitación de su hermano y, de repente, se **levantó.**,

"Mi cuerpo se levantó y camino hasta aquella habitación. Yo no recuerdo haber estado conciente de lo que hacía, simplemente me dejé llevar".

Así fue. Esa noche Elsa sólo era una habitante de su cuerpo. No podía controlarlo. Sin mayor conciencia, entró a la habitación. De lo poco que puede recordar, comenta:

"Cuando abrí la puerta lo primero que miré fue a mi hermano, y luego miré alrededor de la habitación, pues los ruidos **continuaban**".

Su hermano estaba petrificado a su cama, muerto de susto. Él también estaba escuchando los mismos ruidos.

Sin embargo, no era capaz de levantarse y huir.

Se acercó y lo tomó de la mano. Mientras lo tranquilizaba, con la mirada, volvió a recorrer la habitación. De pronto, en un rincón, en una silla mecedora, Elsa se percató de la presencia de un sujeto.

Esa "cosa": como Elsa los llama, estaba sentada meciéndose apresuradamente. De allí salían los ruidos que había escuchado.

"Era algo muy extraño porque no era un humano con ojos, nariz y boca: era la silueta de un cuerpo. Recuerdo haber visto un brazo apuntándome".

Elsa, con un gesto de resignación, agrega: "Esa noche vi el primer demonio':

Según Elsa ese demonio era una "cosa" con forma humana, pero no una persona en sí y, sin pensarlo, empezó a hablarle: una sarta de palabras salían de su boca, sin tener conciencia de ello. Elsa había comenzado a orar.

"Empecé a decir todas las oraciones que había aprendido en la iglesia. Y a los pocos minutos, esa "cosa" había **desaparecido**".

Mientras Elsa oraba el demonio permaneció en completo silencio, pero con su constancia en la oración el demonio se agitaba y se mecía cada vez más rápido. Hasta que en un momento se desvaneció y desapareció de la habitación.

Cuando volteó a mirar a su hermano, lo encontró dormido, profundo, como si nada hubiera pasado. Entonces, Elsa se retiró, se acostó y se puso a pensar.

"Después de lo ocurrido esa noche, siempre me he preguntado si mi hermano pudo ver el demonio. ¿Será que también él fue enviado para cumplir la misma misión?"

Desde entonces es capaz de sentir demonios, de verlos y, lo peor de todo, de enfrentarlos.

Durante un tiempo nadie supo lo que pasó esa noche. Prefirió no contarle, hasta el momento en que no tuvo otra alternativa que confesar ese primer encuentro con el demonio.

"Contar lo que había pasado hubiera causado mucho alboroto porque era la confirmación de todo lo anunciado por el Pastor y no hubiera podido vivir en paz...". En ese momento se calla, sin poder contener la risa. "Mentiras, ¿cuál paz? Desde ese día no la he tenido ni un instante".

Aquel primer encuentro no le causó ningún temor. En aquella ocasión el demonio se comportó con "amabilidad": no opuso resistencia y sin mayor esfuerzo logró deshacerse de él. Así, Elsa estaba muy tranquila y confiada de sus dones. Lo que ella no sabía era que todos los demonios eran distintos. De esto se dio cuenta más adelante, cuando tomó la decisión de contar todo lo que había ocurrido aquella noche.

Transcurrieron algunas semanas y su vida era normal. Se la pasaba entre el colegio y la iglesia. Desde el día que le descubrieron los dones, el Pastor y su madre la comprometieron a visitar la iglesia todas las tardes.

"Yo iba todos los días porque, según ellos, llevar a cabo la misión requería de una preparación especial. Igual, a mí me gustaba ir y más con lo que me había pasado. Quería resolver un montón de dudas y ese era el único sitio donde me podían dar respuestas".

Desgraciadamente toda esa tranquilidad fue interrumpida para siempre. Fue un momento terrible, inquietante. Y Elsa se vio obligada a contarle todo.

"Ya no aguanté más, sentí tanto miedo que tuve que desahogarme".

Una tarde, cuando llegaba del colegio, entró a su casa y encontró una situación muy extraña. Su madre, que siempre la esperaba para acompañarla a almorzar, había salido de afán a hacer una vuelta. Dejó a su hermano solo, confiando en la llegada de Elsa en los siguientes cinco minutos.

Cinco minutos que pudieron ser fatales. Apenas cruzó la puerta empezó a saludar a su madre y a su hermano, pero nadie respondió. Entonces, comenzó a buscar habitación por habitación y nada, no encontró a nadie. En ese momento se azaró.

"Sentí que algo raro estaba pasando. Mi madre nunca salía a esa hora y menos sin darme aviso".

Continuó buscando hasta que se dio cuenta que su hermano estaba en el baño, encerrado.

"Oí unos ruidos muy extraños y cuando me di cuenta que Alejandro estaba allá adentro, empecé a gritarle que abriera:

Gritaba como loca, le pidió mil veces que la dejara pasar, pero nada. Era como si él no la escuchara. Entonces, corrió desesperada a la cocina por un cuchillo para abrir la puerta. Y cuando logró abrir presencié una de las escenas más horripilantes de la vida: su hermano estaba tendido en el piso, casi moribundo, agotado de luchar con el demonio, que estaba sentado en el marco de la ventana del baño mirándola fijamente, sonriendo.

"Ese día casi me muero. Mi hermano era apenas un niño para estar pasando por eso. No entendía por qué los demonios se empeñaban en hacerle daño".

El cuerpo de Alejandro tenía arañetazos por todos lados. El demonio lo atacó y lo dejó herido. Estaba tendido en el piso, sangrando, lívido y cuando la vio, en un último esfuerzo, le pidió ayuda. Enseguida, Elsa lo abrazó y le pidió que fuera fuerte, le dijo que ella estaba allí para ayudarlo.

"Estaba muy asustada, descompuesta, pero sabía que debía enfrentar el demonio y lograr que abandonara mi casa, ojalá para siempre".

Elsa temía por la vida de su hermano y por la suya. Respiró muy hondo y empezó a orar. Todo lo que le decía al demonio eran cosas que había aprendido en su entrenamiento en la iglesia. Pero esta vez la "cosa" no fue tan fácil. Apenas Elsa empezó a hablar, comenzó a contorsionarse. Con los brazos se tapaba y, mientras tanto, expulsaba

un fraseo incomprensible. Elsa temía que el demonio se le acercara a hacerle daño. Sin embargo, desde que se percató de su presencia, no volvió a atacar.

Ella, en cambio, cada vez se enfurecía más, su voz cada vez se hacía más fuerte y con sus oraciones logró penetrar al demonio, que se fue aturdiendo con sus plegarias y, poco a poco, se fue desvaneciendo, hasta que al fin desapareció por la ventana.

"En verdad no sé de dónde saqué fuerzas para enfrentarlo. Por un momento perdí el miedo y me empeñé en acecharlo. Mi voz opacaba la del demonio y después de tanto insistir, se fue derrotado".

De inmediato levantó a su hermano y lo acostó en la cama.

"Por Jesús Cristo, ¿qué te han hecho?", murmuró con lágrimas en su rostro. "¿Acaso esto es un castigo?":

Empezó a limpiarle las heridas, mientras él iba recobrando la razón. Elsa estaba inconsolable: Alejandro era su ser adorado. Era capaz de dar su vida por él, y por eso lamentaba tanto esos ataques. Los demonios sabían que atacarlo era la única forma de debilitarla. Para ella estas dos manifestaciones del demonio eran la forma de mostrarle su enfado por haber llegado al mundo.

Afortunadamente a los pocos segundos Alejandro había entrado en razón, pero estaba confundido de lo que había ocurrido.

"Hermana, hermana, ¿qué me pasó?", preguntaba.

Otra vez había olvidado lo que había ocurrido.

"¿Cómo?, ¿no te acuerdas?", le preguntó Elsa.

"No, nada, hermana. Tengo miedo", dijo y la abrazó.

"No tengas miedo, yo estoy contigo":

En ese momento entró su mamá a la habitación. Apenas vio a Alejandro preguntó qué sucedía. Elsa, con un gesto, le hizo entender que luego hablaban. La madre se acercó y los tres abrazados empezaron a llorar.

En la noche, mientras el niño dormía, decidió contarle a su madre las cosas que le habían pasado. En silencio, su madre escuchaba incrédula. No podía creer que ella no se hubiera dado cuenta. Y aunque estaba enfadada por no haberla puesto al tanto de las cosas decidió consolarla. Elsa estaba muy asustada y temía por la vida de su hermano.

A la mañana siguiente, muy temprano, fueron a visitar al Pastor, la única persona que podía ayudarla.

"Todo esto confirma que realmente eres enviada del Señor", le dijo emocionado.

Según este, Elsa había venido a la Tierra a salvar vidas, a defender gente de los demonios. No cualquier persona era capaz como ella, de enfrentarlos y derrotarlos.

"Hija, has sido capaz de vencer al mal en dos ocasiones. Has sido muy valiente y no puedes dejarte vencer. Yo te ayudaré".

Elsa confiaba en el Pastor, y sus palabras lograron tranquilizarla.

"No sé, fue muy extraño, apenas comenzó a hablarme sentí mi alma liviana y un sentimiento de paz invadió mi cuerpo":

Desde entonces, el Pastor y Elsa tienen una unión muy especial.

"Sólo él me entiende. Él es el único que me escucha sin cuestionarme, él cree en mí y eso es lo importante".

Con el pasar de los días, Elsa asistió con más frecuencia a la iglesia, empeñada en escuchar al Pastor, sus lecciones de Vida, sus enseñanzas y consejos. Sabía que esta era la única forma de crecer y fortalecerse para que los demonios no le hicieran daño.

De esta forma se fue apropiando de su tarea porque empezó a comprender que tenía una razón para estar en la Tierra, a tener conciencia de las implicaciones de esta lucha contra el demonio. Sabía de las dificultades que tendría, de las implicaciones que esto traería en su vida, pero estaba dispuesta a cumplir su misión.

"Entonces me convencí del compromiso que tenía con el Señor. Yo era una persona especial y tenía que aprovecharlo. No fue fácil asumir esa responsabilidad, pero dejarlo a un lado significaba defraudar al Señor. Yo sé que esto no es fácil de entender, pero así lo sentía en aquel momento".

Con apenas quince años, por esa época, Elsa sabía que mucha gente la necesitaba y este conocimiento la ayudó a continuar su labor, a luchar contra el miedo que todo esto le producía.

Desde aquella tarde los demonios no la volvieron a perturbar. Continuó viéndolos en varias ocasiones pero no volvieron a atacarla, ni a ella ni a su hermano. Cada vez que se encontraba con uno, apenas lo veía o lo sentía, lo enfrentaba y de inmediato huía.

Así "entre demonios" ha transcurrido su vida, preparándose para liberar personas de la mano del Pastor, quien más adelante le confesó que él, al igual que ella, era enviado de Cristo.

"Ese día comprendí la unión especial entre nosotros":

De lo que nunca ha podido darse cuenta hasta entonces es de la verdad que esconde su hermano.

"Nunca me podré dar cuenta si mi hermano, al igual que yo, ha sido capaz de ver los demonios, pero ahora, por fin estoy lista para enfrentarlos":

Junio de 2006

El navegante ilegal

Juan Bernardo Lince'

Paché nació en el puerto de Buenaventura, en el seno de una familia numerosa y muy pobre. Es el mayor de cinco hermanos: tres hombres y dos mujeres. Hijo de un lanchero que se dedicaba, junto con otro amigo, a ofrecer viajes a las playas vecinas. Hijo, también, de la "mejor mujer que he conocido, junto a mi esposa": un ama de casa incansable, siempre pendiente del bienestar de sus hijos y de su marido. Su infancia la pasó al lado de sus padres, quienes les brindaron a todos los hijos mucho cariño y afecto. El único abuso que vivió en su infancia fue el de la pobreza. Pobreza que lo atormentaba todos los días. La situación era muy dura porque su papá se iba por largos periodos para ganarse el pan de la familia. Había veces en que su papá llegaba justo cuando ya no quedaba nada que comer en la casa, y había veces en que no llegaba. Paché obtuvo su grado académico en un colegio oficial en el puerto de Buenaventura. Cuando se graduó, en lo único que pensó fue en alejarse de su familia para valerse por sí solo y, también, para aliviarles un poco la carga económica. Fue cuando se alistó en la Armada Nacional de Colombia.

Paché recuerda el trabajo en un barco como algo "bravo, pues uno se tiene que aguantar mucha mierda de los superiores. Primero lavé pisos, baños, cocinas; luego cociné para cincuenta marinos. Después tuve la oportunidad de patrullar el barco por las noches y desde ahí fui ascendiendo, hasta convertirme en primer mando de un barco de la Naval Colombiana. Ahí ya tuve mi desquite".

Recuerda que al mismo tiempo que obtuvo su título de primer mando, recibió la primera propuesta para hacer un trabajo ilícito.

"Eso me caían propuestas de todo tipo, desde contrabandear whisky, hasta personas. Al principio no quise meterme en negocios raros

¹ Cali, 1984. Estudiante de Administración de Empresas, Universidad icesi, Cali.

porque estaba muy contento con el título que me habían dado y no quería embarrarla. Pero el sueldo de un primer mando en la naval era muy bajito, y me alcanzaba para lo necesario. En cambio las propuestas que me hacían eran de muchísima plata. Y mi honradez tuvo su límite. Además, todos mis compañeros que tenían la oportunidad de hacer sus vueltas raras las hacían sin remordimiento. Y yo los veía recibir montones de plata sin hacer mucho esfuerzo. Por otro lado yo estaba pasando necesidades por culpa de mi honradez. Por eso digo que llegó la ambición y la mandó a dormir':

Entonces se dedicó a contrabandear todo lo que diera buena plata y empezó a deleitarse con la vida que nunca había tenido: mujeres en cada puerto, tragos caros, buena ropa, comida.

Al año de gozar de todas estas delicias, conoció a su esposa. "Fue en Honduras, en el correo postal. Una mujer muy bonita, trigueña, de ojos grandes, pelo negro y crespo. Me acuerdo mucho de su timidez. Yo la abordé de una y la invité a tomarnos algo por la noche. Ella me dijo que no, que yo era marinero y que no salía con marineros porque eran mujeriegos y tomatrigo. Y estaba en lo cierto: una mujer nunca debería salir con un marinero. Pero el hecho era que a mí ninguna hembra me decía que no. Entonces, volví al correo a las seis de la tarde vestido con mi uniforme de marinero. Cuando salió y me vio, la vi reír por primera vez. La acompañé hasta su casa y me le presenté a su familia. Tres años después nos casamos. Por supuesto me tuvo los tres años en pleno verano porque quiso llegar virgen al matrimonio".

Después de casarse se fueron a vivir a Estados Unidos, "a Plains, Georgia, donde vivía Jimmy Carter, el ex presidente de Estados Unidos", dice Paché orgulloso, en un inglés fluido y bien hablado. Al poco tiempo su esposa quedó embarazada de su primer hijo, una niña que llamaron Patricia. Las cosas marchaban bien, el negocio del contrabando seguía dejando buenas regalías y los lujos aumentaban cada día, y siguieron aumentando cuando dos años después del matrimonio, el pequeño Paché hizo su primer negocio con cocaína con unos barranquilleros. Para esa época trabajaba para una comercializadora naval. El negocio consistía en recoger la coca en Perú y llevarla hasta New York, donde entregaba la mercancía a unos señores de Italia. Paché hizo el trabajo al pie de la letra, se reunió con los italianos y

les vendió la coca. Luego regresó a Colombia para devolverles a los barranquilleros su parte de la venta.

"Con la coca pude hacer realidad hasta mis sueños más remotos. Uno de los que más me acuerdo fue cuando compré un carro Camaro Pinto, de cuarenta y cinco mil dólares, al poco tiempo de haber llegado a Georgia. Era el carro de mis sueños, uno de los carros más lujosos de la época. Me monté en él y lo manejé hasta mi casa: me sentía alegre, elegante. Claro que me sentí mejor cuando llegué a la casa y lo parqueé al lado de mi otro carro, un BMW último modelo que había comprado seis meses atrás.

"El BMW se lo regalé a mi mujer. También me acuerdo de una vez que fui a comer al restaurante Astoria, en New York: me comí un plato de cincuenta dólares que pasé con una botella de la mejor champaña. Otro recuerdo que me da mucha nostalgia fue cuando me le volé a mi esposa con una amiga austrahana, y nos fimos de fin de semana a Mónaco. Nos hospedamos en el hotel Montecarlo y paseamos en yate por el mar Mediterráneo. Por todo esto quedé maravillado con el negocio de la coca, era un negocio muy elegante. En esa época se manejaba un precio parecido al que se maneja en estos días: el kilo de coca se vendía a veinticinco mil dólares y producirlo no costaba ni cinco mil.

"Además, no era tan complicado traficar con droga, como lo es hoy en día".

El negocio con los barranquilleros siguió por dos años más, hasta que se le dañó una coca que tenía camuflada en los conductos de ventilación. En esa época los narcotraficantes no contaban con la tecnología de hoy en día, y la droga que se les mojaba se dañaba, y por lo tanto se perdía. "Menos mal no era mucha porque los muy perros me la cobraron, después de que los había tapado en plata esos dos años. Ahí fue cuando decidí buscar la forma de empezar a trabajar por mí cuenta. Comprar mi coca y venderla. El negocio era más arriesgado pero también las ganancias eran mucho mayores".

Fue así como Paché llegó a Perú en 1979 y cerró por su propia cuenta su primera compra de cocaína. Un peruano le fió los primeros diez kilos. Y siguió traqueteando por su cuenta tres años, hasta que en 1982 sucedió lo inesperado.

La noche del 3 de septiembre Paché desembarcó en el puerto de la ciudad de New York. Además de algunos productos traídos de Co-

lombia, como frutas y artesanías, habían desembarcado con 650 kilos de cocaína, escondidos en diferentes partes del barco. 70 kilos eran de Paché. La función de los primeros mandos de un barco es velar por la seguridad del mismo y Paché, como uno de los tres primeros mandos del barco, estaba a cargo de la seguridad de los tanques de gasolina. Por eso decidió camuflar su droga dentro de los tanques. La droga se la seguía vendiendo a los mismos señores italianos. Esa noche Paché descendió por un costado del barco sin ser detectado y montó en una pequeña embarcación la valiosa mercancía de 70 kilos. La arrastró hasta la orilla de un río y, desde ahí, recorrió otros siete kilómetros hasta encontrarse con una camioneta 4x4. La camioneta lo condujo al lugar de encuentro con los italianos. Siempre cerraba sus negocios en lugares públicos porque así se sentía más seguro. La venta se concretó por 1'750.000 dólares. Paché hizo el mismo recorrido de vuelta, pero esta vez con un pesado maletín cargado de ilusiones.

Paché llegó de vuelta al puerto donde estaba anclado el barco con la felicidad de haber hecho, hasta ese momento, su mejor venta de cocaína. Allí se reunió con dos surcoreanos y les entregó 30.000 dólares. Ellos llevaban un año con él, realizando toda clase de trabajos arriesgados y peligrosos. La enorme remuneración fue en muestra de agradecimiento por el buen trabajo que le prestaron, y también como despedida, pues no pretendía volver a necesitarlos. Paché los conoció en el puerto de Seúl, la capital de Corea del Sur.

“Apenas supieron que yo era el primer mando del barco que iba a salir de ese puerto y que, además, era colombiano me cayeron de una. En un inglés macheteado me pidieron que los ayudara a salir de Corea, que los llevara a Estados Unidos y que allá me pagarían. Me los traje por hacerles el favor y cuando llegamos, lloraban y me abrazaban de la felicidad, jurándome lealtad y mucho trabajo. Y así fue, me camellaron como nadie lo ha hecho y también se arriesgaron mucho por mí”.

Después de pagarle a los coreanos, Paché se fue a su dormitorio a descansar. Esa noche no pudo dormir porque estuvo pensando la forma de invertir acertadamente los dólares y así poder retirarse del negocio. Ya tenía algo en mente: su suegro le había propuesto un negocio en el Urabá antioqueño para cultivar banano.

Al día siguiente empezaba su turno de trabajo en el barco a las cuatro de la tarde. Se levantó para ir al banco a consignarle la plata del negocio a su suegro. Llegó a las nueve de la mañana con 1'450.000 dólares en efectivo. Le consignó 250.000 y, luego, cambió 400.000 por un bono de seguridad. El resto del dinero lo conservó en efectivo. Después fue al barco y entró a su dormitorio. Allí guardó el recibo de consignación y el bono de seguridad en el cajón de su mesa de noche. El efectivo lo escondió en los conductos de ventilación. Todo lo hizo muy rápido y con descuido. Luego, lleno de ansiedad, se fue para una discoteca donde empezaría su celebración.

Llegó a Underground a las 11:30 de la mañana. Esta era una discoteca que quedaba muy cerca del puerto, y era el lugar donde acostumbraban a ir los marineros y los altos mandos del barco en sus ratos libres. Le dio cien dólares al mesero para que lo acomodara en una de las mejores mesas de la discoteca y, enseguida, pidió una botella del whisky más fino del lugar.

"Definitivamente mi trago preferido es el whisky. Ese día cada trago que tomaba me sabía literalmente a gloria. Sentía que había triunfado, había alcanzado más de lo que jamás había soñado. Era un hombre rico, con una esposa espectacular, una tierra en el Urabá y otras inversiones que había hecho en Estados Unidos. Además, sentía el descanso de poder disfrutar por fin de mi riqueza con tranquilidad. No más trabajos sucios”.

A las tres de la tarde decidió emprender camino de vuelta al barco. Iba con el propósito de convencer a su compañero de turno que lo reemplazara en el turno de las cuatro, para él poder devolverse a la discoteca y continuar con la celebración.

"Subí hasta donde mi compañero y le dije que necesitaba un favor, que me relevara para irme para la disco porque me estaban esperando con una botellita de Whisky”.

El compañero no respondió absolutamente nada: estaba con la mirada perdida. En ese momento Paché vio salir del barco a un sujeto que no conocía.

"Vi salir del barco a un tipo raro, con cara de gringo, un tipo que no hacía parte de la tripulación. Cuando este hombre se dio vuelta entendí lo que pasaba: vi las letras del FBI estampadas en su chaqueta. El mundo se me vino abajo porque sabía con seguridad que habían encontrado el billete. Y eso sólo fue el comienzo del fin”.

Después de esta primera sorpresa, Paché empezó a ver con asombro a cantidad de federales que salían de todas partes del barco.

"Ellos también estaban asombrados por la cantidad de droga que habían encontrado: más de trescientos kilos de cocaína, uno de los mayores decomisos en la historia de la justicia norteamericana. No se dieron cuenta, los muy guevones, que se les había quedado la otra mitad del cargamento dentro del barco':

En el momento en que se encontraba analizando la situación escuchó un grito desde el segundo piso del barco que lo dejó congelado: "¡Hey, Paché, que subas de inmediato a la oficina del capitán!":

Cuando entró a la oficina, Paché vio encima de una mesa el recibo de consignación y el bono de seguridad, ambos a nombre suyo. Debajo de estos dos documentos estaban amontonados los dólares. "Señor Francisco González, yo soy Carlos Vega, detective del FBI. Sabemos que esta plata es tuya, al igual que los kilos de cocaína que estaban escondidos en los tanques de gasolina': Paché quedó sorprendido. Ahí supo que su problema era mucho mayor de lo que creía. No sólo tenía encima el problema de la plata, sino que tenía que responder por una droga que ni siquiera era suya. Entonces, guardó la compostura lo que más pudo y respondió a las acusaciones del detective: "Señor Vega", dijo, "la plata sí es mía y corresponde a los ahorros de toda mi vida. Los traje escondidos para que no me los robaran los compañeros. Usted sabe que la vida en un barco es muy complicada. Pero algo sí le aseguro, la droga no es mía: fui traicionado por mis subalternos que la escondieron en los tanques aprovechándose de mi descuido". El detective, sin mirarlo, le dijo a otro hombre: "Oficial, proceda a esposar al señor González, no sin antes leerle sus derechos".

Paché sintió las esposas apretar sus manos y se derrumbó.

"Lo primero que se me vino a la mente fueron mi madre y mi esposa, las mujeres de mi vida. Pensé en el dolor que les iba a causar saber la noticia de mi arresto. Más que nada porque nunca les fui sincero sobre la procedencia de toda la plata que gastábamos, pues ellas eran honradas y odiaban a los criminales y la ilegalidad':

Paché estuvo veinte días en el Precinto, mientras el fiscal preparaba la presentación de las pruebas en su contra, aunque contó con la fortuna que los italianos, por miedo a que los fuera a delatar, le asignaron un excelente abogado. Fueron quince días de juicio, donde el fiscal luchó por lograr una condena de veinticinco años de cárcel

por los delitos de evasión de impuestos y conspiración. Finalmente, gracias al buen trabajo de su abogado, fue condenado a ocho años de cárcel.

"Casi me voy para el suelo cuando escuché la condena. La verdad yo era muy ignorante y nunca entendí el problema tan serio, en el que estaba metido, hasta ese día que escuché, mI se,ntenCla. Miré a mi mujer y me dio un ataque de llanto. Me sentía vacío, como si a partir de ese momento no valiera nada".

Paché fue remitido a la cárcel Ricket Island, de New York.

"La vida en la cárcel era el mismísimo infierno, y uno se da cuenta desde el primer momento que pisa el lugar. Yo ya sabía por conocidos que en la cárcel la primera impresión le puede a uno salvar la vida. Apenas empecé a caminar por el corredor de las celdas escuché todo tipo de insultos y ofensas. Me decían: 'negrita preciosa, nos vemos en las duchas, mariquita, ya verás en la que te metiste' y cosas por el estilo. Por eso me acordé del consejo que me habían dado: busqué al malparido más grande que me estuviera gritando maricadas y me le fui encima. Lo cogí por los hombros, de sorpresa, y le estrellé la cara contra los barrotes cuantas veces pude. Y mientras lo hacía le gritaba: 'yo soy colombiano, hijueputa, a mí no me vengás con maricadas porque te mato, hijueputa, te mato.' Así es la vida en la cárcel, dura desde el principio; uno se juega el pellejo y la vida en todo momento, todos los días. Luego de la pela que le pegué al malparido ese, me mandaron para el agujero por quince días. Eso es un cuarto de unos cuatro metros cuadrados. Me daban comida y no vi la luz del día en todo ese tiempo. Cuando salí me dio muy duro. Me sentía muy mal, todos los días lloraba a escondidas, extrañaba mucho a mi familia, me quería morir. Al mes de vivir ese infierno me uní a un parche de latinos. Éramos ocho: un hondureño, un nicaragüense, dos ecuatorianos y cuatro colombianos. Me uní al grupo porque andar solo en la cárcel es suicidarse. Pero igual, los primeros seis meses estuve muy callado, muy triste y eso me costó caro. Una vez estaba sentado solo en una banca del patio, en el momento de descanso. Saqué una foto de mi hija y empecé a recordar mi vida hasta que se me aguaron los ojos y, en esas, se me acercaron dos hijueputas. Se empezaron a burlar, a decirme que por qué estaba llorando la negrita, que era un maricón, que me iban a matar por ser tan lloron, y cuando se me

vinieron encima, saqué un chuzo que había hecho un amigo en la carpintería. Ese chuzo de madera me salvó la vida: se lo clavé, a uno de los hijueputas, en el cuello, y al otro en el pecho. Esos manes eran grandes y duros, pero yo los mandé a la enfermería a los dos. Eso me dio una buena reputación, lo cual en la cárcel significa un poco de tranquilidad. Después de ese incidente me mandaron otra vez para el hueco, esta vez por un mes. Cuando salí empecé a hablar con un mejicano, al que le decíamos el doctor Corona.

"Él estaba pagando cadena perpetua por haber violado y matado cuatro peladitos. Habían encontrado los restos en uno de sus ranchos en Méjico. Ese era un loco hijueputa, un hombre rico, un psicópata y por eso iba a morir en la cárcel. El doctor Corona me aconsejó que me pusiera a trabajar en los talleres que la cárcel ofrecía, que así podía aislarme de todo y hasta de pronto reducir mi condena por buena conducta. Además, pagaban por hacer ese trabajo. Le hice caso al loco ese y me inscribí en el taller de limpieza de carros, y ahí fue donde aprendí a hacer de lo que vivo hoy en día. Gracias a este taller las cosas en la cárcel las empecé a ver con más calma. La verdad fue que ese trabajo se convirtió en una motivación, lo cual era muy importante porque sentía ganas de levantarme todos los días para aprender nuevas cosas. Gracias a esto los días se me empezaron a pasar más rápido. Claro que a los seis años de condena recibí una noticia que me dio demasiado duro: mi mamá había muerto. Este fue un golpe durísimo porque no pude evitar sentirme culpable de su muerte.

"En esos momentos mi esposa fue una salvación, porque me ayudó a superarme y me llenaba de esperanzas y fuerzas para salir adelante.

"Cuando me dijo que estaba embarazada, fruto de una visita conyugal, y me di cuenta de que era un niño me emocioné todavía más, y me fortalecí ilusionado en conocer a mi muchacho. El día de la liberación salí de la cárcel con 20.000 dólares que había alcanzado a ahorrar de mi trabajo en el taller. Mi esposa fue la única en recibirme a la salida:

Paché recuerda que se sintió muy desubicado al salir de la cárcel. En esos momentos tenía 43 años. Vivió un año más en Estados Unidos, luego se fue para Honduras, donde vivió con la familia de su esposa por tres meses y, finalmente, regresó a Colombia.

"La llegada fue muy dura. Me fui con mi mujer y mis dos hijos a la casa de mi familia, donde me llevé una sorpresa muy grande porque en vez de recibirme con cariño y afecto, lo único que me dieron fue desprecio: todos mis hermanos me culparon de la muerte de mi mamá y cada día hacían lo posible por hacerme sentir culpable. Por eso, al poco tiempo, me vine a probar suerte a Cali, y por cosas de la vida conocí a don Meter, el dueño de las oficinas donde trabajo. Él me ha ayudado mucho, me colabora con trabajitos y vueltas".

Paché vive con su esposa y su hija menor en una pieza en el oriente de Cali. Los otros dos hijos viven en Estados Unidos. Está haciendo lo posible por arreglar su situación legal en ese país para poder irse a vivir con ellos. Los recuerdos de su riqueza lo atormentan, y se frustra cuando piensa que está lavando carros ajenos en vez de estar lavando su Camaro Pinto, o su BMW. Se enfurece cuando no tiene con qué pagar los servicios y cuando no tiene cómo comprarle ropa a su esposa. Pero, por otro lado, todos esos recuerdos le arrebatan una sonrisa y ponen a brillar sus ojos. "Mi vida ha estado marcada por muchas experiencias, buenas y malas. Pero son las buenas las que aún conservo, y de las que me valgo para ser un hombre feliz a pesar de los problemas. Al fin y al cabo me acuerdo que recorrí el mundo entero, tuve mujeres en todos los países que visité, gasté mucho dinero, viví una buena época, mejor dicho, como me gusta decir: ¡bien chévere!":

Noviembre de 2006

Paz y alegría

Ximena Duque'

El hogar *Paz y Alegría* se fundó hace siete años, cuando un grupo de señoras de la sociedad caleña decidieron crear un sitio para recibir y dar todo lo necesario a veinte niñas que no eran aceptadas por Bienestar Familiar. Para esa época el padre Kelvin tenía, en Montebello, una fundación con cien niñas hacinadas. Una señora del grupo decidió donar un terreno en Rozo con una casa amplia, justa para albergar a las niñas. Estas damas le contaron su deseo al padre para que se trasladara, pero este se negó. En ese momento comenzó la construcción del Hogar. La directora del *Hogar de la Luz*, la hermana Elsa María, estuvo de acuerdo con las señoras y se fue, con veinte niñas, para la nueva fundación. Después de un tiempo la hermana no se sintió a gusto con el grupo de la población que trabajaba, pues prefería trabajar con bebés, y dejó la Fundación.

La señora María Teresa es la actual directora y encargada del Hogar.

"Tuve una experiencia muy bonita en mi vida, y el señor me regaló un hijo. En agradecimiento decidí dedicarme a este tipo de fundaciones. Entré aquí porque estaba trabajando en el primer hogar que fundó el padre Kelvin, el Hogar de la Luz. Esa institución se dedicó a trabajar con Bienestar Familiar, se obtuvieron recursos y se organizó muy bien. Siempre había querido laborar con la población con la que estoy actualmente, porque las niñas desamparadas y las niñas con problemas tienen muchas ayudas, pero las niñas que están en riesgo, no. Se piensa que no la necesitan porque tienen familia, y en realidad son más vulnerables precisamente por eso, porque la madre no recibe ninguna ayuda del Estado. Cuando se organizó la Fundación, y la hermana Elsa María se retiró, me vine a trabajar aquí. Soy muy afortunada porque hago lo que me gusta y además me pagan por esto".

El Hogar tiene como propósito recibir y dar todo lo necesario a la población de prevención, es decir, las niñas que están en riesgo. Trata de sacarlas del entorno amenazante y darles una mejor calidad de vida. Son niñas que no están protegidas por el gobierno o por Bienestar Familiar porque tienen un referente familiar, o porque aún no les ha pasado nada grave para separarlas de sus padres. Es por esto que el Hogar se sostiene por medio de las donaciones de la sociedad caleña y de algunas empresas que lo respaldan.

"El grupo que nosotros manejamos es de prevención. Nosotros no tenemos aquí ni reeducación ni rehabilitación. Prevención significa que estamos atacando el mal antes de que pase. No son niñas drogadictas ni con un tipo de problema real dentro de ellas. Ellas se encuentran en riesgo de caer en alguna de esas cosas. Sus padres son quienes tienen esos problemas. Tenemos niñas con papás drogadictos y con mamás prostitutas. Lo que tratamos de hacer es que estas niñas también reciban una protección integral, de manera que después no nos tengamos que lamentar.

"Aquí se aceptan niñas hasta los diez años. No es decisión de ellas llegar acá porque a esa edad no se es consciente de nada, pero sus padres o algún familiar es quien decide que lo mejor es dejarlas en este lugar. Cada padre o referente familiar debe también comprometerse con la Fundación. Lo pueden hacer de dos formas: la primera es cumpliendo con dos días mensuales de trabajo, ya sea en la lavandería, ayudando con la limpieza, etc.; y la segunda, es donando treinta mil pesos al mes. Claro que en algunos casos los papás no aparecen o son muy inconstantes'.

La Fundación tiene capacidad para albergar y recibir a treinta niñas. Actualmente, el presupuesto que se tiene sólo alcanza para albergar veinte, y para esto cuentan con seis personas trabajando permanentemente.

María Giralda tiene trece años y llegó al Hogar, junto con sus otras hermanas, hace siete. Hace dos años, en una de las salidas a su casa, mataron a una de sus hermanas.

"Yo llegué aquí", dice, "por problemas de mis papás. Mi mamá se separó de mi papá porque él era muy guache. Aquí nos recibieron

con mucho amor. Estoy aquí con mi hermana Jessica, de 14 años. Tenía otra hermana, pero la mataron en el barrio El Paraíso, el 11 de abril de 2004. Ella se llamaba Mariluz y se munió por una bala perdida. Mi papá vive en Bello Horizonte, que es parte de El Paraíso. Yo no voy par allá porque no me dejan y es muy peligroso. Cuando salgo voy para donde una prima.

Mi mamá vive en Yumbo, y sé que trabaja pero no sé en qué. Ella vivía con su esposo, pero se separó. Mi papá trabaja en un parqueadero por las noches. Ellos me daban amor, pero ya no porque no vivo con ellos. La verdad, no me ino con mis papás porque es muy peligroso donde viven. Hay muchas niñas secuestradas, violadas, y eso me puede pasar a mí. Tengo un hermano chiquito de 15 años, que es más bajito que yo. Es que un día se cayó de la bicicleta y lo cogió un bus y, luego, también lo cogió otro carro y le pisó los testículos. Por eso quedó chiquito. Tenía trece años cuando le pasó eso. Vive con mi papá y no lo trata bien porque quiere más al hijo de la señora con la que vive. Se salió de estudiar y se va con unos amigos grandotes. Es una pandilla de las que tienen aretes en las orejas. Cuando estoy con mi papá, me trata bien y no trata de tocarme, ni nada. Es un padre que cuida a sus hijos, pero no ha vuelto por acá. Yo no quiero a mi madrastra porque es una loca. Una vez cogió a mi hermano y lo mordió y le arañó la cara. Yo me puse histérica y le grité a mi papá: '¡Deje a esa loca!'. Y él me dijo: 'Sí, me vaya separar de ella, me, voy a separar de ella'. Y yo le dije: '¡Eso es una mentira!'. Igual yo sabía que él no se iba a separar. Donde mi papá llegue a tener un hijo con esa señora, la pierde conmigo. No quiero más hermanos, pues soy la menor y si tiene un hijo me bajan del chirimoyo. Tengo tres hermanastros y ellos me detestan. Esa señora con la que vive mi papá está loca, loca, loca, y la deberían llevar al manicomio".

Yina Catherine Aragón es otra de las niñas que vive en el Hogar, y es una de las mayores. Ella, al igual que María, se encuentra allí desde su fundación. Es una de las niñas más rebeldes y no sigue las normas de convivencia que han sido establecidas. Si continúa así será expulsada.

"No puedo vivir con mis papás", dice, "porque ellos se .a pasan trabajando. Mi mamá es secretaria, creo, y se la pasa cambiando de trabajo. Mi papá es arquitecto. A él le piden que construya casas don-

de resulte. Ellos están separados. Viven en Cali, pero no me sé el nombre de los barrios porque nunca estoy con ellos. Mi mamá vive en el mismo barrio de mis abuelos y yo vivía con ellos cuando mis papás estaban en Tuluá. Mis abuelos me admiraban mucho cuando era pequeña y les pidieron a mis papás que me dejaran viviendo con ellos. No me gustaba estar con mis papás porque siempre estaba sola. Tengo dos hermanos: el menor tiene como ocho años y está en Bogotá porque se fue con mi abuelo. El mayor se quedó con mi papá. Mi papá tiene esposa, pero no me la llevo bien con ella. A mí no me gusta ir a esa casa porque es muy celoso conmigo. La decisión de que yo entrara aquí fue de mis abuelitos y mis papás. Al principio me dio duro porque estaba acostumbrada a mis abuelitos. Pero pienso que es mejor estar aquí. Ya hay peladitas en todas partes que quedan embarazadas y se tiran la vida bobamente. Aquí no se corren riesgos y estoy estudiando. Eso es bueno porque antes no lo hacía. Me la pasaba callejeando con mis dos primas. Si no estuviera aquí pienso que no llegaría a ser nadie".

El Hogar cuenta con seis personas que acompañan a las niñas durante su desarrollo. Tres auxiliares, una auxiliar educativa diurna, una auxiliar educativa nocturna que es la que duerme con las niñas, y tiene una acompañante porque una persona no se puede quedar sola por la noche, pues si llega a pasar algo es mejor dos personas para enfrentar cualquier problema. También cuenta con la manipuladora de alimentos, una psicóloga de medio tiempo y la señora María Teresa que es la encargada de conseguir los recursos necesarios para la Fundación. Asimismo colaboran las señoras que hacen parte de la junta directiva.

"Tenemos dos formas de trabajar con la sicóloga: una es en grupo en donde a las niñas se les hacen talleres de formación, de crecimiento personal, de sexualidad, etc.; otra es la atención directa que se le da a las niñas más problemáticas. Aparte de esto, tenemos a la doctora Martha Beltrán que es psiquiatra infantil. Ella nos colabora cuando dentro del grupo se presenta un caso muy grave. También contamos con el doctor Toñito Madrid, que es pediatra. Por estos días se ha venido vinculando la doctora Claudia Patricia Fernández, que viene

una vez al mes a hacerle seguimiento a las niñas. Y, por último, tenemos una odontóloga que viene a hacerles profilaxis y limpieza de dientes".

"Dentro de la Institución se les enseña a las niñas labores como el fortalecimiento de microempresas. Tenemos ya dos marchando, una de ellas es la de hojaldre que se venden en algunas tiendas de la vereda. Quien está a cargo de esta microempresa es la señora que manipula los alimentos, siempre con la ayuda de algunas de las niñas. Tenemos, también, la empresa de confecciones que está sacando en este momento una producción de ropa interior. Se busca fortalecer estas microempresas para poder brindarles, más adelante, trabajo a las niñas y, además, como alternativa de trabajo para sus madres. Se tiene un pacto de convivencia que fue elaborado por las niñas y la junta directiva. Hasta ahora las niñas corrigen los errores cuando violan este pacto, y llegan hasta la segunda sanción que es la suspensión de ocho a quince días de la Institución. Esto las hace recapacitar. Todas estudian en la escuela de la vereda, la José María Vivas Balcázar. Las niñas deben manejar su vida social cuando se les permite salir a sus casas, cada quince días. No podemos manejar ni visitas de amigos ni de novios. Se trata de que las niñas hagan sus trabajos con las mismas niñas de la Institución.

Esto es para evitar que salgan y se desplacen hacia otros sitios".

María no es una de las mejores estudiantes, pero cuenta su experiencia:

"Ayer se fue una amiga mía para la casa. Se llama Carolina Caicedo y la echaron porque hacía mal el aseo. A mí también me regañaron por lo mismo. Yo no sé si me van a echar. Creo que Mana Teresa tomó la decisión de echarnos y no sé qué vayan a hacer conmigo, pero yo me quiero quedar aquí. Aquí me molestan mucho porque casi todos los días peleó con las niñas. Además, no me cae bien ninguna de las auxiliares. La única que me cae bien es Claudia porque ella es muy paciente. Lo que pasa es que las otras nos quieren, pero son muy chismosas. Milady es muy chismosa e inventona. En el colegio no me va muy bien. Llevo perdiendo cinco materias. Es que Matemáticas no la entiendo, Español es muy fácil, pero es que... no sé, uno le da un

trabajo a la profesora y ella siempre me pone insuficiente o aceptable. También estoy perdiendo Ética y valores, Biología, y no me acuerdo más. Yo quiero seguir estudiando porque cuando grande quiero ser veterinaria o doctora”.

Yina Catherine es otra de las niñas sancionadas.

"Estefanía y Carolina se fueron ayer del todo. Ellas no quieren estar porque aquí hubo un problema y nos sancionaron. Ya nos habían dicho que todas nos teníamos que ir el año entrante, pero ellas se fueron primero porque no querían estar aquí. Las señoras que están con nosotras nunca nos tratan mal, y yo no me quiero ir. Yo tenía un novio de por aquí, pero ya no porque se cambió de escuela y no podemos vernos. Estoy en segundo de bachillerato y me va bien. Con las niñas del saludo no paso porque son muy chiquitas, y como ellas estudian por la mañana y nosotras por la tarde casi no nos vemos. Yo las cuido, a veces, cuando me toca.

Yo creo que voy a trabajar en la panadería cuando sea grande, o no sé, vamos a ver”.

Mariluz había llegado con sus dos hermanas, Jessica y María, al Hogar, porque su padre tenía problemas con las drogas. A Mariluz la mataron en una de las salidas que las niñas tienen a sus casas. "La muerte de Mariluz nos dio muy duro", cuenta María Teresa. "Antes yo me quedaba los fines de semana en el Hogar y dejaba a mi hijo solo en Cali. Cuando ella murió, decidí no quedarme más. No es justo, pero estas niñas pueden estar en riesgo y morir fácilmente. Yo no quiero eso para mi hijo; también quiero dedicarle tiempo”.

María, una de las hermanas de Mariluz, estuvo presente cuando ella murió.

"Yo fui la primera que me di cuenta de su muerte. Después se dio cuenta Jessica y de último mi papá. Estaba todo sentado viendo el partido en la televisión. Yo estaba por ahí caminando y un vecino me dijo que parecía que a mi hermana le había caído una bala perdida. Entonces, le dije que no era una, que eran tres, porque yo había escuchado ya tres tiros. Me asomé y la vi en un carro porque la estaban llevando para el hospital. Salí corriendo a avisarle a mi papá. Le tiré un zapato que encontré y le dije: '¿Es que no se da cuenta? A mi hermana le acaban de pegar tres tiros.' Entonces, él salió corriendo. Nos dijeron que se la habían llevado para el Primitivo Iglesias, un hospital

que queda cerca. Y como a mi papá no le habían pagado, nos tocó caminar bastante para llegar allá. Al entrar, mi papá hizo registrar mi nombre y el de él. Cuando vi a Mariluz se la mostré y él gritaba: "auuuu". Después me devolví y, cuando llegué a la casa, llamó a decir que Mariluz se había muerto”.

"Después de la muerte de Mariluz, a Jessica y a María no las volvimos a dejar salir a ese barrio. Es muy peligroso, y no queremos más tristezas. Ellas pudieron superar su muerte fácilmente, pues aún son muy pequeñas y no asimilan lo que realmente pasó. A todos los que trabajamos aquí sí nos dio muy duro. Es difícil acostumbrarse a perder un ser tan querido como lo era Mariluz. Todos la queríamos muchísimo: cuenta María Teresa.

"Mi mamá", dice María, "se dio cuenta de la muerte de Mariluz como veinte días después. Estaba en Yumbo y no tenía a nadie que le contara. Le avisó un ex novio de Jessica que se llama Darío. Mi mamá estaba enferma y cuando le contaron se puso a chillar. Mi tía Pilar no le quiso contar porque sabía que se iba a poner mal. Ella también lloró mucho, al igual que mi mamá”.

A pesar de los esfuerzos de las personas que colaboran, no es fácil conseguir fondos suficientes para sostener a las niñas. El Hogar se ve, en muchas ocasiones, en condiciones económicas difíciles que amenazan con su cierre. A las fundadoras y a quienes trabajan allí les preocupa mucho el destino de estas personas si el hogar desaparece.

"En este momento sólo tenemos recursos para sostenerlo por dos meses, y necesitamos asegurarnos más. Este lugar se construyó como una alternativa para estas niñas y cerrarles implicaría quitarles toda esa esperanza y oportunidad de ser ciudadanas de bien y que no crezcan en entornos grises como los que tienen que vivir normalmente. Las ayudas que recibimos son, en ocasiones, muy esporádicas y no nos deja tener presupuestos fijos mensuales. A veces nos toca fiar algunas cosas para subsistir. Por ahora estamos dando lo mejor de nosotras y de la Institución para que este sueño no termine. Y si se llega a acabar, esperamos que lo que le hemos enseñado a ellas se quede como un aprendizaje, que las ayude a salir adelante en ese mundo difícil en el que viven”.

Yagé

Alejandro Uribe'

Las almas comúnmente llamadas energías, a las seis de la tarde, empiezan a jugar con el inofensivo cuerpo de Iaku.

Me encuentro saliendo de clase en la universidad, son las seis y diez de la tarde. Suena mi celular. Ángela, mi novia, me pide comprar un brownie para Iaku porque necesita comer algo lo más rápido posible. No logré llegar a tiempo: eran casi las siete. Con ganas se lo comió, pero al pasar cinco minutos le dolió el estómago.

-¿Qué te pasa? -Le preguntaron al verlo arrugando la cara.

-A las seis de la tarde soy muy vulnerable, las malas energías hacen sus travesuras...

Nos miramos perplejos con semejante respuesta.

- Eso se me quita en un ratico.

Nos quedamos callados. Observaba a este personaje comer lentamente para no hacerle más daño a su cuerpo. Miraba a las otras personas que a la vez me miraban callados, centrando su atención en aquel hombre de contextura delgada, trigüeño, de marcados rasgos indígenas.

Cuando Iaku entró a la casa de mi novia, y la vio por primera vez, sintió que un frío recorría todo su cuerpo y le dijo a mi suegra que hoy no podía trabajar con Ángela porque sentía que sobre ella recaía una energía negativa muy fuerte, como si le estuvieran haciendo brujería. Coincidentalmente, ese día, mi novia estaba muy afectada por una situación que le provocó por mucho tiempo una persona envidiosa, y eso la hacía sufrir mucho.

* * *

-¿De dónde eres? -le pregunté.

—Soy del Putumayo -respondió-o Soy de un pueblo de indígenas, VIVO con mis papás.

Ahora vengo buscando en dónde estudiar porque tengo propuestas de trabajo.

Me miró y tornó aire.

- Principalmente vengo en ayuda para algunos que me necesitan. A los amigos siempre se les debe ayudar -dijo asintiendo con la cabeza.

Inocentemente se me salió de la boca una pregunta, sin todavía haber entrado en terna.

-Mirá... ¿y qué es el Yagé?

-El Yagé, no sé qué es -respondió-o Esta planta es un remedio que nuestros ancestros han utilizado para curar enfermedades del cuerpo, adicionando la sanación espiritual para liberar la mente de nuestros traumas que somatizados crean la enfermedad.

Luego nos habló del uso inadecuado que personas inescrupulosas, adoptando y usurpando el rol de chamanes, le han dado a este conocimiento con fines materiales, perdiendo la verdadera esencia del ritual.

- El Yagé es un brebaje espiritual que no es para todo el mundo. Antes debe existir un diagnóstico realizado por médico tradicional que, a través del conocimiento adquirido, puede descartar pros y contras para el consumo de esta medicina. Muchas personas drogadictas se esconden en el Yagé, porque es sagrado, pero terminan perjudicándose más que con la propia droga. Otras personas, amazónicas para ser precisos, y gentuza como cualquiera de nosotros, han venido a la ciudad para rebuscarse la vida vendiendo el Yagé. Es muy peligroso, ya que ellos no elaboran un diagnóstico para verificar que el paciente sí puede tornar Yagé, simplemente a ellos les llega clientela y lo venden montando una escena como la del ritual del Yagé.

-Pero... ¿es el mismo Yagé?

—¡Claro que sí! Pero lo rinden, de modo que ellos les venderán más brebaje de planta sagrada, y los pacientes deberán tornar más para sentir los efectos verdaderos. Ese es el negocio de esta gente que no respeta nuestra planta sagrada.

- ¿y cuánta dosis se debe tornar?

—Eso se da con el diagnóstico, eso se torna en medida de las pulsaciones del cuerpo, de lo contrario se le puede "correr la teja": Por mi parte ayudaré a los que pueda, pero no quiero que más gente me conozca... el terna del Yagé está por el piso, con decirle que hay personas inescrupulosas que utilizan nuestra planta sagrada con fines de fornicación.

* * *

Iaku mira el reloj: son las nueve de la noche. Sube al segundo piso y empieza a arreglar un cuarto.

-¿Qué pasa? -le pregunté a alguien que bajó del segundo piso.

-Quiere hablar con vos, para hacer un diagnóstico.

Iaku baja y me mira con sus ojos cafés, casi negros:

-¿Por qué quiere hablar conmigo de primero? Se supone que soy el último.

-Con usted me he encontrado mucho últimamente -me dijo después.

Pienso que es verdad, pues me lo encontré hace dos días a la entrada de la universidad y, después de despedirnos, vio un folleto de las carreras universitarias donde yo aparecía en la página principal. Iaku dice que nada en la vida es coincidencia, que las cosas pasan por algo, y por eso quiere hablar conmigo de primero.

Al subir al segundo piso me dice que me siente enfrente de él, no muy cerca, que no vaya a cruzar las piernas y que me relaje lo más que pueda. Cierro los ojos, torno aire y lo escucho decir una oración que no entiendo. Sonidos raros salen de su boca: en mi idioma no conozco qué significan esas palabras. Después supe que el rezo que hacía es llamado por ellos "Suma Pinta", oración que se hace para invocar y hacer presentes las buenas energías y las buenas visiones.

Termina y saca un tarrito que parece de guaro.

- Trágate esto, sin probarlo porque es algo fuerte.

"Y ahora este tipo qué me va a dar", pensé. "¿Será esto el Yagé?"

Lo sirvió en un mate, como el del manjarblanco del Valle. Me lo torné.

—Sabe más fuerte nuestro "guarito" -le dije.

Él solo cerraba los ojos y seguía hablando en el idioma que yo no conocía.

El agua que me dio es una esencia de diferentes hierbas. Al cabo de cinco minutos tomó mi mano, abrió mi astro y me puso un cuarzo con el cual leyó toda mi vida, conoció mis enemigos, y pudo advertirme qué me estaba pasando en el presente. Me dijo todo lo que yo era.

"Esta vaina me da miedo": pensé.

Dijo que tenía un enemigo muy fuerte, que me hacía mucho daño.

- **A** veces los enemigos no son las personas que nos rodean, sino uno mismo.

Iaku tomó un lápiz, un papel y empezó a dibujar rayas en todos los sentidos, cruzándose unas con otras.

- **N**o tiene sentido este dibujo, ¿cierto? ¿Qué ve usted aquí?

- **N**ada - **I**e respondí-, un mundo de rayas cruzadas.

- Esa es su vida, todas sus ideas, sus negocios y planes de su vida. Usted cada vez que empieza un proyecto, algo más importante le llama la atención, así sucesivamente, y todo queda en el aire.

Luego, me mira a los ojos.

- ¿Sabía que usted está llamado a tomar Yagé? En su diagnóstico aparece el Yagé como un "imán". Usted puede tomarlo.

Coge mis manos y me unta un aceite con el cual cierra el astro, reza y sopla el agua fermentada por la alcoba y en mi rostro.

- Esto aleja las malas energías y estaré pendiente de usted para vernos una próxima vez. Usted deberá fortalecer más su parte espiritual, no reza debidamente y eso es algo muy importante en la vida humana.

- ¿Cómo lo sabe?

- **S**e le nota - **m**e respondió.

Charlamos unas tres horas y quedé impresionado con todo lo que me dijo, y mis ansias por volverlo a ver eran cada día más grandes.

* * *

Iaku, antes de nacer, ya había probado el Yagé, y vendría a este mundo como sucesor de los conocimientos de su abuelo, gran conocedor de esta medicina. En cierta forma es un "elegido" para conservar esos conocimientos ancestrales.

Trabajó mucho, desde temprana edad, en la huerta con su abuelo. Con él aprendió la siembra de plantas medicinales, su uso, cuáles curan y cuáles hacen daño, cómo deben ser plantadas, cuándo cortarlas, dependiendo de la luna. No tuvo una infancia como la de cualquier niño. Su abuelo por desgracia murió, y empezaron a pasarle cosas muy extrañas.

- **M**e dormía y literalmente me moría, quedaba muerto. Mi abuelo me llamaba para dejar este mundo, porque yo no servía para nada en él.

- ¿Qué estás diciendo?

- Así como escucha, mi abuelo dejó este mundo y, si no podía dejar su conocimiento completo a un heredero digno, era mejor que no hubiera rastro de él en el planeta. Ese conocimiento o sirve, o no sirve. Nada a medias.

- **S**i te morías... entonces... ¿por qué estoy hablando contigo?

- **M**i abuela, desde sus sueños, me ayudaba, ella es muy soñadora. Ve cosas que pasan y que pasarán, así que cuando dormía se daba cuenta de lo que me pasaba. A mí me encantaban los billetes nuevos de esa época: ella me los mostraba para distraerme de mi abuelo y así me traía de vuelta a este mundo.

- ¿Todavía te pasa lo mismo cuando duermes?

- ¡Claro que no! Ya mi abuela se encargó de transmitir todo lo que el abuelo me quería dejar, y parece que ya descansa en paz.

* * *

Fue un día terrible, había tenido una pelea con mi novia. Las cosas se salieron de control, pero nada pasó a mayores. Los dos lloramos y, tristes, nos fuimos casa. Al día siguiente, Ángela estaba en una sesión de masajes cuando sonó su celular. Era Iaku.

- ¿Cómo estás? - **I**e pregunta Iaku.

- ¡Bien!

- ¿Por qué dice mentiras? Usted no está bien.

Ángela se para, muy asustada, de la camilla.

- **N**o tienes por qué decirme mentiras - **I**e dice Iaku-, yo sé lo que pasó. El día de ayer usted y su novio tuvieron fuertes discusiones, no fue cualquier situación, estás muy afectada y yo ayudaré a que se calmen las heridas. Ustedes dos estarán juntos por mucho tiempo.

Luego, Ángela me llama con un tono de voz muy agitado y me cuenta lo sucedido.

Al pasar los días me entero que Iaku supo nuestra situación debido a los astros. Mi novia es la tierra, persona centrada y de pies en el suelo. Por el contrario yo soy aquel astro que la acompaña sin cansancio, la luna, aquellos soñadores que nadie entiende y por lo general no calculan lo que hacen, piensan y dicen.

-Estos astros dieron en el día un movimiento totalmente contrario al que se hace a diario, y por eso se generaron malas energías, mal humor, sensaciones como rabia, tristeza y orgullo -nos explicó Iaku.

* * *

Suena mi celular, es Ángela. Me cuenta que Iaku acaba de llegar a Cali.

Es miércoles y no he estudiado nada para un examen parcial de la universidad que tengo al día siguiente. Vamos a la Terminal de Transporte a recoger a Iaku.

- y usted, ¿qué hace en Cali sin avisar? -le pregunté antes de saludarlo.

- Estas cosas tienen que ser así, no se debe mencionar el día de la celebración -dijo, mientras se reía con Ángela-. Señor: ya sabrá que hoy nos veremos en la noche.

Le respondí que sí, que no se preocupara, que ahí estaría.

* * *

A las seis de la tarde, me dirigí a la casa de mi novia. Cuando llegué estaban Iaku y Ángela en la mesa del comedor. Olía a consomé y papa.

- Bueno, espero que se coman esto que les cociné porque más tarde, no pueden comer nada, solo cosas livianas -nos dijo la mamá de mi novia.

* * *

Pasan las horas: son las nueve de la noche. Iaku nos dice que necesita descansar un poco, que la noche es larga. A las diez, sube al segundo piso y, casi enseguida, reaparece. Lleva en su cuerpo una prenda, como una especie de ruana de colores con azul, rojo y blanco, donde predomina más el azul; en el cuello lleva numerosos collares, algunos delgados y otros gruesos, y cuando los agita se desprende un sonido similar al agua de un río o riachuelo, muy suave, un río que corre entre muchas piedras. En una de sus manos tiene un "abanico" de hojas y en la otra una botella cubierta de numerosas envolturas que sirven para alejar las malas energías. Sus pies tienen sandalias. Iaku está listo para empezar la ceremonia del Yagé.

-Nadie puede estar presente, sólo los que participarán en el ritual; no pueden estar ni las mascotas, esto para que las malas energías se vayan y no afecten a nadie -dice en voz alta a todos los que estamos en el primer piso.

Cuando la mamá de Ángela se retira, y después de mirar a todos lados una vez más, Iaku dice:

- Estamos listos para empezar, Ángela, y no estés nerviosa que nada malo va a pasar. Necesito que mediten profundamente, sentados en estas sillas a mi alrededor, sin cruzar las piernas.

Iaku empieza a orar en su cabeza, y creo que también medita. Yo medito, obviamente con los ojos cerrados, pero mis ganas por husmear lo que hace Iaku son muy fuertes. Abro los ojos para ver qué hace. Está quieto, como si durmiera.

De pronto, abre los ojos, parece que no estuviera mirando nada, igual que cuando a uno lo mira un ciego. Coge su collar más grueso y empieza a agitarlo suavemente. Entonces, vuelvo a escuchar el hermoso sonido del agua. Luego, besa el collar y empieza a hablar en el idioma nativo de su tierra.

- Estamos listos -dice.

En una mesa que está en la mitad de los tres hay tres vasos de cristal con agua bendita. Encima de estos reposan tres mates, cada uno con una porción de Yagé.

-¡Acérquese, Ángela! Tome esto y bébaselo sin olerlo ni saborearlo; cuando se lo trague tomará un poco del agua bendita que está debajo de su mate.

Mi novia se lo toma: no pasa nada, su cara no se arruga, parece que solo hubiese tomado agua.

Es mi turno. Me tiemblan las piernas, no sé qué hacer, mi cuerpo se mueve torpemente, me empiezo a asustar. Cojo mi mate. Iaku me mira fijamente; no lo pienso dos veces y me lo mando, pero cuando siento un terrible sabor amargo que toca mi lengua y que pasa raspando todo hasta que llega a mi estómago, casi vomito.

- ¡Ni se le ocurra! -dice Iaku.

Bajo las manos, me concentro, trato de tragar rápido ese amargo sabor.

- Tómese el resto, después podrá disimular el sabor con el agua. Háglele que no es tan malo, no sea consentido.

- Por algo estoy aquí -le digo, y me lo mando directo a la garganta para que no toque la lengua. Tomo un poco de agua. Me siento y en mi cabeza tengo dudas, pues no sé qué va a pasar después.

Nada, no siento nada raro, así que empiezo a pensar que el documental de Pirri, donde tomó Yagé, era solo televisión. Estoy sentado mirando el infinito; mi novia se acostó y parece dormida, casi muerta. Me aburro, así que empiezo a preguntar y a hablar con Iaku. Sólo me responde de forma corta y puntual, pero yo sigo preguntando, que si venimos al caso son pendejadas. Le pregunto de su papá, su abuela, sus experiencias cuando niño, por qué el era así; me río de él y le digo que estoy muy inquieto.

- ¿Podés hacer silencio? -me dice Ángela, con un tono muy molesto.

Iaku interviene y le dice:

- El Yagé muestra la realidad de las personas, destapa lo que se oculta en la cotidianidad de ellas: por ejemplo, usted parece que en todo este rato no fuera parte de este mundo.

Es ya casi media noche cuando Iaku toma su porción de Yagé. Me pregunta cómo estoy.

Le respondo que, por ahora, todo está bien, no siento nada raro, pero me siento muy inquieto y no sé qué hacer con las piernas, se me mueven mucho como cuando uno está que se orina.

- A ver... siéntese a mi lado.

Me paro, miro a mi alrededor... siento que las cosas han cambiado un poco. Todo está muy tranquilo. Mi novia sigue tirada en el sofá, como si estuviera muerta. Sigo mirando y pienso cuál pie voy a

mover primero para llegar a donde está Iaku. Finalmente lo logro.

- Señor, pero usted está bien borracho -dice, burlándose.

No pasan cinco minutos para que yo corra al baño a vomitar. Es muy diferente una situación de náuseas a la que siento en aquel momento. Cada vez que se me contrae el estómago es como si algo quisiera salir de mi interior, algo que quiere ser expulsado con mucha energía. Mi estómago se contrae bruscamente, tose, eructa. Termino y puedo por fin abrir los ojos, y no tengo necesidad de tenerlos abiertos más de dos segundos para darme cuenta que no era mucho lo que había botado, que lo que veo no es lo que comí hoy en la mañana. Apenas comí en todo el día, sólo recuerdo la sopa de las seis de la tarde.

Tengo miedo de mirarme al espejo, así que salgo y me coloco al lado de Iaku. Estoy feliz, nada me preocupa, tengo una sensación de calma pero a mi cabeza llegan muchas preguntas. Tengo la necesidad de pensar y resolver problemas, me siento más listo. "Esto debe ser obra del Yagé, me tiene volando": pienso.

- Iaku, usted qué piensa de esos cuentos del desdoblamiento -le pregunto.

Había escuchado a mi padre, alguna vez, hablarme de ese tema, una vez que soñé que no estaba en mi cuerpo.

- Es verdad todo lo que dicen -afirma- Yo, cuando pequeño, en las sesiones de Yagé con mi mamá, persona muy conocedora de tradiciones medicinales, me salía de mi cuerpo y podía ver la realidad de las personas que nos acompañaban en la sesión. Veía sus energías, su cara verdadera; pero mi energía no quería regresar en muchas ocasiones; mi mamá para esto me daba brebajes y trataba de engañarme para que no me fuera cada vez más lejos. Pero te digo que uno puede llegar a conocer verdades de verdades, mentiras de mentiras y sabiduría que, como unos autores de libros que he leído, permiten conocer la biblioteca del universo y la inteligencia que de verdad rige a este mundo. El desdoblamiento, la etapa en que nos volvemos energía y dejamos nuestro cuerpo, jaula que no nos permite conocer lo verdadero, es un paso que el Yagé ayuda a muchos. Esto que le digo lo puede lograr con mucha preparación, meditación y mucho Yagé.

* * *

- ¡Iaku está dormido con los ojos abiertos! - ¡Le digo a Ángela.
- Él está meditando, está en su cuento, vos no entendés eso, dejalo que es parte del ritual y de sus cosas, y no hagás más bulla.

* * *

- ¿laku, estás ahí?
—¿Qué quiere, señor?
- ¿Usted cómo sabía que yo estaba tan mal cuando me senté a su lado?
- No lo sabía, lo sentí. Cuando tomo Yagé, me conecto, no sé cómo explicarle... pero logro sentir las energías que me rodean. De ese modo puedo saber a quién tengo al lado mío, cómo es su carácter y qué tipo de vida lleva.

Ángela se para y va corriendo al baño. Al rato regresa.
—¿Qué quiere decir, o qué significa, que vea mujeres con cabeza de culebra?

- Envidia, celos, mujeres que le quieren hacer mucho daño. Tendrá que saber cómo elegir sus amistades

Ángela se queda paralizada. Luego me cuenta que recordó a una niña que le había hecho mucho daño, por mucho tiempo, desde que empezamos nuestro noviazgo.

laku pregunta si nos sentimos bien, dice que vamos a mitad del proceso de la ceremonia. Empieza a hablarnos de la madre naturaleza, de los objetivos que ella tiene, del mal que los humanos muchas veces le hacen; todo esto con el fin de traernos un poco más a la realidad para centrar nuestra atención en el lugar donde estamos.

- Es hora de tomar la segunda porción.

Ángela, otra vez, es la primera en tomarla. Luego se para, repentinamente, y le pide un poco de agua, pero vuelve y se acuesta.

- No se vaya a dormir - ¡Le dice laku-. Ahora está usted muy relajada. Aproveche y piense, medite.

- Sigo yo -susurro.

Me mando todo lo que hay en el mate, directo a la garganta. No quiero tener en mi paladar el sabor de esa vaina; sin embargo, casi lo vomito. Alcanzo a cerrar la boca, la lengua se me paraliza, siento que no puedo tragar. Aquel sabor es tan fuerte que no creo que lo vuelva

a resistir. Aguanto y lo trago, no sé cómo, pero lo hago. Cojo lo poquito que queda de agua y me lo bebo.

No sé cuánto tiempo pasa para que me dé frío, mucho frío. Empiezo a acurrucarme en el sofá, las manos las froto y las junto para guardar calor, pero no es suficiente. Empiezo a mover las piernas, todo me da vueltas. Pienso que si me siento lejos de laku se me quita el frío y la maluquera. Me voy, lejos de él, pero sigo igual, incluso cuando me paro me siento peor. De pronto, coloco las manos en el pecho y las meto debajo de la mandíbula, tocándolas con la cumbamba, y empiezo a sentir que mis brazos se estiran. Es tanta la fuerza que hago que sudo y siento más frío; mis manos empiezan a doblarse, como si se estiraran hacia los lados y tomaran diferentes direcciones. Abro los ojos: todo lo que siento no es cierto, no sé qué hacer con mi cuerpo.

Son casi las cuatro de la mañana y siento que mis brazos y manos no responden. Estoy cansado, mi cabeza da vueltas y veo, cuando cierro los ojos, miles de imágenes que pasan. Veo un señor que no tiene color, es como una sombra, y a su alrededor todo es blanco: siento que está rezando y a la vez me llama. Puedo verme desde cualquier ángulo, como si estuviera rodeado de espejos. Cuando camino hacia ellos, siento que me alejo de mí mismo. Paro de caminar y siento miedo; me miro a mí mismo y abro los ojos. Es escalofriante.

- Las cosas andan como pesaditas por este lugar -dice laku.

Coge una grabadora y coloca música de su tierra, música hecha para este ritual.

- Cantos del ritual, así se llama está música. Son hechos que materializan los sonidos del ritual guiados por voces y sonidos de la tierra, el movimiento de las uairas, los cascabeles con el sonido del agua se fusionan para conectarse al inframundo. Lo desconocido para la mente racional, o el paciente -dice laku.

Coge también el abanico de hojas y una guitarra, y empieza a frotar las cuerdas con las hojas.

* * *

- Con el sonido de la guitarra y la música se me quitaba todo - ¡Le dije después a Ángela-. Me sentía mejor, como si a uno se le quitara cualquier malestar.

-Bendita esa música... recuerdo que cuando la escuché se me quitó el mareo, las visiones se volvieron más llevaderas, se me quitó el miedo, todo era más tranquilo, sentía que me dormía -dijo mi novia.

Iaku señaló que la música casi no se usa en su tierra, pero que en las ciudades es necesaria debido a la confusión de sonidos generados por el hombre.

Paró de sonar aquella melodía que oíamos.

-¡No! -le dije a Iaku-, dejámela escuchar un rato más que estoy como maluco.

-Más tarde será, el cuerpo necesita volver a sentir los efectos del Yagé. Puse la música para ayudar a que el cuerpo descansa un poco, pero ya es hora que siga con la lucha.

- ¿Cuál lucha? -le pregunté.

No respondió nada, y llegué a pensar que otra vez había preguntado algo estúpido.

- El Yagé ayuda a que el cuerpo pelee con todo lo que usted le ha dado, con lo que no le sirve, lo que le hace mal y que no tiene por qué seguir adentro.

* * *

Iaku empieza a orar y nos dice que estamos próximos a terminar.

Coge las manos de Ángela, se las coloca en las rodillas de ella, le dice que baje la cabeza. Él se para de la silla donde se encuentra y expulsa el resto de malas energías de ella; esto lo hace succionando aire de puntos específicos de su cabeza y venteando el abanico. Lo mismo hace conmigo.

—¿Ya terminamos? -pregunto.

Iaku mira el reloj: falta un cuarto para las cinco.

-Sí, ya pueden descansar.

No pasan tres segundos para que mis pies se empiecen a mover y me lleven corriendo al baño a repetir el vómito pero, después de terminar, llega un estado de tranquilidad, de mucha armonía.

- El cuerpo descansa después de ir al baño, se deshace de todo lo que no le sirve y que evita su buen funcionamiento. A mí me encanta -dice Iaku.

* * *

Nos fuimos a dormir. Ni me di cuenta cuando me quedé dormido, fue instantáneo, mi cuerpo estaba agotado.

Me desperté a las seis y media de la mañana y no me podía levantar de la cama porque el cuerpo me dolía. Estaba entumido, sobre todo los brazos; pero mi cabeza estaba intacta, despejada. Tampoco tenía sueño o pereza. "Qué sensación tan extraña", pensé.

-Angie, me voy para la universidad, tengo el examen parcial-le dije en voz baja para no asustarla. Ella ni podía abrir los ojos, parecía muerta y apenas me habló, pero entendió lo que le dije.

* * *

- Demasiado extraño lo que sentí el día después de la sesión del Yagé. Mi cuerpo parecía no depender de la mente, mi cerebro pensaba y formulaba bien los problemas de aquel examen, pero mi cuerpo apenas podía mover el lápiz -le conté a Iaku.

- Eso pasa, y en cada persona es diferente. Tenga por seguro que después del Yagé se nota el cambio en las personas, por más mínimo que sea. Y es para bien.

Junio de 2007

Orejas, el vigilante de la 89

Oiga Lucía Vanegas/

A las ocho de la mañana de un soleado día, en una de las cuadras del barrio San Joaquín, aparece en una bicicleta un hombre de orejas grandes con rasgos indígenas muy marcados: es Luis Parménides Mosquera, pero todos lo conocen con el mote de "Orejas": A los treinta y dos años es el vigilante más antiguo de la cuadra. Orejas se acerca a saludar a su primo Carlos, quien estuvo realizando el turno anterior de veinticuatro horas, y sostiene con él una conversación acerca de lo que aconteció la noche anterior.

-Afortunadamente no hubo ladrones que espantar y el carro que le robaron al dueño de la 16-80 fue en el barrio Meléndez.

En menos de diez minutos Carlos se despide y parte para su casa en la bicicleta de Orejas, mientras éste se dirige a colocarse el uniforme de trabajo que tanto odia, dentro de una pequeña caseta negra ubicada al fondo de la cuadra, la que él mismo consiguió siete años después de haber empezado a trabajar en el barrio.

-Me costó mucho levantar esta caseta. Tuve que ahorrar parte de mi sueldo y tampoco fue fácil convencer a los patrones de que era necesaria para la seguridad y que me colaboraran para levantarla. La gente de por aquí no se le ocurría que nuestro trabajo también requiere de condiciones adecuadas. Afortunadamente, otro primo que sabe de construcción me ayudó, y es por eso que no tuve que pedir mucha plata -dice Orejas observando con orgullo la construcción.

Dentro de ella a duras penas caben él, una butaca, una podadora de pasto obsoleta y un mesón no muy grande donde tiene sus implementos de trabajo: una sombrilla, la radio, la linterna, la capa impermeable para la lluvia y un machete oxidado para defenderse, que hasta ahora no ha usado.

Luego de unos minutos, sale de la caseta y se sienta en un banquillo blanco que está en un andén en el centro de la cuadra. Mientras recibe un poco de sombra del árbol que está allado, suspira y con una voz de resignación dice:

-Ahora me toca chupar calor y estar pendiente de todo el que entra, sale y timbra en cada casa y, además, estar a la vista de todos para que luego no digan que uno nunca está cerca.

Aun así, afirma que le agrada su trabajo. Se queda callado unos instantes, mira al cielo, a los lados y, enseguida, queriendo ser sincero, asegura que en realidad no le gusta ser vigilante.

-No porque me dé pena sino porque a veces me toca soportar humillaciones. Hay gente que es especial, pero otros lo tratan a uno como basura. Por ejemplo, hay una señora que no le gusta que le regalen a uno ni un vaso de agua. Pero a pesar de todo uno debe valorar lo que hace y estar agradecido, pues el trabajo está muy escaso en este país y hay mucha gente aguantando hambre.

Mientras espanta zancudos y sacude las hojas que caen del árbol, habla acerca de su oficio, largas horas a las que ya está acostumbrado.

-En el día, uno mantiene ocupado podando jardines con los que nos hacemos un dinero extra; también nos toca hacer mandados a la tienda y ayudar con lo que le pidan a uno. A veces paseamos los perros o a los hijos de los patrones. Además hay que saber vigilar, no es sólo estar sentado como un perro.

Tal vez lo más duro es cuando llega la noche y la cuadra se enmudece porque, con la quietud, el sueño comienza a invadirlo. Es en esos momentos cuando oye los vallenatos de su emisora preferida, pero aun así debe hacer un gran esfuerzo para permanecer despierto. En algunas ocasiones, alrededor de las doce de la noche, siente que lo quieren asustar.

-Alguien llega a la caseta y golpea durísimo y oigo una especie de quejido. Salgo a ver y no hay nadie. Otro día que me senté afuera, sentí que me tocaron y alcancé a ver una mano grandota. Enseguida me paré a buscar y tampoco vi nada, ese día sí me metí un susto horrible. Yo no creo en las brujas y eso que soy del campo. Yo pienso que debe ser un amigo, tal vez es Marino, el viejito cacorro que hacía los reemplazos los domingos y se murió hace un tiempito. Creo que

algo quiere, por eso le digo que se deje ver para preguntarle qué le pasa o qué desea.

Un domingo, en horas de la tarde, los padres de dos jóvenes que viven en la cuadra tuvieron una conversación aparentemente muy tranquila en la entrada de la casa de uno de ellos. De pronto, todos se alteraron y cada padre reprendió a su hijo. Oscar y Pablo, los dos jóvenes, amigos por varios años, fuman marihuana y consumen otras drogas. No era la primera vez que sus padres tenían la misma conversación; sin embargo, había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hicieron, pues lograron que sus hijos se alejaran y estuvieran limpios. Oscar y Pablo enfurecidos enfrentaron a Carlos, el otro vigilante, quien había iniciado su turno hacía unas pocas horas.

-¡Sapo, hijueputa! ¿Por qué no dejás de meterte en lo que no te importa? -le gritaba Pablo, mientras su padre trataba de calmarlo

-¡Sí, ya estás peor que todas las mantecas juntas! -le decía Óscar

Carlos sin entender por qué lo acusaban respondió:

-Pero, ¿por qué me echan la culpa, si yo no tuve el turno anoche? Orejas fue el que estuvo aquí ayer.

-¡Cuando vea al otro malparido lo voy a encender! -gritó Pablo.

La noche anterior a la discusión, los padres de Óscar se habían ido para la finca. Aprovechando su ausencia invitó a Pablo y a otros amigos a una rumba en la casa. Orejas, en una de sus rondas por la cuadra, alcanzó a observar las personas que estaban dentro y percibió el olor a marihuana. Por eso, cuando terminó su turno y se fue a descansar decidió llamar a la mamá de Oscar para contarle lo que sucedió.

Cuando volvió el lunes, Carlos le contó el escándalo que armaron los muchachos. Atemorizado, Orejas se refugió en la caseta la mayor parte del día.

- Yo hablé con doña Libia porque quiero ayudar a Oscar, porque él y los papás han sido siempre muy buenas personas; lo único malo que tiene ese muchacho es esa amistad. Uno de vigilante se da cuenta de todo y por eso siento que tengo una responsabilidad, aun-

que a lo mejor me cueste que Pablo me quiera dar una golpiza y que Óscar no me vuelva a hablar.

El mayor problema de la cuadra, según Orejas, es la drogadicción. A pesar de que todos los vecinos saben lo que ocurre, no se han unido para combatirlo porque piensan que ese es un problema de los otros.

- Hasta hace unos meses, en esta cuadra vivieron unos manes drogadictos, de Buenaventura, que les vendían la droga a los demás muchachos del barrio, no sólo a Pablo y Óscar. Y aunque los tipos se fueron de la cuadra, viven por aquí cerca y continuamente se dan su vuelta por estos lados. Varias familias se han tenido que ir de aquí para alejar a sus hijos de las drogas.

Por otro lado tuvieron un problema de inseguridad cuando una empleada robó dinero. Desde entonces, Orejas se ha preocupado porque los habitantes de la cuadra sean muy cautelosos cuando dejan entrar otra persona en sus hogares.

-Nadie se imaginaba que esa mujer era una infiltrada de la guerrilla. Al darse cuenta que esa familia no era de las poderosas, decidió abandonar ese puesto, pero ella no se iba a ir con las manos vacías y cuando menos lo esperábamos un día se fue y se llevó una plata de los patrones. A los meses de haber sucedido esto, vino la policía a buscarla y por eso descubrimos que era guerrillera.

Más tarde observa que en la casa de la esquina está timbrando un hombre que le parece extraño. Se dirige, un poco preocupado, hacia allá porque no es un cartero, ni el lotero, ni el que vende las arepas o el mango, ni el de los helados o el de los zapatos, los que siempre visitan la cuadra. A unos cuantos metros de distancia, se da cuenta que es una persona que llega a las casas hablando de Dios. Después de un tiempo, el hombre intenta vender una Biblia. No se aparta del lugar hasta que la empleada cierra la puerta y, luego, lo sigue discretamente de casa en casa. Finalmente, el vendedor abandona la cuadra y Orejas regresa a su caseta.

- Esto es lo que yo llamo malicia indígena, que sirve hasta para vigilar. Hay que desconfiar de todo el que no sea el patrón y sus hijos. Yo desconfío hasta de las empleadas, y eso que a la mayoría las conozco bien. Si no tuviera este uniforme podría pasar más desapercibido para los ladrones, pues ellos siempre llegan y buscan primero al

vigilante para amarrarlo o quién sabe qué, pero si no supieran quién es, uno trabajaría mejor. Hay que ser malicioso.

La malicia para Orejas es sinónimo de inteligencia y astucia, y es el recurso que también utiliza para conquistar mujeres; tiene una lista larga: setenta en toda su vida.

- Yo no soy un hombre pintoso, pero levanto. Cómo será que en estos momentos tengo cuatro novias. A veces, no soy ni siquiera yo el que las busca, ellas son las que me llaman. Lo único que hago es decirles lo que a ellas les gusta que les digan y así caen.

Julia, una empleada del barrio, que en ese instante le lleva un jugo, se queda por un momento y cuando oye a Orejas suelta una risa estruendosa. Luego se calma y sin querer ser coqueta dice:

-Sí, aunque feo, es un hombre muy caballeroso y agradable y por eso tal vez llama la atención.

-Es que las mujeres son para consentirlas y quererlas. Nunca en la vida le he pegado a una mujer. Las respeto y exijo que me respeten, por eso no las insulto y cuando ellas lo hacen, ahí acaba todo. El respeto debe ser verbal y físico, y para los problemas, pues existe el diálogo.

Cuando habla de sus relaciones, con picardía enfatiza:

-No comparto que la mujer se acueste conmigo de una, tampoco la que está con uno y con otro, porque la mujer se debe valorar como mujer.

Pero creo que en uno como hombre sí está bien. Con las mujeres que estoy no comparto el sexo rutinario, porque sino se enfría. Me gusta hacer el amor en diferentes partes: en el río, en el campo, en las gradas o en la cocina.

Orejas hasta ahora nunca ha estado con una sola mujer. Aunque en febrero del 2002, cuando decidió dedicarse únicamente a estudiar, se propuso la meta de vivir un año sin alcohol, rumba y mujeres y, según él, lo logró. Desde que terminó su penitencia, aunque menos rumbero, volvió a ser el mismo hombre mujeriego y cree que lo seguirá siendo hasta que llegue la mujer que de verdad lo enamore y sólo, entonces, será fiel.

Cuando era niño Orejas vivía en el campo con sus padres y seis hermanos. Fue una época marcada por el hambre, a pesar de que "allá hay mucha fruta y leche, pero de sólo eso no se puede vivir":

En la finca la familia tenía cultivos poco rentables y por eso sus padres únicamente le dieron educación hasta primero de primaria. Orejas nunca pudo tener un juguete. Lo único que nunca le faltó fue el amor de su familia.

-Afortunadamente tuve buenos padres. Ellos nunca nos maltrataban, sólo nos pegaban cuando era necesario. No tuve una niñez traumática, pero pienso que cuando yo tenga un hijo es porque le puedo dar todo lo que a mí no me dieron, y por eso los evito por ahora.

A pesar de esto comenta que adora a los niños, aprendió a quererlos cuando perteneció a la religión evangélica. Siempre recuerda una frase de la Biblia, que hace parte de la canción que más le gustaba cantar cuando asistía a los cultos: "Dejad que los niños vengan a mí": Todavía cree en Dios, y piensa que sólo volverá a los cultos cuando se arrepienta de sus acciones y actúe según lo que dice la Biblia, es decir, dejando de ser promiscuo para ser salvado en vida y no ir al infierno.

Orejas llegó a Cali hace tres años, huyendo del F2, de los que él llama "los matones del gobierno": En ese entonces era un vocero de los cabildos indígenas del departamento del Cauca, grupos que se dedicaban a invadir las tierras ancestrales que fueron robadas por los grandes terratenientes.

-Mi interés principal al hacer parte de los cabildos era luchar por el respeto a los derechos indígenas, pero como el gobierno quiso callarme, así como se callan a todos los líderes de este país, tuve que convertirme en otro desplazado.

Después de varios meses de buscar empleo, ingresó a trabajar como operador de planta en una empresa que fabrica artículos deportivos. Luego de dos años de ser explotado por muy poco dinero, decidió retirarse y ocupar el puesto de vigilante que su hermano estaba a punto de abandonar.

-Recién empecé a trabajar aquí, así como los vigilantes de otras cuadras, no estaba capacitado. Por eso pensé que era necesario que todos fuéramos instruidos y tomé la iniciativa para buscar ayudas.

Recurrió a la policía y consiguió unos cursos de vigilancia comunitaria para él y sus colegas, donde les enseñaron técnicas de defensa personal, de seguridad y sobre todo de relaciones humanas.

-Comprendí que uno no puede ser vulgar, hay que conservar la distancia y ser muy correcto en lo que se hace; por eso ya no me meto con las empleadas. También he tenido patronas que han querido estar conmigo y no he sido capaz. Una vez la esposa de un patrón me llamó y cuando entré a la casa ella estaba patiabierta, insinuándose. Pero los patrones son los patrones y es mejor ser prudente.

Algo muy importante para Orejas es ganarse la confianza de los vecinos y se esmera por no defraudarlos: por eso no ha robado.

- La tentación la he tenido. Aquí vivía un traqueto que se fue de viaje por un mes y me dejó las llaves, de la casa para que le regara las matas. A él, seguramente, se le olvidó cerrar la caja fuerte y ahí había varios millonzotes. Yo me pude haber volado con esa plata, y sí se me pasó por la cabeza, pero al final no lo hice.

Dice que no le paga mal a quien lo estima y lo ha ayudado y que el día que se retire lo hará con la frente en alto.

Actualmente es un agente activo de la Organización Central de Vigilancia, que opera con la Policía y la Secretaría de Gobierno. Esta organización consiste en agrupar a los vigilantes del municipio para conseguirles estudio, salud y contratos. Desafortunadamente los programas no han tenido el éxito esperado y eso lo ha desamado.

-No hay apoyo por parte de los mismos vigilantes. Hay muchos que no quieren las cosas ni regaladas.,

Después de realizar una ardua gestión consiguió ayuda del sector privado. Le dieron doscientos cuadernos, lápices, lapiceros y borradores. El día que se repartieron los útiles se presentaron más de doscientas personas, el día de la iniciación de clases ochenta. Al final sólo quedó una.

- Es cuestión de cultura, pues se les quiso dar estudio y no. o recibieron porque pensaban que era demasiado tarde para estudiar. Nada más fueron a la inauguración para coger los útiles para sus hijos, pero no pensando en ellos mismos. Quieren ser vigilantes toda su vida y nunca van a salir adelante.

Aun así continúa con su actitud de liderazgo y deseo de superación. Está a punto de graduarse del colegio, donde es personero.

Entre sus planes están el de luchar muy duro para llegar a ser un gran abogado. Y por eso, asegura:

-Sé que algún día lo voy a lograr, porque imposible es lo que uno no hace.

Junio de 2003

La reina de la noche

Carlos Andrés Arismendi Muñoz'

Nací en Cali hace veintiséis años y soy estilista desde hace seis. Trabajo en todo lo que tiene que ver con belleza, maquillaje, corte y asesoría de imagen. Fuera de la peluquería trabajo como maquillador para comerciales y he hecho alrededor de unos treinta catálogos de ropa. También hago fotografía, doy asesorías de pasarela y hago shows: soy transformista desde hace cuatro años. Considero que es un arte, otra forma de mostrar el sentimiento y la creatividad del ser humano.

Cada show me lo pagan dependiendo del sitio. A veces me pagan doscientos cincuenta mil pesos, doscientos. Hay otros que de pronto no tienen mucho presupuesto; entonces, dependiendo de qué tan amigo sea del dueño, le cobro menos o lo hago gratis.

El proceso de transformación para un show varía de acuerdo con lo que vaya a hacer. A la hora de maquillarme no tengo un reglamento. Puedo empezar con los ojos, luego la piel, después la boca. No tengo un parámetro a seguir. Hay veces que me tengo que poner muchas cosas en la cabeza. Entonces empiezo primero por eso, luego me maquillo, después me visto. Eso sí, lo último que hago es ponerme los zapatos, porque cuando me pongo los zapatos es como si empezara un acto de magia. Ya soy Erick, ya soy el artista. Siempre he creído que la magia de un transformista está en los zapatos.

Los zapatos varían de acuerdo con lo que uno vaya a hacer. Por ejemplo, cuando bailo tango, pues tengo zapatos para tango, igual zapatos para música mexicana, para salsa, etc. Todo depende de la ocasión, del día, de la discoteca, de la hora, de qué tanto impacto vaya a tener el show. Además, un hombre se viste de mujer porque quiere llamar la atención, entonces hay que llamarla a través de los zapatos.

¹ Cali, 1983. Egresado de Administración de Empresas, Universidad [cesi, Cali.

Nosotros utilizamos zapatos tan altos que ni las mismas mujeres los utilizan. Con ellos atraemos las miradas, las atrapamos.

El busto sí depende del traje. Me pongo icopor o espuma, pero hay algunos vestidos que ya lo traen. Varias veces se me ha salido en el show porque al ser hombre y tener un traje muy apretado, muy escotado, o al hacer piruetas, puede pasar. Cuando me ha sucedido he corrido con la suerte de disimularlo bien.

Lo que pasa es que el público se estresa más que yo, porque todo el mundo empieza a señalarte, a decir que se te está saliendo, o viendo, el icopor. Si puedo me lo acomodo de una manera muy natural, pero si yo veo que no puedo, pues no vaya parar para que ahí sí todo el mundo diga "vea, mire que se le ve". Hay gente que lo nota como hay gente que no. Entonces, yo sigo jugando con la gente que no lo está viendo.

Las personas se preguntan cómo es que me guardo el pene, porque cuando uno sale a hacer un show va en trusa o en un hilo dental, y todo el mundo mira a ver qué es lo que tengo puesto. Hay vanas formas, dependiendo del traje que uno se vaya a colocar. Por lo general uno coge el pene y se lo tira para atrás por el medio de las piernas, y los testículos los devuelve con mucho cuidado, claro está, y después se pegan con una cinta o un esparadrapo, o simplemente se usa una tanga que quede ajustada, dependiendo de la ropa y de lo que vaya a hacer.

Una vez me invitaron a un concurso que hacen cada año en una discoteca. Y como soy una persona de retos, lo asumí. Entonces, participé y pasé las eliminatorias, pero no a la gran final. Pero ese mismo año hicieron otro concurso, en otra discoteca, y ese sí lo gané. Participé como en cuatro concursos, de los cuales gané dos y en los otros dos quedé de segundo.

Para la calificación de los concursos tienen en cuenta vocalización, belleza en cuanto a transformar, es decir, que se vea como una mujer, que sea femenina, que sepa caminar en tacones, que domine la pasarela y que haya un equilibrio en todo: peluca, vestido, zapatos, escenario. También que tenga carisma, que tenga energía, que tenga una interconexión con el público.

En las premiaciones no importa tanto el galardón. Vale, más bien, el reconocimiento al esfuerzo que uno hace porque es innegable que los dueños de las discotecas saben que una peluca, un vestido, unos

zapatos o un maquillaje, valen mucho más de lo que ellos le pagan a uno. Es como si le dijeran a uno "muchísimas gracias por el esfuerzo y por compartir con la discoteca", porque de una u otra manera eso les genera buenos ingresos.

Yo creo que todo artista el día que pierda el miedo, ese día lo va a hacer bien.

Yo siento nervios hasta que llego al escenario y cuando ya estoy allí, se me olvidan. Es que ya le tengo confianza.

Un día estaba haciendo un show en una discoteca e iba a hacer un acto que se llama "el salto del tigre", que es pasar por encima de una silla. La discoteca estaba superllena y había mucha euforia entre la gente. El salto lo había estado ensayando antes pero nunca lo había hecho en público. Entonces me dije: "bueno, esta es la oportunidad de hacerlo". Cogí la silla, salté y le pegué con las rodillas: me partí dos dientes. Sin embargo, todo el mundo gritaba: "¡bravo, bravo!", porque pensaban que eso era parte del show. En ese momento yo no me toqué la boca, ni nada, sino que seguí y lo terminé. Muy poquita gente se dio cuenta, y al rato me agarró la lloradera.

Estos shows siempre existieron y los hacían al escondido.

Ahora la gente es más liberada y hablan de ellos, los comentan y hasta los recomiendan. Antes eran tabú, pero hoy en día las personas los miran como algo normal. Si nos devolvemos en el tiempo, uno veía por ejemplo a Ban George maquillado, con prendas de mujer y con peluca. Y ¿eso qué es? Pues un Dragqueen. Y estamos hablando de mucho tiempo atrás. La gente prefería no hablar de eso porque no estaba permitido. Pero hoy en día es algo muy normal. Ahora la gente va a una discoteca gayo a cualquier restaurante y se encuentra un Dragqueen, un toque diferente en la rumba.

En mi familia nunca tuve el problema del rechazo, ni nada de eso. Siempre lo supieron o sea que nunca hubo que hablar del tema. Me han visto en televisión, en algunos eventos, o han visto fotografías, pero nunca hablamos al respecto. Me respetan así como yo respeto lo que ellos piensan de mí.

Yo no quiero tener familia porque soy gayo. Qué tal tener un hijo, que crezca y que le toque decir "es que mi papá es gay": Eso no se justifica. No porque yo no pueda hacer un hijo: la verdad, uno lo puede hacer, perfectamente, sino que todo tiene su espacio y su lugar.

Si ya asumí que soy gay, no le vaya dar mal ejemplo, no quiero meter a otro en un cuento que es mío. Eso es todo. Hay muchas parejas gay que se unen y adoptan un niño legal o ilegalmente, pero de una u otra manera eso es introducirlo en una historia que no tiene nada que ver con él. El cuento es que yo no decidí ser gay, pero al adoptar un niño con otra persona estamos destruyendo a una tercera persona que de pronto lo asume y lo vive de otra manera. Y es posible que no aprenda a vivir con eso. Entonces, creo que cada cual hace con su vida lo que quiere. No podría tener un niño en mis manos, no porque no lo fuera a querer ni porque no le fuera a dar buena vida, sino porque no es lo lógico para mí.

Entre el género gay hay varias diferencias. Por ejemplo, existe el gay que es transformista, que es mi caso, que es un hombre común y corriente que, independiente de que sea gayo no, se transforma en una mujer, en un artista o en alguna cosa. Ser transformista no necesariamente implica ser gayo. Existe otra faceta que son los travestis, los que adoptan una posición de mujer, de cabello largo, silicona y todo lo que tenga que ver con el aspecto de mujer de día y de noche. y existe el transexual que es el que recurre a la cirugía y le cortan el pene. Todos somos gays, pero cada uno se mete en el rollo que más le gusta.

El Dragqueen hace parte del transformismo. Un Dragqueen es una combinación entre el hombre y la mujer, un poco exagerado. Significa algo así como la reina de la noche, que es la persona encargada de transmitir alegría, de reírse, de divertir a la gente. A los Dragqueens nos dan un tema, nos dicen, por ejemplo, la fiesta de tal día se llama la fiesta española. Entonces ya uno verá cómo maneja el tema, si coge cartas o naipes o cualquier otra cosa, el hecho es representarlo de una manera divertida.

La envidia existe en todas partes y en toda profesión: entre los médicos, entre los estilistas, entre los políticos. Ese tema hay que saberlo manejar. He tenido problemas, pleitos, peleas, comentarios, cualquier cantidad de cosas. Se ve muchísimo en este medio el que le copió el vestido, la peluca, el estilo o el paso. Todo el mundo tiene un estilo diferente, pero lo que pasa es que si hay un tipo de música que se llama salsa y alguien baila salsa, pues son los mismos pasos. Que uno lo haga con más gracia que otro, pues es otra cosa, pero la salsa se baila igual. Y hay gente que dice "ese paso es mío", pero los pasos

no son de nadie, son del que los haga y los aplique en el momento adecuado.

Más adelante me gustaría viajar. Sólo he viajado dos veces y quiero conocer más, quiero realizarme más como persona, como trabajador que soy, aprender nuevas cosas, porque sé bailar, sé muchas cosas de peluquería, tengo nociones de cocina, de todo. Me gusta saber de todo porque creo que el ser humano debe ser íntegro y no debe ser sólo médico, no debe ser sólo zapatero, debe saber de todo un poquito.

En este momento vivo con dos amigos en el apartamento. Pero para mí vivo solo porque mi comida, vestidos y todo lo tengo que pagar de mi bolsillo. Cada uno de mis amigos está en su cuento y cada uno coge por su lado. Eso sí, nos hablamos cuando hay que pagar el arriendo, el teléfono y esas cosas, pero de resto cada uno vive su vida y, claro está, nos ayudamos cuando cada uno lo necesita. Pero realmente me gusta la soledad.

En una oportunidad tuve un problema con un policía que estaba de civil y fue a ver el espectáculo. Ese día yo estaba muy bien vestida y todo salió perfecto. Todo el mundo aplaudía, la gente decía que tan bonito, que tan chévere. Entonces yo salgo a las gradas y él me empieza a gritar que tan malo el show, que yo tan feo, que tan fea la ropa. Y siguió molestándome. Yo simplemente le dije: "Señor, si no le gustó el show lo siento, pero hay mucha gente aquí que sí le gustó": Entonces, él me empujó y le dije: "Señor, cuánto pagó usted por entrar aquí, cuánto se ha tomado, si quiere yo le pago todo, pero no siga gritando de esa forma". Ese tipo estaba ebrio, me agredió y me puse a pelear con él. Él pensó que porque yo era gay y estaba vestido de mujer iba a barrer y a trapear el piso conmigo. Le pegué una cascada impresionante y todo el mundo me decía: "Bien hecho, ese señor es muy alzado": Entonces me amenazó, que me iba a matar y una cantidad de cosas. Me fui para la casa, porque siempre vaya cambiarme al apartamento. Me cambié, regresé y ese man me estaba esperando. Todos mis amigos me decían: "No vayas, que te va a matar". Yo simplemente fui y le dije: "¿Qué es lo que pasa?, hablemos": pero él me dijo que no. Entonces volví a cascarlo por segunda vez en la misma noche. Llamaron a la policía y no pasó nada porque al momentico salió y se fue. Él no presentó cargos porque ¿cómo? Un policía, el día del permiso, de civil, en un sitio gay, borracho, agrediendo a una persona que en

ese momento es un artista, y con testigos que podían declarar que yo estaba haciendo un show, ¿cargos de qué? Yo no presenté una denuncia porque, en el fondo, quedé satisfecho, pues me hice respetar, y si yo hubiera pasado por alto esa agresión, entonces todo el mundo nos seguiría molestando y fregando.

Erick estudió Ingeniería de Sistemas y es un tipo disciplinado, extrovertido, conversador e inteligente, que sabe qué es lo que quiere y para dónde va.

Es un hombre claro al exponer sus opiniones. El ser una persona con los pies bien puestos en la tierra le permite no temer a decir lo que hace y porqué lo hace. Es alto, de piel morena y de muy buena textura física, gracias a que practica baloncesto, atletismo y natación. Su cabeza rapada le permite utilizar cualquier tipo de peluca sin ninguna dificultad. Al transformarse, procura engalanarse con vestidos cortos muy ceñidos al cuerpo, para así resaltar su figura, poco común en el género masculino: una cintura y unas piernas que envidiarían cualquier mujer. Se maquilla con mucha habilidad y delicadeza, características que lo han convertido en un prestigioso y muy reconocido estilista de la ciudad. Mientras me habla en su cuarto, abraza un viejo oso de peluche como si fuera su mejor amigo, su ser más querido. Presiento que ese pequeño oso de peluche conoce todos y cada uno de los secretos más íntimos y mejor guardados de Erick. Le pregunto, entonces, sobre el significado que tiene para él, y mirándome con un gesto de tristeza, dice que se lo regaló el hombre que más ha querido en su vida. Pero ese hombre ya falleció.

Junio de 2004

Tenaz
Claudia Ochoa'

y en lo único que podía pensar era en la trivialidad e insignificancia con que lo estaban condenando: kilo y medio. ¿Qué es eso? Una ridiculez en comparación con lo que había tratado antes: una, dos, hasta tres toneladas y media de polvo llegó a manejar con los Rodríguez, y ahora piensa que lo encierran de por vida por un banal, despreciable e infeliz kilo y medio. ¿Tiene eso nombre? Dio puños y patadas hasta que fue reducido por los policías que lo cogieron. Corría, los insultaba, no creía lo que estaba pasando; sabía que esta vez sí iba a ser compleja e intrincada su salida, pues estaba consciente del riesgo que corría si lo sorprendían con droga. Cadena perpetua eran dos palabras que nunca pasaban por su cabeza cuando hacía lo suyo.

-Lo que sentí ese día es indescriptible. Yo creo que nadie se lo puede imaginar porque casi nadie se va a encontrar en esa situación. El cuerpo estaba caliente y la mente sólo me gritaba: "corré, corré": Era adrenalina mezclada con temor, miedo y angustia, era horrible. Ellos se me vinieron encima cuando salí a correr del carro y me pegaron una muenda que me dejó tirado en el piso medio muerto. Y ahí fue que vine a caer en cuenta que la había cagado en grande y que esta vez sí no había poder humano que me sacara de este lío.

Fer, de cincuenta y tres años, fue un niño precoz y de buena crianza. Nunca pensó que terminaría en una cárcel de Estados Unidos pagando cadena perpetua. Nació en Dagua y fue el mayor de cinco hermanos. Su mamá era la profesora de la escuela y su papá, quien lentamente fue ascendiendo hasta convertirse en jefe de la estación de bombeo del sur, fue trabajador de Ecopetrol, oleoducto del pacífico en aquel entonces. Efraín, su papá, rígido y disciplinado, los cascaba a cada rato.

- Yo siempre, desde chiquito, me he creído el que se las sabe todas y el que se la hace a todo mundo. Como era el hermano mayor les hacía puras maldades a los otros y por eso mi papá me castigaba tanto. Una vez le di a Ernesto, mi hermano menor, un chicle relleno de ají, del que viene en botella. Él lloró y le contó a mi papá y este me dio un ají puro, el de la mata, y eso me peló hasta la lengua. Así era don Efraín, rígido pero justo.

Repitió muchos años y pasó por un sinnúmero de colegios, no solo porque lo expulsaban de todos sino por los múltiples traslados del padre por cuestiones laborales. Odiaba tanto estudiar que no se graduó de bachiller porque perdió el último año. Se puso a trabajar gracias a don Efraín que le ayudó a conseguir varios puestos.

- El colegio para mí no valía nada, yo era muy vago en esos años. Aunque nunca pensé traquetear, sí me gustaba el relajo y la vida fácil. A mí no me importó mucho no haberme graduado, era muy fresco para todo; pero eso le dio muy duro a mi papá. Yo sé que le hubiera gustado verme en la universidad, él siempre tuvo fe en mí y sé que lo defraudé. Mi mamá me acolitaba todo, hasta me defendía de don Efra. Ella es la que más ha sufrido con todo este asunto porque, al fin y al cabo, mi papá sólo vivió hasta que yo llevaba tres años en la cárcel.

Sólo pensaba en rumba y fiestas. Una de sus cualidades era su buena suerte con las mujeres. Tenía muchas novias y todo lo que ganaba trabajando se lo gastaba. Trabajó aquí y allá, en Carvajal, en el Hotel Americana y en empleos temporales. Tenía veintiún años y empezó a ir a Estados Unidos porque toda su familia, por parte de su mamá, se había ido legalmente a establecerse allá.

- El baile y el verbo eran mi encanto. Yo levantaba más que nadie. En eso siempre he sido de buenas. Me encantaba la salsa y mientras bailaba enredaba a todas las mujeres, yo creo que ese era mi don. Por eso era tan vago, porque me la pasaba en la calle consiguiendo muchachas para el fin de semana. Todo lo que me ganaba me lo bebía. Eso sí, no metía nada, pero lo gastaba todo y a todos, pues odio la gente tacaña. Como había un montón de familiares viviendo en Estados Unidos, ellos me traían toda la ropa y cosas que aquí no estaban de moda, y me creía lo máximo usando camisas de colores fuertes, medio satinadas, usando el pelo un poco largo y un anillo en el dedo

meñque que nunca me quítaba. Yo sé que no era el más chusco pero tenía algo que le gustaba a las mujeres.

La vida le cambió cuando se fue. Las compañías que tuvo definitivamente fueron las que lo impulsaron a hacer tantas estupideces. Ese factor, más su carácter de vida fácil, de conseguir flejas y de pasarla bueno, lo hundieron cada día más.

- Si yo no me hublera ido, las cosas tal vez hubieran sido distintas. Me hubiera quedado aquí, así fuera vagueando, pero por lo menos sano. Yo sé que era muy propenso a que me gustara esa vida de traqueteo porque era muy facilista y tal vez fue inevitable que yo entrara en ese círculo. La gente también influyó: a uno le pintan todo, menos que lo van a coger, y más cuando uno es tan joven.

Obtuvo una visa de estudiante y se fue a vivir a Nueva York. Supuestamente estaba haciendo un curso de inglés y trabajando en una compañía de provisiones para aviones. A la gente colombiana que estaba en el medio, enredada en el negocio y en el mundo de las drogas, la conoció en la rumba, en el famoso *Mambo Room* y *Studio 8*. Se asombró de pertenecer a una de las más grandes distribuidoras de coca del área de Queens, se sentía orgulloso de su organización. Era uno de los carteles más poderosos de NY. Su familia no tenía ni idea en lo que estaba metido. Lo cierto es que Fer no podía volver a su vida normal y simple de Colombia: quería cada vez más. Su visa de estudiante se venció y se quedó ilegal casi por dos años. Era el año 1974.

de—No lo puedo negar: viví como un rey. No me hacía falta nada y creía que no se podía obtener mejor vida que esa. Tenía a la hembra que quisiera, compraba el carro que quería, rumbeaba y lograballo que se me daba la gana. Todo era oro para mí. En ese tiempo los gringos no estaban tan alborotados, hasta eran ingenuos. Uno los enredaba con cualquier cuento chimbo, y todo bien. Lo único que no me gustó de todo eso era que la gente era muy desconfiada y prevenida. Toda rumbeada era con el miedo de que lo pudieran matar a uno. A mí, como era fresco, no me importaba nada y no cargaba con ese cargo de conciencia. Era raro. Tampoco me gustaba cuando me ponían, los duros, a probar droga. A mí, la verdad, no es que me matara meter; lo hacía de vez en cuando, pero nada serio, nada de

adicción. De resto, se trata de una vida donde las cosas se obtienen fácilmente y de donde es muy difícil salir.

y lo cogieron por primera vez porque, de bruto, le vendió droga a los federales. Como era muy joven y sin antecedentes, y además por la gestión familiar que se hizo en la audiencia, fue condenado apenas a seis meses. Y fue tan suertudo que no lo deportaron de inmediato; hizo un truco para que los del "parole" pensaran que estaba en Colombia, aprovechándose de la ingenuidad de las autoridades de esa época.

-Eso fue hasta chistoso. En ese tiempo no ponían tanto pereque, o no estaban tan encima de la gente. Sólo pagué seis meses y mi hermano me hizo el cruce para que los gringos pensaran que yo me había devuelto. Lo cierto es que mi hermano mandó una carta haciéndose pasar por mí y les decía que yo estaba allá en Colombia. ¿Quién podría hacer eso en estos tiempos? Pero la vida me quería enseñar cosas de mala manera, mi buena suerte impidió que yo parara y me inducía a seguir más y más.

La dicha le duró poco y fue capturado por segunda vez, por los mismos motivos. Entonces, fue deportado de inmediato.

-El regreso a Cali fue una de las mejores épocas de mi vida. Allá se vive bueno, y como estaba con todos los colegas que también los devolvieron, era aun mejor. Uno de mis logros fue montar a *Caracalla*. ¡Qué discoteca! Ahí fue cuando pensé que tal vez podía vivir de lo que me diera el club, pero cuando uno se mete en esto no se puede salir así de fácil. Este sí es la mamá de los vicios. Caracalla fue diseñada por mí. Tenía varias pistas y un salón VIP, estilo NY. Es, o fue, uno de mis grandes orgullos.

Lo calificaron de héroe cuando volvió a Estados Unidos, vía Las Bahamas, yéndose como turista y volando escondido en un avión hasta Florida y de ahí en carro hasta Queens. Una superbienvenida al "Tenaz": porque así lo comenzaron a llamar.

- El Tenaz fue mi apodo desde la hazaña. Y sí, haciendo alarde a mi "nick": muy berraco y todo me fui para Michigan. En ese Estado la droga la penalizaban durísimo en ese tiempo: sólo por un kilo de coca daban cadena perpetua. A ese lugar casi nadie se le medía por el riesgo que implicaba. Mi jefe me dio la opción de ir o no, y yo la

acepté, sólo para demostrarle que yo era un duro.... o un bruto. En resumidas cuentas me fui para allá y empecé a trabajar.

Como todo para Tenaz era intrascendente, en su mente nunca estaba el hecho de que lo podían coger. Fer iba con kilo y medio en el carro cuando lo capturaron. Ni siquiera sabían dónde tenía la caleta con la droga. Fue por un banal kilo y medio que le dieron cárcel de por vida.

-Sabía en lo me estaba metiendo cuando me fui para allá. Sabía lo que me iba a pasar si me cogían. Un kilo y medio. es absolutamente nada, una maricada. Yo no he matado a nadie, ni violado, ni masacrado como para que me vengan a meter de por vida en la cárcel. Eso no es un castigo justo.

Ha sido duro para Tenaz. Ni siquiera pudo dejar su estilo de vida desde su primera entrada hasta el 95 porque continuó manejando los negocios desde adentro, a través de las novias y de los amigos. Les decía qué era lo que tenían que hacer. Era tal el desespero que le daba tanto tiempo libre que pensaba y planeaba una y otra vez sus escapadas. Lo intentó tres veces y siempre lo mandaban al hueco. La buena suerte con la que contaba antes se le estaba acabando poco a poco. La última vez que lo hizo le faltó una puerta, lo alcanzaron a ver y fue cuando pasó los peores seis meses de su vida.

- y lo peor fue que seguí. Aquí adentro la gente es muy dañada y es muy poquita la que de verdad se regenera. Uno se encuentra de todo: gente que se vuelve loca por el encierro, gays, depravados, manes que quieren matar a todo el mundo, en fin, de todo. Un día casi me gano un problema porque le pegué a un cacorro que me estaba guindando cuando estaba en el baño. Ahora me da nsa pero en ese momento pensaba que lo iba a matar.

Ha pasado por todo y vivido muchísimas experiencias desde que entró. Hasta le dio cáncer en los ganglios linfáticos. Este hecho fue una situación positiva para su vida, lo hizo reflexionar y poner un poco los pies sobre la tierra y ver la realidad: no quería pasar sus últimos años de vida en una cárcel. Duró ocho meses muy enfermo, pero se curó. Desde ahí empezó a cambiar su estilo de vida.

-Cuando me enfermé, fue cuando recapacité y pensé que no quería morir aquí adentro. Y por eso, principalmente, fue que cambié. Si no, tal vez estaría hundido en la depresión. Me abrí a lo que el sistema me podía brindar, a dejar los negocios desde adentro y a mostrar

la conducta que he estado llevando desde hace casi ocho años. Aquí hay que tener paciencia sino se volvería loco. Ahora soy profesor: doy clases de pintura y estoy haciendo curso para ser consejero de jóvenes. drogadicción, mucho, hago deporte y mantengo la salud puntual con yoga. He tenido exposiciones de mis pinturas y me gradué con tres años de estudio, en "primer curso": Mi familia es mi prioridad. Un día me encargué de hacer su camino y nadie es responsable por lo que uno haga sólo uno.

Sólo imagina cuando les digan que eres libre. Es tu primer y último pensamiento del día, cuando se acuesta y se levanta. El próximo "para" le cobrarán su libertad, será el 12 de mayo de este año. Reflexiona y verás que nada de lo que hizo vale la pena. Perdió toda su vida por seguir algo que era falso: un hedonismo que se podía alcanzar en otro sentido, quizá viviendo feliz con tu familia en el campo y con muchos hijos.

—Sé que tal vez no vaya a tener hijos, pero voy a disfrutar mis brinos como si fueran míos. No sé si voy a vivir o qué voy a hacer, sólo sé que quiero salir ya. Si la vida no me da nada para este 12 de mayo, no sé qué voy a hacer con mi vida.

Tengo mucha fe de que a gente va de verdad mi cambio y me voy a ir. Sólo quiero irme ya.

Junio de 2004

Tatiana

Dennis Orlando Tafur Blandón'

"Hola, mi amor, ¿quieres una noche de pasión?", preguntan los travestis que se confunden con las prostitutas de la carrera ctava entre la primera y décima de allí lo que antiguamente llamaban "la calle del pecado".

La ciudad, en su ociosidad, refleja lo ánimo de la gente de querer festejar. Uno entra a tomar una copa de aguardiente en los griles, tras se quedan en la calle buscando placer, pluriplendo rebaja en un cheque perada.

Por la tarde, por una costumbre y corriente adullan con un compra para buscando algo de brío, siempre atentos al ladrón. Pero a la mitad de la noche la calle del pecado cambia de habitantes: se prenden las lucernas y se instala un ambiente festivo donde se ofrece otro tipo de mercancía: la del sexo. Putas travestis, buscando cómo ganar la plata, se pelean de arriba abajo esperando quien la recoja.

En su mayoría son mujeres solistas con múltiples parejas, con las piernas forradas en medias, con blusa pequeña que muestra las barrigas abultadas por la falta de ejercicio. Algunas en pantalones, otras en shorts. Al verlas, se reconoce su profesión, la destreza que tienen para caminar y correr (cuando la policía las persigue) en tacones de diez o más centímetros.

Lo transeúntes de la noche, los que recorren estos lugares, siempre andan en busca de un trago, una pila o una mujer. A veces buscan las tres cosas y presa razón, la mujer que por allí trabajan nunca andan de armadas.

"Mirá, es por aquí", dice Tatiana entrando a "Las Mejoras", el sitio más caro de la "zona rosa": Quienes entran y trabajan aquí son los que tienen más clase. El lugar, por fuera, es una casa con una fachada

antigua, con un anuncio en pintura blanca y azul, en la parte superior de la puerta, que dice *Las mejores*, y otro, en papel que dice "hoi por la compra de una botella reciba un descuento en la segunda". "A esta jueputa le tengo que enseñar a escribir": dice Tatiana con su voz delgada y una sonrisa sutil.

Ella está vestida con un estraple café y un jean que deja ver su delgada figura.

Tiene el cabello color castaño y una sombra sobre el rostro que le resalta los pómulos. "Aquí tengo que venir bien arreglada, porque yo soy de lo más carita del lugar": dice cruzando la puerta, entrando al sitio en el que durante dos años ha trabajado. Tatiana esquiva los asientos y mesas colmados de hombres, con una apariencia un poco mejor que los de afuera, que están acompañados por putas alegres y risueñas, mujeres que se dejan manosear y que beben parejo con ellos. "Si no sabes tomar, llevás las de perder. Aquí el que gana es el que queda bien, el que no se emborracha. Lo que se busca es embriagar al cliente y sacarle la mayor plata posible, incitarlo a que beba más trago o que nos compre botellas de aguardiente. Luego decidimos si las volvemos a colocar a la venta o nos las tomamos".

Tatiana camina con la seguridad de una ejecutiva mientras pasa por el lado de sus secretarias. Saluda a todos aquellos que se encuentran a su paso. "Hay que caerle bien a todos los que nos visitan y a las que nos visitan también, porque el que piensa que solo vienen hombres a este lugar está equivocado. También vienen universitarios; esos jueputas son los que más tienen plata y los que más lloran por la rebaja. Pero no se les puede decir nada, pues son de la mejor carne que nos visita. Esa cosecha de finales de los setenta y comienzos de los ochenta son los más apetecidos por nosotras. No sé, pero uno después de vieja se vuelve cada vez más pollera: dice riéndose con la Pitufa, una mujer de unos cincuenta y cinco años, aún bien conservada a pesar del diente que le falta. "Esos culicagados piensan que porque han estudiado se las saben todas, pero son los que salen más tumbados. Imagínese que por un solo condón le podemos pedir 3.000 pesos": dice la Pitufa mientras le muestra unas cuentas a Tatiana.

"Hoy no estoy de servicio": dice Tatiana mirando a su alrededor. "Por eso hice venir a Marcela, para que me relevara". Moviendo las caderas de un lugar a otro y buscando que su cabello no tropezara con

sus oscuros ojos, se sienta a unos metros de la barra, pide una caneca de *Tapa roja* y dos copas. "Esa Pitufa sí que tiene pmta de mujer pero, mentira, es otra como yo. Los clientes aprecian nuestro servicio, pues la política es que se tengan en la noche la misma cantidad de mujeres que de travestis en este establecimiento", dice haciendo caras por la fuerza que hace al abrir la botella. "Yo la quiero mucho, ella es mi mamá de noche, nos cuidamos entre las dos. Cuando llegué acá, ella era la que mejor me recibía y aconsejaba sobre los quehaceres de la casa".

Un ventilador refresca el opaco lugar. En ocasiones pasa una ráfaga de luz azul por las mesas. A lo lejos se observa a la gente en la pista de baile. Se baila salsa y vallenato: "No puedo creer que a la gente de Cali le guste el vallenato, más bien lo he visto como una manera de rastrillarse a la pareja; yo también he ido a otras discotecas y he notado que cuando salen a bailar los manes no hacen más que juntarle el pepito a pepita. Las mujeres también en ocasiones se aprovechan de esta situa. Cuando me saca a bailar un man de esos que mantienen por acá es lo más maluco de esta vida, pero uno se acostumbra. Al comienzo era difícil pero después se aprende a disimular la chucha y el mal aliento". En poco tiempo Tatiana ya se había bebido tres copas de aguardiente.

"Ey, andate, andá buscate tu poyón a otra parte, pero a esta mesa no te acerqués", dice Tatiana, aquella mujer que los hombres miran con pasión y sus compañeras con respeto: una fiera tanto en la calle como en la cama. La más seria del lugar. "Esas novatotas no saben lo que se llama respeto, pero yo me fresqueo y después les tomo cuentas. Si el cliente no pide a otra mujer, no tiene por qué acercarse cuando ya está acompañado": dice en voz alta, observando a Pili, la más joven del lugar.

Pili lleva allí apenas una semana pero el sexo promiscuo, las drogas y los malos tratos hicieron que esta niña, de dieciséis años, ya parezca toda una profesional. "No nos podemos dar el lujo de tenerla acá con tarjeta de identidad. Eso le dije cuando vino a pedir camelillo y al otro día se apareció con una cédula. Por eso está trabajando con nosotras": dice Tatiana, señalando su experiencia al momento de emplear a una mujer nueva. La edad también cuenta con los precios. Pili puede pedir por una mamada 35.000 pesos. Las trabajadoras ya verán si cobran barato o caro. Cada una ve cómo responde a la casa

por lo básico. "Por lo menos yo soy una que si un man me gusta se lo puedo soltar por 10.000 pesos con todo incluido. Pero eso si ha pasado unas tres veces es mucho. Y tiene que ser con condón, aquí las muchachas que trabajan están todas limpias, no son como las de afuera que en este momento pueden estar mamando pitos en cualquier parte de la calle por cochinos 3.000 pesos":

Tatiana lleva casi la mitad de la botella y empieza a hablar con más entusiasmo, Se acercan las diez de la noche y se nota en el lugar bastante movimiento de clientela. Los viernes y sábados es cuando la gente concurre más a estos sitios.

Las mujeres no trabajan todos los días, pero eso no pasa con Tatiana porque ella es uno de los símbolos del lugar. Siempre tiene que estar allí, así no esté de servicio. Ninguna de las empleadas conoce al dueño del lugar. Dicen que es un hombre gordo y cebudo, aunque otras dicen que es muy bien parecido; en fin, cada cual especula en sus ratos libres sobre cómo es este personaje. "Aquí si se tiene un rato libre es de milagro. Los hombres que vienen siguen viniendo porque los atendemos bien".

Tatiana, hombre de sinceridad aguda y fuerte carácter, nació en Cali hace veintiocho años en una familia integrada sólo por su papá y su mamá. El padre los abandonó a los dos años. En su niñez tenía amiguitos, estudiaba y era muy consentido en su casa. Tenía mucho afecto de parte de la mamá, que trataba de cumplir el papel de madre y padre, pues sabía la importancia para un niño de tener una figura masculina. Le dio el estudio sin ayuda del papá porque nunca más se volvió a saber de él. A la edad de ocho años, Juan Camilo, como se llamaba en esa época, notaba que no le gustaba jugar con carros: prefería las muñecas y admiraba ver a su mamá mientras se maquillaba. "Uno siendo niño puede notar que hay algo diferente pero no sabe qué es, al tiempo te das cuenta de que es algo que debe aceptarse para sí mismo. Recuerdo que me gustaba la ropa de mis amiguitas, la de mi mamá, y cuando ella no estaba intentaba maquillarme solo. Me echaba mucho colorete y mucha sombra. Mi abuelo era ciego y mis tíos siempre mantenían en la calle y no se daban cuenta de lo que yo

hacía, y cuando se daban cuenta pensaban que era curiosidad': dice Tatiana.

Pasaron los años y el cambio con los hombres era notable. La unión con sus amigos empezó a deteriorarse por las diferencias de opiniones. Ellos le empezaron a hacer críticas muy fuertes, pero Juan Camilo seguía teniendo buenas relaciones con las amigas.

"La relación con mi mamá siempre fue buena hasta que empezó a notar que tenía esta tendencia. No aceptaba que era verdad e intentaba creer que era mentira lo que todo el mundo estaba diciendo y nunca intentó aceptar lo que yo era. Todavía no lo acepta mucho, a pesar de que han pasado tantos años. Yo vivo con ella y siempre vive restregándome que no soy una mujer y nunca lo seré, y no me trata como tal sino como hombre. Nunca me ha quitado su ayuda, siempre he vivido en la casa, pero mantiene con ese resentimiento hacia mí", dice Tatiana con cierta tristeza.

Hasta su adolescencia vivió solo con su madre, pero después la familia la integraron los abuelos, dos tíos y un primo. A la edad de once años viendo el comportamiento de un tío, empezó a observar que la vida: como la vivían los hombres, no era para él. Aún no le gustaban los hombres pero sí se sentía muy afeminado. Los primeros años de colegio fueron como los de cualquier niño varón. La diferencia apareció cuando una niña lo besó en primero de bachillerato y todos sus compañeros se extrañaron por su reacción. Al hacerle ese "atentado", Tatiana empujó y golpeó a la niña, gritándole que nunca más en la vida se le ocurriera volverlo a besar.

Tatiana no tenía amigos. El único hombre con, el que se hablaba era otro gayo "Él era muy especial para mí. Hablábamos de lo bien que nos sentíamos así. El ya había besado a otros hombres y me decía que era muy rico. Hasta ese momento yo nunca había besado a otro hombre, pero tampoco lo quería hacer. Entre nosotros dos nunca hubo nada, yo puedo ser travesti, mas nunca lesbiana", dice Tatiana tomándose otra copa de aguardiente.

La tranquilidad de "Las mejores" fue interrumpida por la algarabía de unas mujeres en una pelea callejera. Ninguna de las empleadas estaba involucrada. "Vengan, vengan, miren esas viejas como se parten la arepa", decía la Pitufa persistente y entusiasmada. Las mujeres dando vueltas en el piso se golpeaban con lo que encontraban. Al

cabo de un rato fueron separadas por dos hombres que, a empujones y madrazos, las llevaron a la casa de al frente.

Todos los que habían interrumpido su festejo por ver la pelea volvieron a sus quehaceres. "Nunca hay una noche sin una pelea, por lo menos no he visto una desde que estoy por aquí", dice Tatiana.

El colegio, a pesar de la suspicacia de sus compañeros por su reacción ante el beso de su compañera, para ella fue el comienzo de una nueva vida. En el Tecnológico del Valle fue donde conoció a las amigas que en un futuro le enseñarían todo sobre una mujer. Al principio se sentaba como un varón, intentaba hablar como un varón y pararse como un varón, pero ya al final del bachillerato no disimulaba nada. Empezó a entrar al baño de las mujeres y a orinar sentado. Lo único que agradece por no haber sido mujer es por la llegada del período menstrual. Al principio, las erecciones sólo las tenía cuando dormía.

Luego, pensaba en hombres y alcanzaba una erección. En ocasiones alcanzaba a eyacular. "Si yo hubiera sido hombre, hubiera sido una gran decepción. Mi pene era más pequeño que lo normal y después que empecé a aplicarme las hormonas en sexto de bachillerato se me perdió toda sensibilidad y se volvió más pequeño. Por las hormonas tenía que ponerme vendas para que no se notaran las tetas, pero ya estaba decidida a cambiar totalmente. Nadie me apoyó más que mis amigas. Me dejé crecer el cabello y parecía una mujer, pero el caminado me delataba mucho. Sin embargo, para poder vestirme como una mujer me tocó esperar unos dos años":

Fue en esa época que conoció al dueño de una de las platerías más reconocidas de Cali. "Empecé a trabajar con él llevándole niñas de quince y dieciséis años. Me pagaba muy bien pero nunca me acosté con él", dice Tatiana.

El trabajo para ella era vital, la mamá no le ayudaba en lo que quería hacer y se acostumbró desde entonces a manejar grandes sumas de dinero. Esa plata la utilizó para la compra de las hormonas y los primeros accesorios de mujer.

"Mi primer beso con un hombre fue tarde. Nunca me apresuré para eso, y hubiera querido que no fuera como sucedió. Fue con un hombre que conocía y para mí era como cualquier otro, pues tenía su esposa, que era muy amiga mía, y un hijo. Yo iba bastante donde ellos

y de un momento a otro sentí que él me empezaba a tratar diferente, de una manera muy especial, pero yo no le para a los años, un día estábamos todos viendo televisión cuando mi amiga se fue a la cocina y él se me acercó y me dijo que quería hacer algo, pero no sabía si hacerlo. Yo le dije que hiciera lo que quisiera, pero no conmigo. Entonces me dijo que sí era conmigo y le pregunté qué podría ser y, de pronto, se me acercó suavemente y me besó. Yo reaccioné y me quité de una, me sentí muy extraña ya que nunca en mi vida lo había experimentado, pero a la vez me sentí mal porque estaba mal lo que acababa de hacer, porque el tipo era la pareja de mi amiga", dice Tatiana.

En "Las mejores" es casi la una de la mañana y el establecimiento aún está lleno. La Pili hasta ese momento había estado con tres hombres y todavía se notaba con mucha energía.

El primer novio que tuvo Tatiana fue a los dieciocho. Se conocieron en un establecimiento público. Ella desde ese mismo instante sintió atracción por él y no le importó que tuviera mujer. Al principio él pensó que Tatiana era mujer, y a Tatiana le gustó tanto que decidió decirle que era travesti, y empezaron a salir juntos. Sin embargo, no podía recibir la visita dentro de la casa porque la mamá siempre estaba presente y el tío lo trataba mal. Apenas duraron cinco meses, hasta que él consiguió otra mujer. Desde ese momento decidió que seguiría teniendo novios, pero no llegó ninguno: todos eran amores pasajeros. Nueve años después conoció al que, hoy en día, es su prometido.

"El me dice que me salga de este trabajo, pero a veces es que ya no lo puedo dejar", dice Tatiana.

"Mi primera relación fue con una persona que no tenía nada que ver conmigo, bueno, sí: era mi primo. Tema diecinueve años, pero después de que sucedió me arrepentí. Creo que la atracción era mutua. Todo ocurrió una noche que nos quedamos solos en la casa. De pronto las miradas se cruzaron y me dio un beso. Nos acariciamos y aunque no tenía experiencia en esto, él sí, ya que lo había hecho con otra persona como yo. Me fue quitando los pantalones, mientras yo lo acariciaba. Le besé el pecho y le hice sexo oral. Luego, se colocó un condón que mi tío tenía en la gaveta. Le di la espalda y me penetró. Al comienzo me dolió, como a cualquier mujer virgen, pero me sentí muy bien por las caricias que recibía de él. Supo tratarme con cariño hasta me pidió que le hiciera sexo oral una vez más y se me vino en

la cara. No me fastidió, pero al recibir su desprecio en ese instante, sentí que me había metido con el que menos debía", dice tocándose la cara.

Tatiana siguió trabajando, consiguiéndole mujeres a aquellos que se las pedían. Era muy popular entre las personas de dinero, pues la mercancía que conseguía siempre los satisfacía. Fue cuando las drogas empezaron a ser parte de su diario vivir. Los nuevos amigos y la perdición se apoderaron de ella: la vida que tenía, hasta ese entonces, se había esfumado, y empezó a trabajar como prostituta callejera, de la misma manera como trabajan las mujeres que ahora odia.

"Esa etapa de la vida fue la peor. Siempre me trababa para poder hacerlo. En una noche lo hacía con hasta seis personas. En otras seguía derecho, y eso era cuando me llevaban a fiestas donde había que dárselo al que lo pidiera. Las orgías eran comunes en Cali. No la pasaba mal pero tampoco era lo que me gustaba. La gente es cochina y morbosa, aunque no todos; recuerdo que en una ocasión se me acercó un señor y me pidió que lo hiciera con su mujer mientras él miraba. Yo no podía, ofrecía buen dinero, pero ¿cómo? Entonces lo mandé donde Metroymedio, un marica que nunca pudo esconder que era un hombre. Nunca tuve relaciones con las personas de la carrera Octava, plaza cotizada por aquellos y aquellas que quieren vivir una vida de miseria y regocijo a la vez. Pero gracias a mi carisma me gané el aprecio de todos. Un día conocí a la Pitufa y fue en ese momento cuando salí de las calles": dice Tatiana.

Los antiguos jefes aún la buscan, pero el sólo pensar que gracias a ellos fue como llegó tan bajo, la llevó a no comerciar con ellos de nuevo.

A la mamá ya casi no la ve. Tatiana llega a dormir y se despierta para salir de nuevo. En ocasiones encuentra notas de amor de parte de su madre, pero Tatiana no entiende el significado. Entre las cosas que le dice es que espera que no le vaya a pasar algo malo.

Tatiana no cree en Dios porque, dice, nunca ha tenido esperanzas.

Sin embargo, le gustaría tener su pareja estable, que la respete y la ame, pero sin hijos. Tampoco ha pensado en operarse el pene para

cambiar de sexo, lo ve como un karma que ha tenido en su vida y el cual tiene que aguantar. Una de las metas en la vida es aumentarse el tamaño del busto.

Para eso ha ahorrado durante mucho tiempo, porque el propósito que tiene es llegar a 36 de busto.

"Me considero gayo Mi anhelo sería ser mujer pero sé que nunca lo seré, por lo que ante el mundo me presento como gayo Pero eso sí, nunca un travesti más", dice Tatiana terminando su segunda caneca.

Son las seis de la mañana y mientras Marcela limpia un poco las mesas y el piso, entran las nuevas trabajadoras y salen las que estuvieron dándole prestigio y categoría al lugar durante la noche. En la barra, la Pitufa le entrega el puesto a la administradora de turno, una mujer alta y delgada. Tatiana, junto a Pili, cogen un taxi y desaparecen en las calles de Cali. Al atardecer volverán a esperar una nueva noche, una noche en la que atenderán a los clientes con la excelencia y calidad que sólo "Las mejores" brindan en la "zona rosa".

Junio de 2003

Si no la cagan a la entrada, la cagan a la salida

Jesús Eduardo Zambrano'

Recuerdo muy bien que aquel sábado nevó toda la mañana, las calles estaban llenas de nieve, los niños veían televisión mientras yo arreglaba la cocina y mi esposo reposaba en nuestro cuarto. Juan bajó como a la media hora, después de que terminamos de almorzar, y me dijo que tenía que salir, que tenía una cita con un cliente. A mí se me hizo raro porque la noche anterior, durante la comida, no comentó nada, y él siempre hablaba sobre su trabajo cuando estábamos sentados a la mesa. Es más, ya teníamos planes para salir en la tarde a patinar sobre hielo. Los domingos siempre hacíamos una salida familiar, dependiendo de la estación en la que estuviéramos. Si estábamos en verano, íbamos a la playa, y si estábamos en invierno, buscábamos algo relacionado con la nieve. En fin, éramos la familia perfecta.

Hacía rato algo me decía que Juan tenía otra mujer. Yo nunca había tocado el tema, pero ese día estaba más que segura que se iba a ver con otra mujer. Una, como mujer, tiene un sexto sentido, y ese nunca falla.

Juan se arregló más de la cuenta, y recuerdo que olía a la loción que le regalé en la navidad del 2000 y que solo usaba para ocasiones especiales. Es que los hombres creen que nosotras somos estúpidas. Yo me hice la tonta y esperé a que se montara al carro, para salir detrás de él. Ya era hora de que saliera de la duda: o lo pillaba en algo, o me tragaba todos mis malos pensamientos. Le dije a Nelly, mi hija mayor, que cuidara a los niños porque yo tenía que ir al supermercado a hacer algunas compras. Ella se ofreció a acompañarme, pero eso era algo que tenía que hacer sola. No quería que ninguno de mis hijos viera a su padre con otra mujer. Tomé el bolso y salí a toda prisa, temiendo que ya estuviera demasiado lejos y me fuera imposible encontrarlo. Antes de abrir la puerta me cercioré de que ya se hubiera

1 Cali. 1982. Egresado de Economía y Negodos Internadonales. Universidad Icesi. Cali.

ido, pero no, él todavía estaba allí: se encontraba hablando con James, un vecino. Yo, muy en el fondo, hubiera preferido que estuviera lo suficientemente lejos para no encontrarlo. Coño, es que yo a Juan lo quería mucho.

No entiendo cómo una puede llegar a querer a alguien así, una no debería de querer porque siempre le pagan mal. El que se enamora, pierde.

Esperé a que estuviese en la esquina y me monté al carro.

Lo seguí por casi veinte minutos; recorrimos casi media Manchester. Ese día, por la nieve, el tráfico era suave y se veían pocos carros, aparte de aquellos que se dedicaban a limpiar la nieve. En esta ciudad, los fines de semana, las personas prefieren descansar o viajar a otras ciudades. Acá no hay mucho por hacer, menos en invierno.

Juan paró enfrente de una casa de dos pisos, en un barrio de inmigrantes. Pitó y al rato salió Talita, su secretaria, una inmigrante brasileña que llevaba trabajando con él un año. Me acuerdo que yo ayudé a tramitar sus papeles de residencia, pues de algo me tenía que servir haber trabajado dos años en el consulado de Estados Unidos en República Dominicana. Al principio sentí alivio, porque pensé que Juan le había pedido que lo acompañara a la cita, pero luego caí en cuenta que uno no va a una cita de negocios con un maquillaje y una ropa tan llamativa. Esa prostituta parecía un payaso, estaba toda pintada, tenía una gabardina negra que lo único que dejaba ver eran unas botas negras, bastante costosas.

No pude ver cómo se saludaron porque el carro de Juan era polarizado y, además, yo estaba demasiado lejos para poder ver bien. Estaba como a cuadra y media de la casa de esa *bitch*.

Estuvieron estacionados como por cinco minutos y luego arrancaron. Los seguí a las afueras de la ciudad hasta el lugar al cual me temía que irían: un motel. Yo no sabía si entrar o no. Lo pensé por un rato y decidí entrar: los problemas hay que enfrentarlos, si no la incertidumbre acaba con uno. Vi el carro al frente de un cuarto y esperé como veinte minutos, hasta que la rabia que tenía me dio fuerzas suficientes para golpear la puerta. Talita salió envuelta en una sábana y cuando me vio casi se muere, se puso de todos los colores, ni siquiera podía hablar. "¿Qué pasa, mi amor?", le preguntó Juan. Eso me dolió tanto, que yo misma respondí: "Soy yo, mi amor". Juan estaba tirado en la cama totalmente desnudo y, entonces, me fui de ese lugar como

si nada: quería golpearlos, insultarlos, tenía rabia y odio, pero no me iba a rebajar a tanto. Eso fue algo que aprendí de mi tía Irene, ante todo demostrar que una es más, así se esté muriendo por dentro. Me monté al carro y lloré como nunca. Manejé sin rumbo fijo hasta que me parqueé en un centro comercial. No quería que nadie me viera así. En mi celular ya tenía como veinte llamadas perdidas de Juan. Cuando me parqueé apagué el celular, quería estar sola, me quería morir, tenía tanto odio.

No sabía qué iba a pasar, cómo lo iba enfrentar, qué iba a pasar con los niños, qué iba a pasar con nosotros, porque Obvio que esta no se la perdonaba. Estuve estacionada por dos horas y algo, hasta que tuve un arranque: quería ir a la casa y que pasara lo que tema que pasar, tenía que enfrentar esa realidad, quería que ese cretmo se largara de mi casa.

Cuando llegué, ya no me salían las lágrimas de todo lo que había llorado y además no quería que mis hijos me vieran así. Y el maldito de Juan había sacado mis cosas de la casa. Todo estaba sobre la mesa: mis libros, mis vestidos, mis joyas, todo. Kelly estaba afuera llorando y tiritando, muerta del frío. Traté de recoger lo que más pude y lo guardé en el carro, aunque muchas cosas ya se habían dañado. Kelly estaba en shock. La abrigué y le dije que me esperara en el carro. Entré a la casa y llamé a los niños, les dije que nos íbamos. Juan me dijo que les preguntara si se querían ir conmigo. Juan Camilo, de once años, me dijo que él se quería quedar con su papá. Ramón, de apenas cinco años, siempre seguía el ejemplo de su hermano y me dijo que él también se quedaba. Dominique, de siete años, mi princesa, me dijo que se iba conmigo. Me dio mucha rabia que Juan tomara esa actitud vengativa con mis hijos y decidí dejar las cosas de ese tamaño. Antes de salir fui al cuarto de las niñas y empaqué lo que más pude. Subí las maletas al carro y arranqué sin rumbo fijo. No sabía para donde coger. Pensé en mi familia, pero ellos tenían suficientes problemas como para tener uno más. Tomé el celular y llamé a una amiga, Jennifer, la única persona que pensé me podría ayudar en ese momento. Le pregunté si me podía quedar unos días en su casa, y sin dudar lo me dijo que sí. Cuando llegué le conté lo que me había pasado, tenía que desahogarme, pero a las niñas no les canté nada. Bueno, lo único que les dije fue que tenía un problema con Juan y que por ahora prefería no hablar de eso. Fue así como hace cuatro años dejé de vivir

en la casa que tanto esfuerzo me costó conseguir, y fue así como hace cuatro años tuve mi segunda gran desilusión de amor.

Juan fue el segundo hombre del que me enamoré; antes estuvo José Luis. A ese hombre lo amaba, yo era una idiota total y, antes de él, salí con mucha gente y tuve muchos novios, pero por ninguno de ellos llegué a sentir lo que sentí por José Luis. Lo conocí mientras estudiaba en la Escuela de Arte de Nueva York. Una amiga mexicana, Soraya, me lo presentó. Era un hombre imponente, alto, de 1.80 de estatura, fornido, blanco, tres años mayor que yo y venía de Puerto Rico. Desde que nos vimos por primera vez, en aquel café a dos bloques de la sede de la escuela, hubo mucha química. Ese día hablamos, pero no pasó nada y yo me moría de las ganas de que me diera un beso. Recuerdo que él se fue temprano porque tenía que trabajar.

José Luis dictaba clases de español en un colegio, en las afueras de la ciudad. Recuerdo que aquella noche yo estaba supercoqueta, no sé, es que nosotras las latinas tenemos un no sé qué, algo que hace que seamos coquetas, pero que no lleguemos al punto de ser vulgares. A mí ese hombre me encantaba, me parecía interesante, era diferente a los demás: era perfecto, guapo, inteligente, luchador. Yo no le veía ningún defecto. Al otro día me llamó para saludarme. No sé cómo se consiguió mi teléfono. Ese mismo día me invitó a salir, y cuadrarnos una cita para ir el sábado a un restaurante puertorriqueño. José Luis ama a su país, y me dijo que quería que yo conociera un poco de Puerto Rico y su cultura; a mí me encantó la idea. Recuerdo muy bien que los días anteriores a la cita, Soraya no hacía más que contarme que él la llamaba todo el tiempo y que le preguntaba cosas sobre mí, qué me gustaba, qué pensaba de él. El sábado, a las siete de la noche, pasó a recogerme. No recuerdo muy bien el nombre del lugar al que fuimos, era algo así como Sazón y sabor puertorriqueño. Era un lugar muy lindo, la comida era exquisita, yo estaba matada. A mí ese hombre me encantaba.

Seguimos saliendo y él iba muy en serio. A las dos semanas de conocernos me pidió que fuera su novia, y, como tonta, acepté. Yo era la mujer más feliz del mundo, no me cambiaba por nadie. A los ocho días me presentó a su familia. La mamá no me quería ni poquito. Me acuerdo que trataba de disimularlo, pero uno sabe cuando alguien está siendo hipócrita. El papá en cambio era un amor, hablaba hasta por los codos, era superespecial, una persona que demostraba mu-

cho afecto. Cuando José Luis tenía cinco años, perdió a su hermano mayor en un accidente automovilístico y aunque fue poco el tiempo que compartieron siempre hablaba de su *brother*. A mi familia, bueno, a mi mamá y a mi hermana menor, las conoció cuando llevábamos como seis meses de novios, cuando ellas vinieron de República Dominicana a pasar vacaciones con mi tía y mis primos, a quienes yo consideraba mi verdadera familia porque con ellos habla vivo casi toda mi vida.

Mi mamá me mandó a vivir con mi tía a los Estados Unidos cuando yo apenas tenía cuatro meses de nacida. A mis padres, la verdad, los conocí muy poco. A los doce años viajé a Santo Domingo a aprender español y lastimosamente me tocó presenciar la muerte de mi papá cuando trataron de robar la tienda de la familia. Él se negó a seguir las peticiones de los atracadores y le pegaron un tiro en la cabeza. Esa es una imagen que nunca se me va a olvidar. Desde ese día no puedo ver un arma porque entro en una crisis nerviosa, y a mis hijos no los puedo ver jugando a policías y ladrones porque me pongo a llorar. En lo poco que conviví con mi padre me di cuenta de que era un hombre espectacular. En cambio, mi mamá era una persona superseca.

José Luis y yo duramos un año y medio de novios, hasta que me pidió que nos casáramos. Nuestro noviazgo fue perfecto, nunca tuvimos una pelea. Me propuso matrimonio en el lugar donde nos conocimos, en aquel café cerca de la escuela de arte. Yo tenía veinticuatro años, de eso hace ya veintisiete años. Ese momento para mí fue, sin miedo a equivocarme, el más feliz de mi vida. Nos casamos un 4 de diciembre y la boda fue espectacular, en una capilla a las afueras de Nueva York. Toda mi familia estaba allí, y la de él también. Nuestra luna de miel, en las Bahamas, fue de lo mejor.

Al principio no pensamos en niños. Los dos queríamos terminar nuestra carrera y sabíamos que un niño nos frenaría. A los tres años de casada quedé embarazada. Los dos éramos tan felices, para mí esa era una vida perfecta. Yo trabajaba en una galena de arte y él daba clases de arte en una escuela. Vivíamos muy bien y de vez en cuando nos dábamos nuestros lujos, viajábamos mucho. Cuando se dió cuenta que estaba embarazada casi se muere de la felicidad: me cuidaba, le compraba cosas al bebé, estaba superentusiasmado. El niño nació un 14 de noviembre, era un bebé hermoso y, sobretodo, sano.

Era la adoración de su papá, y todo fue perfecto hasta que Fernando cumplió tres años. Ese día llegué de la galería a las cuatro de la tarde, y ni José Luis ni mi nene estaban por ningún lado. Encontré una carta donde me decía que lo mejor para todos era que el niño viviera sólo con él, y que siguiera con mi vida, que no perdiera mi tiempo buscándolos porque nunca los iba encontrar. Eso fue una pesadilla de la cual todavía no he podido despertar. Ese cretino se robó a mi bebé. ¿Cómo pretendía que yo fuera a seguir con mi vida, después de perder a mi hijo y después de perderlo a él, sabiendo todo lo que yo los amaba? Ese día casi me vuelvo loca. Llamé a todo el mundo, los busqué por todas partes, fui a la casa de su familia y ellos me decían que no tenían ni idea, que no lo podían creer, pero yo estaba segura que ellos sabían, sobretodo mi suegra, porque esa mujer tenía cara de satisfacción. Ella fue la que me convenció de que no lo denunciara por robarse a mi bebé. Recuerdo que me dijo: "Si vas con la policía, lo único que vas a lograr es que José Luis se asuste y se esconda más":

Los busqué como por dos meses pero me di cuenta de que era inútil. En todo ese tiempo no recibí una llamada. Su familia me decía que ellos tampoco sabían nada. A los seis meses de la desaparición de mi esposo y mi hijo, la mamá y el papá de José Luis desaparecieron sin dejar rastro alguno.

En el 2001 se cumplieron dieciocho años de la desaparición, y una amiga me aconsejó que contratara un investigador privado. Eso lo debí hacer desde un principio, o debí ir con la policía. Si me arrepiento de algo es de eso. El investigador me costó un ojo de la cara, pero no me importaba, yo quería ver a mi hijo, y aunque ya tenía cuatro hijos más, ese vacío es imposible de llenar. El investigador, como a los cinco meses, me entregó el teléfono de José Luis. Estaba viviendo en Miami con mi hijo. Lo primero que hice fue llamar y preguntar por Fernando, pues me moría por escuchar su voz. Me quedé muda cuando lo pasaron. Obviamente fingí la voz, y cuando él habló no sabía qué decir y colgué, estaba en shock. Al otro día me fui a Miami. Tenía que ver a mi hijo, tenía tantas cosas que contarle, tantas cosas que preguntarle, y además necesitaba una explicación de su papá, pues yo no me merecía lo que hizo conmigo.

Me bajé del avión y lo primero que hice fue ir a la casa de mi esposo porque seguíamos casados ante la ley. Toqué a la puerta, temblan-

do. Me abrió mi suegra y, apenas me vio, trató de cerrarme la puerta en la cara, pero yo saqué fuerzas de donde no tenía y no la dejé. No sé cómo a ese viejita no le dio un paro cardíaco: tenía cara de muerte. Entré a la fuerza, y llamaba a Fernando como loca. Entonces, él bajo y su papá también. Fernando ni se acordaba de mi cara, no tenía ni idea que yo era su madre, es que ni siquiera hablaba español. José Luis me cogió durísimo del brazo y yo le decía a mi bebé que era su mamá, que lo adoraba. Mi esposo se metió en la conversación, y lo único que gritaba era que cómo me atrevía a aparecer después de haberlos abandonado.

José, con la ayuda de su madre, le había dicho a mi hijo que yo los había abandonado por irme con otro hombre, que siempre fui una mala mujer, que nunca me preocupé por ellos, y que lo mejor que les pudo pasar era que yo me hubiera alejado de sus vidas. Mi hijo solo me decía que me fuera, que yo cómo me atrevía a aparecer ahora, que él no me quería ver, que ya tenía una mamá, que lo único que podía sentir por mí era odio.

Yo me moría por dentro, porque el odio de un hijo no se puede comparar con ningún dolor. Y ya no podía decir nada, pues Fernando era mayor de edad y él podía hacer lo que quisiera con su vida. Las cosas, desde aquel entonces, han mejorado, aunque no mucho. Por lo menos me pasa al teléfono, pero no me quiere ver. Desde ese día no lo he vuelto a ver. Yo le conté toda la verdad y él no me cree. Es que desde muy niño su padre lo único que le inculcó hacia mí fue odio. José Luis vive con una puertorriqueña y no me ha querido dar ninguna explicación del porqué se desapareció con mi hijo. Yo todavía espero una respuesta, no una justificación, pero por lo menos quiero salir de esa duda, quiero saber qué hice mal. La única explicación que veo es que Consuelo, mi suegra, se encargó de convencerlo de que me abandonara.

Ahora estamos en pleno trámite del divorcio, y lo único que me deseo es que mi hijo me quiera, así sea un poquito.

A pesar de que Juan me hizo sufrir mucho, me ayudó a vivir y a sanar heridas. Por él fue que vine a vivir a Manchester, pues quería un lugar más sano para nuestros hijos. Hace ya nueve años vivo acá y hace cuatro meses me separé de Juan. Vivo en mi casa en una casa espectacular, que me ha costado mucho trabajo conseguir. A mis dos hijos varones los veo los fines de semana. a

cual viven con su papá sigue a mi nombre y no he querido interponer ninguna demanda en contra de Juan porque de una u otra forma él adora a sus hijos. Lo que sí nunca permitiré es que Talita viva con ellos. En estos momentos mi situación económica es buena y no me puedo quejar. Tengo mi propio negocio: organizo eventos para las compañías de la región y en los ratos libres me dedico a pintar. Ahora, lo único que espero es sacar a mis hijos adelante, verlos crecer y darles todo mi amor.

y enamorarme otra vez, no creo, es que los hombres si no la cagan a la entrada la cagan a la salida, pero la cagan.

(Cristiana Cruz es una mujer de piel canela, alta, de cuerpo voluptuoso, cabello largo y negro, y unos ojos negros que lo dicen todo con sólo mirarlos. Su acento es extraño porque su voz es ronca, difícil de identificar: tiene algo de puertorriqueño, de dominicano y de gringo. Su español es fluido y, a pesar de que su vocabulario no es extenso, se sabe todas las groserías, tanto en inglés como en español. Es una mujer que le encanta hablar, que se nota que ama su cultura latina, que no se arrepiente de nada y que, a pesar de lo dura que ha sido su vida, siempre está sonriendo y viviendo todo con mucha intensidad).

Junio de

2004

La mentira

Eliana María Pérez'

"Estuve en el hospital desde muy temprano en la mañana, esperando el momento del parto. Todo el tiempo escuchaba que la niña venía muy grande o que no había dado la vuelta. Yo creo que ella definitivamente no estaba preparada para nacer. Llegada la noche finalmente ocurrió, y me aseguré de preguntarle a la doctora si todo estaba bien, si le faltaba algo y ella dijo: "Sí, mi querida madre, los dientes". . .

Entonces, Ángela suspiró tranquila, pero poco después recibió la noticia de que a su hija le faltaba el sistema urinario completo.

"La situación era delicada, pero no grave. Los doctores desde un principio me prometieron que ella mejoraría, que bastarían sólo unas cuantas cirugías y mucho medicamento. Nada más. Cuando por fin se me permitió visitarla, un día después de nacida, descubrí el gran parecido que tenía con Antonio, y me dije: confirmado, Ángela, él es el padre.

"Mientras la cargaba y observaba en su pequeño cuerpecito esa cantidad de tubos y agujas, me preguntaba si todo su sufrimiento era el pago por mi engaño, si Dios me había castigado o si era el destino que había dado un giro para golpearme. Lo que fuera ya estaba hecho, y Antonio no iba aparecer para consolarme."

Ángela, en ese momento, tenía 17 años, cursaba grado 11 y tenía 3 parejas: Manuel, su actual esposo, Antomo, su amante, y Fernando, su tormento.

Manuel era perfecto y tan sólo le llevaba un año. Era un hombre educado, sin vicios, ni mañas. Ella fue y ha sido su única mujer, y por eso lo escogió como su esposo desde que supo del embarazo. Tal como ella lo esperaba, a él le daba lo mismo si era o no el padre, pues lo único importante en su vida tenía un nombre: Ángela.

Antonio, en cambio, era 11 años mayor y representaba la pasión, el

impulso, la protección, el deseo. Cuando lo conoció supo al instante que era el hombre con el que había soñado toda su vida, pero el día que le dio la noticia de su embarazo "se comportó como el típico atracacunas, tiró la piedra y escondió la mano. Yo le echo la culpa de mi desgracia, no sólo porque es el padre de mi hija, sino porque decía que quería verme embarazada a ver si por fin tomaba forma de mujer. Yo como tonta caí. Me hizo creer que era fea y desechable, que ni siquiera podía aspirar a ser reutilizable, que mi máxima aspiración era ser una mujer para un rato.

"Por Fernando no sentía nada, pero me mantenía amenazada con contarle a todos, inclusive a Antonio que era su vecino, el tipo de mujer que supuestamente era yo.

Por eso y sólo por eso me tocó estar con él hasta que se aburrió de ser el hazmerreír del barrio, por cachón, pues mi relación con Antonio no se la escondí a nadie, ni siquiera a Manuel, pero no hay peor ciego que el que no quiere ver:'

"Cuando tenía tres meses de embarazo les dije que iban a ser padres. Antonio, sin mediar conmigo muchas palabras, no lo aceptó, y tuve que rogarle un buen rato para que no me dejara. A Fernando ni le importó y esa fue la última vez que supe de él. Manuel no lo pensó dos veces para proponerme matrimonio y yo tampoco pensé para aceptarlo de inmediato, pues aunque estaba convencida de que amaba a Antonio, también sabía que mi relación con él no tenía futuro.

"A pesar del compromiso seguí mi relación con los dos. El problema fue que apareció la culpa y por eso creí que Antonio debía saber del matrimonio. Esa noche estábamos en su casa, como de costumbre, cuando sin muchas vueltas se lo dije. Al principio se enfureció, pero luego no me creyó capaz y como yo no le volvía a comentar sobre el tema, pensó que le había mentido para comprometerlo económicamente con el bebé que estaba esperando.

"Recuerdo que el día de mi matrimonio, en algún momento de la mañana sonó el teléfono y era Antonio. Estuve a punto de pedirle que nos voláramos juntos, pero no tuve el corazón para eso. Pensé en mi familia, que tanto ya estaba sufriendo por mi culpa, y en Manuel, que estaba apostando todo por mí. Así que sólo lo saludé y me despedí de él como si nunca lo volviera a ver.

"Mientras estaba en el salón de belleza, con tusa y matrimonio el mismo día, me di cuenta que sacrificar el amor de Antonio no iba a solucionar las cosas. Entonces, diseñé una estrategia para continuar con ambos, sin sentirme culpable por engañarlos. Desde ese día, hasta que Antonio se enterara de mi matrimonio, lo vería el día viernes en la tarde. El sitio de encuentro sería público, para evitar la tentación de cualquier cosa, hasta los besos. Después, cuando viniera lo inevitable, sería él quien tomaría la decisión sobre nuestra relación. En cuanto a Manuel, la estrategia era hacer lo que fuera necesario para que nunca se enterara de nada. Mientras tanto, poco a poco, yo podría tratar suavemente que Antonio aceptara el bebé, hasta que él decidiera el momento de irnos a vivir juntos.

"El problema es que uno a los diecisiete años cree que puede tapar el sol con un dedo. Pero no. Al principio el plan funcionó tal cual como lo había pensado, porque hasta faltando un mes para el nacimiento Antonio había comenzado a considerar la idea de ser padre. Incluso le compró a la bebé todo lo necesario para el primer mes de nacida y me ayudaba con algo de dinero para los gastos, pero nunca me habló de vivir juntos o de reconocerla como su hija.

"El día del nacimiento toda mi familia estaba allí y, por lo tanto, era impropio que él fuera a verla; además, no se lo iban a permitir. Por eso no le avisé. Cuando estuve instalada en mi casa, lo llame y me dijo que fuera a verlo para conocer a la niña. Ese día hablamos de muchas cosas, sobre todo de la salud de la bebé. A los dos meses me llamó para reconocerla, pero yo le dije que ese proceso ya lo había hecho Manuel. Su reacción de nuevo fue terrible, pero al final le pareció conveniente porque se libraría de la responsabilidad con el menor esfuerzo, y eso no sería impedimento para continuar nuestra relación.

"Como los encuentros eran en sitios públicos, él no sabía dónde vivía yo, ni con quién vivía. Pero como estaba tan motivado conmigo y la bebé, yo accedí a darle el número telefónico. Y pasó que en una de sus llamadas contestó mi suegra, y ella le contó que era casada.

"Ese día yo había salido con una amiga del colegio y por eso no me encontró. Cuando hablamos, dos días después, me reclamó por no haberle dicho del matrimonio y por recibirle el dinero para gastarlo con Manuel. Le dije que sí le había contado lo del matrimonio, pero que él no había creído. Y en cuanto al dinero, le mostré que cada

centavo se había gastado en la bebé, y le dije que era una bendición de Dios su ayuda porque debido a su condición ella demandaba más gastos que una niña normal. Pero la rabia pudo más que mis avances y me dijo que no quería volver a saber de mí, que si algún día me veía de nuevo, me mataría.

"Al principio no me sentí tan culpable porque, de alguna manera, yo había logrado serle fiel a los dos. El único problema era que ninguno tenía claro cuáles eran mis intenciones con ellos, pero eso no era pecado o delito. Lo que me intranquilizaba día tras día era el hecho de que esto afectara a la niña, y lamentablemente así fue.

Antonio se olvidó de mí y se olvidó de ella para siempre':

"Mi niñez fue normal, desde el punto de vista que lo tenía todo. Nada en exceso, pero sí lo necesario. Además, mi familia era como una propaganda de seguros: todos felices. El lunar, la oveja negra o cualquier cosa de esas era yo, la que no cabía en ninguna parte y no se acomodaba a nada. En el colegio era la típica solitaria. Empecé a creer todo lo que veía y como lo veía. No me podía tomar la molestia de consultarle a alguien si estaba haciendo cosas que correspondieran a mi edad. Le consultaba a un "amigo" imaginario, a alguien que había inventado, y él estaba de acuerdo conmigo en todo.

"A los diez años creía que estaba lista para ser y hacer cualquier cosa en el mundo. Y como me sentía muy sola llamé a una emisora diciendo que quería conocer amigos y cometí el grave error de dar mi número al aire. Ese fue el comienzo.

"Muchas personas llamaron a mi casa. Mi mamá estaba consternada y gracias a ella me quité más de un depravado de encima. El primer día llamaron Fernando, Antonio y un muchacho que se llamaba David. Con ellos tres continué hablando durante un tiempo sin verlos en persona.

"A David nunca lo conocí. Pero en una de sus llamadas me pasó a un amigo suyo para que hablara con él. Me imagino, ahora, que estaría muy aburrido de hablar con una culicagada de 10 años. Definitivamente David era un hombre cuerdo. El muchacho se llamaba Manuel y no lo vi en persona hasta que cumplí 15. Fue cuando decidimos conocernos y comenzar nuestra relación formal como novios.

"Desde un principio esa fue mi relación sentimental ante la sociedad. Toda mi familia lo conocía, asistíamos a reuniones, hacíamos

deporte y era amigo de todos los que me rodeaban. Por eso cuando le avisamos a todos del casamiento, nadie protestó.

"El reto consistía en no ser aburrida cuando hablábamos por teléfono. Tenía que ponerme al nivel de la persona con la que conversaba para que volviera a llamarme. Esto implicaba que yo debía ser capaz de sostener una conversación con un hombre de 22 años y con otro de 18 y que, además, resultaron ser vecinos, no amigos. Eso ya está comprobado. Antonio hablaba todo el tiempo de la universidad en que estaba y sobre sus amigos allí. Entre más hablara, mejor para mí, porque sólo me dedicaba a escucharlo. El lío era cuando me preguntaba sobre sexualidad, novios, amantes y temas semejante,s. Yo lo resolví muy sencillo: si me portaba como una niña lanzada el me aceptaría, y creo que no fallé. Logré como en las Mil y una noche, tenerlos al otro lado del teléfono. Pero no con los efectos esperados.

"El día que lo conocí, fui a su casa. Él creyó que yo era mujer a domicilio, pero se equivocó y se lo hice saber. Aunque pidió disculpas y todo eso, la impresión nunca se le fue de la cabeza, porque hasta el último día que hablé con él me llamó prostituta, y de las malas.

"La relación de los dos comenzó unas semanas después. El me había cautivado tanto que yo llegaba al cielo sólo con estar a su lado. Por eso permití que las cosas se dieran rápidamente. Es más, no sé por qué el embarazo tardó tanto en llegar. Los problemas se dieron al tiempo cuando se tomó más atribuciones conmigo: decía que yo era fea porque mis senos eran pequeños, que de esa forma nunca le iba a gustar estar conmigo, pero que él me iba hacer el favor de esperar, por si algún día crecían. Si no él mismo iba a embarazarme para asegurarse de que se vieran más grandes. Ojalá me hubiera salido rico y tonto porque así el problema se solucionaba con una pinche Clrugfa plástica. Yo no sé cuál era el alboroto si al fin de cuentas mi talla era 34b, no eran grandes, pero pequeñas jamás.

"El otro motivo era que no soportaba perderme de vista. Si no estaba con él, teníamos que hablar por teléfono. Además, cuando salíamos juntos y le decían cuñado, se transformaba como el hombre increíble. Me gritaba, decía que yo coqueteaba con todo el mundo, que era una perra, y todo eso. Entonces, siempre me iba y le decía que no me buscara más. Pero cuando él me rogaba un poquito yo volvía a caer.

"Cuando tenía quince años empecé a notar que le gustaba a casi todos los hombres. Un día, mientras conversaba en un café con Antonio, un hombre se arrimó a nuestra mesa y dijo que si me interesaba participar en un concurso de belleza. Yo le dije que sí, que me interesaba.

"Hablaron con mi familia y gracias a Dios todo resultó bien porque gané. No fue la gran cosa, pero Antonio lo convirtió en una tragedia.

"Después de eso participé en desfiles pequeños hasta que Antonio empezó con el cuento de tener un hijo. Para esa época a mí ya se me había olvidado lo que él decía sobre mis senos, pues todo el mundo opinaba al contrario. Me decía que él se encargaría de todo, que sólo fuéramos felices viviendo juntos para siempre y, como todas las veces anteriores, le creí. Así que tomé la decisión de quedar en embarazo y darle la sorpresa en cualquier momento:'

Ángela encontró en casi todos sus pretendientes un padre para su hija. Todos querían casarse con ella y asumir la responsabilidad. Pero ella se negaba para no equivocarse más. Un amigo suyo, Henry, cuenta que todos dejaron de hablarle con lo del matrimonio y al final la dejaron sola. Además, desde el principio Manuel era el hombre de su vida, aunque no lo supiera nadie, ni siquiera ella. La prueba está en que todavía siguen casados, a pesar de que Ángela aún sueña con el regreso de Antonio.

"La enfermedad de la bebé en un principio fue fácil de llevar porque sólo era tratada con medicamentos. Cuando inició la etapa de las cirugías se necesitaron muchos donantes de sangre, de órganos y hasta de plata. Los problemas se presentaron porque su tipo de sangre era escaso. Después necesitó un trasplante y nadie era compatible con ella.

"Yo empecé a desesperarme. Tantas veces en el médico, tantos procedimientos, tanto esfuerzo no podía quedarse así. El orgullo o el miedo a perder la vida no iban a ser un impedimento para mí. Así que llamé a Antonio por teléfono. Hablé con su madre, con él, con todos sus allegados para que se hicieran la prueba de compatibilidad, pero no quisieron. Según ellos, Antonio les había dicho que esa niña no era su hija y que de nada servía colaborar.

"Pasaron muchas cirugías y nada se solucionaba. Antonio se había ido de viaje, dizque a estudiar. Le escribí muchas veces a su correo

electrónico, pero nada. Un día respondió que me extrañaba y yo le escribí que era un infeliz. Cuando regresó a Cali me llamó y me dijo que no lo molestara más, que él nunca me iba ayudar.

"Después de mucho esperar la salud de la bebé empeoró. Estaba tan fatigada, tan afligida, tan lastimada que solo me quedaba esperar su partida. Antes de irse me dijo que iba a dormir un gato (un rato), pero yo sabía que no volvería a despertar. Tuve que armarme de valor, respirar muy hondo, tragar saliva y por fin pude, decirle que la amaba, que cuando abriera sus ojos otra vez yo estaba junto a ella. La ví escaparse de mis brazos poco a poco mientras se quedaba dormida, mientras iba al lugar que Dios prometió para nosotros: Aquel lugar donde por fin mi bebé no sufriría más. Eso fue lo mejor que pudo ocurrir para ella y para mí.

"Cuando estaba en el cementerio vi a un hombre que en primera instancia no conocía. No sé si fueron las lágrimas o la tristeza que no me dejaron ver, pero finalmente me di cuenta de que era Antonio. Tan soberbio y altanero como siempre me dijo que estaba horrible, que menos mal no se había quedado conmigo y que este era mi pago, su venganza por haberle hecho tanto daño".

Ángela ahora tiene 21 años y sueña con el perdón de Antonio y de Manuel para encontrar la paz. Sólo espera el día que Dios se la lleve para regresar al lado de su hija, a la felicidad que aquí fue tan corta, pero que en el cielo simplemente será eterna.

Junio de 2006

Con ganas de vivir

Patricia Andrea López Torres'

Leonardo vivía en Villavicencio con el abuelo y dos hermanas. Desde pequeño cuidaba a sus hermanas para que su abuelo no las golpeará en las noches cuando llegaba borracho. Sus padres mantenían viajando, dándose la gran vida. Cuando tenía diecisiete años empezó a salir con amigos del colegio. Rumbeaba dos o tres veces a la semana, y como en la casa no le decían nada continuaba saliendo y emborrachándose. En la medida que avanzaban en su vida libertina, empezaron a tener relaciones sexuales con muchachas del colegio. En una de esas noches de embriaguez, Leonardo, por demostrar su hombría ante sus compañeros, y por la constante burla de ellos que decían que era homosexual porque todavía no se había acostado con una mujer, decidió hacerlo con una compañera muy "experta" en el tema, que tenía su misma edad.

- Pasaron tres meses y Carolina, la joven de aquella noche, tuvo problemas en el colegio y la expulsaron. A los seis meses me dijeron que se había muerto. Yo muy inocente pregunté la causa de su muerte -dice Leonardo, deteniéndose un momento y aspirando fuertemente un cigarrillo- o La respuesta a esa pregunta me la dieron rápido: había muerto de Sida. En ese instante recordé con gran arrepentimiento la noche que estuve con ella. Para mí fue muy duro porque yo no tenía conocimiento claro de esta enfermedad: lo que sabía era que se transmitía sexualmente y que servía para discriminar, señalar y rechazar a la gente.

Le contó a sus amigos lo que había pasado, pues recordó que ese día no había utilizado protección. Lo primero que hicieron ellos fue rechazarlo y darle la espalda. En su casa lo echaron y lo catalogaron de homosexual y drogadicto intravenoso.

Luego visitó al médico quien lo mandó a sacarse el primer exa-

1 Cali, 1982. Estudiante de Ingeniería Telemática, Universidad Icesi, Cali.

men, que salió negativo. En ese momento, Leonardo pensó que de verdad esa enfermedad no era para él, pero después de un rato el médico le dijo: "Tenemos que llevar un control durante un año, desde el momento que tuviste la relación. Tienes que hacerte un control cada tres meses, hasta llegar al año. Sólo así estaremos seguros de que no eres portador del virus": Leonardo ya se había hecho a la idea de que estaba bien, pero el médico le había explicado que esta enfermedad era una ventana inmunológica, es decir que cuando el virus entra al organismo se camufla y no se deja detectar en corto tiempo.

A medida que iba pasando el tiempo, Leonardo se fue metiendo en el mundo de las drogas y el alcohol. Dormía en las calles, andaba sin rumbo, nadie quería saber nada de él. En ese tiempo había mucha ignorancia sobre el Sida, a la gente le daba miedo compartir las cosas con un portador del virus porque creían que se iban a contagiar. A su familia le daba vergüenza de él, les daba pena de lo que pensarán los demás.

—Ante el desespero de todo lo que me estaba sucediendo, y sentir que realmente estaba solo, sin apoyo de nadie, un día decidí subir al edificio de la Beneficencia de Villavicencio para suicidarme, pero hubo algo que no dejó que me tirara: todavía existía la esperanza de vida, me faltaban unos meses para terminar el control y saber si definitivamente era portador o no. Después de un tiempo, conocí a alguien que fue una luz para mí. Esta persona que pertenecía a un grupo de oración me sugirió que fuera a una fundación en Bogotá. "Allá te pueden ayudar": me dijo y me regaló los pasajes.

Al llegar a la fundación fue bien recibido. Con el apoyo que le dieron, logró dejar las drogas y el alcohol. Sin embargo, no fueron tanto las terapias que lo rehabilitaron, sino las ganas de salir adelante y la fe que le puso a la vida. Porque si quería seguir viviendo tenía que acabar definitivamente con esos vicios. Empezó a hacer las vueltas para realizarse los exámenes; un día estuvo en "El Sonet": Esa visita fue otro motivo para pensar en acabar con su vida.

—Ver esas personas adultas con pañales desechables, imposibilitados de comer por su propia cuenta, me inquietó; pensar que yo, tan joven, iba a estar en esas mismas condiciones, que en cualquier momento también iba a estar postrado en una cama al igual que ellos, sin poder moverme, me desanimó. De verdad es muy duro ver a esas personas.

Fuera de esto, en la clínica recomendaban una asesoría antes y después del examen, pero Leonardo no contaba con nadie que le diera esa voz de aliento. Por el contrario, escuchó palabras muy hirientes por parte de los médicos. Le decían: "Usted no se haga ilusiones ni esperanzas, usted tiene Sida".

Estas dos situaciones lo llevaron por segunda vez a querer quitarse la vida, pero sentir el cariño y apoyo de otras personas que no eran nada de él, llenó mucho su corazón. Leonardo estuvo en el cuarto donde están los bebés recién nacidos: niños de un mes, un añito y ya eran un problema para aquellas personas que sólo sirven para juzgar y señalar los problemas de otros. Ver a esos niños que apenas empezaban a vivir, inocentes de todo, lo hizo ganar valor y reflexionar: "¿Si un niño está enfrentado a este problema, por qué no lo puedo enfrentar yo?". Las ganas de vivir y luchar lo hicieron pensar que si llegaba a ser portador, hasta ahora empezaba a vivir, su vida no acababa aquí. "Vaya tener una nueva vida", se dijo, "vaya encontrarle un verdadero significado a la vida".

—Confieso que a veces pensaba que era un castigo de DIOS —dice—, pero me di cuenta que no era así, que era un llamado a mí mismo para mirar qué era lo que estaba haciendo con mi vida y también para ser una voz de aliento para muchos jóvenes que se encuentran en la misma situación.

Cuando pasó el año, fue a sacarse el *Western Blot*.

—Este examen es el llamado confirmatorio, pues define si se es portador o no. Ya me había hecho a la idea que era portador; sin embargo, dentro de mí había algo que me decía que no, que habla una pequeña esperanza de luz. Y sucedió algo raro: ese examen tan decisivo resultó indeterminado. En ese momento se estaba formando un boroló en mi cabeza y me pregunté: "¿Qué diablos está pasando? Dios mío, ayúdame, ayúdame, que no vaya a ser portador". Y le hice miles de promesas a Dios para que no fuera verdad.

A la semana siguiente lo mandaron a sacar otro examen, el Ehsa para VIH. Los resultados de todos los exámenes que le habían practicado anteriormente se los entregaban las enfermeras a la semana siguiente sin ningún problema, porque salían negativos. Cuando fue por los resultados de este último examen, la enfermera le dijo: "Venga en 15 días". Luego: "Venga en 20 días". Y así lo tuvieron por más de dos meses. Un día Leonardo no aguantó más y le dijo a la enfermera:

"Hágame el favor y me entrega los resultados, dígame si sí, o si no". La enfermera le respondió: "Lo que pasa es que no hay ningún doctor en el momento que lo pueda atender, venga en una semana".

- Yo, desesperado por la angustia, decidí entrar abusivamente al cuarto donde estaban los resultados. La enfermera me vio y me dijo: "Espere yo le llamo a un médico". "Pero, señora, los otros resultados me los han entregado las enfermeras, ¿por qué usted no me lo puede dar?", le pregunté, y me respondió: "No, es mejor que hable con un médico".

Pasaron unos cuantos minutos que para mí fueron eternos, la angustia me carcomía.

Un doctor de apariencia muy ruda me hizo pasar a su consultorio, me pidió que me sentara y sin algún preámbulo me dijo: "Leonardo, ¿usted sabe lo que significa Sida? Usted tiene Sida".

Para ese entonces, Leonardo ya sabía la diferencia entre tener el virus y tener Sida. En la fundación le habían explicado que el virus de inmunodeficiencia humana entra al organismo y la persona puede convivir con él por mucho tiempo si se tienen ciertos cuidados. En cambio, el síndrome de inmunodeficiencia adquirida es cuando el virus es más fuerte que las defensas de la persona, es decir, cuando ya se está en estado terminal.

- Al escuchar las palabras del doctor se me vinieron las lágrimas, se habían derrumbado todas mis esperanzas e ilusiones, pensé que pronto me iba a morir, tal vez mañana o pasado mañana, ya me veía postrado en una cama sin poder hacer nada, porque cuando te dicen esas palabras es como si le dijeran a uno que está muerto, pero en vida. Bajé las escaleras, corrí a comprar cigarrillos, recuerdo que me fumé una cajetilla entera en una hora, me puse a caminar y a pensar y pensar... y llegué a la conclusión que tenía que salir adelante, demostrar que ser portador no implica que no se pueda hacer cosas normales, como trabajar, estudiar, divertirse, como cualquier otra persona.

De vez en cuando lo llama su madre. Antes él iba a visitarlos para intentar una reconciliación con ellos y siempre era el mismo rechazo, pero desde el día que su padre le dijo: "Yo ya no tengo un hijo, para

mí, tu estás muerto, ya te enterré y no quiero saber nada de ti", Leonardo decidió dejar las cosas así y no hacerse más daño. Prefiere no seguir insistiendo, dejar que cambien y sean ellos que lo busquen..

De sus amigos de Villavicencio nunca volvió a saber nada. Sin embargo, ese vacío lo han llenado dos amigos muy especiales de la fundación, ellos le han brindado una amistad incondicional; esto es lo que lo hace más feliz, saber que cuenta con grandes amigos aunque ya no los ve constantemente porque hace tres años decidió venirse a Cali. Leonardo sabe que siempre contará con sus amistades y, además, en esta casa ha recuperado el amor de familia que había perdido.

- Ha sido difícil tener una pareja sentimental, he conocido a muchas mujeres. Las invito a salir, a comer helado, a cine, pasa el tiempo y uno se va enamorando, pero llega un momento en el que, antes de compartir una sexualidad, tienes que ser sincero con esa pareja. Yo las entiendo porque todas las personas sienten miedo, pero para mí es muy difícil porque nunca puedo tener una relación estable y siempre estoy con temor de que me rechacen.

Mi sueño siempre ha sido que algún día inventen la cura para esta enfermedad y poder formar un hogar y tener mi propia familia.

Leonardo ha tenido dos recaídas muy fuertes. La primera duró un mes, y la segunda, mes y medio. Ha estado muy delgado, ojeroso, enfermo, pero en las fundaciones le han enseñado que se debe aprender a manejar la enfermedad y no que la enfermedad maneje a la persona.

- Uno dice que ya está preparado para afrontar esos momentos, pero eso es mentira, uno siempre va a sentir miedo porque siempre se tiene en la cabeza la idea de que ya llegó la hora. Siento miedo al pensar que cuando llegue el momento, mi madre me vea en agonía, frustrado en una cama. Yo no quiero que ella sufra y sienta arrepentimiento, por eso le pido a Dios que el día que me tenga que ir, primero se acuerde de ella y después de mí.

En cuanto a los medicamentos, no siempre cuenta con ellos. Mensualmente una persona que contrae el virus, para prolongar y tener una mejor calidad de vida necesita de uno a dos millones de pesos para los remedios. A pesar de que sus padres gozan de una buena

situación económica, nunca lo han ayudado para sus tratamientos. Una vez que viajó a Villavicencio a visitar a su madre, Leonardo vio guardado en un cuarto una buena cantidad de dinero. Él sólo espera que algún día ella se acuerde que sus tratamientos son muy costosos, porque aunque la fundación siempre ha tratado de conseguir los medicamentos que necesitan los portadores, a Leonardo, en este tema, siempre le hace falta dinero.

-No soy de los que van los domingos a misa a darse golpes de pecho, de esos que al otro día están pecando. El día que voy es porque me nace de todo corazón y lo hago con mucha fe, porque siempre he sentido que Dios ha estado a lado mío. Él me ha dado una luz de esperanza para poder seguir luchando y cumplir todos mis sueños.

En estos nueve años ha realizado un curso de auxiliar de enfermería, y cuando necesitan de su ayuda colabora con los pacientes.

A veces, también da su testimonio en las conferencias, sobre todo a jóvenes, porque le gusta que ellos tomen conciencia de lo que están haciendo con sus vidas y sus cuerpos. También pinta cerámicas, lo que más le gusta hacer.

Todavía existen muchas personas irracionales que discriminan a los portadores. Una vez en un pueblo cerca de Neiva, la casa donde estuvo viviendo durante un tiempo junto con los otros portadores, la incendiaron y los amenazaron de muerte.

A Leonardo le colocaron un revólver en la cabeza y le gritaban: "No los queremos, largo de aquí, sidosos":

- Hoy en día ya casi no me importa lo que diga la gente -dice con una profunda mirada de resignación- o Uno se tiene que acostumbrar, pero a veces me afecta que me estén señalando, porque frecuentemente las personas lo quisieran tener a uno metido en un traje de astronauta, donde no pueda salir nunca de ese disfraz. Si esta enfermedad se contagiara así como muchos piensan erróneamente, ya un buen porcentaje de la humanidad la tendría también. Yo siempre he dicho: "Mirémonos a nosotros mismos, observemos qué es lo que estamos haciendo con nuestras vidas. Vivir no es llevar una sexualidad libertina, hay que ser fieles a nuestras parejas y, sobre todo, a nosotros mismos". La idea es querer y respetar nuestro propio cuerpo.

Hoyes sábado, día de organizar la casa. Leonardo se ha ido a ayudar pero también se ha ido a seguir luchando por su vida, lleno de

fortaleza como siempre. Sabe que saldrá adelante con o sin la ayuda de sus padres, cumpliendo con su sueño de tener su propio taller de cerámica y esperando que algún día encuentren la cura para esta enfermedad mortal, para así poder formar una familia muy diferente a la que tuvo.

Junio de 2003

Vida de una mujer

Rossi Leany Guerrero GómeZ'

Inés nació en 1957, un 2 de febrero en Manizales.

- Recuerdo ese montón de escaleras en el barrio Belálcazar, y las piernas tan bonitas de las muchachas que vivían en esas lomas. ¡Mucho ejercicio! -dice sonriendo.

A los cinco años se vino a vivir a Cali, con su hermana Filia, de seis años, y su madre. La última vez que Inés vio a su padre tenía cuatro años:

- Lo recuerdo como si fuera ayer, ese beso y ese abrazo fue algo tan especial, me hizo sentir tan protegida.

En Cali les tocó muy duro y mientras la madre de Inés trabajaba, ellas se quedaban solas en casa. Rosalba, la madre de Inés, tenía un bar de prostitutas y ella misma lo administraba. Por tanto trabajaba todas las noches, mientras las niñas se quedaban jugando. A Inés nunca le gustaron las muñecas, prefería más bien las bolas, el escondite, la pelea. Para lo único que le gustaban las muñecas era para dañarlas, para jugar al doctor o para escondérselas a su hermana Filia. Por las noches cuando Rosalba se iban a trabajar Inés y Filia se iban para la calle a jugar hasta las 11 o 12 de la noche, pero no hacían nada malo.

- Éramos tan unidas e inocentes -dice sonriendo con nostalgia.

Un día cualquiera se llevaron a Filia a vivir a un convento y después de un tiempo se la llevaron para Manizales donde una tía.

-La dejé de ver por muchos años, la extrañé mucho.

Desde entonces y hasta hoy Filia no ha podido perdonar a su madre y si en algún momento llegan a hablar siempre terminan peleando. Tiempo después Rosalba resultó en embarazo, y su nuevo esposo se fue a vivir con ellas.

-Ahí empezó mi calvario, nunca había visto algo semejante.

¹ Cali, 1984. Estudiante de Administración de Empresas, Universidad Icesi, Cali.

Rosalba era maltratada por su marido, le pegaba, la estrujaba, la empujaba y le era totalmente infiel.

- Un día lo seguí y lo vi con otra vieja y cuando se lo dije a mi mamá ella me regañó y siguió como si nada.

Inés, cansada de todo eso, decidió irse de la casa a la edad de nueve años y, para ese entonces, su mamá ya tenía tres hijos de su segundo marido.

Su primer trabajo fue en un convento, en el mismo en el que había estado Filia. Allí lavaba los platos y la ropa y ayudaba a las monjitas en sus quehaceres. En el convento conoció a sor Pilar y sor Virginia quienes eran como sus mamás en ese momento, pues la cuidaban y se preocupaban por ella, como solo lo había hecho su tía Sildana, a quien extrañaba y no veía hacía mucho. Inés no quiso estudiar en el convento. Cuando las monjitas le decían ella contestaba que ya había estudiado y que ya había terminado la escuela. Y como realmente tenía la edad de haber terminado la escuela las monjitas dejaron de insistir. Cuando tenía 12 años sor Virginia decidió llevarse a Inés para la casa de su hermana a trabajar como niñera.

- De los doce a los catorce años cuidé muchos niños. Siempre trabajaba como interna en las casas de familia.

Inés nunca cuidó niñas.

-No sé, ¿será que tengo problemas con mi niña interior?

A pesar de todo visitaba a su mamá, le contaba lo que hacía y le daba el dinero de su trabajo.

- No veía mal que mi madre me pidiera el dinero que me ganaba en mi trabajo; al contrario me gustaba sentirme útil y más con mi madre.

Inés volvió a su casa cuando el señor abandonó a su madre con tres niños pequeños, ella volvió a cuidárselos mientras trabajaba.

-Siempre me gustó cuidar niños, no lo veía como un trabajo, me gustaba darles teterito, cambiarles los pañales y jugar con ellos, incluso mis hermanitos.

Inés tuvo un hijo a los diecisiete años y, aunque era muy joven, estaba feliz. Sabía que eso le iba a cambiar el mundo, pero ya no la asustaba nada en la vida. El padre del niño fue su primer amor.

- Lo vi por primera vez cuando tenía como ocho años. Yo jugaba con la hija de él. Luego me lo encontré cuando tenía catorce años. Una de mis patronas me había metido a estudiar al Sena, y a pesar

de que nunca había estudiado aprendí a leer y a escribir viendo a la gente. Saliendo del Sena me volví a encontrar con Beto y ahí inicié la relación.

Todo fue muy especial para Inés, aunque no faltaron los maltratos.

-Yo no me dejaba, cuando me pegaba yo también le pegaba.

Cuando Inés le contó a Rosalba de su embarazo, ella reaccionó con mucha rabia porque tenían lo mismos meses de embarazo.

Rosalba le dijo que no quería putas en la casa y la echó.

-No sé porque me trataba así, como si no sintiera un poquito de afecto por mí.

Decidió no decirle nada a Beto, pues ya se imaginaba lo que este le podía decir y que, además, la abandonaría como siempre abandonaron los hombres a su madre al darse cuenta de sus embarazos. Pero se equivocó: Beto se puso muy feliz porque tenía dos hijas y su sueño era el tener un varón. Inés fue la única mujer que le dio ese niño. Cuando Rosalba la echó de la casa, ella se fue para donde su tía Sildana, en Manizales. Sabía que Sildana siempre la iba a apoyar y ayudar. Inés la consideraba su madre, su amiga, su confidente. Pero hasta allá llegó Beto buscando a su hijo: él quería a ese niño y por ningún motivo iba a permitir que Inés los separara. Entonces, comprendió que Beto iba a ser un buen padre y que su hijo tenía derecho a disfrutarlo, y VOIÓ a Cali con Beto. Pero no todo fue maravilloso.

- Beto vivía conmigo, pero también con las otras dos mujeres con las que tenía hijas. Cuando salía yo sabía que iba a acostarse con una de esas viejas y por la noche llegaba a acostarse conmigo. Era horrible... pero yo lo quería.

Un año después, no pudo seguir con esa situación, pero sabía que si se separaba no tenía donde vivir y cómo mantener a su hijo. Entonces decidió ir a hablar con su madre, y ella le permitió volver a la casa. Pero ese año en el que había estado lejos de su madre y de sus hermanitos, había pasado algo muy doloroso que la marcó para siempre. La hermanita de Inés, contemporánea de su hijo era una niña enferma. Cuando tenía diez meses de edad le había dado una fiebre muy alta y había convulsionado. Esto le afectó el cerebro y la movilidad de su manito derecha.

- En ese momento sentí rabia con mi madre, porque por ella la niña estaba así. Eso se hubiera podido evitar.

El año siguiente fue muy duro para ellas, pues eran muy pobres. No tenían comida, eran muchos en la casa. Inés recuerda cuando le tocaba robarse los plátanos de los vecinos, y con eso hacerles a sus hermanitos y a Carlos, su hijo, colada de plátano. Viendo esa pobreza recordó el trabajo de su madre.

-Mi madre tenía un bar de prostitutas, ella nunca lo fue, pero siempre estuvo metida en ese medio. Cuando trabajé en la casa de la hermana de sor Virginia me di cuenta que ella trabajaba de prostituta todas las noches y que así era como le daba todas las comodidades a su hijo, a quien yo cuidaba mientras ella trabajaba.

Entonces fue al bar donde la hermana de sor Virginia había trabajado. Empezó a los 19 años en la prostitución, y ni se imaginaba todo lo que iba a pasar. No sabía donde se metía, era lo peor que Inés había hecho, además estaba muy impactada y afectada, no solo por la parte física, sino también la emocional y la autoestima. Así pudo darle una vida mejor a su familia, pero aun así no vivía del todo bien.

-Me ofrecieron irme a trabajar a Panamá, allá iba a ganar casi el triple de lo que ganaba acá. Entonces, acepté. Ese fue mi peor error, pero en ese momento yo solo pensaba en el dinero, no sabía que había otras cosas más importantes para vivir bien, como por ejemplo la compañía y el apoyo para mi hijo, entre muchas cosas.

Decidió dejarle su hijo a Beta, quien lo llevó a Bogotá y lo dejó con una tía. Allá vivió seis meses, luego vivió con otra tía. Inés se culpaba de la inestabilidad de Carlitas por haberse ido de su lado, y eso la atormentaba mucho. De Panamá siguió a Barranquilla, Santa Marta, Aruba, San Martín, Surinam, trabajando como prostituta y bailarina. Cuando conseguía dinero suficiente para mandarles a su hijo y a su madre, dejaba de trabajar.

-No quería meterme de lleno en este trabajo, no me gustaba hacerlo, lo odiaba. En Aruba tuve un novio que era gerente de un banco. Él me daba mucho dinero para que estuviera solo con él y no trabajara más. Entonces, me quedaba con él y aunque no lo amaba sí lo quería porque era uno de los pocos hombres que hablaba conmigo y me escuchaba.

Volvió a la casa cinco años después. Beta se acababa de casar y tenía a Carlitas, su hijo, viviendo con él. Inés se lo llevó unos meses a vivir con ella a Florida, donde el niño estuvo feliz. A los cinco meses partió de nuevo a Holanda y dejó a Carlitas con Beta.

-Nunca pensé en dejarlo con mi madre. Ella me trató muy mal, y no iba a permitir que hiciera lo mismo con mi hijo. Luego me enteré que Carlitas sufrió mucho con Beta porque él es un hombre machista y autoritario, y mi hijo se tuvo que aguantar todo eso, además de los maltratos de su nueva madrastra. Hablaba con Carlitas por teléfono y lo importante es que el niño nunca dejó, de quererme ni de pensar en mí. Mi hijo es muy bondadoso, no sé como hace, pero hoy en día ama a su papá y a su madrastra.

De Holanda, Inés siguió para Londres y luego Alemania. Alemania fue un infierno chiquito, por lo menos en el sector en el que estuvo. Seguía trabajando como prostituta, pero lo hacía para mandar dinero a Colombia y, por esa razón, no tenía ahorros. Estaba muy triste, no quería seguir en ese mundo y menos en ese país. Un día se arrodilló a ararle a Dios, llorando e Implorándole que le diera el dinero para devolverse a Colombia. En ese momento llegó la policía y la capturó, junto con otras compañeras de trabajo. Esa noche Inés estuvo en un calabozo oscuro, llorando con mucho miedo y frío. Al día siguiente cuando la llevaron a hablar con el juez, lo único que hizo fue llorar. Estaba muy mal, y le dijo que lo único que quería era estar en Colombia con su familia. El juez la miró y le preguntó cómo una mujer tan dulce podía estar metida en ese mundo. Esa misma tarde fue deportada a Colombia. El juez le dio dinero para cuando llegara a Colombia. De Bogotá cogió un bus a Cali, y le compró un carnito a Carlitas. Llegó sin un peso, feliz de encontrarse con su hijo.

Luego de un tiempo, decidió irse para Italia, pues no aguantaba más la situación económica. Allá le tocó prostituirse de la forma como siempre lo había evitado: muchos hombres en una noche. Sin embargo, le iba bien económicamente. Le alcanzaba el dinero para enviarles a su madre y a Carlitas y, además, ahorra. Cuando tenía suficiente viajaba a Colombia a gastar sus ahorros y cuando se le acababan, volvía a Italia a seguir su pesadilla. Un día Rosalb, a la llamó: la tía Sildana tenía cáncer. Inés se puso muy mal y empezó a trabajar más tiempo para pagar los gastos de medicamentos necesarios para su recuperación. Una noche en la que hubo un fuerte ventarrón, es-

taba con una amiga en su apartamento. Y de repente, vio a su tía sonriéndole entre el viento. Su amiga no lo podía creer, no podían ni hablar. Inés ya sabía lo que había sucedido y cuando llamó a su casa le confirmaron la muerte. Fue muy doloroso. Y más, cuando le contaron las últimas palabras de la tía Sildana: dijo que había ido a visitar a Inés, a un lugar muy lejano y que por esa razón estaba muy cansada. También dijo que Inés estaba muy bonita. Inés no podía creerlo. Tuvo un periodo de tiempo depresivo muy fuerte, y se enojó mucho con Dios. ¿Cómo era posible que se le hubiera llevado a su tía? Tiempo después comprendió que esa la ley de la vida, y empezó su búsqueda religiosa.

- Quería encontrar una religión en la cual me sintiera plena completamente, en la cual pudiera pedirle perdón a Dios de la mejor forma, quería conocer las diferencias e igualdades de las religiones de todo el mundo.

y así fue, conoció muchas religiones y llegó a una conclusión inesperada. En primer lugar fue católica, pues su madre lo era, pero no la convencía del todo. Vio manipulación en esta religión y no se identificó con ella. Luego conoció los mormones. Los mormones son una comunidad creada por José, en donde todos y cada uno de los hombres son santos. Tampoco la convenció esta religión porque Inés cree en la evolución del ser y no se convenció de que los mormones muertos vayan a un lugar especial con Dios.

El budismo fue la siguiente. A Inés le gustó mucho la historia de Buda, el conocimiento que tuvo de las cuatro verdades pero, al final, tampoco la convenció.

- Es muy linda pero yo quiero adorar a Dios, no a Buda...

La siguiente religión fue el Taoísmo:

- En ella se enseña el manejo del ser físico, para que así mismo se aprenda el manejo del ser espiritual. De esta religión es que se deriva el Tai Chi, la relajación y el yoga.

El Zen fue la religión que más le gustó porque consta de meditación, yoga, entrega, desapego total y es la convivencia de cada persona individualmente y el universo. La conclusión que sacó de su búsqueda fue algo nuevo para ella:

- Las religiones son un puente para llegar a Dios, mas no son la llave, Dios está en cada parte de nosotros sin necesidad de la religión.

A esta conclusión había llegado cuando un día, por accidente, le llegó la herramienta que le ayudaría a reorganizar su vida. Estaba ayudando a trastear a una amiga de apartamento, y se encontró una carta tirada en el suelo. Cuando le preguntó a su amiga qué era, ella le dijo que una invitación para la hermana de ella a un seminario, pero que como la hermana no estaba, se la regalaba. Inés decidió ir.

- Era Reyki. El Reyki es un instrumento para comunicarse con el alma, para curarnos y aceptarnos como somos, desde nuestras raíces.

Conoció mucha gente en aquel lugar, desde prostitutas como ella, hasta médicos, abogados y actores de Hollywood. Todos contaron sus propias historias y al principio Inés tuvo pena de decirle que se dedicaba, pero luego habló con toda sinceridad porque sabía que necesitaba ayuda y la única forma de obtenerla era siendo sincera. Después de que Inés y todos los demás contaron sus historias, hicieron un ejercicio para perdonar.

- Yo lloraba mucho, mientras todos, arrodillados, me pedían perdón en nombre de los hombres que me hicieron daño, en nombre de mi madre, de mis hermanos, etc.

Este ejercicio le sirvió mucho porque se sintió valiosa por primera vez, respetada. Y luego, hizo todos los niveles del perdón:

- Perdoné mis raíces y mi descendencia.

Inés se salió de la prostitución al poco tiempo de entrar al Reyki y se puso a trabajar como niñera: Ganaba muy poco, pero estaba feliz. Aprendió a curar con las manos, aprendió a ver a los ángeles. Una vez estaba en una plaza grande en Italia y vio una luz brillante, en el cielo: eran muchos ángeles los que estaban allí. Y cuando volteó a mirar a su maestro, él le dijo que eran de verdad, y que en ese momento solo ella, otro compañero y él podían verlos, pues eran los únicos que estaban preparados.

Inés se volvió maestra de Reyki, era feliz pero lo único que le faltaba era estar cerca de su hijo Carlos. July, su mejor amiga, con la que había vivido todos los viajes y las odiseas de la prostitución, un día llegó llorando y le dijo que necesitaba que alguien le cuidara su hijo

de nueve meses de edad. Le ofreció que se devolviera a Colombia y se lo cuidara, pues era la única persona en quien confiaba.

Para Inés esa fue la mejor propuesta del mundo. Aceptó de inmediato y se vino para Colombia. Primero llegó a Bogotá por Camilo, el hijo de July, luego se fue para Cali a ver a su hijo. En ese entonces, Carlitos tenía 21 años y estaba trabajando y estudiando; cuando Carlos se dio cuenta que su madre era prostituta decidió no juzgarla, pero tampoco recibirle más dinero. Igual, ella se lo mandaba pero quienes lo gastaban era Rosalba y Beto. Carlos estaba terminando su carrera universitaria, mientras su padre se encontraba postrado en una cama. Beto tuvo varios derrames: con el primero no pudo volver a caminar; con el segundo no pudo volver a hablar, luego se fue deteriorando hasta que murió.

Hoy en día Inés vive con Carlos, Camilo y sus nietos. Rosalba vivió muchos años con ella, hasta que decidió irse para Florida donde su otro hijo. Sus hermanitos se casaron y tuvieron hijos. Inés tiene una familia muy grande y bonita, todos la aceptaron sin plata e inició a toda su familia en el Reyki. Lee mucho sobre Reyki, yoga. Le gusta Chopra, Cohelo y el Canal Infinito.

-Soy feliz, Camilo es mi vida, es mi otro hijo. Ya tiene ocho años y lo amo igual como amo a Carlos. Lo único que me duele es que July, su madre, está cometiendo los mismos errores que yo cometí.

Junio de 2003

Apostillas

Harold Kremer 1

Hace algunos años, intentando encontrar un acertado camino que me permitiera cautivar para la lectura y escritura a los estudiantes de un colegio de Cali, llegué por azar a la crónica. El cuento, varias veces contado, partió de una pregunta que me había planteado tiempo atrás, y que quiero repetir ahora: ¿cómo seducir para la literatura a un grupo de estudiantes bombardeados por la mediocridad e inmediatez de los medios audiovisuales, por la carencia de tradición familiar en la lectura, por teorías que eliminan el texto literario y por relatos alejados de su propia realidad?

La respuesta empezó con el cuento y, sobre todo, el minicuento. La brevedad permitía el que un texto pudiera leerse y analizarse en una sesión. Y después de levantar la historia y observar el tratamiento en el relato se recurría a un ejercicio que involucraba las posibles historias "reales", conocidas o vivenciadas por ellos, similares o parecidas a la del relato leído.

Descubrí que un texto, además de la verosimilitud de su propio universo narrativo, era mucha más creíble para los estudiantes si se asemejaba en algo al mundo vivido por ellos. Y esta segunda verosimilitud, tan ajena y cercana a un relato literario, era la que los atraía a la lectura y a la iniciativa de crear sus propias narraciones, de producir textos en donde todo lo que se cuenta sucedió en la vida real y es

1. Harold Kremer, Buga (Valle). Docente de la Universidad Icesi y de la Universidad del Valle. Publicó en 1985 el libro *La noche más larga* (cuentos). Ha ganado varios concursos nacionales de cuento. En 1989 apareció su libro *Rumor de mar* (Cuentos). Ha publicado algunas antologías de cuento, entre ellas la *Antología del cuento vallecaucano* (1996), *Colección de cuentos colombianos* (2002) y *Los minicuentos de Ekúreo* (2003). En el año 2004 publicó los libros *El Enano más fuerte del mundo* (cuentos) y *El combate* (minicuentos). En el año 2005 apareció su libro *El prisionero de papá*. Cuentos suyos han sido publicados en vanas antologías en Colombia, Alemania, México, EEUU, Argentina y España.

verdad de principio a fin. De esta manera llegamos a la crónica, a la lectura de crónicas y, posteriormente, a la posibilidad de escribirlas.

Una crónica es un relato, igual que una narración literaria. La diferencia entre una y otra es que, en la primera, la historia es levantada a partir de acontecimientos reales y en la segunda, la historia es inventada. Pero desde el punto de vista de la narración tienen los mismos componentes: el nivel del relato y el nivel de la historia. La crónica utiliza recursos técnicos de la literatura para desplegar con eficacia narrativa el cómo contar una historia. El proceso de investigación es lo que los diferencia y, de alguna forma, señala sus límites, porque un cronista o periodista literario debe partir necesariamente de la historia y no puede construir el relato e ir componiendo la historia, por la sencilla razón de que si no hay historia no es posible construir la crónica. Cualquier otro proceso implica traspasar la frontera y entrar en el mundo de la ficción. Por esa razón es tan importante en la crónica la recolección de datos que implica un largo proceso de preparación e identificación de una historia. Para ello se debe realizar un trabajo de campo, lo que Norman Sims llama la *inmersión*, que requiere de entrevistas, la indagación del entorno, la observación de hábitos, lecturas y todos los recursos posibles de aquello que permita el levantamiento de la historia. Este proceso es un trabajo arduo en el que el cronista busca construir escrupulosamente los hechos.

Luego viene el asunto de la escritura.

Un cronista dispone de un material en bruto que luego, igual que un escritor de ficción, organiza en el nivel del relato. Y es en este nivel donde despliega recursos narrativos tomados de la literatura. La idea es escribir crónicas como si fueran relatos, que puedan leerse, como lo señala Tom Wolfe, como cuentos.

Cuando le propongo, hace varios años, a la Universidad Icesi, la creación de un taller de Crónica, adscrito al Departamento Humanidades de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, la primera idea fue la de seducir a los estudiantes con las historias "reales" provenientes de su entorno. La segunda era la de investigar y estudiar, desde la literatura y la crónica misma, algunas técnicas que permitieran el paso de esas historias a la escritura. La tercera, quizá la más difícil, dado que los estudiantes asistentes al curso, provienen de Ingeniería, Administración, Economía y otras carreras afines, era la escritura misma.

¿Cómo lograr que un grupo de estudiantes, ajenos a la literatura y al periodismo literario, escribieran estas historias?

El taller de crónica debe tener la misma dinámica de un taller de escritura creativa. En primer lugar se deben leer crónicas, así como para escribir ficción se debe leer literatura. El tallerista debe aprender a leer el nivel del relato (cómo se contó la historia) y no quedarse en la simple anécdota o historia. En un taller de crónica se debe leer literatura, pues recordemos que los cronistas toman sus técnicas para producir textos con una "simbología moderna". Esas técnicas básicamente son los cuatro principios planteados por el periodista norteamericano Tom Wolfe, y aceptadas por casi todos los escritores de crónica y que son los siguientes:

1. El diálogo
2. Escena por escena
3. Punto de vista en tercera persona
4. Relación de hábitos

Además de estos cuatro principios se estudiaron y analizaron, en textos literarios o en crónicas, otras técnicas de escritura como la primera y tercera persona, el monólogo interior, el asunto o tema, el narrador invisible, el uso del adjetivo, los elementos explícitos e implícitos, los núcleos narrativos, el dato escondido, la polifonía y otros que le permitieron al tallerista reflexionar sobre el proceso de escritura.

En el taller de crónica de la Universidad Icesi trabajamos desde el principio con la idea de apropiarnos de un lenguaje que nos permitiera asumir la escritura. Ese proceso, además de la lectura, implícito escritura, discusión y la resolución de problemas que iban desde la entrevista al personaje hasta las decisiones narrativas tomadas en el nivel del relato. La capitalización del fracaso a través de discusiones en grupo que permitieron el análisis y la búsqueda de soluciones posibles fueron de gran importancia en la construcción de los textos. En esa medida las crónicas del presente libro, y otras no incluidas en él, vivieron diferentes procesos de escritura y fueron consultadas y reescritas más de cinco veces por los estudiantes. Sin embargo, somos conscientes de que el tiempo empleado para el levantamiento

de las historia, para el trabajo de campo e, incluso, para la escritura misma, fue demasiado corto.

Esto, unido a la inexperiencia y a las restricciones propias de los estudiantes, comprometidos con otras materias en sus respectivas carreras, limitaron considerablemente los trabajos presentados. Pero la idea de salir a la calle, a la ciudad, a escuchar a la gente, a observarla en su entorno, a investigar por fuera del aula, a reflexionar desde la escritura sobre nuestra realidad, nos permitió acercarnos un poco a la compleja sociedad actual.

Todo este trabajo responde, de alguna forma, al aprendizaje activo que se aplica en la Universidad Icesi. Allí radica, quizá, el que los estudiantes sean capaces de proyectarse en otras disciplinas, no muy afines a sus propios programas de estudios, pero de gran importancia para su formación humana.

Por último quiero señalar que nunca he escrito una crónica. Mi pasión por este género se debe al hondo entretejido que tiene con la literatura, a corrientes como "el realismo sucio" y al minimalismo norteamericanos que se alimentaron de ella. La crónica, de alguna forma, le devolvió a la literatura técnicas más depuradas, más audaces y pulcras en los dos niveles del relato. La crónica tiene unas reglas, una metodología, que le permite a la creación literaria reflexiones sobre la cultura, la verdad, la historia de nuestro país e, incluso, la tradición literaria misma. De ahí, entonces, que mi verdadera pasión, la ficción, esté tan emparentada con la crónica.

El cinturón de fuego

y otras crónicas caleñas

Uno a uno, los seres variopintos que por aquí desfilan van contando sus propias experiencias de un modo sencillo, natural, que a veces nos conmueve —como en el caso del ciudadano ejemplar que se queda ciego a los cuarenta y cinco años— y a veces nos sorprende —como en el caso de la muchacha que decidió dejarse embarazar de manera precoz, a los dieciocho años, simplemente porque no quería que su hijo naciera en un siglo distinto al de ella—. Todas estas versiones personales valen por sí mismas, debido a su fuerza testimonial y a su carga de espontaneidad. También, claro, suscitan emociones, como ocurre con Wendy, la chica abusada por su padrastro. O causan curiosidad, como sucede con el administrador de un burdel que aprende a sobrellevar el temperamento inestable de las prostitutas, a quienes él llama “las diablas”. Todas estas crónicas, digo, leídas por separado tienen utilidad informativa, porque nos aproximan a situaciones de indudable interés humano o nos ponen en contacto con personajes comunes y, al mismo tiempo, especiales. Sumadas en este libro —insisto— obtienen un alcance documental superior, porque aparte de relatar historias particulares conforman un cuerpo narrativo robusto, testimonio formidable de una época y de un entorno social dinámico, arduo, atravesado por los conflictos característicos de nuestro país, como la violencia, el fetichismo, los maltratos intrafamiliares, la falta de empleo, la pobreza y el narcotráfico.

ISBN: 978-958-8357-11-9



9 789588 357119